



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985)*. México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XXII, Vol. CXXVI, Núm. 1 (enero-febrero de 1963)

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 23-34-68

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

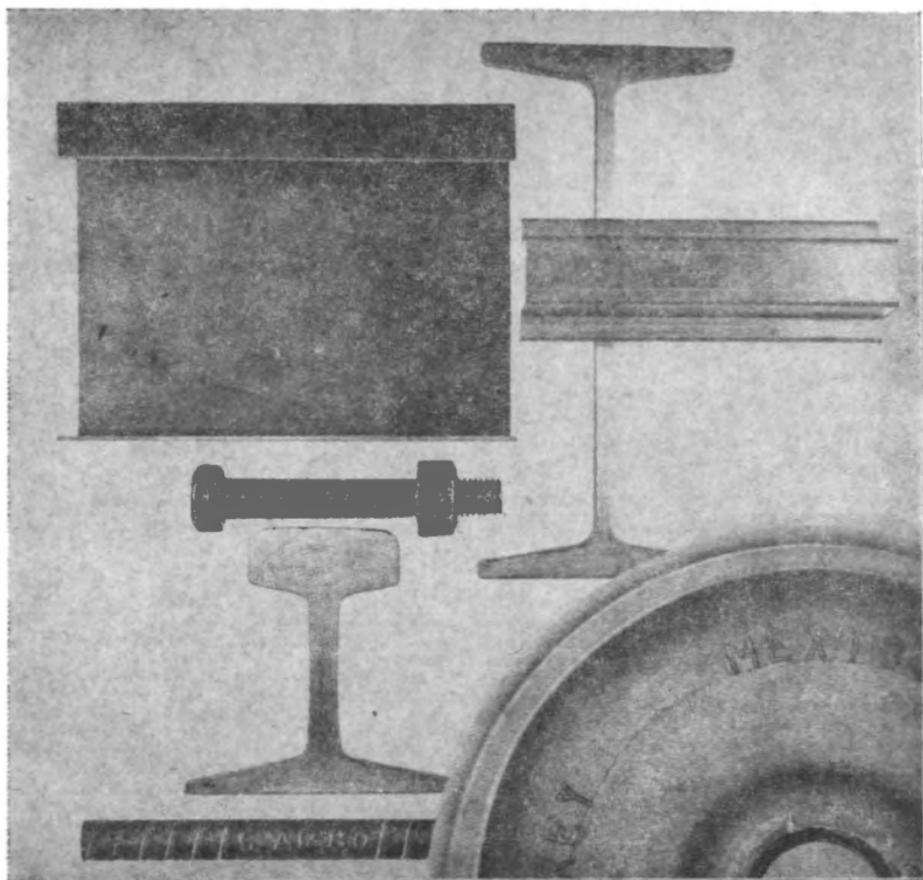
IMPRESO POR LA
EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A.
Av. Rep. de Guatemala 96

AÑO XXII

1

ENERO - FEBRERO
1 9 6 3

ÍNDICE
Pág. 3



- Perfiles Estructurales
- Plancha y Lámina
- Perfiles Doblados de Lámina de Alta Resistencia
- Rieles y Accesorios
- Ruedas para Carros de F. F. C. C.
- Corrugados
- Alambres
- Tornillería



**CIA. FUNDIDORA DE FIERRO
Y ACERO DE MONTERREY, S. A.**

Oficinas: Balderrás 68, Tel. 18-56-21 Apartado Postal 1336-24 Bix. México 1, D. F., Cable: Fundidora
Fábricas en Monterrey: Tel. 3-20-20. Apartado Postal 206, Monterrey, N.L. Cable: Acero

BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA



UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

● TITULOS PUBLICADOS ●

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionante por el número y por su perorquia en los más diversos ramos del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de esta obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se hace visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la Tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece íntegro ante los ojos del lector en una visión que deslumbró por su amplitud, que apasiona por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

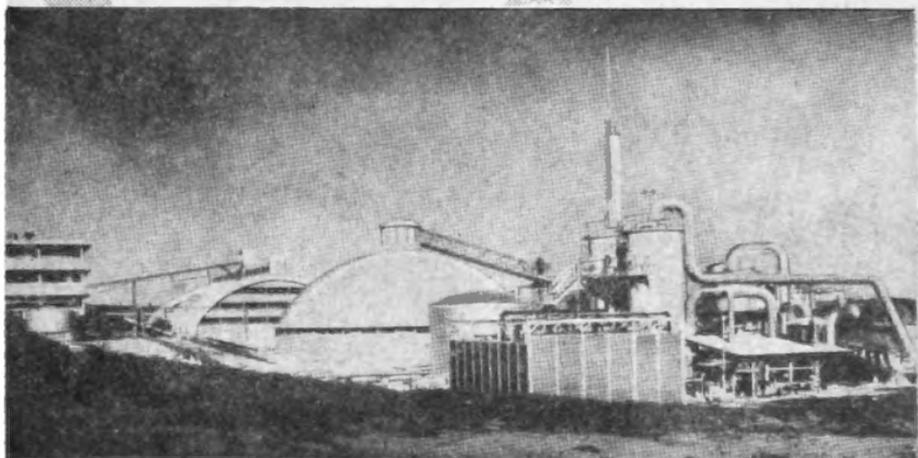
ENVIE
HOY MISMO
ESTE CUPON

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis México, D. F.
Siervos remitirle el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, dándonos a conocer sus condiciones de pago

Nombre _____
Domicilio _____
Localidad _____
Estado _____

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

TEL: 12-55-88 13-26-30 • AV INDEPENDENCIA 10 • MÉXICO D. F.



*Planta de super fosfato triple de
GUANOS Y FERTILIZANTES, S. A.
en Coatzacoacoas, Ver.*

LOS TITULOS
FINANCIEROS DE
NACIONAL FINANCIERA
PRODUCEN PARA MEXICO

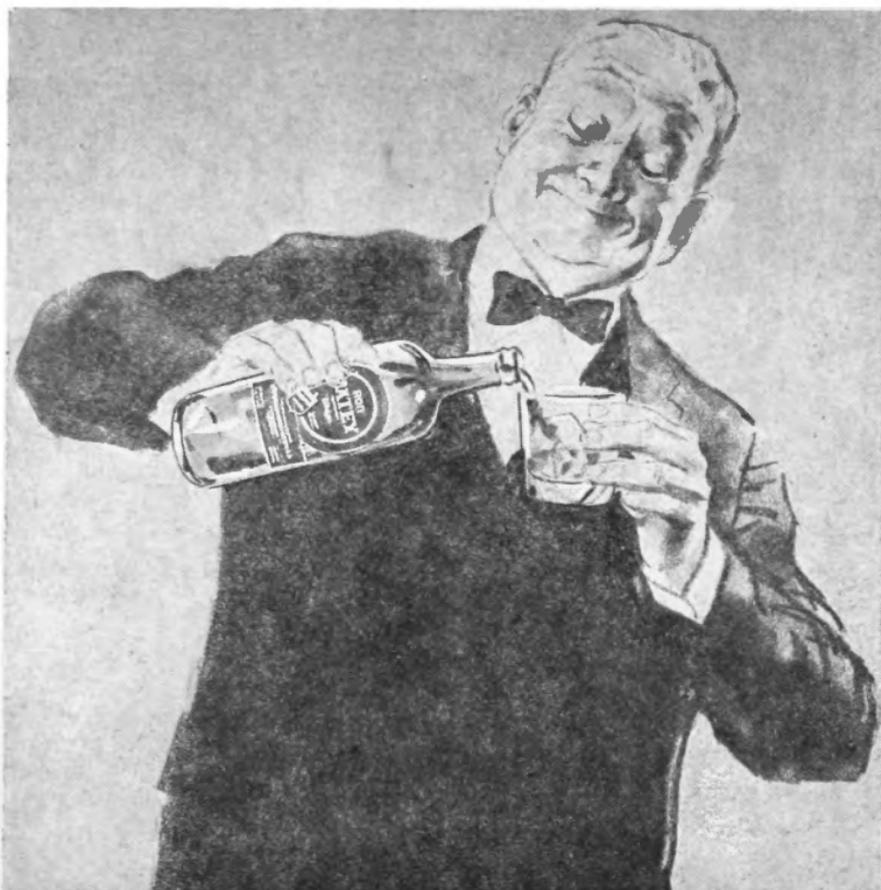
Pagan intereses del
10% ANUAL NETO,
por trimestres vencidos.
Fácilmente negociables y
de amplio mercado.

De venta en el
BANCO DE MEXICO, S. A. y er.

N

ACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza No. 25, México, D. F.
INSTITUCION NACIONAL DE CREDITO CON MAS DE 25 AÑOS DE
EXPERIENCIA EN LA EMISION Y MANEJO DE VALORES



Un Ron Batey para cada gusto

Para usted, que es un auténtico conocedor. Destiladora Cordobesa, S. A., elabora Ron BATEY Extra Añejo. Tómelo sólo deléitese en cada sorbo y compruebe que BATEY Extra Añejo es el ron de máxima categoría. BATEY también le ofrece su Ron BATEY Tipo Jamaiquino, y el nuevo BATEY Claro Tipo Cubano

Ron
BATEY



LO DEMAS ES LO DE MENOS, LO QUE IMPORTA ES RON BATEY

v

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA
FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: \$393.444.953.57

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHO PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).



BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

- Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

- Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.



CONSEJO DE ADMINISTRACION. Presidente: Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. Vicepresidente: Sr. Prof. Roberto Barrios. Consejeros Propietarios: Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Ing. Enrique Castro García, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. Consejeros Suplentes: Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. Secretario: Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. Comisarios Propietarios: Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. Comisarios Suplentes: Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente:

Lic. Emigdio Martínez Adame.

Sub-Gerentes:

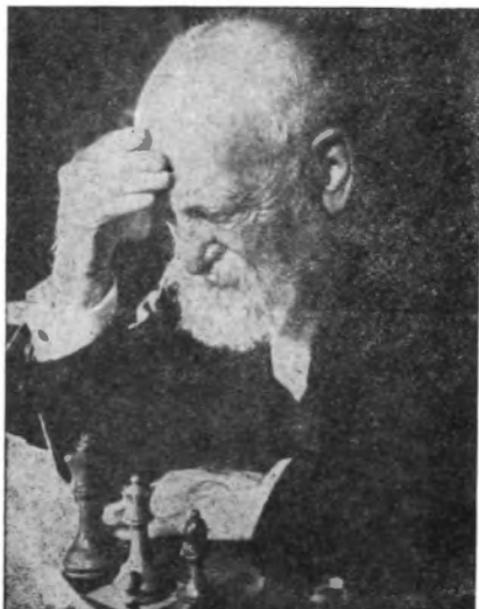
Ing. Fernando Romero Quintana

Ing. Franco Ledesma Ramírez

AL INVERTIR

tome el camino

F. I. R. M. E.



Invierta pensando en su futuro

Desde hoy usted debe procurarse una vida tranquila para su vejez; y no con el valor actual del dinero sino con el que pueda tener el dinero en el futuro.

Coloque su dinero en FIRME y participe en las ganancias de importantes empresas mexicanas.

Solicite informes a:
**FONDO DE INVERSIONES RENTABLES
MEXICANAS, S. A.**

Venustiano Carranza 54, México, D. F. Tel. 10-43-53

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

●

COLECCION DE FOLLETOS PARA LA HISTORIA DE LA
REVOLUCION MEXICANA, DIRIGIDA POR
JESUS SILVA HERZOG

Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La Cuestión de la Tierra". De 1910 a 1917. Los próximos volúmenes se referirán a la Cuestión Obrera y a la Cuestión Política.

De venta en las principales librerías.

Precio del ejemplar:

México	\$ 20.00
América y España	Dls. 2.00

●

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

México 1, D. F.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadrados en percalina, de más de
2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un
Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas,
sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

México	\$ 500.00
Extranjero	Dls. 50.00



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

¡ SIEMPRE TENDRA UD. AUTOMOVIL !

SI,

PREVISOR Y

MODERNO

ADQUIERE UNA POLIZA

EN



INSTITUCION MEXICANA DE SEGUROS

M. E. SCHULTZ N° 140

México A. D. F.

C E R V E Z A

MALTA, ARROZ, LUPULO Y AGUA

Por sus ingredientes la cerveza es una bebida sana, pura y de bajo contenido alcohólico.

La industria cervecera mexicana, elabora esta bebida con los más modernos procedimientos y ajustándose a la más estricta higiene.

Selecciona cuidadosamente las materias primas, ejerce un control científico minucioso y puede afirmar, con orgullo, que la cerveza mexicana es la mejor del mundo.

Además es una bebida muy económica; digna de estar en todos los hogares de México . . . ¡y qué agradable!

ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

**INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS**

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Los Distritos de Riego del Noroeste, por Jacques Chonchol . . .	20.00	2.00
Los Bosques de México, por Manuel Hinojosa Ortiz . . .	20.00	2.00
Diagnóstico Económico Regional, obra indispensable para conocer la realidad mexicana, dirigida por Fernando Zamora. La distribuye Fondo de Cultura Económica, Avenida Universidad 975, México 12, D. F.	100.00	8.30
Nuevos Aspectos de la Política Económica y de la Administración Pública en México, por varios autores	12.00	1.20

De venta en las principales librerías.

●

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

Documentos para
**LA HISTORIA DEL MEXICO
COLONIAL**

publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS
PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
239 pp., rústica, \$200.00

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA
ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
141 pp., rústica, \$130.00

Vol. VI

MODERACION DE DOCTRINAS DE LA REAL CORONA
ADMINISTRADAS POR LAS ORDENES
MENDICANTES, 1623

Edición de 25 ejemplares fuera de comercio y 200 numerados,
impresos en papel Corsican; 80 pp., rústica, \$100.00.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA

APARTADO POSTAL 8866

TELEFONOS: 12-12-85 y 22-20-85

MEXICO I. D. F.

HUMANISMO

Revista de Orientación Democrática

Inscrita como correspondencia de segunda clase en la
Administración de Correos de La Habana

Director: JUAN JUARBE Y JUARBE.
Administrador: TIRSO CLEMENTE DIAZ.

COLABORADORES

Pedro de Alba.—Laura de Albizu Campos.—Fernando Alegría.—
Anita Arroyo.—Arturo Briceño.—Miguel Bueno.—Alfonso Ca-
so.—Tirso Clemente Díaz.—John A. Crow.—Carlos A. D'Ascoli.—
Fernando Díez de Medina.—Eliás Entralgo.—Rómulo Gallegos.
—Ernesto Guevara.—Isaac Canon.—Luis García Carrillo.—Pablo
González Casanova.—Nicolás Guillén.—Andrés Henestrosa.—Ar-
mando J. Hernández.—Andrés Iduarte.—José A. Iturriaga.—Silvio
Julio.—José Domingo Lavín.—Juan Liscano.—Volga Marcos.—Fe-
lice Martínez Arango.—Mario Monteforte Toledo.—Harvey O'Con-
nor.—Armando Orfila.—Raúl Osegueda.—Alfredo L. Palacios.—
Octavio Paz.—Carlos Pellicer.—Luis I. Rodríguez.—Francisco Ro-
mero.—Vicente Sáenz.—Mauricio de la Selva.—Jesús Silva Her-
zog.—Rogelio Sinán.—J. M. Sizo Martínez.—Edelberto Torres.—
Marco Antonio Villamar.—Leopoldo Zea.



REDACCION: AVE. 23 No. 3007, ALTOS, MARIANAO,
LA HABANA, CUBA.

Toda correspondencia a:
APARTADO 6664
LA HABANA, CUBA

Suscripción anual en Cuba \$5.00
Precio del ejemplar en Cuba 1.00

ENTRE LAS ULTIMAS EDICIONES de 1962

ECONOMIA

La planeación económica en México -Teoría y práctica-, FERNANDO ZAMORA (174 pp.) **Comercio internacional**, P. T. ELLSWORTH (4a. ed. 568 pp. Emp.)

SOCIOLOGIA

Historia del pensamiento socialista, G. D. H. COLE (Tomo VI. **Comunismo y Socialdemocracia**, 1914.1931. Segunda parte. 424 pp.)

Dívalo con números, H. ZEISEL (257 pp. Con numerosos cuadros ilustrativos)

PSICOLOGIA Y PSICOANALISIS

Simbología del espíritu, C. G. JUNG (324 pp.)

LETRAS MEXICANAS

Obras completas de ALFONSO REYES (Tomo XIV. **La experiencia literaria. Tres puntos de exegética literaria. Páginas adicionales.** Volumen especial, 418 pp. Emp.)

La caja vacía, E. CARBALLIDO (Cuentos. No. 71. 136 pp. Emp.)

Detrás del espejo, H. R. ALMANZA (Novela. No. 72. 250 pp. Emp.)

Olimpica, H. AZAR (Teatro. No. 73. 128 pp. Emp.)

BREVIARIOS

Los etruscos, A. HUS (No. 167. 334 pp. Emp.)

El pensamiento de los profetas, I. I. MATTUCK (No. 168. 192 pp. Emp.)

COLECCION POPULAR -40 obras publicadas. 850,000 ejemplares-

Aventuras con el eslabón perdido, R. A. DART y D. CRAIG (No. 36. 452 pp. Ilust.)

El desarrollo económico, R. BARRE (No. 37. 176 pp.)

El origen del Universo, VARIOS (No. 38. 94 pp. Ilust.)

El Jazz, J. E. BERENDT ("Tiempo Presente". No. 39. 452 pp. Ilust.)

Sociología del Renacimiento, A. VON MARTIN No. 40. 134 pp.)

Pida folleto especial a su librero o al apartado postal 25975 de México 12, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXII

VOL. CXXVI

1

ENERO-FEBRERO

1 9 6 3

MÉXICO, D. F., 1º DE ENERO DE 1963

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Pablo GONZÁLEZ CASANOVA
Manuel MARTÍNEZ BÁEZ
José MIRANDA
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YÁÑEZ

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1

Enero-Febrero de 1963

Vol. CXXVI

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
JESÚS SILVA HERZOG. <i>Cuadernos Americanos</i> y España	7
PEDRO BOSCH GIMPERA. El problema de España	11
ENRIQUE RUIZ GARCÍA. España ante la comunidad económica europea	22
MANUEL ORTUÑO. Opus Dei	40
CORONEL VICENTE GUARNER. Las bases norteamericanas en España	67
JOSÉ IGNACIO MANTECÓN. Más de cien siglos de noche en el penal de Burgos	85
JUAN BAUTISTA CLIMENT. España en el exilio	91

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

R. OLIVAR BERTRAND. Costa, soñador y hombre de acción	111
JULIÁN IZQUIERDO ORTEGA. La filosofía española en los últimos años	140
MARÍA ZAMBRANO. Emilio Prados	162

PRESENCIA DEL PASADO

JEAN SARRAILH. La España de Carlos III	171
MANUEL TUÑÓN DE LARA. La república española de 1931	189

DIMENSIÓN IMAGINARIA

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS. Llanto con Emilio Prados	211
Corona de poetas españoles muertos en el destierro	219
MAX AUB. Antología de los más nuevos poetas españoles	238
IGNACIO SOLDEVILA DURANTE. Sobre el teatro español de los últimos veinticinco años	256
JOSÉ MARÍA CASTELLET. Veinte años de novela española (1942-1962)	290

LIBROS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros sobre España	299
---	-----

Nuestro Tiempo

CUADERNOS AMERICANOS Y ESPAÑA

Por Jesús SILVA HERZOG

EN más de una ocasión he referido que *Cuadernos Americanos* nació de dos o tres conversaciones de sobremesa entre los poetas españoles León Felipe y Juan Larrea, Bernardo Ortiz de Montellano, poeta, y yo, un modesto investigador social. En la primera junta de gobierno de la Revista, órgano equivalente a un Comité Editorial, figuraron seis mexicanos y cinco españoles; todos intelectuales distinguidos. En consecuencia puede decirse que la invención de *Cuadernos Americanos* fue obra de un grupo de personas de España y de México, movidos por el deseo de contribuir al acercamiento cultural de todos los pueblos de nuestro linaje y a recoger lo mejor del pensamiento de nuestra América y de España en la hora dramática que vivía el mundo en 1942.

Lógicamente nuestra mayor preocupación fue la guerra internacional, cuyo resultado final en enero del año citado no era posible adivinar. Pero había que tomar partido sin eufemismos, decidida y valientemente. *Cuadernos Americanos* se pronunció desde luego contra las potencias del Eje: Alemania e Italia, y el Japón; y, de manera obvia, a favor y en defensa de Francia, de Inglaterra, de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. Entonces Rusia y los Estados Unidos eran amigos. Se decía que luchaban por los mismos principios; que luchaban para poner a salvo la democracia, la civilización, la libertad del hombre. A través de la propaganda norteamericana se trataba con comedimiento y simpatía a los ciudadanos soviéticos y, por supuesto, todavía no se inventaba el mito del infierno comunista. Ahora ya sabemos que la victoria se debió en primer lugar a Rusia y a los Estados Unidos, y en segundo a la capacidad de resistencia y al esfuerzo de Inglaterra. Francia sorprendió al mundo con la increíble debilidad de sus fuerzas armadas al ser derrotada por los alemanes casi sin combatir.

Ahora bien, *Cuadernos Americanos* desde su primera entrega, enero-febrero de 1942, asumió una actitud adversa a Franco y se mostró contrario a todo lo que él representaba. Lo hizo por las mismas razones por las que se habían pronunciado contra Alemania, Italia y el Japón; porque unos y otros negaban la dignidad, la

libertad del hombre, los principios más elementales de humanidad y las más altas conquistas de la civilización. Franco, como es bien sabido, estuvo de acuerdo, completamente de acuerdo con el fascismo. Recordemos para quienes tienen mala memoria algunas de sus palabras y declaraciones durante la guerra civil y la guerra internacional:

"Estoy dispuesto a pasar por las armas a media España para conseguir mi propósito". (Entrevista de 29-VII-1936).

"Me sumo de todo corazón al anhelo de que el gran imperio alemán pueda lograr el objeto de sus inmortales destinos, bajo el glorioso signo de la cruz gamada y bajo vuestra genial dirección. Heil Hitler". (Telegrama a Hitler en II-1937).

"España... seguirá la estructura de los regímenes totalitarios como Italia y Alemania. Se revestirá de las formas corporativas, para lo cual se encuentran en nuestro país la mayor parte de las fórmulas, y se acabará con las instituciones liberales que han envenenado al pueblo". (VII-1937).

"Soldados de Roma Imperial: sois los hermanos preferidos porque combatís con nosotros en la santa cruzada contra el comunismo y las democracias". (XI-1937).

"España en todos los momentos difíciles de su historia sintió el calor de la amistad alemana y es fácil imaginar, pues, qué puede sentir ahora que se libra en los mares y en los aires de Europa una batalla para la ejecución de la revolución social para la que luchamos juntos". (6-XI-1940).

"El Eje es ahora triángulo pues comprende a Alemania, Italia y España. Se ha planteado la guerra y los aliados la han perdido... Se confió la resolución a la fuerza de las armas y les ha sido adversa. Nada se espera ya del propio esfuerzo; clara y terminantemente lo declaran los propios gobernantes... En estos momentos en que las armas alemanas dirigen la batalla que Europa y el cristianismo desde hace tantos años anhelaban y en la que la sangre de nuestra juventud va a unirse a la de nuestros camaradas del Eje como expresión viva de solidaridad, renovamos nuestra fe en los destinos de nuestra patria estrechamente unidos nuestros ejércitos y nuestra Falange.

"La democracia y el liberalismo son expresiones trasnochadas en nuestra época. El triunfo del nazismo es algo evidente para todos. El absurdo conflicto resultante de la declaración de guerra hecha por Inglaterra y Francia ha llegado a su resultado lógico. Los aliados han perdido completamente la guerra" (17-VII-1941).

"Mantenemos nuestra política tradicional, nuestra adhesión a los pueblos que compartieron nuestras angustias. Si algún día Ber-

lín estuviera en peligro, España, para defenderlo de las hordas rojas, enviaría un millón de hombres, si preciso fuera.

"Las revoluciones alemana, italiana y española son fases del mismo movimiento general de rebelión de las masas civilizadas del mundo contra la hipocresía y la ineficacia de los viejos sistemas. Cuando termine la guerra y principie la desmovilización, el destino histórico de nuestra era se llevará a la práctica por la fórmula patriótica y espiritual que España y cualquiera otro de los pueblos fascistas ofrecen al mundo". (7-XII-1942).

Lo del millón de hombres españoles que irían a defender Berlín se quedó en palabras. Berlín fue tomado a sangre y fuego por los rusos y los norteamericanos. Lo único efectivo que hizo Franco en cuanto a ayuda militar, fue el envío a la Unión Soviética de la famosa División Azul. Famosa por sus excesos, por sanguinaria y cruel.

Al terminar la guerra internacional se sabía bien quién había sido y quién era Francisco Franco, así como también cuáles eran sus ideas políticas, sociales y económicas. Por todo esto fue repudiado el régimen franquista en San Francisco, al organizarse las Naciones Unidas en 1945, lo mismo que en los años inmediatamente posteriores. Pero pasó el tiempo y comenzaron las dificultades entre Estados Unidos y la Unión Soviética; pasó el tiempo y los estadistas de Washington olvidaron que algunos millares de "boys" norteamericanos fueron muertos en la lucha por balas fascistas; pasó el tiempo y los principios se subordinaron a las conveniencias políticas del momento. Poco a poco, merced a los poderosos medios de propaganda de los Estados Unidos, se fue transformando el régimen fascista de Francisco Franco en un régimen compatible con las democracias, con el mundo libre, sin que importase que fuera negación de libertad y de democracia; poco a poco el gobierno del tirano Franco, medieval, ultramontano, inhumano, cruel, fue encontrando las puertas abiertas en los organismos internacionales; primero en la UNESCO y después en los restantes. Después, la ayuda franca y decidida, diplomática y económica de la metrópoli capitalista más poderosa de la tierra; después, las bases militares en España y, por último el desdichado y vergonzoso abrazo de Eisenhower a Franco. El pobre Presidente de los Estados Unidos no se atrevió a hablar de democracia ni de libertad, ni del mundo libre en sus declaraciones frente al "caudillo" español. El régimen fascista de Francisco Franco no existiría ya sin la ayuda decidida de los norteamericanos.

Pero *Cuadernos Americanos* es una publicación decente, rectilínea, insobornable, que jamás ha transigido ni transigirá con los

gobiernos dictatoriales, verdugos de sus pueblos; que jamás transigirá con la simulación, con la mentira, con la hipocresía; que jamás dejará de defender los anhelos legítimos de los pueblos del tercer mundo y los ideales superiores del hombre, pase lo que pase, suceda lo que suceda, cueste lo que cueste. Por esto, por todo esto, la Revista, en sus veintiún años de vida ya bien cumplidos, ha tenido una actitud de crítica acerba y de censura constante al franquismo, al falangismo y al clero español, intransigente, ignorante, fanático y retrógrado. Mas España no es Franco, ni su Falange, ni su clero medieval. España es el pueblo español; es Vitoria, Suárez, Vives, Cervantes, Feijoo, Campomanes, Jovellanos, Florez Estrada, Castellar, Costa, Giner de los Ríos, Galdós, Unamuno y tantos otros hombres magníficos, cuyo pensamiento ha sido muchas veces, muchísimas veces, algo así como gotas de luz en el camino del caminante sin camino. Y a esa España, la España eterna, la España inmortal, rinde *Cuadernos Americanos* cumplido homenaje al iniciar su vigésimo segundo año de vida.

EL PROBLEMA DE ESPAÑA

Por *Pedro BOSCH-GIMPERA*

ESPAÑOLES y amigos de España sienten la obsesión de sus dramáticos conflictos —de su tragedia— y de la España escindida y oprimida y dificultan la comprensión las malas inteligencias, los resentimientos convertidos a veces en odios irreductibles, el desconocimiento de la verdadera realidad. Cuando se busca una solución y se habla de la necesidad de una reconciliación y de que los españoles se entiendan entre ellos, el primer obstáculo que surge es el de contestar la pregunta ¿qué es España? que a cada momento se plantea y que cada uno contesta de manera distinta. Ya Ortega habló del "angustioso problema" de ¿para qué vivimos juntos?

Este problema no se plantea para otros pueblos: si se pregunta a franceses, alemanes, ingleses, norteamericanos o mexicanos podrán disentir en matices según la ideología de cada cual; pero no en lo esencial de la esencia de la nación. No así los españoles.

Y es que la raíz del problema de España está en su verdadera esencia, resultado de una historia difícil, a través de la cual no se ha logrado constituirla establemente.

Todos los pueblos han tenido un largo proceso formativo, con luchas interiores, invasiones, dominaciones, obstáculos externos para su desarrollo. Los obstáculos se han superado, las diferencias se han borrado, los elementos forasteros han sido asimilados, las opresiones pasan, el pasado se olvida y se piensa en el futuro. En España no es así: allí todo permanece vivo y no resuelto, nada se olvida y todo resurge y, cuando se intenta resolver un problema hay que resolver los del pasado y los del presente, no llegándose nunca a la solución porque los problemas se acumulan pavorosamente.

Con ello, si se producen, a sacudidas y empujones, progresos al compás de los del mundo, ellos se ven frenados por la acumulación de problemas y por el retraso de sus soluciones, soluciones que a veces son necesariamente previas a la creación de una base de construcción y de inteligencia.

España es como un terreno de aluvión en que se reconocen, apenas erosionadas, las terrazas en que persisten intactas las aportaciones históricas y culturales con sus mentalidades dispuestas a

revivir. Además, lo mismo que en su geografía España es un país de vivos contrastes y de compartimientos estancos, en que la relación es difícil. En la historia existen también los compartimientos estancos en que se han acumulado los aluviones históricos y culturales con sus mentalidades.

España, como dijo Azaña, es un país heredo-histórico, unas veces para su bien y otras para su mal, y sólo es posible comprenderla históricamente y, para intentar resolver sus problemas actuales—que todos tienen hondas raíces en el pasado—, es preciso partir de aquella comprensión histórica.

COMO en otras formaciones históricas que han terminado cristalizando en las naciones modernas, España arranca de unas raíces que producen pueblos excelentemente dotados y capaces de producir altos valores humanos y en la evolución de aquellos pueblos se interfieren, como en todos los demás, corrientes exteriores de cultura que se asimilan intensamente contribuyendo al ulterior desarrollo o bien invasiones y dominaciones que interrumpen el desarrollo normal, llevándolo por otros caminos. En otros pueblos estas interferencias o desviaciones acaban por superarse. En España no.

Porque en la historia de España, en que todo permanece sin fundirse, intacto, a la realidad de sus pueblos y a la trayectoria natural de su evolución, se superponen factores que no llegan a fundirse con aquella realidad y que consolidan las desviaciones. Si esas interferencias producen a veces brillantes resultados aparentes, a la larga obstaculizan el desarrollo natural de España y producen trágicos colapsos o estancamientos.

Así, puede concebirse la historia de España como un conflicto entre factores que han llegado a enraizarse profundamente y superestructuras que no han sido bastante fuertes a la larga para destruir aquellos factores, que no se han asimilado a ellos o no los han asimilado, constituyendo por ello un obstáculo para la organización estable del país y para la solución de sus problemas.

De ello resulta, por una parte, el divorcio entre sus pueblos y las superestructuras y que el estado en que éstas cristalizan no llega a consolidarse establemente y a que sea considerado como enemigo y, por otra, que en la imposibilidad de que se organice un elemento coordinador aceptado por todos, se agudice el particularismo étnico o de estratos sociales o ideológicos—el "separatismo" que tanto se echa en cara a muchos elementos de los pueblos y de la sociedad españoles—agudizando el individualismo y el sentido irreductible de independencia innato a los españoles, a la vez creador de energías y valores así como de dispersiones anár-

quicas y esterilizadoras. Se dificulta, así, la creación de objetivos comunes y se perpetúa indefinidamente la posibilidad de preguntarse: ¿para qué vivimos juntos?, sin encontrar una respuesta satisfactoria a la pregunta.

Sólo teniendo en cuenta la historia de España y siguiendo a través de ella el proceso de los problemas y conflictos se halla la explicación de los actuales.

LAS cualidades de los pueblos españoles, así como su aptitud para convertirse en valiosos factores de civilización se revelan ya en la Prehistoria.

En el paleolítico superior participan de los progresos técnicos más avanzados y producen la maravilla del arte rupestre, en el cual sus dos grupos —el francocantábrico con las pinturas de las cuevas del Castillo, Hornos de la Peña, Altamira, etc., y el levantino con las cacerías, los combates y escenas rituales con los abrigos y rocas al aire libre de Minateda, Alpera, La Valltorta, Morella, Cogul, etc.—, a pesar de su íntimo parentesco corresponde a dos maneras de concebir la magia de caza, reveladoras de dos modalidades étnicas de orígenes probablemente distintos, el grupo franco-cantábrico de tipo europeo y el levantino con infiltraciones africanas.

Al difundirse la revolución neolítica y la manera de vivir de las comunidades agrícolas con su organización tribal —lo que origina unas aldeas que pronto serán capaces de convertirse en ciudades—, se inicia un gran desarrollo cultural y una relación con los demás hogares de cultura, asimilándose influencias mediterráneas y comenzando una gran relación exterior. Ello se rastrea a través del desarrollo de distintas provincias culturales en que aparecen las raíces de pueblos que son el germen de algunos históricos. Tales son los territorios principalmente del centro y sur de la península con la cultura de las cuevas con cerámica decorada de la que sale el tipo del vaso campaniforme, la cultura megalítica portuguesa y la de las nuevas infiltraciones africanas de los pueblos saharienses que dan lugar a la formación de la cultura de Almería (protoiberos), mientras que los descendientes de la antigua formación franco-cantábrica, persistiendo alrededor del Pirineo, organizan la cultura de los pastores pirenaicos, cuyo grupo occidental se convertirá en los vascos históricos.

Los protoiberos de la cultura de Almería, agricultores y mineros que se extienden por el Levante español y por regiones vecinas del Sudeste y de Andalucía, tienen su apogeo en la etapa de Los Millares en la segunda parte del tercer milenario antes de J.C., viven en poblados fortificados que son casi ciudades y desarrollan

un comercio mediterráneo, comenzando el comercio de los metales que será el incentivo más tarde para la llegada a la península de colonizadores extranjeros. Por su parte, el pueblo de la cultura megalítica portuguesa entabla relaciones por las costas atlánticas hasta la Bretaña francesa y las Islas Británicas. La extensión de los pastores pirenaicos por el sur de Francia, mezclándose con la población indígena, inicia otra relación, ésta continental. Con tales relaciones se difunde el conocimiento del cobre por el occidente de Europa y se reciben productos exóticos como el ámbar del mar del Norte y, al propio tiempo, se propagan formas peninsulares de la arquitectura funeraria como los sepulcros de falsa cúpula que llegan hasta Escocia, y se contribuye a la difusión de las religiones solares y de la Madre Tierra. En la Edad del Bronce, durante el segundo milenario, se estabilizarán las formaciones étnicas peninsulares y seguirán las relaciones indicadas.

En los primeros siglos del primer milenario antes de J.C., o sea la Edad del Hierro, se produce la invasión de las distintas oleadas de los Celtas, indoeuropeos, así como la colonización de los fenicios y luego, en el siglo VI, la de los griegos, lo que incorpora España a la órbita a la vez de las culturas europeas y de la civilización mediterránea. Los celtas ocupan casi toda la península y se funden con los pueblos indígenas de las mesetas centrales, de Galicia y de Portugal, organizándoles. Los pueblos de Levante y de Andalucía forman las comunidades tribales ibéricas y tartesias históricas, las cuales, asimilando las influencias fenicias y griegas, crean una gran civilización, la llamada ibérica. Su espíritu de aventura lleva a los iberos, como mercenarios, a los países de la civilización griega y contribuye a su asimilación. Se difunde el alfabeto y la moneda, surgen ciudades urbanizadas a la manera griega, se construyen templos y sepulcros monumentales y se desarrolla una espléndida escultura y una pintura de la cerámica en que se interpretan con gran originalidad modelos griegos.

En el curso del siglo III surge la primera superestructura de la historia de España con la dominación cartaginesa, al buscar los bárquidas en ella una compensación económica por la pérdida de Sicilia y a la vez tropas para la lucha con Roma. Con la victoria romana se instala en la península la segunda superestructura.

Durante dos siglos chocan los romanos con el espíritu de independencia y con la resistencia al dominio extranjero de los pueblos españoles. Cuando Roma aprovecha la experiencia —lo único que sacaron de aquellos siglos, según frase de Sutherland— y desarrolla su misión pacíficamente, atrayendo a los pueblos, éstos, en que vuelven a actuar los gérmenes de la civilización mediterránea —aclimatados a ella con la relación prehistórica y las influencias orien-

tales y griegas— se convierten en provincias intensamente romanizadas y dan al Imperio escritores y emperadores, así como más tarde padres a la Iglesia.

La superestructura romana parece haber logrado un éxito completo y ha formado poco a poco clases dirigentes asimiladas en la cultura y a la vida romana, limándose las asperezas del particularismo tribal. Sin embargo, los pueblos no han desaparecido y su espíritu permanece latente, aunque se crearon muchos lazos comunes y obraron factores de unificación: la administración, el derecho y la cultura romana, así como la propagación del Cristianismo. Pero, a pesar de éste y anteriormente del culto al emperador, siguen existiendo varias Hispanias y la supuesta "prefiguración de la unidad" en la España romana que se ha querido suponer moderadamente, no existe.

La nueva superestructura visigótica no logró imponer una unidad estatal sino en su última etapa y ello de modo incompleto, pues hasta el final hubo pueblos insumisos y rebeldes en el norte cantábrico y vasco. Fue la imposición de una casta militar, con trágicas y durables consecuencias ulteriores. Y entonces precisamente, se descubre que el recuerdo de los pueblos indígenas está vivo a pesar de los siglos de superestructura. Sólo en apariencia pudo decir de Roma Rutilio Namaciano, el galo romanizado, *urbem fecisti unam quod prius orbis erat*. A pesar de cuanto Roma había hecho, el *orbis* anterior seguía intacto y Orosio dirá que "a nuestros abuelos no fueron más tolerables los enemigos romanos que a nosotros los godos".

Todo lo anterior a la superestructura romana reaparece al deshacerse como un castillo de cartas la visigótica, al embate de la invasión musulmana que crea una nueva superestructura. Durante más de tres siglos, los invasores luchan por dominar toda España, ganada en un principio fácilmente porque la monarquía germánica no representaba sino un elemento superpuesto a los pueblos que en los musulmanes vieron a sus libertadores; pero, lo mismo que al expulsar los romanos a los cartagineses, pronto renació el espíritu de independencia y, sobre la base de los antiguos pueblos, se formaron los núcleos de la reconquista —reconquista territorial y lucha por la independencia más que lucha religiosa. A pesar de que el califato en el siglo X logró casi dominar completamente a España, cuando aquí cayó, incluso en la zona islamizada, persistieron los antiguos pueblos en los reinos de Taifas, con sus antiguos límites y con las mismas tendencias geopolíticas, aunque con otros nombres.

Si no se tiene en cuenta la realidad indígena persistente y eternamente renaciente, es incomprensible la historia medieval de España, con sus casi atómicas subdivisiones de condados y reinos.

Todo intento de unificación fracasa, aunque la relación es cada vez mayor y aunque se manifiestan orgánicamente las afinidades naturales de los grupos, dispuestos a aquella relación y aún a colaborar ante peligros o intereses comunes; pero resistentes a la imposición del dominio de los unos sobre los demás. Así es posible que, en el siglo XI se reconozcan las supremacías de los tres grandes núcleos cristianos del norte: Castilla, León y Cataluña, sobre los reinos musulmanes que les pagan "parias" y que se establezcan tratados y enlaces de las casas reinantes que intensifican la relación: la inteligencia de los condes de Barcelona con los reyes de Sevilla, las peripecias matrimoniales de Aragón, Navarra, Castilla y León, a las que pronto se agregará la unión del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, con Petronila de Aragón. Parece que, lentamente, se tiende a la única organización conjunta posible, a una comunidad de pueblos en que cada uno conserva intacta su autonomía interior; pero con lazos cada vez más estables, a aquello que con frase feliz ha calificado Nicolau d'Olwer: "el deseo de unión y la imposibilidad de amalgama" de los pueblos españoles.

La supervivencia de los ideales de dominación de toda España de la superestructura visigótica en la monarquía leonesa y en su casta militar —sus reyes se titularon *basileus unctus e imperator* cuando no dominaban sino un pequeño rincón de España— con los que lucha el espíritu de libertad de la Castilla popular, llevando a su independencia, produce el rompimiento del equilibrio y una desviación de la trayectoria de los pueblos españoles en el camino de su organización conjunta. Alfonso VI, con su conquista de Toledo y con su política poco inteligente en relación con el reino musulmán de Sevilla, desplaza el centro de gravedad de la política española —hasta entonces en la periferia levantina y andaluza— tendiendo a la creación de un fuerte estado central con aspiraciones hegemónicas y con ello provoca la invasión almorávide llamada por los sevillanos en su auxilio. Se pone en peligro la propia existencia de los reinos cristianos y el fanatismo religioso musulmán de los recién llegados —en contraste con el espíritu de tolerancia anterior— se opone ahora el espíritu de la cruzada, repercusión del movimiento general europeo, espíritu de cruzada que no llegará a las clases populares: téngase en cuenta la convivencia sin odios de religión en los territorios reconquistados hasta el fin de la Edad Media, que se refleja en los romances fronterizos.

El nuevo intento de dominio por Alfonso XI sobre los demás reinos a los que su "imperio" se sobrepone, no pasa de supremacía feudal, aceptada para evitar conflictos por la posesión de territorios fronterizos por el rey de Aragón, que continúa independiente en sus territorios nucleares. Pronto desaparece el "imperio" y se

consolidan los cinco reinos cristianos de Castilla, Navarra, Aragón con Cataluña y Portugal, que al fin se ha independizado, y estos cinco reinos lograrán, después de varios siglos, la reconquista total de los territorios musulmanes.

En la Alta Edad Media, con el florecimiento de la civilización en íntimo contacto con el resto de Europa y con el respeto a las peculiaridades de cada pueblo que evita celosamente la ingerencia de los demás en sus asuntos propios, se va creando un espíritu conjunto y una conciencia de pertenecer todos al conjunto que se reconoce como España, lo que lleva no sólo a intensificar las relaciones culturales sino a establecer colaboraciones ante peligros comunes y se llega a convenir mediante tratados los límites de las respectivas reconquistas. *Nos ho fem la primera cosa per D'u, l'altra per salvar a Espanya* dirá Jaime el Conquistador cuando vuelva a conquistar Murcia sublevada, para entregarla a su soberano Alfonso el Sabio y, luego, se hablará de los "reinos de España" por los catalanes y de "obtener gran honor para toda España" en las empresas de éstos en el Mediterráneo.

España va siendo una entidad espiritual, sin mengua de sus diversidades, que las alianzas políticas y los matrimonios de príncipes tienden a unir, sin que sea obstáculo a la inteligencia la diversidad de lenguas ni de gobiernos. Un nuevo paso será la unión personal de las coronas de Castilla y Aragón con el matrimonio de Fernando e Isabel, y si hubiese sobrevivido su hijo, tal vez naturalmente se hubiera llegado a la unión con Portugal, tan perseguida por castellanos como por portugueses, a pesar del espíritu de independencia. Parecía que la fórmula de integración era la de la Confederación aragonesa, conjunto de pueblos distintos y hablando lenguas distintas, que comprendía no sólo a Cataluña y Aragón, sino a Valencia, Mallorca, Sicilia y al fin también Nápoles, y en que jamás se presentaron síntomas de disgregación.

Pero las tendencias absolutistas de las monarquías del Renacimiento tendían a robustecer la autoridad de los reyes y a anular la personalidad de los pueblos y el hado adverso que no permitió subsistir la descendencia masculina de los Reyes Católicos llevó a España una dinastía extranjera y, con ella, se vio envuelta España en su política de poder por la hegemonía de Europa que imponía la dignidad imperial de Carlos V, así como la dinastía asumió la dirección de la lucha contra la Reforma, que a la larga produjo el empobrecimiento, la pérdida del prestigio internacional y, al fin la decadencia.

Entre tanto, el espíritu absolutista de los reyes y de sus sucesores pone en peligro la unión de los reinos, provocando con sus desacertadas medidas y sus atentados a las libertades de los pueblos

la guerra de Cataluña, los conatos de rebelión aragonesa y andaluza y la consumación de la separación de Portugal. El ideal absolutista tuvo su verbo en el Conde-Duque de Olivares, obsesionado por el ejemplo de Richelieu y tratando él mismo de convertirse en un Richelieu de vía estrecha. El valido de Felipe IV, consignó sus métodos de gobierno en el célebre Memorial al rey, aconsejándole provocar rebeliones para poderlas sofocar después y tener pretexto para abolir las legislaciones particulares de los reinos de su corona y reducirlos a las "leyes de Castilla", junto con otros procedimientos maquiavélicos que constituyen un precedente ilustre de los empleados más tarde por Hitler y los políticos totalitarios.

El Estado de los Austrias, el Estado-Iglesia que decía don Fernando de los Ríos, con su pretendida identificación con la ortodoxia católica mantenida a sangre y fuego con la Inquisición, creó una nueva superestructura y una nueva desviación de la trayectoria natural de los pueblos españoles. Además, con su política europea se vio obligado a malograr los beneficios de las riquezas de América, malgastadas para sostener las guerras a que aquella política obligaba. Cierto que entre tanto España creaba los valores de su literatura y de su arte, que vivía su siglo de oro en las letras, si no en su política, influyendo en la cultura europea y que, después de la epopeya americana, trasmitía a los pueblos del Nuevo Continente su lengua, su religión y su cultura, incubando, con la aclimatación de sus gentes en él y su mezcla con las poblaciones indígenas, el nacimiento de nuevas naciones que más tarde llegarían a la madurez. Pero en todo ello hay que ver lo que será en adelante la nota permanente de los pueblos españoles: el estado de la superestructura es a menudo un obstáculo para el desarrollo natural de sus pueblos y mucho de lo logrado se debe más a la acción individual que a la del gobierno. Y muchas de las empresas americanas se realizan contra el parecer y aun con la hostilidad de las autoridades estatales —México entre ellas— y, si del Consejo de Indias sale una legislación ejemplar en muchos aspectos, queda en pie el problema de su cumplimiento, así como su burocracia obra de manera retardataria: recuérdese la historia de la Universidad de Guatemala, intentada crear poco después de la Conquista y cerrados sus colegios por los capitanes generales, sólo lograda bajo Carlos II con más de un siglo de retraso, después del legado del obispo Marroquín en el siglo XVI.

España habrá ya de vivir permanentemente bajo una superestructura. La nueva dinastía borbónica, al imponer "su orden" —primero con las armas al terminar con las libertades de Cataluña, de Valencia y de Mallorca, luego con el trasplante de los métodos centralistas franceses—, no logrará terminar las diferencias de los pueblos ni su espíritu de libertad, aunque parezca dormido. Las

corrientes de la Ilustración, si provocan un renacimiento de la civilización española y ésta parece incorporarse en sus selecciones a Europa, de nuevo, habrán de luchar con las supervivencias de todo lo que queda en España de arcaico y de reaccionario, sin que logren superarlos los ministros "ilustrados" de Carlos III. Feijoo, que no era precisamente un heterodoxo, tuvo que ver con la Inquisición y hubo un informe de los "técnicos" oficiales contra la canalización de las aguas del Guadarrama, alegando que si Dios los hubiera querido hacer navegables ya lo hubiera hecho.

Precisamente data de entonces la escisión de la sociedad española en un sector de tendencias liberales en perpetua lucha con el que perpetúa la otra mentalidad. Ello aparecerá patente en el siglo XIX, ya durante la guerra napoleónica en que la explosión del espíritu de independencia de los pueblos españoles organiza la resistencia al invasor y no acepta la imposición por él de reformas que implantan las Cortes de Cádiz, o mejor dicho un sector de ellas, imbuido de las ideas salidas del pueblo a cuyo caudillo se está combatiendo.

Restaurada la monarquía fernandina, que tampoco "ha aprendido ni ha olvidado nada", la lucha entre la España liberal y la reacción proseguirá sangrienta con guerras y represiones, perpetuándose las intervenciones militares, en realidad tendientes a constituirse en casta dominante independientemente de toda ideología y adoptando, según las conveniencias del momento o del medro personal, unas u otras direcciones. La monarquía española pretenderá continuar las peores tradiciones del absolutismo.

No habían sabido los reyes del siglo XVIII modificar la organización de su imperio americano, para lo que el Conde de Aranda propuso algo como un "*Commonwealth* de naciones", y en el siglo XIX, después de combatir su independencia hasta el último momento—Cuba—sentirá constantemente la añoranza del poder perdido. Sólo por la fuerza de los hechos se convertirá en monarquía seudo-constitucional, en la que las instituciones democráticas se abren paso trabajosamente y, a menudo, mediante la imposición de las nuevas superestructuras caciquiles resulta ilusorio el funcionamiento del mecanismo constitucional.

La monarquía y sus gobiernos, desconociendo la realidad de la subsistencia de los pueblos que aspiran a ser libres y a gobernarse de acuerdo con sus modalidades peculiares, creará el problema "regional", en realidad algo más que lo que indica esta palabra, pues vascos, catalanes y gallegos se consideran como formando verdaderas naciones y el deseo de autonomía que respeta las particularidades no escapa a los aragoneses, valencianos, mallorquines y hasta a los andaluces—incluso en Castilla ha habido federales.

Tales tendencias no negaban la pertenencia a un conjunto en que la convivencia se organizase mediante la libre colaboración que haría más fuerte la integración de los pueblos en él, a no ser impuesta; pero eran constantemente tildadas de "separatistas" y se rechazaba todo intento de solución federal o hasta de mera autonomía administrativa.

A pesar de todo se producía el renacimiento de España en todos los órdenes de la cultura y se volvía a mirar a Europa, lográndose los resultados con frecuencia en lucha contra el Estado. La renovación de las universidades vino después de la destitución de los catedráticos renovadores, de la creación de la Institución Libre de Enseñanza y del magisterio de don Francisco Giner y de Cossío visto con recelo por los ambientes oficiales. Sólo trabajosamente se abrían paso en los escalafones los pensionados de la Junta de Ampliación de Estudios que perseguía su labor a fuerza de habilidad diplomática de sus gestores. En Cataluña, la creación de instituciones de cultura era vista con recelo por el Estado y su actuación era a veces casi clandestina—la Universidad de Barcelona no pudo acoger, por prohibición ministerial, cátedras de historia y de literatura catalanas y a la Facultad de Filosofía y Letras se le prohibió la creación de una biblioteca propia.

Los intentos del último rey de intervenir en la política española, apoyado en la clase militar y sus procedimientos—que dieron lugar a que se difundiese el neologismo "borbonear"—, llevaron, después de los desastres de Marruecos—en que aquella casta buscaba nuevas zonas de influencia y logros personales que no eran ya posibles perdido el campo de maniobras cubano— al establecimiento de la dictadura de Primo de Rivera y, al fracasar ésta, a la caída de la Monarquía.

La República, que abre una nueva época de renovación y de esperanzas, habrá de ser combatida interiormente por todas las supervivencias de las antiguas superestructuras en sus intentos generosos de enfrentarse con los problemas seculares: organización de la democracia, cuestión agraria, reivindicaciones sociales, libertad religiosa, problema de las autonomías de los pueblos. Aciertos y errores de procedimiento, improvisaciones y subsistencia de divisiones no superadas por un espíritu cívico que no había podido madurar, persistencia en grandes sectores de las malas tradiciones del pasado, contagios de las ideologías y los procedimientos fascistas extranjeros. Todo ello debilitó la República, que no pudo subsistir después de una lucha heroica de tres años contra un ejército ayudado por las potencias totalitarias, en medio de la indiferencia suicida de las democracias que no supieron comprender que la guerra de

España era el pródromo de la que luego ellas mismas tuvieron que sostener a vida o muerte.

Luego, la imposición de una nueva superestructura que no resuelve ningún problema y que perdura, explotando hábilmente la situación internacional y el cansancio de los pueblos españoles anestesados por el régimen, cuya propaganda esgrime el pavor del caos que supone produciría su caída, dificultada la resistencia de los elementos renovadores de la sociedad española, sobre todo de su juventud, por los resortes policíacos y por la desorientación producida por la larga opresión. Pero se ha cumplido la profecía de Unamuno: "venceréis pero no convenceréis". A nadie han convencido los intentos de crear una nueva ideología con la restauración de la "unidad" nacional "rota por la República", con la "cruzada" y los asomos de revivir en ciertos momentos caducas aspiraciones imperiales —el imperio azul— y con el huero "hispanoamericanismo" o con las camaleónicas evoluciones desde un régimen más o menos totalitario a la llamada "democracia orgánica", con simulacro de asamblea nacional —naturalmente consultiva— y código de derechos de los españoles que quedan en el papel y no menos con declarar a España un reino sin rey.

Todo queda en pie. Si España logra salir del marasmo en que se halla —¿cómo?— tendrá que rectificar todos los errores acumulados por las superestructuras y hacer frente de nuevo a todos los problemas acumulados secularmente. Constituir al fin su comunidad de pueblos, rehacer la economía, organizar una libertad y un orden democráticos, no vivir de espaldas al mundo y, sobre todo, convencer a los españoles de la necesidad de una convivencia y de que es preciso tolerar las divergencias y no pretender imponerse por la fuerza.

ESPAÑA ANTE LA COMUNIDAD ECONÓMICA EUROPEA

Por *Enrique RUIZ GARCIA*

EN diciembre y enero de 1961 y de 1962 —respectivamente— se vivió en España no sólo con interés y curiosidad, sino con gran expectación, el gran debate que por esas mismas fechas animaba las reuniones del Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea. Día tras día se cerraban las sesiones sin que aquélla llegara a un acuerdo sobre el punto central de la discusión: la creación de una Europa agrícola de carácter comunitario. Como era sabido, y con este paso, se iniciaría la segunda etapa del Mercado Común.

Oficialmente era el 1º de enero de 1962 cuando debía dar comienzo esa fase, pero sólo a altas horas de la noche del 13 al 14 de ese mismo mes se pudo llegar, finalmente, a la decisión positiva. En realidad no era lo mismo preparar y ordenar los planes de una Europa agraria, dependiente de millones de personas y con numerosas complejidades estructurales, que llegar a un acuerdo de integración sucesivo entre los grandes *trusts* del carbón o el acero. Al fin y al cabo la gran industria había sido la primera en reconocer que sus intereses de expansión y desarrollo sólo podían afirmarse y cumplirse en un gran mercado de expansión supranacional.

En España, país de comercio exterior ampliamente agrario —el 55 por ciento en 1961—, el problema preocupaba grandemente. Por esos mismos días, sin embargo, salía a los escaparates de Madrid un libro de Larraz —ex Ministro de Hacienda— en el que se inclinaba a creer que el acuerdo sobre la agricultura se retrasaría muchísimo y que quedaba tiempo por delante para pensar en las complicaciones que ello originaría. La irónica fatalidad hizo posible que el libro y el histórico acuerdo de la Europa dinámica se produjeran al mismo tiempo. Por otra parte, Larraz, reflejando bien la tipificación de un cuadro social retardatario, afirmaba que España tenía que cumplir en el Mercado Común "misiones plásticas y místicas de importancia". En realidad, parecía una burla. Pero una burla en contradicción con la dimensión misma de los hechos y la tensión del pueblo español que ha intuido claramente, con sa-

gacidad, el gran cuestionario de transformaciones y de reformas que el Mercado Común acarrea para España.

Por lo demás, y pese al inmovilismo estupefaciente ya citado como ejemplo, España se veía obligada a solicitar, el 9 de febrero, antes de cumplirse el mes de la decisión europea, la petición de negociaciones para una posible asociación al Mercado Común. El gobierno sabía que con la solicitud ganaba tiempo ante la opinión pública—por modesta que fuera la función de ella apenas cabía duda que el temario europeo tenía fuerza propia—y que, sin embargo, no comprometía a plazos radicales porque, en caso de aceptarse la solicitud, la negociación tenía que ser larga y delante estaba, además, el dilema previo del encuentro entre Inglaterra y el Mercado Común.

Para los españoles, sin embargo, el problema está ahí—y a favor o en contra de la integración—nadie duda de que constituye el verdadero desafío histórico que va a heredar España: el de su desarrollo a niveles europeos.

I. *Mínimos antecedentes del problema*

LA Comunidad Económica Europea ha visto la plena luz del sol el 25 de marzo de 1957 al firmarse en la capital italiana el famoso Tratado de Roma. Seis naciones—Alemania, Francia, Italia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo—a través de sus principales mandatarios, suscribieron los 248 artículos del acuerdo disponiéndose a dejar atrás la etapa del nacionalismo histórico para reconocer un hecho perentorio: que el progreso industrial y social, en el día de hoy, es incompatible con las fuerzas de una sola nación, incluso aunque ésta posea el rango industrial de cualquiera de los grandes países europeos. Al revés, el desarrollo contemporáneo, en el seno de la Edad Atómica y la Edad del Espacio, sólo es concebible a nivel de las *naciones-continentes*.

II. *Primeras reacciones en cadena*

POR supuesto, y al mismo tiempo que se producía el éxito y duración del Mercado Común, dos grandes *naciones-continentes* plantearán las primeras reacciones internacionales: Norteamérica y Rusia.

La primera, en líneas generales, estaba de acuerdo con el establecimiento del Mercado Común, porque consideraba que a la larga éste terminaría convirtiéndose en un vasto circuito de "libre comercio occidental". Sin embargo, no estaba de acuerdo Norte-

calificación, puesto que en 1961 produjo 750,000 automóviles y matriculó entre los italianos, en un año 495,000— con una altísima cualificación técnica como resultado de una misma y compartida experiencia en la I Revolución Industrial.

Por otra parte, en los grandes sectores de la siderurgia, los seis países habían llegado ya a un alto grado de concentración a través de la comunidad del carbón y el acero que, creada el 18 de abril de 1951, ha sido la estructura básica sobre la que se edificaría, posteriormente, el edificio del Tratado de Roma. Para ver el curso de ese acontecimiento, nada mejor que observarlo a través de las cifras del acero:

*PRODUCCIÓN DE ACERO (EN MILLONES
DE TONELADAS)*

Años	Estados Unidos	Comunidad Europea	Rusia
1952	84	41	35
1955	106	52	45
1957	102	60	51
1960	90	73	65

Este colosal crecimiento de la Comunidad de los seis determinó, en principio, un más agudo distanciamiento con la Europa pobre, esto es, con la Europa Meridional en la que se encuentra inserta, con parecidas o equivalentes categorías, la nación española. Y es justamente esta ancha diferenciación económica con respecto al Mercado Común donde radica y se centra el dilema español de los años próximos, porque la cuestión no se puede plantear ya en un desarrollo hacia el aislamiento sino sobre un desarrollo hacia la competición. De repente, pues, la Reforma Agraria, la reconversión industrial y la transformación institucional para hacer posible esa empresa se han convertido en el eje político del futuro. La contradicción patente con el aglutinante institucional del Régimen parece, incluso a los observadores más neutrales, absolutamente clara. De todas formas sólo el examen de esa realidad, con el ojo alerta y el propósito absolutamente objetivo, nos dirá *en qué altura de los tiempos* nos encontramos con relación a ese gran desafío histórico de Europa.

IV. *La población española desde principios de siglo*

ACTUALMENTE la población de la Comunidad Europea está compuesta por 170 millones de habitantes —186 en los Estados Unidos y 210 en Rusia— lo que constituye una cifra considerable si se tiene en cuenta su alto ritmo industrial.

No se sabrá con certidumbre, hasta después de verificado totalmente el último censo, la cifra real de la población española, pero los avances realizados hasta el momento por el Instituto Nacional de Estadística —30.116,721 en 1960— hacen suponer que la población española en 1962 se acerca ya a los 31 millones de habitantes.

A) *Primera valoración sociológica*

El primer censo que se elaboró en España con alguna precisión fue realizado bajo el reinado de Felipe II en el año 1594. Por aquel entonces, con el inmenso derroche de energías españolas, la población censada ascendió, solamente a, 8.206,791 personas. El que se hizo en 1860 establecía una población de 15.454,515 habitantes. Pero en orden a este censo cabe hacer algunas curiosas exploraciones sociológicas, porque se tienen a mano los efectuados en las ciudades de Madrid y Barcelona por sectores de trabajo.

En 1860, hace un siglo, los obreros no eran nada más que el 0,9 por 100 de la población, pero el servicio doméstico constituía nada menos que el 25,3 por 100 de todos los efectivos laborales. Los miembros de las Fuerzas Armadas eran el 7,5 por 100 y los maestros de primera enseñanza el 0,4.

Esta imagen sociológica es, por supuesto, absolutamente feudal, pero no lo era ya en Barcelona donde comenzaban a aparecer, con cierta fluidez, los nuevos cuadros. Así, por ejemplo, los obreros representaban en ese año el 17,4 por 100 de los efectivos laborales y el servicio doméstico el 11.

B) *Descenso de la familia*

Al iniciarse los compases del siglo XX, en 1900, España contaba con 18.594,405 habitantes. Ya he proporcionado las cifras actuales, pero de todas formas tres hechos paralelos parecen desprenderse del análisis demográfico de los últimos treinta años:

a) el descenso del tamaño medio de la familia que ha pasado de un promedio de 4,09 personas en 1930 a 3,7.

b) la reducción de la natalidad que ha pasado de 35 nacimientos por cada 1,000 habitantes en 1900 a 20 por cada 1,000 en 1941 para ser calculada, ahora, en un 21,7 por mil en 1957.

c) un gran descenso de la mortalidad que ha pasado del 27,7 por 1,000 en el año 1901 al 9,5 de promedio durante los años 1952 a 1957. Incluso se asegura que, ahora, se está en una cifra inferior al 9 por 1,000. De todas las maneras se trata de uno de los coeficientes más bajos de Europa.

C) *Tendencia a "envejecer"*

De todo ello resulta, en grandes líneas esquemáticas, que la población española tiende a *envejecer* puesto que su tasa anual del crecimiento se sitúa con leves oscilaciones en el 1 por 100 —un 0,7 en Europa Occidental, pero un 2,7 globalmente para América Latina y un 1,8 para los Estados Unidos— y cuyos últimos resultados son del siguiente orden: *que desde 1940 la población en edad de escolaridad obligatoria (de 6 a 11 años) ha venido disminuyendo incesantemente*. El Ministerio de Educación Nacional aportó recientemente los datos siguientes:

Población escolar (de 6 a 11 años) en 1940 ..	3.322,657
Población escolar en 1959	3.253,046
Población escolar en 1960	3.137,526
Población escolar en 1961	3.131,777

En este capítulo concreto, por tanto, España se separa de los pueblos poco desarrollados y en los cuales uno de sus caracteres suele ser siempre un alto crecimiento demográfico. Pero ese carácter de lento envejecimiento que caracteriza en Europa a los pueblos superindustrializados —salvo en Holanda donde se mantiene un óptimo ritmo anual del 1,4 por ciento— sirve en el caso español para acentuar el *inmovilismo* institucional o estructural en virtud del hecho mismo de ser la presión demográfica bastante baja. Es preciso añadir a este dato otro no menos destacado y que corrobora el anterior: la válvula de escape de la emigración que alcanza una tasa anual mínima de 60,000 personas sobre un crecimiento natural de poco más de 300,000.

D) *Caracteres de la emigración*

Para tener en cuenta la significación de este hecho considérese, por ejemplo, la atracción vital que ejerce sobre el obrero especialista español el mercado de trabajo europeo. Por ejemplo, en febrero de 1961 se calculaba el efectivo español trabajando en Alemania en unos 25,000 obreros. En marzo de 1962 se consideraba, a su vez, que su número había llegado a 75,000. Este éxodo acuciante hacia Europa —Suiza ha contratado 5,000 agricultores— ca-

racteriza hoy de una manera sintomática el nivel psicológico de las apetencias del obrero o del especialista español que ya no piensa en dar el salto a América, sino en establecerse en el área de los grandes salarios de tipo europeo. Este dato terminante es de mucho más calado y de mayor significación política, en cuanto al cambio de mentalidad y de ambiciones, que muchos otros. Incluso en una cruda y valerosa obra de teatro de un joven autor—Olmo— se recoge este nuevo género de aventura. Su estreno en Madrid, en la temporada pasada y después de haber sido censurada durante un tiempo, fue un éxito clamoroso.

V. *La estructura del sector laboral*

POR la estructura de los sectores laborales, España sigue siendo un país de tendencia agrícola y, por tanto, perfectamente encuadrado en la Europa Meridional, aunque posea ya, sin duda también, un marcado coeficiente de diversificación industrial.

Para comprender la situación presente nada mejor que asistir a su división por sectores de trabajo:

La agricultura ocupa al 42 por ciento.

La industria da trabajo al 29.5 por ciento.

Los servicios controlan al 28.5 por ciento.

Antes de proseguir conviene tener en cuenta, en primer término que la población activa del Mercado Común es, en promedio y con relación a la población total, un quince por ciento más alta que en España. Añadamos, por último, que el promedio de población agraria en la Comunidad Europea apenas si llega al 21 por 100 del total de la población activa.

En orden al origen del producto nacional bruto, y con respecto a esos tres sectores, la situación actual española es del siguiente carácter:

La agricultura produce el 27.5 por 100 del P.N.B.

La industria representa el 31 por 100 del P.N.B.

Los servicios constituyen el 41.5 por 100 del P.N.B.

Es obvio, por tanto, que la Agricultura sigue siendo un capítulo decisivo de la economía española, porque ocupa al mayor promedio de población activa y casi representa, en la renta nacional, una tercera parte, según las cosechas.

En la Comunidad Europea, esto es, en el Mercado Común la curva sectoral da un cambio brusco y se sitúa e instala, claramente,

en las grandes unidades superindustriales. En números redondos, y antes de analizar algunos casos concretos, el origen del producto nacional bruto en la Comunidad Europea es como a continuación veremos:

Agricultura	Industria	Servicios
el 12 por 100	46,5	41,5

En orden a los países, y tomando individualmente a Alemania, Italia y Bélgica, el distinto desarrollo entre sí no es comparable al que mantienen con respecto a España, puesto que en ningún país del Mercado Común la agricultura ocupa un plano tan elevado como en el nuestro. En Alemania, por ejemplo, la agricultura proporciona el 8 por 100 del producto nacional bruto, en tanto que es el 50,8 en la industria. En Italia la agricultura suscita el 18,7 por ciento del ingreso nacional, pero la industria el 42. A su vez, y respectivamente, las cifras para Bélgica son las siguientes: el 7,5 por 100 y el 48,1 por 100.

Si hiciésemos una recapitulación por los países de Europa Meridional encontraríamos, al revés, promedios semejantes al español.

ORIGEN DEL PRODUCTO NACIONAL BRUTO (Cuadro: del Centre National du Commerce Extérieur)

Países	Agricultura	Industria	Servicios
Portugal	29	38	33
Chipre	25	30	45
Grecia	35	25	40
Turquía	42	21	37

VI. *La agricultura española por dentro*

Es ostensible que cuando se habla de la agricultura española se toca, sin duda, un hondo problema nacional que se centra en el inmovilismo feudal, de un lado, y en el dramático planteamiento geográfico de la Península que recibe, en su gran meseta central, seis veces menos lluvia que la recogida en la Europa nórdica y central.

Viviendo sobre la agricultura están, cuando menos, 4.783.339 campesinos —mano de obra activa, se entiende—, pero este hecho

es eminentemente grave para nosotros, porque somos uno de los pocos países europeos que no ven disminuir la cifra, pues si decrecen los coeficientes con respecto a la población total (un 44,04 en 1951 y un 42,3 en 1957) no menos verdad es que la gran masa laboral agraria se mantiene e incluso aumenta:

Eran 4.613,641 campesinos en 1951

Eran 4.695,633 campesinos en 1954

Eran 4.750,525 campesinos en 1956

El Consejo Social de los Sindicatos Españoles, en su ponencia sobre el Empleo, consideraba que la masa campesina excedente *no es inferior al millón y medio ni superior al millón ochocientos mil*, pero tan enorme cifra es ya, por sí misma, exponente clarísimo del problema.

A) *La estructura fiscal en la agricultura*

Cuando se habla en España de la Reforma Agraria y cuando se considera el género de luchas terribles, violentas y dramáticas que se han suscitado para resolver una situación feudal que en Europa comenzó a ser liquidada a partir de 1750—con el impuesto geométrico sobre la tierra—se entiende bien la naturaleza de la cuestión. Cuestión que en este punto el Régimen ha inmovilizado totalmente, porque las reformas técnicas realizadas no han alterado el supuesto anterior: la injusticia, la estructura feudal y el débil rendimiento por hectárea.

De acuerdo con los datos fiscales de 1958 del Ministerio de Hacienda español, las diversas categorías de la agricultura española se descomponían en unos datos que proporcionan, por sí mismos, una imagen muy dramática de la distribución de la tierra, puesto que pueden presentar estas tremendas cifras:

el 93,7 por 100 de los agricultores representaba nada más que el 27 por ciento de la renta imponible total.

Pero, sin embargo, por el otro lado, la situación se conforma de esta manera:

el 6,4 por 100 de los agricultores representa el 55,2 por ciento de la renta imponible.

Es preciso tener en cuenta, además, que solamente 3.350.000 campesinos aparecen en el análisis fiscal citado de donde resulta que el resto—hasta un mínimo de 4.783.000—no cargan con gravamen impositivo alguno lo que ya significa, por sí mismo, una anchísima

masa proletaria que difícilmente pueda ser considerada dentro del área del consumo nacional.

Estos datos nos aproximan, casi sin darnos cuenta, al otro gran dilema español nacido a la vez de la historia señorial—la Reconquista, las concesiones de tierra y las encomiendas— y de la dureza climática o de las condiciones geográficas y políticas de España. Me refiero a esta doble lacra: el latifundio y el minifundio.

Al latifundio se debe la aparición en España, desde hace siglos, del régimen de los llamados cultivos de extensión, el bajo rendimiento en razón del escaso interés en mayores esfuerzos, porque los rendimientos son suficientes para los propietarios absentistas, aunque ello signifique la pobreza en la región.

B) *Caracteres del latifundio español*

Actualmente se consideran como áreas de latifundio, según los estudios catastrales españoles, a una amplísima zona que comienza en Castilla la Nueva, baja a Extremadura, penetra en Andalucía por Córdoba y se extiende, horizontalmente, por Andalucía. Oficialmente el 23,4 por ciento del territorio nacional está representado por propiedades de 50 a 250 Ha., pero por encima de las 250 Ha. está el 13,4 del territorio.

Estas cifras, frías y sintomáticas en su porte global, requieren un análisis más profundo, y por provincias, que acaso sirva para determinar el grado del inmovilismo a ultranza de duro servilismo, que se desprende de algunas de ellas. Baste decir, por ejemplo, que en Badajoz, hasta el Plan del mismo nombre, el 45 por ciento de la superficie de la provincia estaba ocupada por fincas de latifundio. Para Sevilla el porcentaje es de 43,3 por 100; para Cáceres del 42; para Cádiz del 41,9 por ciento; para Huelva del 36,2. . .

Cuando durante la Segunda República se promulgó la Ley de Reforma Agraria se hizo patente, por ejemplo, que los 99 grandes de España eran propietarios de 577,359 Ha., pero el dispositivo justo y reformador—se expropiaron y ocuparon en total 117,837 Ha. en dos años y se asentaron solamente 12,260 agricultores—tropezó con la imprevisión, la falta de preparación de mucha gente y con una planificación insuficiente a la hora de centrar los objetivos en un país como el español donde la liquidación del latifundio tiene que ser acompañada de la concentración del minifundio y de un plan de desarrollo integral. No obstante, aquella importante iniciación quedó clausurada y muerta después de la guerra civil. El régimen sólo ha estado inclinado por la reforma técnica, pero nunca por la reforma estructural y social. Menos por la expropiación

y división de las grandes e inútiles tierras de latifundio. Inútiles, al menos, en casos.

De todas formas, y para que se considere plenamente el nefasto carácter del latifundio en la vida española baste ver, por ejemplo, la imagen social de Badajoz en 1948 poco antes de iniciarse el Plan de ese mismo nombre y según los estudios que para la realización de aquél realizaron los técnicos. He aquí tres hechos globales:

- a) Bajísima densidad por kilómetro cuadrado, puesto que era sólo de 37 habitantes cuando la media nacional era de 56.
- b) Altísimo coeficiente de analfabetismo que llegaba, en la provincia de Badajoz, al 26,2 por ciento.
- c) Terrible distribución de la renta, puesto que el 91 por ciento de la población percibía el 60 por 100 de la renta en tanto que el 9,94 se aseguraba, a su vez, el 51,5 por ciento.

Ultimamente, cuando el país ha considerado como inevitable el planteamiento de una Reforma Agraria que sea a la vez técnica y social, que derribe el *status* feudal y proletario de la tierra para crear nuevos horizontes, pero de cara a las necesidades reales de una coyuntura agraria europea en la cual tendremos que elegir determinadas funciones, porque nos va la vida en ello y no puede ser un simple juego de retóricas de la violencia o de retóricas del inmovilismo, en el diario *A.B.C.*, de Madrid, se han publicado apasionados artículos de defensa del "latifundismo paternalista". Pero todo su montaje dialéctico se acaba en ese esquema de Badajoz, pero que es igual al de Cáceres o Sevilla y que se repite, de la misma suerte, con la más baja densidad por kilómetro, el menor rendimiento por hectárea y el mayor porcentaje de pobreza, en el Portugal del sur que yo he podido recorrer con jóvenes y doloridos amigos portugueses. Sin embargo, en el norte portugués existen, al contrario, 540,557 propiedades (el 91 por ciento del total) que tienen menos de cinco hectáreas. El mismo problema que el nuestro.

En este último capítulo, en el de la concentración parcelaria, entre 1953 y 1960, se ha cubierto en España un plan de 258,000 Ha. Es una cifra insuficiente—la tierra cultivable son 20,5 millones de Ha.—y que si bien es cierto que ha aumentado la renta en las áreas donde se ha emprendido no ha venido a resolver el problema de su distribución, sino que ha aumentado, al contrario, el sentido de propiedad entre los labradores afectados, puesto que sólo unos pocos han ganado con ello. Es obvio que en estos casos el dinero del país tiene que servir, a la vez, para la reforma técnica

y la ampliación del estatuto social. Caso contrario sólo se hace más fuerte a los más fuertes.

C) *Los rendimientos por hectárea*

Dados estos hechos apenas cabe duda de que su resultado final, en orden a la producción por hectárea, tiene que ser fatal. Así es, sobre todo, en el campo del trigo que sigue siendo una producción básica en los países de Europa Meridional.

En este punto España, Grecia y Turquía se encuentran, aún, con promedios de 10.4 quintales por hectárea—8,89 de 1931 a 1935—, en tanto que se sitúa en los siguientes promedios la Europa del Mercado Común:

27,6 quintales por Ha. en Alemania.
 21,8 en Francia.
 17,7 en Italia (promedio de 1952-55).
 32,9 en Bélgica y Luxemburgo.
 38 en Holanda.

La desocupación encubierta en la agricultura—un 30 por 100 en Grecia; un 55 por 100 en Portugal y un 45 en España—acentúan estos contrastes.

Los índices de producción media son en determinados sectores como el algodón y otras producciones nacidas al compás del regadío, esto es, aprovechando el salto que se ha dado de 1.350,000 hectáreas de regadío, en 1920, a 1.850,000, en 1960, el avance más fuerte ha sido en el algodón que de una producción insignificante, en 1935, ha pasado a 317,000 toneladas en 1961 con un aumento del 76,1 por 100 sobre las 180,000 toneladas de 1960. En la remolacha, con 3.501,000 toneladas en 1961, el incremento es enorme, pero los índices de producción agrícola media por habitante continúan siendo insuficientes e incluso inferiores a los índices de aumento de la población, aunque justo es decir que esos coeficientes están aumentando grandemente a partir de 1955, aunque todavía en ese año no se hubiera alcanzado el índice de producción por habitante, en relación con el aumento de población, de 1931.

D) *Mecanización y fertilizantes*

El parque actual de tractores españoles se considera en una cifra levemente superior a las 70,000 unidades—frente a las 10,000 de 1950—y todo hace suponer que llegará a las 82,000 con la producción global del año 1962.

La producción de tractores ha seguido, en los últimos años, un ritmo ascendente pasando de 9,000 en 1960 a 12,000 en 1961. Es preciso decir, no obstante, que Alemania Occidental tiene un tractor por cada once hectáreas; Holanda 1 por cada catorce; Bélgica 1 por cada 19, e Italia uno por cada 63. En el caso de Francia considérese, a su vez, que en 1960 construyó 64,000 tractores y 68,500 en 1961. Estos datos no los proporciono, por supuesto, para acentuar las distancias—lo que sería simplemente pueril o vil—, sino para exaltar el espíritu creador, para advertir, por último, que una política de desarrollo no puede hacerse a espaldas del país y que se necesita su concurso global. En otras palabras que no existe la posibilidad de efectuar una Reforma Agraria útil a los intereses nacionales sin una profunda reforma del esquema político e incluso mental.

Para un país agrario, por otra parte, el problema de los fertilizantes es fundamental. En España las primeras industrias de nitrogenadas creadas antes de la Guerra Civil tuvieron que cerrar sus puertas ante el *dumping* extranjero. Posteriormente, entre 1940 y 1950 la ausencia de grandes importaciones provocó unos rendimientos bajísimos en los cereales. Actualmente—1961— el consumo de fertilizantes nitrogenados ha sido de 1.400,000 toneladas de las cuales España ha producido el 43 por 100, en tanto que la producción de fosfatos se sitúa ya en el 1.700,000 toneladas. Pero incluso así, nuestro consumo sigue siendo muy bajo, algunas veces de una a dos y de una a tres con respecto al consumo que se realiza, según la O.C.D.E., en los países del Mercado Común Europeo. Y este dilema es tanto más considerable con respecto a los niveles europeos sobre todo si se tiene en cuenta, por ejemplo, que la producción de fertilizantes nitrogenados en 1961 (611,000 toneladas) se incrementó en un 33 por ciento con relación a 1960.

Tal desproporción resulta de una sola cuestión: que la renta nacional española se haya situada a más de tres veces de la renta de casi todos los países del Mercado Común y que, por lo tanto, la negociación hacia el proceso de asociación descansa sobre un terreno enormemente movedizo: la velocidad que proporciona a estos países su diferente punto de arranque. El esfuerzo español a realizar en los próximos años, en el cuadro de una planificación democrática adecuada, tiene que ser extraordinario.

VII. La industria española

EN el año 1961 la renta industrial, a precios constantes, ascendió a 156,055 millones de pesetas (la renta nacional a 497,700 millo-

nes a precios constantes y a 320,700 si se efectúa la valoración en pesetas de 1953) lo que significó un aumento real del 5,6 por ciento.

Pese al indudable y notorio crecimiento de algunos sectores —la energía eléctrica ha pasado de una producción de 3,272 millones de Kwh. en 1935 a 20,700 en 1961— como la siderurgia, la industria química, la industria textil y la producción automovilística, el problema de reconversión industrial preocupa, hoy, hondamente a todos los sectores españoles de cara, por supuesto, al Mercado Común.

El Informe de la O.C.D.E. de mayo de 1962 no escatima puntualizaciones duras sobre esta situación hasta el extremo de afirmar que es imprescindible la "adopción de una nueva política para operar, al tiempo, vastas reformas de estructura en numerosos sectores lo que plantea, en una cierta medida, la cuestión del orden de prioridad. . ."

La ley de prioridades constituye, como es sabido, uno de los puntos más delicados en un plan de desarrollo, porque sólo puede constituirse o bien de acuerdo y con el concurso de los distintos sectores nacionales o bien por un medio autoritario. El Régimen español puede efectuarlo por este camino, pero las reformas de estructura a realizar están, en gran parte, en contradicción absoluta con los supuestos mismos de la política oficial. En realidad, y en el curso de los últimos años, aunque se han creado algunos grandes complejos industriales con la debida concentración, el promedio de millares de industrias pequeñas mal utilizadas, y de otras grandes que han sido verdaderos monopolios al amparo del proteccionismo arancelario o político, constituye un dilema esencial para la reconversión española. El Informe de la O.C.D.E. sobre este punto es muy crítico y tenso y advierte, finalmente, "que una política de desarrollo industrial deberá comportar la adopción de reglas económicamente justificadas para el funcionamiento de las empresas del Estado, lo que deberá suponer la necesidad de modificar la estructura de la producción y los planes de inversión actuales. . ."

A) Aspectos de la producción industrial

En enero de 1960 el parque de vehículos españoles se componía de los siguientes grupos: 381,000 automóviles; 68,262 vehículos pesados y 554,894 motocicletas. Como es obvio y patente este parque es insuficiente totalmente para una gran política de expansión —la Europa del Mercado Común tiene ya un automóvil por cada 11,5 personas y una producción impresionante, puesto que Ale-

mania fabrica, actualmente, 2.147,000; Francia, 1.203,000; Italia, 759,000, y Bélgica, 250,000—pese a que el aumento en la producción española es constante y a gran cadencia. Baste ver los siguientes datos de 1960 y 1961:

Camiones ..	15.580 y 26.100 respectivamente
Turismos ...	39.732 y 49.835 respectivamente
Motos	87.691 y 99.700 respectivamente

En los últimos diez años el desarrollo de la industria automovilística española ha sido considerable y ello es innegable, pero "con una protección casi total frente a la competencia extranjera. En el futuro, sus condiciones habrán de ser distintas y dependerán de su capacidad de reducir costes. . ." Estas palabras son del Informe del Banco de España en 1961 y de verdad planean sobre el punto clave y vital del problema industrial español en el futuro: *los costes y la competición*. La negociación histórica con el Mercado Común no sólo entraña, pues, una reforma institucional, democrática, sino un plan, esto es, un sistema y un procedimiento que tiene que ser servido, a la vez, con autoridad y con perspectiva a largo plazo. Al menos para dos planes quinquenales.

Es de añadir, porque ello ya ha traído aparejadas numerosas polémicas, que el problema de asociación o integración de que tantas veces se habla con respecto a España no se reduce sólo al nivel ideológico y político, es decir, a "que España no puede integrarse en el Mercado Común porque carece de instituciones democráticas". Esta tesis parte de un principio equívoco, el del menor esfuerzo, esto es, creer o considerar que nuestro problema es en *una sola dirección*. Al revés, es preciso decir que la *integración total* asumiendo todos los derechos y deberes que el carácter de miembro completo acarrea nos es imposible en el momento presente (incluso aunque España fuera una Democracia auténtica), porque el Mercado Común está constituido, comunitariamente, por un grupo económico homogéneo que es capaz, por su alto condicionamiento estructural, de cumplir los compromisos que acarrea el rápido desmantelamiento aduanero de Europa sin peligro caótico para sus respectivas economías. Nuestro país no está posibilitado para hacer lo mismo.

España, que dedica al Mercado Común casi el sesenta por ciento de sus exportaciones y le exporta sus más importantes, caros y decisivos productos agrarios como la naranja y las frutas, no tiene otra solución inicial ante sí, por hoy, que la *asociación*. El punto de partida tiene que ser, por tanto, lógico, sereno, frío y realista.

La asociación, sin embargo, no es nada más que una petición

de tiempo, es decir, una pausa o un plazo, pero no para evitar por vía bilateral la irreversible hora de las reformas nacionales, sino el período provisional adecuado para operar sin mayores riesgos el cuerpo estructural español acometiendo, con el plan de desarrollo, la Reforma Agraria—que el propio Informe de la O.C.D.E. pide angustiosamente, y nadie puede acusar a la O.C.D.E. de demagogia—y la reconversión industrial. Estas dos decisiones históricas sólo pueden efectuarse con una política dinámica, abierta y democrática. Y es aquí, en este punto concreto, donde la reforma institucional es absolutamente imprescindible, porque sin ella, los plazos solicitados no tenderían, nada más, que a ganar tiempo al revés, es decir, no se buscaría una solución verdadera. Cada plazo sería un pierde tiempo irreparable dada la actual velocidad europea.

El problema España y Europa convoca, por tanto, un período histórico de lucha. Las energías españolas, incluso aun en el caso de que se decidieran por otra solución económica, no pueden eludir el desafío con la II Revolución Industrial, ya que se perdió el autobús de la primera. Por otra parte, con menos de 300 dólares por habitante y año (16,390 pesetas por habitante en 1961 a precios constantes y 10,560 a precios de 1953, con un aumento real del 2.9 en 1961, pero sin olvidar que con motivo de la estabilización se había bajado un 1,3 por ciento en 1960) el esfuerzo a realizar es titánico, porque el arranque es siempre muy bajo por altos que parezcan ser por ello mismo, los promedios. De todas formas, éstos tienen que mantenerse y acelerarse en los puntos claves o primordiales.

De ahí que, pese al incremento de sectores esenciales—acero y electricidad, por ejemplo—, las distancias con Europa, aunque los aumentos españoles en algunos capítulos son superiores a la media europea, tienden a acrecentarse o a inmovilizarse. Baste considerar que pese al salto ya citado de los 20,775 millones de Kwh., Francia está ya en los 76,500; Italia en los 59,000 y Alemania en los 120,000.

Lo mismo nos ocurre en el acero donde con una producción de 2.095,000 toneladas en 1961 (1,400 en 1960) estamos en un consumo *per capita* de 73 kilogramos frente a los 444 kilogramos de Alemania, los 253 de Francia, los 280 de Bélgica; los 238 de Holanda y los 143 de Italia. Esa es la cuestión verdadera que se ha eludido siempre bajo la cortina de los monopolios y los negocios autárquicos.

Es obvio que las grandes transformaciones que han de operarse en el cuadro de un gran plan de desarrollo de nivel democrático no pueden atenerse a simples vaguedades y especulaciones ideológicas. La democracia contemporánea está centrada en torno al rigor,

la justeza en sus planes de largo y corto plazo, la poderosa musculatura de su sector público (el 95 por ciento de los transportes franceses, el 40 por ciento de la banca, el 45 por ciento de los seguros, el 100 por 100 de la energía) y la eficacia de los grupos de opinión o de sus sectores de trabajo a la hora de preparar—ahí está el ejemplo del IV Plan Francés con 3,000 técnicos trabajando en su desarrollo y culminación— las reformas.

Es indudable, de la misma forma, que en el nivel actual de la vida española—con la coyuntura favorable del turismo y de otros sectores, pero con la gravedad de la eminencia de unos cambios profundos e inevitables para que el país pueda continuar adelante— una cosa es cierta: que las transformaciones irrenunciables de estructura no puede hacerlas el Régimen, porque constituye su propio asentamiento vital. Pero esto no cambia ni altera, por la presión misma de las cosas, el saber que ese dilema corresponde ya al trabajo inmediato y próximo de todos los españoles y que con esa alta *medida* de esfuerzo tendrán que ser *medidos*, porque hoy, como en España misma se ha dicho, un monopolio banquero de cien consejeros intercomunicados controlan un cuarto de la renta nacional. Desmontar esa imagen y empujar adelante la del desarrollo democrático constituye el capítulo próximo del país.

He aquí, pues, con la mayor objetividad posible, un panorama de situación, un esquema de la irrenunciable realidad que es España. La imagen, en muchos aspectos, será feudal, pero el país está hecho de hombres expectantes. Pero lo que es patente, claro y decisivo es que una política de desarrollo de nivel moderno, es imposible realizarla y cumplirla sin una transformación de las estructuras interiores. Y España ha llegado a ese trance.

OPUS DEI

Por Manuel ORTUÑO

A modo de introducción

EL tema me ha parecido de tal envergadura, como para merecer un trato muy especial y cuidadoso. Cuando un español, por añadidura universitario y joven, pretende inclinarse unas horas o unos días a meditar en torno al fenómeno del *Opus Dei*, presionan sobre sus sentimientos multitud de fuerzas, recuerdos, sucesos, datos, unos verdaderos y otros falsos, algunos cargados de mala intención y otros carentes de toda realidad.

El *Opus Dei* ha planteado en España, y va a ir planteando en los demás países sucesivamente —salvando las diferencias lógicas relativas a cada uno de ellos— gravísimos problemas de conciencia, psicológicos, sociológicos y, desde luego, políticos. Aparece a los ojos de los no católicos como una de las armas más sagaces e insidiosas, en manos de la Jerarquía, y que ésta puede utilizar provechosa y astutamente para el cumplimiento de sus fines: el dominio religioso y espiritual del mundo. A quienes no entienden o no tienen tiempo ni deseos de conocer cómo es, cómo se organiza o qué pretende la Iglesia Católica, es lógico que un sistema de apostolado como el que quiere y lleva a cabo el *Opus Dei*, en sus propios dominios —el mundo, objeto de pecado, odiado y despreciado por los hijos de Dios en otros tiempos— los ponga extraordinariamente nerviosos y los lleve a una postura negativa y radical: “El *Opus Dei* es una secta peligrosa, que hay que combatir. Es una agrupación secreta que hay que desenmascarar. Es una fuerza poderosísima a la que hay que contrapesar”.

Para un católico, desde luego católico con sentido actual, moderno, vivo, de su religión, el *Opus Dei* tiene una significación muy diferente. Es algo por lo que siempre se había soñado o deseado. Un instrumento apropiado a las circunstancias y a la realidad del mundo en el que se desenvuelve. Una organización que acepta y utiliza las ventajas de la civilización técnica, de los medios masivos de propagación de las ideas. Y lo utiliza sin escándalo, suave y sencillamente, como algo propio, penetrando, sin prisa pero sin pausa, en las con-

ciencias y en los corazones, a través del contacto directo, de las relaciones humanas, de la amistad, a veces de la costumbre.

Ciertas oposiciones—algunas muy notorias— que se presentan en el desarrollo de la Obra desde dentro del catolicismo, se deben a la falta de modernidad, de grupos o personas, excesivamente afeerradas a viejas y anacrónicas formas de organización y de desarrollo, en la propagación de la fe. El *Opus Dei* además, resulta que fue concebido, establecido, organizado y dirigido, todavía hoy sigue en sus manos, por un sacerdote español, y por más señas aragonés. No era difícil prever la impresionante incitación de odios o de simpatías que tal hecho acarrearía a la Institución, a lo largo de sus 34 años de vida. Suele argumentarse, por sus defensores, que el "hecho" español no tiene mayores alcances, que se trata de algo accidental, indiferente a la Obra, a la intención y a la finalidad del Instituto. Esta idea es, para mí, inaceptable.

Hay algo más. ¿Qué es y qué representa el *Opus Dei* para un español, para muchos españoles, para todo el pueblo de España? Tema apasionante, pero de alcances extraordinarios y difícil de desentrañar y de definir, con garantías de veracidad y de realidad. En mi investigación he querido limitarlo, precisamente, al término que me resultaba más fácil y que, además, podía entregarme esas garantías: lo que el *Opus Dei* es y representa para un español, joven y universitario, con ambición de verdad, con exigencias de honradez, con ardorosa pasión por una España libre y nueva.

Estoy seguro de que si logro encontrar la claridad de expresión, el equilibrio de sentimientos, la honradez de trato y la máxima aproximación posible a la verdad o a la veracidad de los hechos y de las intenciones, mi respuesta puede ser útil a otros españoles y quizás a otros hombres, en cualquier país. Pero antes de entrar de lleno en el asunto quiero dejar bien en claro algunos puntos relativos al método o forma como he llevado a cabo este trabajo.

1. Acopio de materiales. He tenido que aprovechar cuanto estaba a mi alcance: Libros, documentos o datos que se quedaron en España, tengo que citarlos o tenerlos presentes "de memoria". Lo que estaba a mi alcance, aquí en México, eran varios libros sobre el pensamiento político de algunos personajes destacados, y numerosos artículos, diseminados en varias revistas, la mayoría de ellos de clara y rotunda oposición al *Opus*. Al comprobar que la balanza se inclinaba negativamente, quise exigirme más y busqué la manera de obtener una información de primera mano, proveniente de fuentes directas de la Obra. Lo he conseguido y debo dejar constancia de ello, sin reticencias ni oposiciones, sino todo lo contrario, incluso con generosidad excesiva. He podido conseguir copiosos y sustanciales

comentarios, notas, artículos y en especial un libro: el de Salvador Canals, *Institutos Seculares y Estado de perfección*,¹ plena y totalmente defensores del *Opus*, lo que me ha permitido trabajar con facilidad y con grata satisfacción de imparcialidad.

2. La mayor dificultad, cuando uno trata de acercarse a la íntima realidad del *O. D.* desde un enfoque sociológico, reside en la decisión de sus directores de no publicar, ni hacer trascender, ni permitir fácilmente el conocimiento de sus Constituciones o Estatutos. En el material apologético que he estado manejando se dicen y se repiten con insistencia muy singular ideas generales, fines y actividades que sólo muy de lejos permiten adivinar los fines, la organización y las actividades del *Opus*, según deben constar en sus estatutos. Es una causa del desconocimiento y de la inquietud, del temor y de la sospecha, que sus actividades han hecho nacer en los medios alejados de él. Claro que la idea del secreto, o de la secta, no responde a la verdad y en esto tienen razón sus defensores. Dejando a un lado el tema de los Estatutos y el de las listas de socios, el *Opus* tiene una actuación abierta—quizás más obligada que querida—y es objeto constante de una publicidad perfectamente organizada y dirigida.

3. He pensado que la mejor forma de saber algo psicológicamente cierto de lo que era el *O. D.* consistía en conocer, con espíritu abierto y desde luego exento de inclinaciones o prejuicios, cuanto se me ofrecía desde uno y otro lado de la vertiente. Esto significaba la necesidad de penetrar, hasta donde me fuera posible, en la intimidad intencional, de dejarme llevar por la influencia ambiental y de situar y enfocar mi pensamiento en la dirección a que apunta el propio *O. D.*

Qué es el Opus Dei

Es un Instituto Secular, uno de los varios actualmente en funcionamiento, y el primero que fue aprobado por la Santa Sede, tras la promulgación de la Ley Canónica que regula a esta clase de organizaciones. Su título exacto "Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y *Opus Dei*" es de un equívoco evidente. Integrado por sacerdotes

¹ SALVADOR CANALS NAVARRETE. "Institutos Seculares y estados de perfección". *Patmos*. Libros de espiritualidad. No. 34. Ediciones Rialp. Madrid 1954. El autor es Presbítero, doctor en Derecho Civil y Canónico, abogado rotal. Oficial de la Sagrada Congregación de Religiosos. El libro lo componen dos ensayos, escritos en Roma y publicados, el primero en *Revista Española de Derecho Canónico* vol. II, n. 6, Madrid 1947 y el segundo, en el n. 11 de los *Cuadernos de Trabajos de Derecho*, de la delegación del CSIC en Roma, 1952. Lleva el Nihil Obstat y el Imprimase, del Obispo Auxiliar de Madrid.

y por laicos, si bien todos los sacerdotes del Instituto pertenecen al *Opus Dei* y a la sociedad sacerdotal, ningún laico-miembro puede decir, en justicia, que forma parte de la sociedad sacerdotal. Esto es un elemento más de confusión importante, en un tema tan controvertido y difícil.²

Las personas en Derecho eclesiástico

Los Institutos Seculares son formas jurídicas nuevas en el seno de la Iglesia Católica y constituyen una de las innovaciones más rotundas en el campo del Derecho canónico. Resultado de seis años de intenso trabajo, al promulgar Pío XII la Ley propia de los Institutos, no dejó de referirse al desarrollo de formas de asociación similares o parecidas y, a través de los siglos, del lento acercamiento y de la interdependencia entre las dos ramas de la Iglesia: el clero y los laicos.³ En realidad, según el canon 107, las personas, en Derecho eclesiástico son tres: clérigos, religiosos y laicos. Cada una de estas clases se define por su posición respecto a la perfección cristiana y en relación con la Jerarquía. Las dos categorías extremas, clérigos y laicos, pueden, además, convertirse en religiosos. La clave de la distinción reside en la manera jurídica como cada persona acepta y vive el estado de perfección cristiana. Conviene precisar y ahondar un poco más en estos conceptos.

Al instituir la Iglesia Jesucristo dio a sus discípulos un mandato único: vivir la perfección cristiana y alcanzar por ella la salvación. Creó una Iglesia, en la que aparecieron dos clases de miembros: quienes adoptaron la forma sacerdotal, separándose de la vida en el mundo, con el transcurso del tiempo y estableciendo una sociedad propia, una sociedad jerárquica y, por otro lado, los simples fieles.

² Las polémicas en torno al *Opus Dei* han sido frecuentes, a lo largo de los últimos 15 años. Parten de un hecho cierto, el secreto inicial, la falta de documentación, los rumores y las insinuaciones que corrían por España y por otros países, en la época que va de 1940 a 1947. En defensa del *O. D.* véase aquí en México, el artículo de Julián Herranz y su completísima bibliografía, aparecido en la revista *Istmo*, julio-agosto 1961. En oposición al *O. D.* y fácilmente accesibles, pueden verse *Cuadernos* n. 31, p. 15; *Ibérica*, n. 9 de 1957 y la serie firmada por Eugenio del Castillo, en *Ibérica* n. 11 de 1961 y nos. 3 y 5 de 1962. Igualmente el capítulo V del libro del Dr. E. Romero, *Tiranía y Teocracia en el siglo XX*, Libro Mex, 1958.

³ Sobre esta parte del trabajo, recomiendo con gran interés la lectura del libro de Salvador Canals. Incluye como apéndices, los textos completos de la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, de 1947, el *Motu-Propio Primo Feliciter* de 1948 y la Instrucción *Cum Santissimus* de la Sagrada Congregación de Religiosos, del mismo año.

La separación de clérigos y laicos la entiende la Iglesia como de Derecho divino. Tanto unos como otros están obligados a los mandatos divinos, pero con una diferencia de grado, de entrega, de vivencia absoluta o parcial. La frontera que los separa es el mundo, en el sentido cristiano de la palabra.

Según parece, desde los primeros siglos tras de Cristo, surgen entre los sacerdotes —y en otros casos entre los laicos que evolucionan al sacerdocio por este hecho— agrupaciones y sociedades, con una finalidad superior: Traspasar las reglas de la vida de perfección normal y tender a la entrega total, a la vida plena, al ejercicio absoluto de los preceptos evangélicos más importantes. Se perfila y adquiere con el tiempo caracteres jurídicos, la tercera persona del canon: el religioso.

La diferencia entre sacerdote y religioso no está muy clara. Ambos hacen votos similares y tienen exigencias comunes. Creo que sólo los separa, además de la forma de vida en común o privadamente, una ordenación jurídica.

Estado de perfección o vida de perfección

SEGÚN Salvador Canals, para poder entender perfectamente la diferencia entre las clases de personas, hay que conocer el concepto de *status* según la Iglesia. Esta y Canals lo entienden como *modus stabilis vivendi* o, en otra forma, "condición de vida, moralmente estable, que nace de una causa permanente y que no puede cambiarse con facilidad".⁴ Una serie de elementos, materiales y formales, entran a formar parte del *status* y le prestan mayor o menor perfección. Precisamente son estas ideas las que integran la otra gran concepción del cristianismo, el llamado "estado de perfección" o vida de perfección. Para la Iglesia existen dos clases de perfección, una que se suele entender como necesaria, común a todos los fieles y cuyo ideario se encuentra entre los preceptos. Otra, "perfección supererogatoria", añade al contenido de la necesaria, la práctica de los consejos evangélicos.

Los consejos evangélicos se entienden como normas morales facultativas, dadas por Jesucristo para asegurar y aumentar la perfección de la caridad. De ellos hay tres, los tres consejos evangélicos por excelencia —pobreza, castidad y obediencia— cuya observancia, dice Canals, modifica la personalidad del hombre. "Los tres consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia operan en quienes los observan un cambio en el orden de la personalidad, confieren una

⁴ SALVADOR CANALS. *Ob. cit.* p. 14.

especial semejanza con Jesucristo y suponen una consagración de holocausto al Señor".⁵

He querido destacar estas ideas generales por su importancia y por su vigencia cuando se defina el papel y la posición jurídica de los Institutos Seculares, se fije la competencia de la Sagrada Congregación de Religiosos sobre ellos y se les distinga de otras sociedades, las cuales, por no tener este estado de perfección completa, no pueden considerarse como institutos, aun cuando actúen en el mundo.

Los institutos seculares

Los Institutos Seculares, tras de numerosos años de titubeos y de duda, nacieron legal y jurídicamente, para la Iglesia, a raíz de la publicación de la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, sobre los Institutos Seculares y los Estados Canónicos de Perfección Cristiana, el día 2 de febrero de 1947. Para los comentaristas católicos es una de las obras culminantes llevada a cabo por Pío XII a lo largo de su pontificado. La intención de la Jerarquía, al dar este paso difícil y trascendental, lleno de peligros y de incógnitas para la propia Iglesia, se expresa perfectamente en las palabras del Papa: "El Señor... dispuso... que aun en el siglo, por tantos vicios depravado, sobre todo en nuestros tiempos, florecieran y florezcan en grande número almas selectas que no solamente arden en el deseo de la perfección individual, sino que, permaneciendo en el mundo por una vocación especial de Dios, puedan encontrar óptimas y nuevas formas de asociación, acomodadas a las necesidades de los tiempos..."⁶

Respondía la Iglesia, con esta definición jurídica, a la presión y a las exigencias de diversas asociaciones que, con caracteres que las separaban profundamente de las demás, se convertían en cuasi-religiosas, aunque por otra parte, tampoco tuvieran ni respondieran con plenitud a las características de las congregaciones religiosas. Ya en 1938 el Padre Gemelli, encargado de estudiar su situación y de analizar sus exigencias, reunió en Saint Gallo, Suiza, a representantes de unas 25 asociaciones de este tipo. Los trabajos posteriores parece que fueron siendo cada día más rutinarios y penosos. Como orientación práctica y por ser una experiencia de interés, se habían tomado las constituciones de una sociedad francesa, "Notre Dame du Travail". Pero en 1946 apareció en Roma una delegación del *Opus Dei*, que hasta entonces funcionaba en España solamente, como asociación

⁵ *Ibidem*, p. 38.

⁶ Tomado de SALVADOR CANALS. *Op. cit.* p. 160.

reconocida por los obispos y que había sido declarada, poco antes, "Pía Unión".

La presencia del *Opus* en Roma, su influencia y su ejemplo, obraron como un incitativo tan eficaz que, en menos de un año se terminaron las labores previas y el Papa redactó y promulgó la *Provida Mater Ecclesia*. El primer Instituto que la Sagrada Congregación de Religiosos aprobó inmeditamente fue el propio *Opus Dei*.

Historia inicial del Opus

EL O. D. había nacido en España 20 años antes. Muy poco es lo que sabemos los profanos de la figura del Padre Escrivá quien, con más de 60 años sigue teniendo en sus manos la dirección total y la responsabilidad máxima de su obra. Según se desprende de los artículos y notas consultados, de 1928 a 1936 la Asociación prosperó con bastantes dificultades, tras de haber obtenido la aprobación benevolente del Obispo de Madrid-Alcalá. El grupo de seguidores del P. Escrivá vivía en común, tratando de orientar y de definir su apostolado como una obra en el mundo y especialmente en la Universidad. La guerra civil los dispersó, pero al final de ella los sobrevivientes se reunieron nuevamente en Madrid y, al parecer, con mayores auxilios económicos establecieron su primera residencia de profesores y estudiantes. Las ideas habían madurado y las intenciones eran bien firmes: Ganar a la Universidad para Cristo y a través de ella lograr que la inteligencia española sirviese a una finalidad religiosa y espiritual: la idea y el sentido católicos de la vida.

Los primeros comentarios aparecidos en algunos periódicos católicos españoles son terminantes a este respecto: "Allá por el mes de junio de 1944 se presentó el *Opus Dei* al gran público, con la ordenación sacerdotal y primeras misas de tres ingenieros".⁷ "Una nueva sociedad sacerdotal. Su nacimiento fue recibido con admiración, con sorpresa. Se ignoraba, sin duda: a) que un grupo de jóvenes de vida intelectual intensa y elevada conjugaban años hacía, bajo la dirección de un sacerdote secular y universitario, el ejercicio de la oración, del conocimiento propio y de la caridad mutua, en convivencia regular con el de sus estudios superiores o con su vida profesional; b) que estos ensayos cristalizaron en una organización aprobada por la Iglesia; c) que dicha organización, con el nombre de *Opus Dei*, soterrada aún, superó las heladas de la indiferencia y las tempestades de la persecución; d) que en ella se formaban sus socios para el apostolado cristiano por medio de sus profesiones respectivas.

⁷ *Catolicismo*. Revista mensual de misiones. Madrid, enero de 1945.

Ahora, los sacerdotes de la Santa Cruz aparecían como un órgano natural. Si el *Opus Dei* se compone de ingenieros y profesores y arquitectos y químicos y abogados... de entre ellos necesariamente han de salir los sacerdotes que los atiendan con eficacia en su formación profesional. El *Opus Dei*, por su propia contextura, puede constituir una ruta más corta y menos peligrosa para la conquista de la intelectualidad en los pueblos paganos. Y como el arma específica de su apostolado es su vida profesional, insensiblemente y sin recelos peligrosos se inoculará en los sectores intelectuales de todos los pueblos. En España hay un vacío misional: el de la alta intelectualidad".⁸

Estos años, de 1939 a 1947, han prestado al *Opus* su perfil más agudo, su caracterización combativa y secreta y la falta de claridad, la ausencia de explicaciones, la sutileza de su apostolado, llenaron de confusión y dieron pie a imágenes sin duda exageradas, a falsas y tergiversadas interpretaciones, no sólo en los medios alejados de la religión y de la Iglesia, sino entre los propios católicos.

El Opus Dei en España: 1947

EN 1945, cuando aparecen los primeros escritos públicos en revistas de escasa circulación, y en 1947, cuando llega a Roma y está a punto de obtener la aprobación como Instituto de Derecho Pontificio, ¿qué era el *Opus Dei*?

Para sus miembros, una asociación religiosa con pretensiones extraordinarias, varias finalidades muy concretas y una serie de resultados y objetivos conseguidos:

Entre las finalidades: 1. Vivir el estado de perfección cristiana en su nivel más alto, mediante la profesión de los votos generales o principales: castidad, obediencia y pobreza. 2. Extender la Asociación por toda España y llevarla, igualmente, a otros países de Europa y por encima de todo a Sudamérica. 3. Ir creando más y más residencias y colegios de formación, núcleos esenciales de la estrategia apostólica de la Obra. 4. Establecer en el futuro más inmediato posible una Universidad propia y, entre tanto, montar en Pamplona unos Estudios Generales, embrión y semilla de dicha Universidad.⁹ 5. Colo-

⁸ Firma: Angel Sagarminaga. *Illuminare*. Madrid, enero-marzo 1945. Otros artículos de la época son: "*Opus Dei* o el secreto que no es secreto", en *Ecclesia* de 23 de junio 1945. "La Obra de Dios", en *Signo* de 9 de junio de 1945. Tras este primer momento de publicidad, vuelve a hacerse el silencio, hasta 1947.

⁹ El tema de la Universidad del *Opus* ha sido fuente inagotable de discusiones y el revulsivo más fuerte en la conciencia universitaria española. La mayoría de los movimientos de oposición al Régimen, registrados en las

car en los puestos claves de la Universidad, del Instituto Superior de Investigaciones Científicas y de otros centros de Alta Cultura, al mayor número posible de socios y de simpatizantes, los llamados colaboradores.¹⁰ 6. A través de una extensa gama de apostolado ganar a la intelectualidad española a la causa de Cristo. 7. Fomentar los contactos con los núcleos intelectuales afines en todo el Continente europeo. 8. Delinear los planes de trabajo para la editorial Rialp en formación. 9. Hacer frente con toda energía a los primeros indicios de renovación del pensamiento liberal y a los titubeos de la clase dirigente en el poder.

Los objetivos ya conseguidos: 1. La inminente aprobación por la Santa Sede, de una Ley sobre Institutos Seculares, basada en las Constituciones del *O. D.* 2. La simpatía y colaboración de gran parte de la Jerarquía eclesiástica en España y de personalidades influyentes en el Vaticano.¹¹ 3. La red de residencias en España, con un alumnado numeroso y en crecimiento. En la de Moncloa de Madrid por esas fechas comienzan a presentarse problemas, al llegar a un punto crítico las relaciones con otros núcleos (SEU) de estudiantes universitarios.¹² 4. La inmejorable colocación de miembros de la Obra en los puestos directivos y en el núcleo de investigadores del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.¹³ Calvo Serer es director del Departamento de Culturas Modernas y de la revista general *Arbor*. José María Albareda ocupa un puesto de dirección muy importante. Se ha constituido una llamada "Nueva Escuela Española de Historia

Universidades españolas en los últimos 15 años, tienen una relación o son aprovechados por los estudiantes, para manifestar su repulsa al *Opus* y al proyecto de Universidad Católica. Este proyecto se ha convertido en realidad en 1962, al firmarse en Madrid un Convenio entre la Santa Sede y el Gobierno español, por el que se reconoce validez civil a los estudios realizados en Universidades de la Iglesia. El *O. D.* ha difundido, con este motivo, una larga nota, explicando el proceso y las dificultades que hubo que superar, durante 10 años.

¹⁰ No existe una nómina completa de profesores, catedráticos, escritores, etc., definitivamente reconocidos como miembros plenos del *O. D.* Pero con los que se conoce, pueden componerse listas muy numerosas. Véase *Ibérica* n. 11 de 1961. "El *Opus Dei* en la vida Española".

¹¹ El cardenal Tedeschini, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, hasta su muerte en 1959, fue uno de los más conocidos apoyos del *O. D.* en Roma. Le sucedió en aquel cargo, que tiene bajo su control a todos los Institutos Seculares, el Cardenal Tardini.

¹² La disputa llegó a concretarse en ataques mutuos de grupos del colegio "César Carlos" del SEU y los de la Residencia Moncloa.

¹³ El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fue la obra mimada de Franco, y de su Ministro de Educación Ibáñez Martín, quien lo creó en 1940. Rápidamente se incrustaron en él, los miembros del *Opus*, utilizándolo como el instrumento idóneo para su dominio del pensamiento, de la

Moderna" integrada en su totalidad por miembros del *Opus Dei*.¹⁴ 5. Han sido consagrados unos veintitantos sacerdotes, grupo inicial de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.¹⁵ 6. Comienzan a salir hacia Europa y Sudamérica los primeros misioneros. 7. Se funda en Madrid la Editorial Rialp, cuyos primeros libros aparecerán en breve.¹⁶

investigación y de la cultura, con un estricto y riguroso sentido católico y trascendental.

¹⁴ Un aspecto positivo de esta Escuela, o de algunos de sus componentes, está en la orientación de sus investigaciones hacia el archivo Histórico de Simancas, que había permanecido fuera del campo de la historiografía, o había sido poco frecuentado, hasta muy recientemente. Se conoce a este grupo también, como "la escuela de Simancas".

¹⁵ Los tres primeros sacerdotes fueron consagrados en junio de 1944, siendo ingenieros. Otras profesiones que figuran en el censo sacerdotal del *Opus* son: médicos, abogados, químicos, diplomáticos, profesores, etc. Según fuentes propias el *Opus* consta de un tercio de sacerdotes y dos tercios de laicos. Todos ellos miembros plenos del Instituto.

¹⁶ La Editorial Rialp, S. A., se ha transformado posteriormente en Ediciones Rialp. Publica las siguientes colecciones, según datos tomados de su catálogo general para 1960:

—*Libros de Cine*, a cargo del Cine Club Monterols de Barcelona. 25 títulos, entre ellos "El cine redentor de la realidad", "Cine, fe, moral", "El cine ¿tiene alma?", "Dios en el cine", "El cine y lo sagrado", etc.

—*La Empresa y el Hombre*, dirigida por el Dr. Miguel Siguan, especializada en relaciones humanas, personal, relaciones públicas, valoración de tareas, investigación de mercados, sicología industrial, etc.

—*Obras de Mons. José María, Escríva de Balagu.v.* "Camino", "La Abadesa de las Huelgas" y "Santo Rosario".

—*Nebli*, Clásicos de Espiritualidad.

—*Libros para el Hogar*

—*Biblioteca del Pensamiento Actual*, dirigida por el Dr. Rafael Calvo Serer, con las siguientes series: *Teología* (6 títulos), *Historia* (12 títulos), *Derecho y Política* (22 títulos), *Economía y Sociología* (11 títulos), *Crítica Artística y Literaria* (12 títulos), *Temas Españoles* (15 títulos), *Clásicos de la Restauración* (4 títulos), *Filosofía* (23 títulos), *Ciencia y Teoría de la Ciencia* (2 títulos).

—*Manuales de la Biblioteca del Pensamiento Actual*, con 8 títulos, todos ellos grandes volúmenes, dedicados a Pedagogía contemporánea, Teología dogmática, Historia de la Iglesia, Filosofía, Política Económica, Geografía, etc.

—*Colección Rialp de Cuestiones Fundamentales*. Con un consejo de dirección en el que figuran López Ibor, Calvo Serer, Millan Puelles, Fernández de la Mora, Samuelles, Fontan y Desantes, siendo su secretario, Fl. Pérez Embid.

—*Libros de Bolsillo Rialp*.

—*Palmos*, libros de espiritualidad, comprendiendo varias series y más de cien títulos.

—*Biblioteca de Educación y Ciencias Sociales*, dirigida por García Hoz.

—*Publicaciones del Estudio General de Navarra*. Con 12 títulos.

Para ciertos católicos, según el alcance de su información, la cantidad de conocimientos y el grado de modernidad de sus ideas y de sus hábitos, la labor del *O. D.* aparecía como maravillosa, interesante, algo a observar atentamente y para otros, un arma dotada de tremendos peligros, una fórmula del demonio, etc.

Finalmente, para una mayoría de universitarios y de intelectuales, católicos, cristianos, liberales, no católicos, sin religión, etc., el *Opus* tenía una significación muy especial. A pesar de la discreción y del tacto utilizados en esos años la existencia y algunas características habían trascendido y habían causado un impacto de asombro y de desconcierto. ¡Que en un Estado católico y en una Universidad católica, bajo Franco, pudieran ocurrir esas cosas! Poco a poco se iban identificando personas, nombres, puestos. ¡El *Opus* estaba conquistando a la Universidad!¹⁷ Esta era la exclamación más corriente. Y probablemente una de las causas que obligaron, por aquellos años inaugurales, a una renovación de actitudes y de política en los demás núcleos actuantes. Fue una época de liberalismo atenuado que se reflejó en la aparición de revistas culturales nuevas, con aire europeo, con inquietudes y problemas revisados y modernizados. Laín Entralgo aparecía como el maestro de las nuevas generaciones. Los grupos de intelectuales más avezados dentro del SEU y en torno de él, los simpatizantes de las formaciones democristianas de Italia y Francia, los monárquicos liberales, se agitaban, se inquietaban y tomaban posiciones frente a la labor de los socios más activos del *Opus*.¹⁸

*La Ley Canónica sobre
los institutos seculares*

LA Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, recién promulgada, y la aprobación del *Opus* como primer Instituto Secular de la Iglesia, significó la mayoría de edad de la organización y un cambio importante tanto para ella como en lo que respecta a su situación

—*Adonais*, colección de poesía, dirigida por José Luis Cano con más de 180 títulos.

—Y otras colecciones menores.

¹⁷ José Luis Aranguren, en su artículo "El futuro de la Universidad española" *Cuadernos* julio de 1962, en forma breve y esencial emite uno de los juicios más exactos publicados hasta hoy sobre el proyecto universitario del *Opus* y su fracaso final.

¹⁸ Está por hacer la historia de esos años, vista desde la Universidad, y recogiendo los movimientos y la evolución de la inteligencia española hacia la izquierda. Es un proceso apasionante y de enorme interés, para conocer las bases de la situación actual.

y a sus posibilidades en España y en el mundo. Estaba cambiando la relación fundamental de fuerzas. Para establecer con la mayor claridad posible lo que es el *O. D.* y lo que significa ser miembro del *O. D.*, nada mejor que considerar los aspectos fundamentales de esta Ley Canónica.¹⁹

"Artículo I. Las Sociedades, clericales o laicales, cuyos miembros para adquirir la perfección cristiana y ejercer plenamente el apostolado, profesan en el siglo los consejos evangélicos, para que se distinguan convenientemente de las otras asociaciones comunes de fieles, recibirán como nombre propio el de Institutos o Institutos Seculares, y se sujetarán a las normas de esta Constitución Apostólica".

Se contienen en este artículo varias ideas importantes. Primera, que los Institutos pueden formarse por sacerdotes o por laicos. Luego se vería cómo el *O. D.*, llegaba a más, constituía un Instituto con sacerdotes y con laicos. La intención es que tanto unos como otros puedan ejercer la vida de perfección, sin abandonar sus ocupaciones respectivas, los sacerdotes atendiendo a sus parroquias, los laicos en sus cátedras, en sus laboratorios, en sus oficinas o en sus puestos de dirección, de mando, de gobierno, burocracia, etc. Segundo, el fin último y preponderante de los Institutos es facilitar, proporcionar los medios, auxiliar a sus socios para que logren la perfección cristiana y para que perfeccionen y ejerzan con todos los medios —y son extraordinarios y modernísimos los que tienen a su alcance— el apostolado entre sus compañeros y entre las gentes en general. Tercero, la nota distintiva, que define y separa a estas asociaciones de otras (Congregaciones Marianas, Acción Católica, Asociación Católica Nacional de Propagandistas, Pax Romana, etc.) y que les presta su carácter profundo y auténtico es esta: profesar en el siglo los consejos evangélicos. Se trata del paso de gigante, que Pío XII aceptó dar y realizó. A partir de ese momento, pero exclusivamente para los Institutos, queda reconocida una nueva figura eclesial: el religioso civil. Es decir, quienes profesan los consejos evangélicos y por este hecho son total y absolutamente comparables a los religiosos, pero lo hacen "en el siglo", sin estar obligados a llenar ciertos requisitos, ya que de cumplirlos se convertirían, lisa y llanamente, en religiosos. Estos requisitos serían: los votos públicos (en el *Opus* son privados sociales) y la vida común (hay varias formas y grados de realizarla).

El artículo II de la Ley es bien explícito. "Como los Institutos Seculares ni admiten los tres votos públicos de religión ni imponen a todos sus miembros la vida común o morada bajo el mismo techo,

¹⁹ Los textos que siguen están tomados del libro de Salvador Canals. *op cit.*

no son ni se pueden llamar "religiones", no están obligados por el derecho propio de las religiones, ni pueden hacer uso de él. Los Institutos se regirán por las normas de esta Constitución apostólica, por los decretos que emita la Sagrada Congregación de Religiosos, para todos o para algunos de ellos y por sus constituciones particulares, una vez aprobadas, según las presentes normas".

Pero es el artículo III el que, en forma rotunda y concreta, enumera las condiciones que deben llenar las Asociaciones para poder convertirse en Institutos. "Sus socios... deben tender eficazmente a la perfección de la vida cristiana, por los peculiares modos que se enumeran: 1. Por la profesión hecha ante Dios del celibato y castidad perfecta, afirmada con voto, juramento o consagración, que obligue en conciencia, según la norma de las constituciones. 2. Por el voto o promesa de obediencia de tal modo que, ligados por un vínculo estable, se entreguen por entero a Dios y a las obras de caridad o apostolado y estén siempre y en todo moralmente bajo la mano y dirección de los superiores, según la norma de las constituciones. 3. Por el voto o promesa de pobreza, en virtud del cual no tengan libre uso de los bienes temporales, sino uso definido y limitado, según la norma de las constituciones".

Se precisa, además, en el párrafo tercero de este artículo, que la vinculación de los miembros al Instituto ha de ser estable, tanto si es perpetua como si es temporal, y en este caso, renovable al terminar el plazo, pero sobre todo, vinculación mutua y plena "de tal modo que, según la norma de las constituciones, el miembro se entregue totalmente al Instituto y el Instituto cuide y responda del miembro". Y en su párrafo cuarto establece la conveniencia de que los Institutos tengan una o varias casas comunes "en las que puedan residir los que ejerzan el régimen del Instituto, puedan morar o reunirse los miembros para recibir y completar su instrucción, para hacer los ejercicios espirituales y otras cosas semejantes y puedan ser recibidos los miembros enfermos, los que no puedan valerse por sí mismos o lo que no convenga que vivan privadamente, en su casa o en la de otros". Finalmente es de interés destacar que, según el artículo cuarto, todos los Institutos Seculares pasan a depender, obligatoriamente y sin excusa, de la Sagrada Congregación de Religiosos.²⁰

²⁰ En la estructura jerárquica de la Iglesia, se diferencian perfectamente, la naturaleza y las funciones de cada actividad. La Sagrada Congregación de Religiosos, tiene a su cargo todo lo relativo a Ordenes religiosos, las "religiones" en lenguaje eclesiástico, y a los Institutos Seculares. La Sagrada Congregación del Concilio, se ocupa de las Asociaciones de fieles, que no tienen carácter sacerdotal (Acción Católica, Congregaciones Marianas, etc.). La Sagrada Congregación de Propaganda Fide, es responsable del apostolado en las misiones, etc.

Salvador Canals comenta lo anterior de esta forma: "De todo ello se desprende, en primer lugar, que en los Institutos Seculares se realiza plenamente el concepto de *status*. Se trata, además, de un estado jurídico y bajo diversos aspectos público, condición de vida perfectamente diferenciada y moralmente estable, que informa la vida externa y social de la persona de tal manera que ésta viene, por así decirlo, modificada y como revestida de un carácter nuevo. El estado jurídico y público propio de los Institutos Seculares es el estado de perfección sustancialmente completo".²¹

A partir del momento en que el *O. D.* es aprobado como primer Instituto Secular de la Iglesia, su expansión y sus problemas se acentúan y profundizan. Muy pronto se hace universal, establece un colegio en Roma y transfiere la sede de su Consejo General a esta ciudad. La organización interna del *Opus*, en lo poco que se conoce de ella, es muy simple: Un Consejo General, con sede en Roma, cuyo presidente es el P. Escrivá. Unas comisiones regionales, por país o por grupo de países, a cuya cabeza figura un Consiliario regional y en la base los llamados Centros locales. La línea es absolutamente jerárquica y la responsabilidad se transmite de arriba a abajo, por nombramiento del Presidente General.²²

Una cuestión fundamental

RECIENTEMENTE se ha suscitado en México una breve pero interesante polémica en torno al *Opus Dei*. Esto no es nada nuevo, porque en los últimos años, fuera de España, el tema está de moda y el *O. D.*, responde a todas las imputaciones que se le hacen. Por otro lado, en la bibliografía que cita Julián Herranz y en otras colecciones de artículos apologeticos sobre la Obra,²³ no es difícil seguir la pista de las diversas campañas publicitarias que el *Opus* ha desarrollado en gran número de países, simultáneamente. De todas esas campañas recientes y en la polémica citada, la autodefensa del *Opus* se centra en las dos tesis siguientes:

1. Lo que hace cada uno de nuestros miembros, lo que dice, lo que piensa, los puestos o cargos que ocupa, las responsabilidades pú-

²¹ *Op. cit.* pp. 93 y ss.

²² Esta nota ha tenido que ser muy breve, dada la ausencia de noticias más amplias. Véase un punto de vista ortodoxo en Julián Herranz, *op. cit.*

²³ La lista publicada por el *O. D.* es un reflejo de la amplitud informativa y de la técnica publicitaria que el *Opus* está empleando en los últimos años. Cabe citar como órganos oficiales y oficiosos suyos *Studi Cattolici*, de Roma, *Nuestro Tiempo*, de Pamplona, *Punta Europa*, de Madrid, *La Table Ronde*, de París, etc.

blicas que asume, son de su entero albedrío y lo comprometen como a persona, sin comprometer al *Opus*.

2. Los miembros del *Opus* son libres (en un texto oficial recientemente difundido se dice "libérrimos")²⁴ en su pensamiento y en su actuación pública, pudiendo tener unas u otras ideas políticas, pertenecer a unos partidos o no pertenecer a ninguno, llevar o no a cabo tales o cuales actividades profesionales, etc.

Estimo que el problema político que el *Opus Dei* presenta en España y en los demás países se basa en el convencimiento que tenemos la mayoría de los españoles de que esas ideas no responden a la realidad. Voy a intentar explicar por qué.

La defensa del *Opus* se basa en la suposición del desconocimiento profano de la esencia y de la forma jurídica de los Institutos Seculares. Debo declarar aquí que, a pesar de mis noticias y de mis experiencias personales, cuando inicié la preparación de este trabajo no acepté ni tomé en cuenta mis opiniones negativas. Estaba dispuesto a considerar la certeza de ambas tesis, siempre y cuando encontrase los documentos que me las probaran. Los documentos existen, pero afirman lo contrario.

La insinuación malintencionada que trata de comparar el *Opus* a una sociedad cualquiera, "deportiva", "editora de libros", etc., es impertinente y está fuera de lugar. Que el Sr. Julián Herranz declare enfáticamente y repita con insistencia que los del *O. D.* son miembros de una asociación de fieles y los compare con la Acción Católica, y que insista en que al ingresar en el *O. D.* no se cambia la personalidad ante la legislación eclesiástica, son afirmaciones totalmente gratuitas e incomprensibles en quien, se supone, que tiene la obligación de conocer el libro de Salvador Canals o, al menos, de haber leído, puesto que las cita, las Leyes de la Iglesia relativas a los Institutos Seculares.

La deficiente información del Sr. Julián Herranz y de los demás apologistas del *Opus* llega al punto de que aquél inserte en la nota 2 de su ensayo²⁵ las siguientes palabras: "Los Institutos Seculares, en efecto, pertenecen al género de las asociaciones de fieles (Cánones 684 y ss. del Código de Derecho Canónico)". En cambio, el artículo IV de la *Provida Mater Ecclesia*, en su parágrafo 2 dice textual-

²⁴ El contenido de la nota es muy confuso. Publicada en Roma el 2 de junio de 1962, pretende salir al paso de las noticias de actualidad provenientes de España.

²⁵ La lectura de la nota 2 del artículo citado me produjo un movimiento de indignación y de repulsa, difícilmente dominado. Leyendo y releendo después el texto de Julián Herranz, me convencí plenamente de su mala intención. Es una tergiversación a conciencia, un planteamiento engañoso, construido expresamente para confundir al lector.

mente: "Las asociaciones que no tienen la índole o no se proponen plenamente el fin descrito en el artículo I y aquellas que carecen de alguno de los elementos enumerados en los artículos I y III de esta Constitución Apostólica, se rigen por el Derecho de las asociaciones de fieles de que se habla en los Cánones 684 y ss. y dependen de la Sagrada Congregación del Concilio".

Este lamentable error del Sr. Herranz me parece de una extraordinaria gravedad, sobre todo teniendo en cuenta que su artículo se ha difundido por todo el mundo, como aclaración definitiva y pertinente sobre el contenido y la esencia del *Opus Dei*. En México, además de la publicación con su firma en la revista *Istmo*, fue transcrita en el periódico *Novedades*, pero firmado por un supuesto Dr. Alberto A. Pacheco, como réplica a las afirmaciones del Dr. Seara, en una plática televisada con el Lic. Ramón Beteta.²⁶

Si insistí ampliamente en las páginas anteriores en precisar el desarrollo histórico y el contenido jurídico de los Institutos Seculares, era precisamente para que la respuesta a las dos tesis antes expuestas y a las alegres declaraciones de los apologistas del *O. D.* quedara manifiesta, en los propios textos de la Iglesia y en los análisis definitivos y ortodoxos del Sr. Canals.

Los miembros del *Opus Dei*, por orden de trascendencia y de entrega, se clasifican en numerarios (que pueden ser tanto sacerdotes como seglares), oblatos, supernumerarios y cooperadores.²⁷ Las obligaciones y las responsabilidades de cada grado no han podido ser establecidas fácilmente. Es algo que pertenece al secreto actual de sus constituciones. Puede aceptarse, como simple suposición operativa, que los miembros cooperadores no están obligados por los votos, ni adoptan el *status* definitivo como *modus stabilis vivendi*, sino que su cooperación se ordena según otros reglamentos más tenuous, considerándose como neófitos en estado de prueba. Pero los demás grados de membresía son total y plenamente característicos de los estados de perfección que tanto la Constitución Apostólica como la tradición jurídica de la Iglesia exigen para la erección de los Institutos.

Que las actividades, manifestaciones, hechos, etc. en los que intervienen miembros plenos del *Opus* comprometen al Instituto, es

²⁶ Véase *Novedades* de las fechas siguientes: mayo, 11, 19 y 20. El último artículo, del Dr. Modesto Seara, contiene una muy interesante información documental.

²⁷ Ver *Opus Dei* por Jacques Pingle, en *Amitié Franco Espagnole*, marzo de 1956. Se trata de una revista publicada en París, para fomentar las buenas relaciones entre Francia y España. En sus inicios, allá por 1955, fue auspiciada por el Instituto de Cultura Hispánica y por la Dirección General de Relaciones Culturales. Ignoro si se sigue publicando.

algo tan evidente que no puede admitir ninguna discusión. Si los análisis de Canals sobre el *status* no fueran suficientes bastaría volver a leer el texto oficial, la *Provida Mater Ecclesia*, para mostrarla, rotunda y terminante, a los ojos de quienes se encierran en tu tozudez: "Artículo III. Parágr. 2. . . . Y estén siempre y en todo moralmente bajo la mano y dirección de los superiores. . . no tengan libre uso de los bienes temporales, sino uso definido y limitado. . ." "Parágr. 3. . . el vínculo que une entre sí al Instituto y a sus miembros debe ser. . . mútuo y pleno, de tal modo que. . . el miembro se entregue totalmente al Instituto y el Instituto cuide y responda del miembro".

Si los textos legales no dejan ningún lugar ni resquicio para la duda, ¿de qué sirven los comentarios, las declaraciones, los artículos, repetidos en cadena y a veces con firmas distintas, las protestas y los enfados, que no pueden tener ni tienen base documental o texto oficial en qué apoyarse? Creo que es algo fundamental. Las dos tesis resumidas al principio sobre la responsabilidad y la libertad de los miembros del *Opus* son falsas, si se contesta afirmativamente a la pregunta de la pertenencia plena al Instituto de la persona o personas de que se trate.

Cuando hablamos de lo que hacen y de lo que dicen, de las actitudes que toman y de la postura que adoptan personas como Ullastres, Calvo Serer, Pérez Embid y otras, miembros plenos y destacados de la Obra, no queda la menor duda y con toda razón cabe que nos interroguemos necesariamente ¿Cuál es la misión del Sr. Ullastres? ¿Qué pretende el Sr. Pérez Embid? ¿A dónde intenta llevarnos Calvo Serer?, pero por encima de todo ¿Qué quiere el *Opus Dei*?

Diez años de vida pública

Y a título de ejemplo, ¿cuál ha sido la historia reciente del *O. D.* en España? En 1947 consiguió la aprobación del Vaticano, ratificada en 1950. En 1957, por vez primera en mi país, entraba a formar parte del Gobierno —en su grado más alto— pública y abiertamente, un miembro de la Obra. Creo que está justificado y que es de enorme interés conocer el camino y la labor, silenciosa o pública, pero permanente, del Instituto, en esos años tremendos y críticos de España.

A finales de 1947 aparece en los kioscos de Madrid una revista nueva, *La Hora*, en la que se agrupaban los valores jóvenes más interesantes del momento, de procedencia y de familias espirituales distintas, casi todos moviéndose en torno al SEU y al Seminario de Formación del Frente de Juventudes. Laín Entralgo acaba de dar unas conferencias que más tarde se publicarían en su libro esencial:

El problema de España. El grupo de *La Hora* reclamó la paternidad espiritual de Laín y a través de él empalmó con Ortega y más allá con el '98 y más atrás todavía con una firme tradición de progresismo y de renovación cultural, de modernismo y de exigencia intelectual. Se palpa, se toma constancia, se siente la ausencia de los grandes valores en el exilio, la ausencia de maestros inmediatos capaces de dar una orientación, de dar un sentido a la vida y a la obra de estos muchachos. Jaime Suárez, Miguel Sánchez Mazas, José Luis Rubio, son algunos de los nombres que suenan en ese momento.²⁸

Pero inmediatamente, como réplica enérgica de las ideas limpias y honradas, finisimamente intelectuales y concilidoras de Laín, surge el escándalo. En las librerías de España se coloca uno de los primeros libros de la nueva colección "Biblioteca del Pensamiento Actual", de la Editora Rialp. Su título grita la contestación: *España sin problema*. Su autor, un desconocido de nombre Rafael Calvo Serer.

"Calvo Serer ha elegido como punto de partida una concepción unitaria, enteriza, lógicamente rigurosa, del proceso que a lo largo de la Edad Moderna ha destruido el orden cristiano de Europa en todos sus planos: religioso, filosófico, cultural, político y social. Para designar ese proceso ha empleado el término que le corresponde en la Historia de la Cultura, es decir, la palabra Revolución".²⁹ Según Calvo, "tras el marxismo la Revolución no da más de sí. Sobre sus principios sólo cabe en la vida europea el vaivén constante entre la anarquía y la tiranía o la definitiva extinción de la cultura occidental".³⁰

Pérez Embid, comentando a Calvo, diría más tarde que es una situación muy similar a la de la caída del Imperio Romano. Y añade: "como entonces, será ahora salvada la cultura, por la misma fuerza espiritual en su proyección histórica: El papel que entonces desempeñó la Iglesia es asumido ahora también por los cristianos. De la

²⁸ Esta nota es un resumen muy esquemático de esa espléndida realidad de inquietudes, trabajos y esfuerzos, que acaecen en España entre 1947 y 1957. En la segunda fecha, una mayoría de jóvenes habían pasado por las cárceles de Franco y comenzaba otra oleada de *exilados, casi todos estudiantes, profesores, jóvenes profesionistas, etc.* Una publicación que por entonces alcanzó gran resonancia, por su tendencia conciliadora, extendiendo una mano abierta a la España "peregrina", fue el semanario *Revista*, de Barcelona animado por Dionisio Ridruejo, Laín, Tovar, Marías, Aranguren, Torrente Ballester, etc.

²⁹ FLORENTINO PÉREZ EMBID. *Ambiciones Españolas*. Editora Nacional. Madrid 1953. El autor era en esa fecha Director General de Información. La colección "Libros de actualidad" dirigida por otro miembro del Instituto, Santiago Galindo Herrero, publicaba sus obras, las de García Escudero, Comin Colomer, Pérez Embid, etc.

³⁰ Tomado de PÉREZ EMBID. op. cit. p. 58.

conciencia histórica y de las virtudes humanas de los católicos depende en verdad, en gran parte, el futuro de la Cultura".³¹

Estas son las primeras manifestaciones de un plan de ambiciosos perfiles y de extraordinarias consecuencias, que se irá desarrollando paso a paso, en los próximos años, a partir de 1948. "La presencia inicial en la vida española de esta actitud ha venido a coincidir en buena parte con el año de 1948, a través de las publicaciones de libros y artículos representativos de la aparición vigorosa de algunas nuevas personalidades intelectuales, de la adquisición por casi todos ellos, de una conciencia de su unidad histórica con ocasión de hechos culturales españoles y extranjeros, producidos alrededor de dicho año".³²

Concretándose a España, el punto de partida de este grupo es una rotunda afirmación de parcialidad, que pretende superar todo el pasado en esta forma: "Ante la Guerra, que ha puesto punto final a la peregrina posibilidad de varias Españas, todas ellas estimadas en planos de paridad, por estar como estamos en la línea recta de la única España posible, nos sentimos por igual insolidarios de las monstruosidades ideológicas de los vencidos que de las debilidades o fariseísmos de muchos que por razones accidentales resultaron incluidos entre los vencedores".³³

Era, en realidad, una nueva declaración de guerra, diez años después de haberse terminado la Guerra Civil.³⁴ Estaban a punto las

³¹ *Ibidem.*, p. 59.

³² *Ibidem.*, p. 94.

³³ *Ibidem.*, p. 94.

³⁴ Una nueva declaración de guerra entre el grupo integrista o restaurador, animado y dirigido por los miembros del *Opus* y la gran mayoría de los intelectuales, que desde posiciones diversas, trataban de abrir paso y de renovar en la conciencia española, el sentimiento de conciliación, de solidaridad, de desamparo, hasta reintegrar a la vida civil y plena, a quienes resultaron vencidos. El esfuerzo de Ridruejo, Laín, Tovar, Marías, Aranguren y otros, la rotunda declaración conciliadora de Menéndez Pidal en el prólogo a la Historia de España, los textos de Madariaga, de Américo Castro, de Sánchez Albornoz, la obra literaria de Camilo J. de Cela, el teatro de Sastre, etc., tendían al establecimiento de un diálogo fecundo y esperanzador, entre los trozos dispersos de España, la que se quedó en la Península y la que sufría en el exilio la ausencia de una patria deseada. Todas las ocasiones eran buenas, el homenaje a Unamuno, la Cátedra de Zubiri, las conferencias de Marías, o de Ridruejo, los cursos de poesía española en la Universidad, el Congreso de Escritores Jóvenes, la rectoría de Laín, la muerte de Ortega, las controversias con el P. Guerrero, las entregas de *Insula* o de *Índice*, la salida de *La Hora*, de *Alcalá* o de *Revista*, etc. Los campos fueron quedando perfectamente delimitados, pero a partir de 1957, el final del encuentro, de momento, resultaba a favor de los restauradores.

condiciones que hacían posible esta salida. Diez años de labor callada y paciente habían colocado a un grupo de hombres, miembros plenos o colaboradores del *O. D.*, en una admirable situación de combate, armados de ideas, conceptos e instrumentos renovados. Sus objetivos eran estos:

1. Formar el grupo y ampliarlo a todas las capas de la sociedad sobre todo reclutándolos entre los profesionales de todas las ramas, de todas las designaciones.³⁵ 2. Llevar a cabo, desde los supuestos ideológicos del cristianismo, una revisión a fondo de la Historia de España y de Europa. El fruto de esa revisión aparece en forma aplastante y simultánea.³⁶ 3. Aprovechar ese caudal de información y de interpretación histórica para plantear los supuestos políticos de la nueva actitud.³⁷ 4. Llevar a cabo una amplia difusión de esas ideas

³⁵ Miembros del *Opus* figuran en todos los cuerpos profesionales, en todos los escalafones administrativos, en la banca, las finanzas, la bolsa, las actividades económicas, la Universidad, los centros de investigación científica, etc.

³⁶ VICENTE PALACIO ATARD. *Derrota, agotamiento y decadencia, en la España del siglo XVIII*. JOSÉ MARÍA JOVER. *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación* CSIC. JOSÉ CEPEDA ADÁN. *El providencialismo en los cronistas de los Reyes Católicos*. FEDERICO SUÁREZ. *La crisis política del Antiguo Régimen en España 1800-1840*. FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA. *Las Españas. Formación, tradiciones regionales*. JUAN SÁNCHEZ MONTES. *Franceses, protestantes turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*.

ANGEL LÓPEZ AMO. *Monarquía y República, en la revolución de 1848*.

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO. *Medio siglo de Historia de España*.

—. *De Canovas a la República*.

RAFAEL GAMBRA. *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*.

SANTIAGO GALINDO HERRERO. *El 98 de los que fueron a la guerra*.

CARLOS CORONA. *Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV*.

SANTIAGO GALINDO HERRERO. *Los partidos monárquicos bajo la II República*.

³⁷ RAFAEL CALVO SERER. *España sin problema*.

JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR. *El español y su complejo de inferioridad*.

LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS. *El mito de la nueva cristiandad*.

RAFAEL CALVO SERER. *Teoría de la Restauración*.

ANGEL LÓPEZ AMO. *El poder político y la libertad*.

RAFAEL CALVO SERER. *La configuración del futuro*.

ALVARO D'ORS. *De la guerra y de la paz*.

FORENTINO PÉREZ EMBID. *Nosotros los cristianos*.

RAFAEL CALVO SERER. *Política de integración*.

FLORENTINO PÉREZ EMBID. *Ambiciones españolas*.

JORGE VIGÓN. *Años de incisión*.

LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS. *La prudencia política*.

VICENTE MARRERO. *Maztu*.

FLORENTINO PÉREZ EMBID. *En la brecha*.

a través de los instrumentos publicitarios propios o de fácil acceso.³⁸
 5. Orientar, desde los puestos de poder alcanzados o de fácil dominio, la acción y el pensamiento de la clase intelectual, de los estudiosos, de los políticos, de los gobernantes, en todos sus grados y escalones; la prensa y los centros de formación de opiniones y de corrientes culturales, etc. 6. Inmediatamente trascender a Europa en búsqueda de alianzas doctrinales y políticas, para crear una fuerza europea y universal, unidos en la creencia y en el pensamiento cristianos "frente a la doble amenaza: el liberalismo y el marxismo".³⁹

"Los hombres del 18 de julio tenemos una concepción de España, no zurcida con retazos de todas las procedencias, sino verdaderamente entera, coherente, vertebrada y firme. Entendemos a España, no sólo como una nación aislada, sino como una tesis de la historia universal, de la historia europea. El catolicismo es el fundamento supremo de la conciencia nacional española. Nuestra guerra no fue una guerra civil, porque las trincheras marcaron en definitiva una frontera de dos concepciones del mundo, cada una de las cuales excluía sin remedio y de manera radical a la otra. Con nosotros llega una posibilidad nueva: a nuestras espaldas la Historia de España ha dado por concluso el siglo liberal. Este libro es una muestra de la tranquila y esperanzada labor de los españoles que se proponen crear seriamente para la vida nacional, bases más sólidas que la oscilación permanente entre la inercia y la catástrofe. Superada la época de inseguridad y de marasmo (1909-1939), con que termina la vigencia histórica de las tesis liberales, ninguno de los problemas españoles pueden ser entendidos por nosotros según el planteamiento de entonces".⁴⁰

Sin duda alguna, Calvo Serer ha sido en estos 15 años la piedra de escándalo de todos los que han querido informarse o discutir las ideas más representativas de los hombres del *O. D.* Sus cinco libros son recopilación de artículos, ensayos o notas, publicados en numerosos periódicos o revistas de Europa y en algunos de España. Su posición, desde un principio, como director del Departamento de Cul-

JOAQUÍN ENCINAS, *La tradición española y la revolución.*

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, *La monarquía tradicional.*

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO, *España pie a tierra.*

³⁸ Punta Europa, Nuestro tiempo, Arbor, la Revista Moncloa, *Ateneo*, Reino, Actualidad Española, Arriba, la Editorial Rialp, La Editora Nacional los cursos y conferencias del Ateneo, especialmente los titulados "Balances", las residencias de estudiantes.

³⁹ El hombre especialmente preparado para llevar a cabo esta labor fue Calvo Serer. El mismo narra en sus libros, anécdotas relacionadas con sus viajes, sus contactos y sus experiencias a través de Europa.

⁴⁰ FLORENTINO PÉREZ EMBID. *Op. cit.* pp 12 y ss.

turas Modernas del CSIC le permitió trabajar sin preocupaciones y sin carencia de medios, en un terreno esencial y estratégicamente inmejorable.

Así se ve a sí mismo Calvo Serer, al redactar la solapa de su último libro: "En *España sin problema*, inauguró su visión optimista de las posibilidades españolas, en la actual crisis de Occidente, enraizándolas en el vigor tradicional y católico de la historia nacional, con lo que valoraba en justicia los brotes heterodoxos y revolucionarios que en el siglo XIX escindieron la conciencia unitaria. *Teoría de la restauración* trazó un esquema filosófico-cultural del camino que el Occidente entero está siguiendo hacia la reconstrucción del orden cristiano de la historia. *La configuración del futuro* inauguraba un estudio, hecho a través de conocidas dificultades, de los problemas concretos de nuestra existencia colectiva. *Política de integración* precisó un modo concreto de preparar la futura convivencia pacífica, no por la mezcla incongruente de personas y de ideas, sino por el procedimiento realista y cristiano de la cordial integración de todos, en torno a un sistema de valores fundado en la verdad. *La fuerza creadora de la libertad* resume primero la enseñanza que nos han dejado los diferentes intentos políticos de nuestra historia contemporánea. Luego, analiza la creciente interconexión de nuestros problemas con los de todo el mundo libre, la situación social típica de nuestro tiempo y las actuales orientaciones del pensamiento y de la política económica. Con ello se perfila nítidamente una actitud integralmente restauradora y constructiva, más allá de la superada dialéctica Revolución-Reacción: neoliberalismo en la vida económica, cooperación profesional en las cuestiones sociales y, en lo político, nueva construcción de las formas tradicionales, es decir, de la Monarquía".

En otro texto, sacado del prólogo al mismo libro, dice: "Ir a los problemas concretos —construir embalses y centrales térmicas para que no falte el agua ni haya restricciones eléctricas, trazar carreteras para facilitar los transportes, desarrollar la producción de acero, acelerar la construcción de viviendas, mejorar la administración del Estado, etc.— tienen que hacerlo determinadas personas. Y a éstas no se las mueve como máquinas, ni como esclavos, sino con razones, con ideas y con valores, con sentimientos e ilusiones".⁴¹

¡Cómo recuerda este lenguaje de hace unos días a las palabras inaugurales del O. D. cuando veinte años antes se lanzaba a la conquista de los profesionales y de los intelectuales!

El análisis crítico de la obra de Calvo está por hacer y alguien tiene que hacerlo, para descubrir en toda su amplitud la intención y las pretensiones políticas de un grupo de enorme envergadura,

⁴¹ RAFAEL CALVO SERER. *La fuerza creadora de la libertad*. p. 14.

nacido y madurado en España, pero con nexos íntimos, fuentes doctrinales y apoyos políticos en los demás países occidentales. No me resisto a transcribir algunos de los juicios tópicos del cerebro político más activo del *O. D.*

"Así como las guerras civiles del siglo XIX motivaron 50 años de retraso, la escisión ideológica latente durante la Restauración canovista, nos condujo a la Guerra de 1936. Por tanto, si liquidamos definitivamente ese continuo desgaste que produce la división interior y seguimos con una evolución homogénea, a partir de 1939, eso nos dará la paz, factor fundamental para la continuidad política. La transigencia ingenua o cobarde nos llevaría irremisiblemente a reincidir en el ciclo trágico de las guerras civiles".⁴²

"Frente a la negación de la Teología, que está en la base del marxismo y frente a la Teología deísta, que según Rüstov, fundamenta al liberalismo capitalista, el cristiano ha de aplicar los principios de subsidiaridad y solidaridad, fundados en la imagen cristiana del hombre como ser social. A nadie que esté a la altura del tiempo le podrá sorprender que en España mantengamos la fe en la aplicación política de la doctrina católica, que es consustancial con el espíritu de la Victoria. Con la unidad católica como axioma nacional y de acuerdo con una filosofía cristiana de las estructuras sociales, es como hay que ir haciendo carne y sangre de nuestra vida pública el anhelo de justicia".⁴³ "La crisis contemporánea plantea las siguientes tareas, que constituyen el movimiento restaurador: a) Superación, por la Restauración integral, de la antítesis revolución-reacción, que lleva, en la lucha por el poder, hasta el absolutismo democrático, verdadero totalitarismo. b) Superación del humanismo práctica materialista, en la *renovatio* cristiana del hombre. c) Superación de la masificación, mediante el establecimiento de una más justa jerarquía social. d) Superación de las luchas entre potencias, en una libre sociedad de Estados".⁴⁴

Durante 10 años se planteó la lucha por el poder, siguiendo una pauta, que ahora puede ser descrita, gracias a los resultados visibles e indiscutibles que nos enseña la realidad presente y con la perspectiva que dan los años transcurridos.

La Universidad.—El comentario de José Luis Aranguren, otro de los maestros inmediatos de la juventud española actual, es definitivo: "El intento del *O. D.* era notablemente ambicioso y aun cuando irrealizable, habría podido llevar a la Universidad, una presencia católica sumamente eficaz. La prisa, o el apetito de poder

⁴² *Ibidem.*, p. 29.

⁴³ *Ibidem.*, pp. 64 y 65.

⁴⁴ RAFAEL CALVO SERER. *Teoría de la Restauración*. p. 122.

echaron a perder este objetivo. Con una innegable irresponsabilidad se improvisaron cuadros docentes cuyo testimonio católico, por falta de competencia, de vocación o de ambas cosas a la vez, ha sido gravemente contraproducente. La historia universitaria del *O. D.* es, en muchos aspectos, una parodia de la Institución Libre de Enseñanza".⁴⁵

La presencia pública.—El Ateneo, en manos de Florentino Pérez Embid, era la tribuna ideal. Llevar el espiritualismo cristiano a la casa que fue siempre el máximo reducto del modernismo, la fuente inspiradora de tantas acciones y revoluciones intelectuales, era una tentación demasiado fuerte y que el *Opus* no pudo resistir. Fue otra victoria, más aparente que real, y a la que pueden aplicarse las palabras de Aranguren. En cambio fue fácil crear empresas editoriales, revistas, periódicos, dominar la producción cinematográfica, la radio, las distribuidoras de películas, etc.

La economía.—Hombres de empresa y empresas propias, en los puestos clave del desarrollo, de la gestión y del control de los procesos económicos.⁴⁶

La política.—Incorporación de personas, primero en puestos secundarios y finalmente la llegada de primeras figuras a las carteras ministeriales. Contactos y compromisos entre diversas tendencias y programación definitiva, pero teórica, del proceso que habrá de llevar a la Monarquía social y representativa, en el cuadro jurídico y ambiental nacido del 18 de julio.

Europa.—Reivindicación del cristianismo como fuerza fundamental en la oposición al comunismo y al liberalismo; empalme definitivo con las tendencias neoliberales, neoconservadoras, restauradoras y tendencia al copo y dominio de la dirección de esas fuerzas, a través de instrumentos más o menos visibles: Centro Europeo de Documentación e Información.⁴⁷

⁴⁵ JOSÉ LUIS ARANGUREN. *Cuadernos*, julio de 1962.

⁴⁶ En los medios oficiosos del *Opus* se niega que empresas, bancos, organizaciones comerciales, etc. pertenezcan a la Obra. Argumentan que el *O. D.* no tiene ninguna finalidad económica. Ahora bien, conociendo lo que la Ley de Institutos Seculares dice del uso de los bienes temporales en su artículo III y con los datos recogidos por experiencias personales, puede entenderse fácilmente que un banco, donde los puestos clave, o la mayoría de las acciones estén en manos de miembros del *Opus*, tiene que estimarse perfectamente bajo su control y dominio. Y lo mismo sirve para toda clase de empresas. Por otra parte, la labor que, en el lenguaje de la Iglesia, se denomina "de apostolado", alcanza en el *Opus* perfiles de acción tan extraordinarios —en residencias, colegios, universidades, misiones, becas, viajes, etc.— que es lógico que exijan gastos enormes y la necesidad de tener fuentes de ingresos de cierta envergadura.

⁴⁷ El CEDI tiene una historia curiosa y no exenta de aspectos ridícu-

La resistencia y las dificultades que encontraron estos propósitos, obligó a ciertos cambios, al establecimiento de algunas alianzas y a servirse de todos los medios para afirmarse, y finalmente, para dominar una ancha parcela de poder político, lo que les permite esperar, confiadamente, en una solución próxima y satisfactoria, de la interinidad actual.⁴⁸

Conclusiones en forma provisional

NO es posible, al menos para mí, emitir todavía un juicio definitivo sobre el *Opus Dei*. Las Instituciones, como los hombres, como las cosas, evolucionan necesariamente, al compás de las circunstancias; para ser más preciso, de acuerdo con ciertas exigencias y leyes, bastante conocidas. La finalidad última del *Opus* tiene doble sentido, uno permanente y otro circunstancial. Es permanente el mandato de Cristo de enseñar la doctrina a todos los hombres. Circunstancial, sin embargo, la forma histórica, el modo operativo, como se pretende transcribir ese mandato e insertarlo en el cuadro de ideas, costumbres, normas y hábitos del mundo de hoy.

Desde mi perspectiva personal, radicalmente antidogmática, necesariamente humanísima y mundanal, nada puedo objetar a la finalidad permanente de un mensaje espiritual, humanista y religioso. En cambio, el aparato, la instrumentación, los medios puestos en práctica aquí en el mundo, para realizar ahora ese contenido, me preocupa, me pone sobre aviso, me obliga a discernir lo que haya de válido y de correcto y lo que haya de oscuro, de tendencioso, de

los, que algún día habrá que contar. En su creación se conjugaron la imaginación fogosa de Sánchez Bella, a la sazón director del Instituto de Cultura Hispánica (su hermano Ismael es uno de los sacerdotes tempraneros del *O. D.*), el sentido práctico y político del Marqués de Valdeiglesias, azeado en lides monárquicas, y la figura extraña y elegante del príncipe Otto de Haugsburgo, pretendiente, hasta hace pocos años, a la corona del imperio austrohúngaro. El CEDI efectuó su primera reunión en Santander en 1953, pero a partir de entonces, ha tomado como lugar fijo para sus congresos anuales (con escasas excepciones), las secas y frías piedras del Monasterio de El Escorial.

⁴⁸ A partir de la entrada en el Gobierno de Franco de varios miembros de la Obra y en los últimos 5 años, el grupo de presión que es el *Opus Dei* en España, se ha colocado admirablemente, ante la eventualidad de cambios o evoluciones internas del Régimen. Comparando los textos de Calvo Serer con los discursos de Franco, se observa una paulatina y creciente sincronización, en numerosos aspectos del presente y del proyecto de futuro político para el país. Creo que es urgente y necesario, que alguien lleve a cabo un estudio a fondo de este tema y del proyecto político general del *Opus*, para España y para el mundo.

comprometedor, en la finalidad circunstancial de instituciones como el *Opus*.

Por otra parte, me parece que a pesar de todo, y como no era menos de esperar, en él conviven personas y grupos de formación hábitos y sicología muy distintos. Hombres ardientemente enamorados de su ideal, incapaces de hacer daño o de sobrepasarse en la pretensión cristiana de vivir con arreglo a una norma, de dar razón y ejemplo de ese entendimiento de la existencia.

Las circunstancias históricas, la rápida evolución de los planteamientos o de los esquemas más o menos lógicos, la invalidez de los proyectos a largo plazo, la necesidad absoluta de convivir en un mundo cada día más humano, más a la medida de todos y de cada uno, me inducen a esperar y a creer en un desarme intelectual, en una pacificación de los espíritus, en la construcción de un sistema de relaciones, que nos incluyan y nos vigoricen a todos a la vez. Hay noticias, se producen hechos cada día más frecuentes, contamos con un caudal de experiencias viejas y nuevas, que deben ser la base del entendimiento, la plataforma para la convivencia.

Viejas palabras, cargadas de sentido y de honradez, pueden servirnos para dialogar bajo las estrellas: respeto, comprensión, amistad, amor.

Porque el objeto del debate es de una significación y de una trascendencia de las que nadie duda. Porque lo que se dilucida, por encima y por debajo de la hojarasca de consignas, de palabrotas, de mentiras, de señuelos engañosos, de ortodoxias intransigentes, de anacronismos ingenuos o de pillerías malintencionadas, es la posibilidad de seguir siendo hombres y de vivir como tales, en un mundo de hombres. Conviene, sin dejar de tener firme y tensa la mano sobre la realidad, dejarse llevar a veces por la grata tarea de imaginar los perfiles amables de un mundo mejor. Es muy humano. Es un ejercicio intelectual que tiene también su compensación, y que permite, a la vuelta de la dura e ingrata pelea de cada día, comparar la situación y las circunstancias que nos agobian.

El trabajo de hoy es una obra sin final. La interrogante abierta que dibujó la aparición del *Opus Dei* en la vida española, y poco después en la de muchos otros países, no puede ni tiene por qué cerrarse todavía. En el mundo y desde el mundo, Cristo no se agota en un proyecto solo. Probablemente nada tan ajeno a su profundo sentido espiritual y humano como el gigantismo o la monstruosidad, que suelen ser la causa definitiva del fracaso de los intentos que se pretenden con tal tamaño.

En cuanto al designio político del grupo integrista, neoliberal, neoconservador, restaurador, en España o fuera de ella, estimo que

debe concedérsele la debida beligerancia. Muchas de sus actitudes, de sus posiciones de intransigencia, de sus aristas demasiado cortantes, nacen de un complejo de inferioridad, de un sentimiento de ridículo, que hay que destruir y olvidar.⁴⁰ En el terreno de la lucha política, y de acuerdo con las normas corrientes y adecuadas a nuestra situación, no debería impedirse la validez de sus pretensiones. Pero eso sí, perfectamente limitadas y encajadas en un cuadro democrático, que el grupo tiene que admitir, sabiendo de antemano sus obligaciones, sus límites y sus posibilidades.

Las circunstancias que han hecho posible su desordenado aco pio de poder y de influencia son tan frágiles, están abocadas a una muerte tan inmediata e irremediable, que es hora de meditar hondamente, si vale la pena de desaparecer con ellas, o por el contrario, si conviene salvar, para un futuro mejor, lo que haya de permanente y de vigoroso, en el esquema cristiano de la historia y del mundo.

⁴⁰ Cuando se analiza atentamente el pensamiento político restaurador, a la luz de la experiencia y de la ciencia política, aparece con toda claridad la verdad de esta afirmación. Por otra parte, creo que a la investigación histórica del grupo, hay que contraponer una labor semejante, pero mucho más rigurosa y a fondo, del siglo XIX español, época clave para la interpretación correcta de tantos sucesos recientes. La experiencia política, las desgracias nacionales, la posibilidad de contar con instrumentos políticos y económicos más valiosos, la corriente de integración democrática y social de Europa, abren hoy perspectivas nuevas y prometedoras a un futuro español, más razonable, más político, menos sujeto a las algaradas militares y, hasta cierto punto liberado de la pasión y del encendimiento de nuestras contiendas civiles por el poder. Es evidente que todo esto constituye una especie de futurismo difícil de asegurar. Todo dependerá, en definitiva, del modo como los españoles consigamos dar el paso tremendo de la dictadura a la libertad.

LAS BASES NORTEAMERICANAS EN ESPAÑA

Por el Coronel *Vicente GUARNER*

I. *Cómo pensaba un presidente*

EN el año 1949 hicimos un viaje a Washington, en unión del Dr. Caballero. Tuvimos entonces la oportunidad, que aprovechamos, de obtener una audiencia con el entonces presidente Truman. Atravesamos en una neblinosa mañana los prados y jardines de acceso a la Casa Blanca, que estaba en obras, contemplando las ardillas que trepaban tranquilamente por los frondosos y verdes árboles. En la puerta, solamente custodiada por dos agentes y un motociclista uniformado (todavía no había tenido lugar el atentado de los puertorriqueños contra el Presidente) nos introdujo un secretario en una sala rectangular, situada a la izquierda, en cuyo centro aparecía una mesa larga y ovalada rodeada de sillones y cuyas paredes estaban tapizadas de caricaturas periodísticas ampliadas, algunas de ellas bastante sangrientas, del propio Presidente. Este nos recibió en su despacho del primer piso, de pie ante su mesa de escritorio, en tanto que en otra mesa pequeña y más alejada tomaba notas un taquígrafo. El anciano e inteligentísimo coronel Cowles que era nuestro introductor y que fue acogido con amables abrazos presidenciales, expuso acentuando un tanto las tintas, pero con suma precisión y detalle, las anómalas circunstancias del régimen imperante entonces como ahora en España. Lo pintó el orador como una supervivencia del nazi-fascismo, que había suprimido las libertades y derechos ciudadanos y que en forma intolerante y reaccionaria, perseguía ferozmente a los republicanos, muchos de los cuales habían sido asesinados y otros ajusticiados.

El presidente Truman, que días antes, al hablarle los periodistas en una conferencia de prensa del general Franco, había exclamado: "I dont like this guy" (No me gusta ese tipo) respondió bondadosa y afectuosamente al discurso del coronel Cowles y expresó con toda claridad dirigiéndose a nosotros: "Efectivamente; este es un problema que existe y que hemos de tratar de resolver, lo mismo que otros que hay en el mundo". Había aludido el

Presidente antes, al solemne repudio diplomático y político, que en 1946 en la Asamblea General de las Naciones Unidas en San Francisco, habían efectuado todas las naciones, menos dos o tres del régimen franquista, retirando de España sus embajadores. Es de hacer notar que el comportamiento y la actitud del gobierno de Franco, no han variado lo más mínimo desde esas épocas.

II. *Cómo pensaba el Pentágono*

DESDE algún tiempo antes de esa entrevista, se agitaban, sin embargo, en el Pentágono, cabecera del mando militar norteamericano, elementos técnicos de tendencias conservadoras que esgrimían ante el mundo la amenaza de la superioridad bélica soviética, tratando de contrarrestarla con todos los medios disponibles. Entre éstos figuraban casi en primer lugar, los medios y dispositivos militares que podían obtenerse de la España franquista. En el *New York Post* había publicado poco tiempo antes el mayor norteamericano George Fielding Elliot, haciéndose eco del Pentágono, un artículo cuyas conclusiones podían resumirse así:

a) España con sus 28 millones de habitantes, forma parte integrante de la Europa occidental.

b) La Península Ibérica es bastante rica en minerales de guerra, como cobre, tungsteno, manganeso, zinc y mercurio. Por eso hay que contar con ella.

c) Se ha aislado a España, considerándola como un país "paria", siendo denegada su presencia, tanto en las Naciones Unidas, como en toda clase de actividades internacionales, "porque no nos gusta su gobierno. No nos satisfacen Tito, Trujillo y Perón y sin embargo, los países de estos dictadores, figuran en las Naciones Unidas".

d) Franco conservó su neutralidad "intacta" durante la guerra última.

e) Se debe desde luego auxiliar a Franco tanto estratégica, como económicamente, con vistas a la guerra futura.

Aparte de las dos primeras de estas conclusiones, se podían considerar las restantes como totalmente inexactas. Todo el mundo se extrañaba en la segunda posguerra mundial, de la pasividad de las democracias, con respecto al régimen imperante en España. Se decía que si Hitler hubiera triunfado, ningún régimen adverso, ni ligeramente opositor hubiera subsistido en todo el mundo. Se alegraba en Francia, Inglaterra y Países Escandinavos, que la instalación del gobierno del general Franco, era debida exclusivamente al eje y a los moros mercenarios y que ese gobierno había auxiliado

a Hitler y Mussolini durante la guerra, con su espionaje, sus aprovisionamientos y enviando a la U.R.S.S. a la apaleada "división azul". Los discursos del "caudillo" vaticinando y regocijándose de la derrota de las "podridas democracias", el libro *Complacent Dictator*, de Sir Samuel Hoare, embajador británico en Madrid, los artículos que publicó el mariscal hitleriano Von Keitel, antes de que lo ahorcaran en Nuremberg, las andanzas en España, perfectamente conocidas de Himmler, del almirante Canarias y del diplomático Von Stohrer, las planeadas operaciones contra Gibraltar, la ilegal ocupación de Tánger y sobre todo la abundantísima documentación hallada por los aliados en Alemania, probaban exactamente lo contrario de las afirmaciones del mayor Elliot, cuyo artículo reflejaba el ardiente deseo del Pentágono de llegar incluso a una alianza militar con la España franquista.

Casi coincidiendo con nuestra entrevista con el presidente Truman, el senador Gurney, el mayor general Parsons, el vicealmirante Woldridge y el mayor general aéreo Boatner, trataron durante una hora en el Pardo con el "caudillo" de una ayuda económica y militar a España y en Barcelona el ex director de correos norteamericano Farley, abogó por la inclusión del país en el Plan Marshall. En Bélgica se decía al comentar estas noticias, que si Hitler y Mussolini hubieran sobrevivido, los EE. UU. hubieran buscado su alianza, predominando la estrategia y la política, sobre la moral y el concepto del honor.

Se inició poco tiempo después en Norteamérica, una corriente completamente contraria para estas tendencias, con motivo de un informe de los servicios secretos de los EE. UU. y de una amplia y documentada exposición efectuada ante la Asamblea Nacional de Francia, por el diputado galo Daniel Mayer, oponiéndose lo mismo que lo hicieron otras naciones, a la entrada de España en el Pacto del Atlántico. Se alegaba la sorda oposición a Franco que podía apreciarse en el país; la escasez y pésima calidad del armamento militar, no existiendo una sola división de infantería, que tuviera más de un 60% de las armas previstas oficialmente. Se decía que todo el material era espantosamente heterogéneo y que el motorizado no llegaba a un 40% utilizable, careciéndose de tanques y aviones modernos. Se alegaba que los 300,000 hombres de las fuerzas armadas españolas adolecían de deficiente instrucción, pues entonces como ahora no existen campos adecuados y que además un 50% de los efectivos eran enviados a sus hogares con licencia ilimitada para ahorro de haberes. No había en aquellos tiempos, más que un escuálido batallón paracaidista, etc. Periódicos norteamericanos, como el *United States and World Report* de Washington y el *New York Herald Tribune*, se hacían eco de

esas deficiencias, muchas de las cuales subsisten en la actualidad aunque las cosas militares hayan mejorado bastante y estimaban que era inútil invertir cientos de millones en mejorar unas fuerzas armadas viciadas. La conclusión era —y en esa opinión abundaba el propio general Eisenhower— que España habría de constituir un verdadero lastre para las fuerzas militares del Pacto del Atlántico, que estaban bajo el mando de ese general.

III. *Perspectivas de una Tercera Guerra Mundial*

PARA llegar a hacerse cargo de la actitud del Pentágono, con respecto al papel que se pretendía y pretende asignar a la España franquista, aparece como conveniente trazar un ligero esbozo de lo que podría ser, en el triste caso de que estalle, una tercera contienda mundial. Sus campos de batalla abarcarán el mundo entero, que se ha "encogido", de resultas de la utilización en gran escala del arma aérea y de los proyectiles balísticos. Nos referiremos a las perspectivas actuales y no a las de las épocas en que fueron adquiridas las bases, para situar el verdadero valor estratégico de las mismas en el día. Hoy los continentes, para la T.S.H., el radar, los bombardeos aéreos en gran escala y los proyectiles intercontinentales y de alcance intermedio, no constituyen, en el aspecto estratégico, más que unas pequeñas islas.

La población actual de la modesta pelota de fango, minerales y fuego, en que habitamos, que constituye una verdadera brizna en las inmensidades del universo, es de 3,115 millones de pobladores. La guerra futura en caso de que llegara a estallar, por incidentes en Cuba, Berlín, India o Asia suroriental, sería librada entre un bloque de países, que se titulan occidentales, aunque entre ellos figuren naciones emplazadas hacia el oriente, constituyendo un conjunto de 22 a 27 naciones, con alrededor de mil millones de habitantes (los EE. UU. poseen 187 millones de gentes) y otro bloque oriental formado por la Unión Soviética con sus 221 millones de pobladores y países satélites, formando 9 ó 10 naciones, con 1,065 millones de gentes en total. Parte de estas naciones tienen un mando militar unificado por el llamado Pacto de Varsovia, opuesto al Pacto del Atlántico occidental. Al bloque soviético habría que agregar 463 millones de chinos, resultando un total de 733 millones de habitantes para el bloque oriental. Serían probablemente neutrales o dudosos: 6 millones de suecos, 16 de yugoslavos y 30 millones de españoles, en caso de que España pudiera conservarse neutral, como en las dos guerras mundiales, aunque las bases establecidas por Norteamérica impedirían ahora esa neu-

tralidad. En total serían 52 millones de europeos, a los que habría que agregar 342 de hindúes en caso de terminar el conflicto actual con China, 76 de indonesios y tal vez 82 de japoneses. Resultaría un total de 598 millones de gentes que anhelarían verse alejadas de la contienda.

Sería el teatro principal de esa guerra, la vieja Eurasia continental, siendo casi seguro que en ella habría de terminar la contienda. Las agresiones estratégicas nucleares del bloque oriental contra Eurasia y América, cuyas primeras andanadas podrían producir unos 35 millones de víctimas, al no existir separación entre los frentes de lucha y la retaguardia, recibirían indudablemente pronta y terrible respuesta, con bombas de fisión llevadas por proyectiles o por aviones de largo alcance, que tienen sus objetivos fijados y estudiados perfectamente, los cuales serían batidos un cuarto de hora después de ser lanzada la primera bomba nuclear, por el Comando Aéreo Estratégico Independiente Norteamericano (al que pertenecen las bases españolas), con cuartel general en Omaha, doblado por un comando volante, así como por el Mando de Bombardeo Británico.

Los soviéticos pondrían indudablemente en acción inmediatamente sus 80 proyectiles de largo alcance intercontinental con 8,000 Kms. de alcance, denominados T-3 y los de radio intermedio T-2 y T-4, con alcances, respectivamente, de 2,600 y 1,600 Kms., repartidos todos ellos en bases de 15 proyectiles cada una que se encuentran esparcidas desde el extremo del Báltico a los Cárpatos. Intervendrían también en la agresión estratégica, los submarinos atómicos rusos, dotados de proyectiles Komet, que se disparan bajo el agua, con 1,500 Kms. de alcance y la flota que dispone de otros proyectiles Golem, con 500 Kms. de alcance. La fuerza aérea rusa, con sus 300 bisontes de retroimpulso, mejora del B-52 de EE. UU., sus "tejones" en número de más de 500 equivalentes al B-47 y un total de unos 12,000 aparatos a chorro, llevarían las bombas nucleares a todos los objetivos y bases que se encuentran perfectamente localizados, sin exceptuar las bases establecidas en España.

Norteamérica posee para su contundente réplica los intercontinentales proyectiles Atlas de los que existen 30 ó 40 y un centenar o más de Minuteman, éstos con instalaciones subterráneas y todos con 8,000 Kms. de alcance y posee también distribuidos en bases europeas los de alcance intermedio Thor, situados en Inglaterra que alcanzan 3,000 Kms., y los Júpiter, de los que existen 30 en Italia y 15 en Turquía, con un alcance de 4,000 Kms. Los proyectiles de alcance intercontinental, pueden portar bombas de hidrógeno y todos ellos cargas nucleares, lo mismo que los subma-

rinos atómicos que sumergidos pueden lanzar proyectiles Polaris con 2,400 Kms. de alcance, que se pretende ampliar a 4,000. Los efectos mortíferos y daños que se podrían causar se extenderían en un área con diámetro de unos 400 Kms. en torno al punto de explosión y las bombas, algunas de las cuales ostentan potencia de 100 megatones (el megatón equivale a 1 millón de toneladas de T.N.T.) pueden ser de hidrógeno, a base de tricio o sea de 2 átomos de hidrógeno y 1 de helio, rodeadas de cobalto, o bien bombas A corrientes, que sirven como detonadores a las anteriores y que llevan capas de plástico, plutonio y berilio, las cuales pueden ser disparadas solas y sus ejemplares más pequeños utilizados en las armas militares tácticas. La flota aérea norteamericana tan numerosa como la soviética efectuaría su agresión estratégica con los octomotores B-52-G de 175 toneladas, verdaderas plataformas para proyectiles teleguiados, o susceptibles de lanzar toda clase de bombas nucleares; con B-47 de bombardeo mediano exaomotor y 3,200 Kms. de radio de acción y B-58 más pequeños, pero todos dotados de bombas atómicas en caso necesario. Unos 20,000 aviones de EE. UU. están distribuidos en más de 50 bases aéreas esparcidas por el mundo, con 84,000 pilotos y más de 40,000 técnicos.

Este gigantesco despliegue de bases aéreas mundiales por ambos bandos y las existentes en España, obedecen a la conclusión de las limitadas posibilidades que todavía existen para los proyectiles, cuyas bases de lanzamiento podrían ser batidas eficazmente y cuya precisión resulta bastante relativa. A pesar de las dificultades que existen actualmente para el bombardeo estratégico con aviones a causa de las redes de radar, los proyectiles antiaéreos y los aviones interceptores (toda vez que un avión sometido durante doce minutos al radar y sus proyectiles adjuntos resulta abatido), existen contramedidas de "cortinas de humo electrónicas", que libran del rayo de radar a cualquier aparato volador. Por tal motivo todavía las naciones fundamentan su ofensiva estratégica en la aviación portadora de proyectiles y bombas nucleares, estimándola susceptible de poner a un país en pocas horas completamente fuera de combate. Esta fuerza estratégica de asalto atómico, obliga a instalar bases aéreas o aeronavales en España o donde sea posible, y a organizar potentes defensas antiaéreas que aseguren la continuidad de la acción gubernamental y del mando militar en cualquier país, protegiendo sus industrias y organismos vitales.

Todas las bases, deben quedar adecuadamente situadas y a distancias perfectamente calculadas de sus probables objetivos. Así, desde Groenlandia, se podrían tardar unas tres horas en llevar bombas de hidrógeno a las bases árticas de los soviets y desde Alaska batir eficazmente la base siberiana de Irkutsk. Desde los

EE. UU., y en unas 8 horas, se podrían atacar las fábricas y centros atómicos rusos más allá de los Urales, emplazados los principales en Kusbas, en el Baikal cerca de Mongolia y al N.O. de Magnitogorsk. Desde la Gran Bretaña y en 2 y media horas se podrían batir por la 3ª Fuerza Aérea las bases bálticas y las checas de Reichenberg, Olmutz, Karlsbad y Druman. Desde España y en un vuelo de menos de 4 horas, la 16ª Fuerza Aérea podría batir la zona industrial que rodea a Moscú y en algo más de tiempo, los grandes centros siderúrgicos próximos a Leningrado. Desde Whelus en Trípoli, la 17ª Fuerza Aérea batiría en 2 horas y media, el principal centro petrolero rumano de Ploesti. Desde Grecia se batirían los objetivos ucranianos y desde Turquía o Dahran en Arabia Saudita se podría atacar el centro industrial de Magnitogorsk, en 3 horas y media, así como las factorías situadas detrás de los Urales. Los submarinos atómicos, dotados de proyectiles Polaris que patrullan las aguas de Noruega y que han sido colocados bajo el mando de la O.T.A.S., podrían atacar todos los objetivos del N. y centro de la U.R.S.S. y los 200 aparatos de bombardeo estratégico de la 6ª Flota Norteamericana del Mediterráneo, con base en Rota, a la entrada de la bahía de Cádiz (pues Malta, Chipre y Gibraltar, pertenecen a la Gran Bretaña), podrían atacar en 1 hora y media con sus bombas de 1,600 Kg. el gran centro petrolero de Bakú en el mar Caspio.

Aparte de la potencialidad en proyectiles balísticos y en aviación estratégica que necesita de las bases, el balance de fuerzas terrestres y navales puede establecerse en la siguiente forma:

Bloque oriental (sin incluir China comunista)

UNAS 400 divisiones movilizables, de ellas 175 de primera línea (97 de infantería, 8 de aerotropas, 45 mecanizadas, 20 blindadas, 5 de caballería y 25 de artillería). En Alemania hay 20 divisiones en pie de guerra, aprovisionadas para 6 meses. Apoyan a estas fuerzas 20,000 aviones, 5,000 de ellos de pelea, distribuidos en 1,300 bases en Europa, y los mandos de grupos de ejércitos se encuentran en Leningrado, Minsk, Odessa y Tiflis. La flota posee 700 submarinos, algunos de ellos atómicos, 150 destructores, y 30 cruceros y las naciones satélites proporcionan: Polonia 22 divisiones, Checoslovaquia 18, Hungría 10, Rumania 11 y Bulgaria 15.

Bloque occidental

LAS 15 naciones de la N.A.T.O., no han podido reunir las 30 divisiones calculadas y existen: 7 de EE. UU., 4 británicas, 4 francesas, 8 alemanas y 4 ó 5 de otras naciones (los EE. UU. movilizaron 40 divisiones en la pasada guerra) apoyadas por unos 25,000 aviones y unas flotas con unos 60 portaviones, un centenar de cruceros, 600 destructores y 350 submarinos.

El cuadro no resulta demasiado halagador para el bloque occidental, cada una de cuyas divisiones se ve obligada a cubrir un frente de unos 80 Kms., dejando aislados a los 6,000 soldados que guarnecen Berlín. El Pacto de Bagdad que fue la barrera opuesta por el S.E. al bloque oriental, resultó envuelto por éste hacia Egipto y Argelia y perforado en Irak, quedando como único baluarte las 12 divisiones turcas, con las bases establecidas en Turquía y en Arabia, aunque éstas se vean amenazadas por retaguardia desde el Yemen. Mientras los comunistas obtengan sus objetivos mediante la guerra fría y en tanto que reine la teoría "del miedo mutuo", la guerra parece poco probable, pero si llegara a estallar, antes de que fueran atacadas y tal vez dominadas las fuerzas de la N.A.T.O., verdaderamente escasas, se iniciaría la contienda por un terrible y gigantesco ataque nuclear a los EE. UU. que produciría 25 millones de víctimas respondido al cuarto de hora, por una mortífera agresión atómica, a los 70 objetivos soviéticos perfectamente estudiados y seleccionados, desde 270 bases de agresión, entre las que se cuentan las españolas, con 1,500 B-47 "Rascals", que pueden dar la vuelta al mundo a 12,000 metros de altura a 800 Kms. por hora y con unos 300 B-52 octomotores, que vuelan a una velocidad de 650 millas por hora, con vanguardias tácticas de B-66, B-45 y F-100-D supersónicos. Los teleobjetivos de los aviones U-2 y de los satélites Samos, han permitido obtener excelentes fotografías de los futuros blancos soviéticos, pero es de suponer que los rusos posean una información análoga, a resultas de la cual quedarían destruidas las bases entre ellas las españolas, así como todas las ciudades de las comarcas contiguas.

Si como se calcula, los ataques por tierra de las fuerzas del Pacto de Varsovia se producen en 14 direcciones (Rotterdam y Brest para dominar La Mancha; París para controlar toda Europa occidental, Italia, Grecia, etc.); los Pirineos no constituirían obstáculo demasiado serio, ante el poderío del armamento moderno y las 25 divisiones españolas, pobremente armadas e instruidas, desempeñarían un mediocre papel. Solamente gigantescas operaciones anfibas, que se produjeran años después, podrían librar a la Europa occidental del dominio soviético.

IV. *Estrategia y diplomacia*

EN abril de 1950, entreveían ya muchos estadistas y algunos altos mandos militares, parte de las perspectivas trazadas en el panorama anterior y los ministros de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, Francia e Italia, se reunieron en Washington con el secretario de Estado norteamericano Dean Acheson con objeto de discutir el problema de la seguridad del Mediterráneo. Se trató del apoyo que se pudiera proporcionar a Grecia y a Turquía; de Gibraltar dominado desde la bahía española de Algeciras y del papel asignable a España, entonces muy próxima al derrumbe económico, en la defensa de Europa occidental. España en aquellas épocas, no podía ni siquiera abonar a Argentina el importe de unas remesas de trigo, lo que había terminado con el pomposo eje Madrid-Buenos Aires, de que Franco y Perón se ufanaban, coreando el hecho por la domesticada prensa española.

Por esas mismas épocas, Von Papen absuelto a regañadientes en Nuremberg, hizo declaraciones preconizando la restauración del equilibrio internacional, mediante la creación de una tercera fuerza independiente del Este y del Oeste y el armamento defensivo de Europa, a base de organizar un ejército alemán, debiendo seguir Alemania el ejemplo de la España franquista, y colocar como ella los jalones para celebrar un tratado independiente con los EE. UU. con el consentimiento de Londres y con devolución a Alemania de toda su soberanía.

Poco tiempo antes, el grupo hispanoamericano a excepción de México y alguna otra nación y el grupo árabe, plantearon en las Naciones Unidas la revocación del acuerdo sobre el aislamiento de España, enviando inmediatamente los EE. UU. un nuevo embajador cerca del general Franco. Los dos agregados militares, coronel Miller y naval capitán Mercer, encarecían la importancia estratégica de España, que debía, según ellos, quedar incluida lo mismo que Portugal en los planes Marshall y en el Pacto del Atlántico, apoyándolos con toda eficacia el embajador Griffis.

¿Por qué entregar —se decía por entonces en los EE. UU.— equipo militar a Yugoslavia, Grecia y Turquía y no a España, que defendería los Pirineos llegado el caso? La fuerza del Pentágono predominó sobre la repugnancia con respecto a Franco del presidente Truman, abriéndose, en consecuencia, paso a 18 meses de laboriosas negociaciones con el gobierno franquista, que culminaron en las entrevistas definitivas que celebró en 1953 con el general Franco, el almirante Sherman, jefe de operaciones de la Marina norteamericana, fallecido poco después en Roma, cuando aleguaba que la adquisición de 5 bases en España, había resultado "su-

mamente barata". El general Franco trató el asunto personalmente, sin consultar, según se aseguró en España, ni a su servil Gobierno, ni a sus domesticadas Cortes. Hasta 1940 había estado bajo la protección de Hitler y de los alemanes. Después pasó a depender de los EE. UU., los que olvidaban los insultos que había sufrido el embajador Weddell y el apedreamiento que años antes había padecido la embajada norteamericana en Madrid. Weddell en lugar de exigir solemnemente explicaciones por la lapidación de sus ventanas, como había hecho con todo su personal de gran uniforme Sir Samuel Hoare, embajador británico, en un caso análogo, ofreció a Franco 100 millones de dólares, para adquisición de trigo, gasolina, algodón, etc., si España permanecía neutral en la contienda mundial entablada.

Los EE. UU. pasaron rápidamente la esponja sobre la actitud del franquismo durante la Segunda Guerra Mundial. La prensa española, dependiente del gobierno, hacía constantes alusiones al Maine, y a los asedios de Santiago de Cuba y de Manila en 1898 y llegaba a reproducir un poema de Rubén Darío contra Teodoro Roosevelt, atribuyéndolo al entonces presidente norteamericano, contra quien circulaban en Madrid estudiantes portando insultantes cartelones y gritando: "¡Abajo los yanquis!" Un episodio por demás divertido, tuvo lugar en esos tiempos. Uruguay se disponía a ceder a los EE. UU. Punta del Este, saliente dominante de la entrada al estuario del Río de la Plata, para instalar allí una base naval. La controlada prensa española se desató en aspavientos ante ese hecho y el S.E.U. (Sindicato Español Universitario) organización completamente fascista, se apresuró a cablegrafiar a los estudiantes de toda Hispanoamérica, protestando enérgicamente contra la creación por los EE. UU. del "primer Gibraltar en América del Sur". El rector de la universidad madrileña, don Pío Zabala, hubo de agregar a esta protesta el peso de la indignación de la intelectualidad española, cablegrafiendo a todos los rectores de las universidades americanas en contra de la instalación de esa base. En los telegramas se subrayaban "los lazos indestructibles y profundos que unen a Iberoamérica con la Península que les dio la cristiandad y es hoy su mejor hermana" y se pedía no permitir "influencias extrañas dentro del espíritu y del cuerpo de la Hispanidad" (?).

V. Acuerdos diplomático-económicos

POR fin, en 25 de septiembre de 1953, el Consejo de Ministros de Franco llegó a anunciar en nota oficiosa que al día siguiente

quedarían firmados los acuerdos entre el régimen franquista y Norteamérica, en el Ministerio de Estado, actuando el embajador norteamericano Dunn y el ministro Martín Artajo. Habían quedado ya totalmente limadas las asperezas que a fines del año anterior habían estado a punto de hacer fracasar las negociaciones. El general Franco había, en efecto, citado en el Pardo al jefe norteamericano de la misión militar, general James V. Spry, a quien conocimos anteriormente como agregado militar en México, para pedir con toda urgencia, más fondos que los 68 millones que ya había asignado a España el senador Mc Carran y más equipo militar "para la defensa conjunta de la Península Ibérica contra un ataque en el Mediterráneo. Afirmó Franco violentamente, en más de una hora de diálogo, que no concedería en modo alguno en vista de las dilaciones, las prerrogativas de que gozaba la Fuerza Aérea de los EE. UU. en Inglaterra, Francia o Italia. El general norteamericano, se limitó a señalar que él no intervenía en la esfera económica y al llegar pocos días después a los EE. UU. parece ser que recomendó, en vista de la actitud intemperante del "caudillo", no establecer bases en España, limitándose a las que Francia, sin contar con el sultán, había concedido en el Marruecos francés.

Pero pudo más la terquedad del Pentágono y finalmente fueron firmados los tres acuerdos siguientes:

1º *Acuerdo de Defensa.*—Ante la amenaza que existía para el mundo, Norteamérica suministraría material militar, comprendiendo defensas aéreas, efectivos, mejora del equipo militar y naval, cooperando en ello la industria española y mejora de instalaciones y zonas bélicas, quedando esas zonas bajo la soberanía y el mando español. España gozaría de la entera propiedad de los terrenos y construcciones, aunque Norteamérica podría siempre levantar o demoler las instalaciones, que pasado el plazo de 10 años, quedarían a disposición del estado español, siempre que no fueran de carácter estrictamente secreto. Este período de 10 años, se consideraría renovable, por dos períodos de cinco años cada uno, necesitándose un aviso previo de seis meses para la anulación de esos períodos.

2º *Acuerdo de asistencia económica.*—Habría de consistir en el aseguramiento de productos y servicios y en la estabilización de la moneda española, cooperando España con los EE. UU. para que los productos y servicios obtuvieran precios razonables. Se tendería a evitar los monopolios y barreras aduaneras y se buscaría una fácil conversión monetaria. Quedaría en España una misión económica norteamericana, con vistas a lo que antecede y a la adquisición de materias primas estratégicas.

3° *Acuerdo de defensa mutua*.—Los suministros a España se realizarían de acuerdo con la carta de las Naciones Unidas, utilizándose en favor de la paz. Se establecerían modalidades especiales para el intercambio de derechos científicos y de información técnica, ajustándose las inversiones norteamericanas a la preparación del plan de asistencia militar.

La suma de 226 millones de dólares, abonable inmediatamente por las bases a establecer, se estimó por los técnicos españoles en economía como insuficiente para que España pudiera comenzar a abrirse paso con sus propios recursos, toda vez que el banco de España carecía en aquellos momentos de reservas monetarias y que no habían aún sido reparados los destrozos producidos por la guerra civil, en ciudades y pueblos, material ferroviario, instalaciones eléctricas e industriales, etc., además de haberse producido sequías y malas cosechas. Por entonces las fábricas cerraban varios días a la semana y la electricidad estaba siendo restringida. La desocupación (no existía el actual turismo, ni la emigración al extranjero) alcanzaba a 86,000 españoles.

Pasó, pues, España a ser el primer país en el mundo que había concedido a los EE. UU. derechos irrestrictos sobre la utilización en las bases otorgadas de bombas atómicas y de hidrógeno. Gran Bretaña y las demás potencias signatarias del Pacto del Atlántico nunca han consentido en esta utilización, sin previa autorización específica que el protocolo secreto adjunto a los acuerdos con España, asignaba sin limitaciones al Mando Aéreo Estratégico norteamericano perteneciente al Pentágono y totalmente independiente de la N.A.T.O. Se había logrado acortar en algunos millares de kilómetros las distancias a recorrer por los aviones bombarderos de Norteamérica, para poder llegar a los objetivos comunistas, a costa de poner en terrible peligro de destrucción nuclear, en caso de una futura contienda, a numerosas ciudades y pueblos de España.

Todavía en 1956, el ministro franquista de Estado, Martín Artajo, efectuó un viaje a Washington, para solicitar un aumento en los fondos otorgados a España, alegando con toda desenvoltura que cuando se firmó el pacto de concesión de bases, Rusia no disponía aún de bombas de hidrógeno y de proyectiles dirigidos de largo alcance y que en caso de un conflicto entre Oriente y Occidente, morirían muchos más españoles. También pidió —y el funesto secretario de Estado de Eisenhower, Foster Dulles, le hizo coro— el inmediato ingreso de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte, puesto que a la España franquista se le habían ya abierto las puertas de la U.N.E.S.C.O. y de las Naciones Unidas. Alegaba que las bombas nucleares se estaban produciendo

do de pequeño volumen, para las armas tácticas y que el ejército español debía ser dotado, no solamente de medios de defensa por medio de esas armas, sino de ataque, resultando ilógico que hallándose España en una relación contractual con los EE.UU., permaneciera ajena a la O.T.A.S. Varios estados pertenecientes a esta organización se opusieron a este ingreso, manifestando que la Carta de las Naciones Unidas, indicaba claramente que la misión de esas naciones consistía en: "salvaguardar la libertad de sus pueblos, su herencia común y su civilización, fundada sobre los principios de la democracia, las libertades individuales y el reinado del derecho", lo que no podía cumplir el régimen de Franco.

VI. *Las bases norteamericanas en España*

SE habían satisfecho por lo tanto, los anhelos geopolíticos y estratégicos de los técnicos del Pentágono, que valoraban en mucho el establecimiento de bases en España, considerando a la Península Ibérica como una protuberancia avanzada suroriental de Europa, puerta y cerrojo a la vez entre las comunicaciones del Atlántico y el Mediterráneo que se interpone entre todas las rutas comerciales marítimas y aéreas del occidente de Europa y que constituye además del camino natural de Europa a África, un excelente trampolín para la aviación estratégica moderna. Ya durante la guerra civil, los consejeros alemanes del general Franco inspeccionaban y habilitaban constantemente los aeródromos españoles con vistas a la futura Segunda Guerra Mundial y después de la guerra civil, técnicos nazis estuvieron mejorando aeródromos de trabajo, utilizables algún día en el Levante y N. E. de la Península. Las bases navales existentes fueron consideradas como inadecuadas por las misiones norteamericanas y ninguna de las aéreas, llegaba a reunir los requisitos de la guerra moderna. Hubo pues, que hacerlo todo de nuevo e invertir de primera intención unos 200 millones de dólares, en la creación de un sistema completo de bases para la 16ª Fuerza Aérea y para la 6ª Flota Norteamericanas.

La entrada peninsular de todo el sistema norteamericano de bases, se encuentra en Cádiz, en cuyo puerto, casi cegado por la incuria y falta de recursos de España, hubo que efectuar un dragado en gran escala. A la entrada de la bahía gaditana, en Rota, se ha situado una magnífica base aeronaval, construyéndose un campo de aterrizaje con pistas de casi 3 kilómetros de longitud, para aparatos terrestres y con base en portaviones, de los que la 6ª Flota tiene tres. El plan para el conjunto Rota-Cádiz, se copió de la base

norteamericana de Corpus Christi, no muy lejana de la frontera con México y también de la base establecida en Pensacola, en Florida. Resulta curioso recordar que cuando se hablaba del eje Madrid-Buenos Aires, años antes, Perón intentaba hacer de Cádiz, nada menos que la base adecuada para la penetración argentina en Europa. ¡Sueños de dictadores!

En Rota y sobre una superficie de unos 20 Km², o sea una extensión cuatro veces superior a Gibraltar, se han construido grandes muelles y diques adecuados para portaviones de 300 metros de eslora y 75 de manga y para buques-tanque de 65,000 ó más toneladas y un enorme rompeolas de kilómetro y medio de longitud. Desde los grandes depósitos de petróleo, labrados subterráneamente en la roca, a prueba de bombardeos, algunos de ellos con capacidad para dos millones de barriles, brota la red de oleoductos que alimenta a todo el sistema de bases construido en España, llegando a Morón, San Pablo, Torrejón, Zaragoza, etc., y que se estima con una extensión de unos 750 kilómetros, y con un costo de 70 millones de dólares. Se había proyectado que se prolongara el oleoducto submarino hasta Mahón, pero según parece el régimen del presidente Kennedy, ha dejado sin efecto esta prolongación.

A todo lo largo del oleoducto se han construido las siguientes bases, todas ellas con pistas, alojamientos, hangares, almacenes y dependencias de todas clases: en Morón de la Frontera, a unos 40 kilómetros de Sevilla, con pistas de cerca de 4 kilómetros, para bombarderos nucleares de largo alcance, modelos B-52 y B-47, e incluso se ha pensado en prolongarlas para los B-70, que todavía no están en servicio. Un aeródromo auxiliar del de Morón, se encuentra situado en la misma región en San Pablo y otro en El Coper, para diseminación y puntos de partida de aviones interceptores. Constituye el conjunto Rota-Morón-San Pablo, lo que los norteamericanos denominan la "home base", de todo el sistema de EE. UU. en España, y desde luego se le considera como el mejor trampolín ideal, para los ataques de la aviación estratégica en Europa.

En las afueras de Madrid, en el pueblo de Torrejón, se ha establecido una fuerte base para aviones atómicos estratégicos, algo mayor que la de Morón, pero sin sus formidables construcciones y asimismo con pistas de 4 kilómetros. En la región de Zaragoza, se han construido dos bases aéreas gemelas, en el llamado "Campo Sanjurjo", que ya existía durante la guerra civil española y en el "Campo Valenzuela".

Los norteamericanos en esta fase de construcciones que consideraron como obra inicial, pues en caso de guerra tratarían de ampliar y extender las instalaciones, comprendieron algunos traba-

jos de mejoramiento de las antiguas bases navales españolas de Ferrol y Cartagena y otras complementarias en los puertos de Barcelona y Mahón. Todavía después de la primera fase, instalaron nuevos aeródromos auxiliares o bases complementarias, en Reus, Los Llanos y Ecija, invirtiendo un total de unos 500 millones de dólares en los trabajos.

VII. Conclusiones

DESDE el punto de vista del Derecho Internacional, es indudable que la instalación de unas bases, dentro de cualquier país, por otra nación, constituye un brote de extraños quistes, sujetos inexorablemente en mayor, o menor grado y en España es en mayor grado, a una jurisdicción extranjera, "extra imperium", produciendo en el sentimiento patrio efectos deprimentes, propensos a choques de los ocupantes con los naturales del país, incidentes ya acaecidos en varias ocasiones en las ciudades o pueblos inmediatos a las bases. Todo estado que concede unas bases, se coloca por este solo hecho en una situación subordinada con respecto a la nación que las contrata, la cual ejercita lo que en Derecho Internacional se denomina "protectorado activo".

Pero lo más importante es que en caso de guerra, del estado usufructuario de las bases en contra de otra nación, pierde "ipso facto" quien otorgó la concesión, toda condición de neutral, arriesgándose España a constituir un blanco atómico seguro, e incluso a padecer las consecuencias de una ocupación enemiga. En este último caso los invasores tratarían al país, según todas las probabilidades, con mucha mayor dureza que si hubiera sido beligerante activo, ya que su menos airosa posición, no les movería ciertamente, a admiración ni respeto.

Sin autorización del Gobierno Británico, no es posible iniciar ataques nucleares desde las bases británicas de la 3ª Fuerza Aérea norteamericana, establecidas en Sealand, Burtonwood, Marham, Sculthorpe, Lakenhead, Manston, Seamton y Waddington, controladas desde el cuartel general de Phislip próximo a Londres. El general De Gaulle ha expulsado de Francia a los bombarderos norteamericanos, por no querer compartir EE. UU. los secretos y disposiciones de ataque atómicos, e incluso Turquía y Grecia se oponen a que se inicie desde sus territorios la guerra nuclear. Como ha sido expuesto, en España no existen restricciones de esta índole, de acuerdo con el protocolo secreto adjunto al pacto celebrado.

Desde luego, antes de que España se embarcara en cualquier acción bélica, los EE. UU. estarán obligados a entregar ciertas cantidades de material de guerra y se ha convenido también que los escuadrones aéreos norteamericanos no pueden permanecer en cualquier base por un período mayor de 90 días, recorriendo en rotación las bases que han situado en España. Norteamérica ha adiestrado a un cierto número de oficiales españoles, para que actúen en enlace aéreo y ha entrenado a técnicos, pilotos y mecánicos del país. También es cierto que existe la restricción de que el personal norteamericano no puede usar sus uniformes fuera del perímetro de las bases aéreas y que éstas se encuentran bajo un mando español, que es puramente teórico, pues se le impide intervenir en el servicio interior de las bases, gobernadas y dirigidas desde el cuartel general norteamericano establecido en Torrejón por la 16ª Fuerza Aérea (las llamadas Fuerzas Aéreas son una especie de cuerpos de ejército del aire, organizados por los EE. UU.).

El que hasta hace poco tiempo fuera Ministro de la Guerra del gobierno franquista, teniente general Barroso, antiguo compañero nuestro, hubo de estudiar en 1958 en el Pentágono, un plan de modernización del ejército español, cuyo resultado consistió en la organización de una división pentatómica española, análoga a las norteamericanas, en la que se suprimen con vistas a la guerra atómica, las unidades batallón y regimiento de infantería, sustituyéndolas por 5 agrupaciones, tres de ellas de infantería, potentísimas dotadas de gran potencia de fuegos; una de artillería atómica y proyectiles de apoyo y otra de servicios, la mayor parte aéreos. La división pentatómica española, número 11, consiste como dicen humorísticamente en España en "un guiso de conejo, sin conejo", pues carece del material y sólo posee la estructura pentatómica, con sus efectivos, pero sin armamento ni vehículos terrestres ni aéreos, hallándose de guarnición en Colmenar, cerca de Madrid, aunque se proyectaron dos divisiones más para guarnecer Valencia y Algeciras. Norteamérica no se ha decidido al gasto de 50 millones de dólares que supone equipar una división de esta clase.

Son en el momento actual, dentro de la estrategia norteamericana, absolutamente indispensables las bases en España, toda vez que se hallan las bases marroquíes de Sidi Sliman, Cazes y Noirsasseur en fase de liquidación, quedando a disposición de los norteamericanos tan sólo, la pequeña base aeronaval de Port Liautey y tampoco en Francia se les permite por De Gaulle el acceso a las bases del país. A retaguardia de las bases del Elba, no quedan, pues, otros apoyos para la acción aérea a distancia, que las bases españolas y las de la Gran Bretaña, otorgadas muy a regañadientes. Desde estas bases se pueden bombardear en un tiempo comprendido

entre dos y cuatro horas, la mayor parte de los objetivos soviéticos y cualquier concentración de tropas en Europa occidental.

Por este motivo se perfeccionan constantemente en España las instalaciones, dotándose las de proyectiles antiaéreos, que alcanzan 163 Kms. o los antiproyectiles Nike Zeus, que actúan mediante irradiaciones infrarrojas, transformadas en impulsos eléctricos para guiar al proyectil. Estos últimos no han sido todavía instalados, toda vez que se encuentran en vías de perfeccionamiento. Las pistas para poder soportar el peso de las 450 toneladas de un gran bombardero moderno y que necesitan la carga de cemento llevada en 20 buques, se están ampliando y los almacenes están repletos, teniendo en cuenta que en caso de guerra, cualquier base norteamericana en el exterior, se calcula que necesitará 25,000 toneladas diarias de aprovisionamientos.

Resulta en consecuencia España aliada "a fortiori" con los EE. UU. habiendo el general Franco contraído una gravísima responsabilidad histórica de la que puede derivarse la completa destrucción de su patria, como natural consecuencia de haber cedido esas bases, bajo el apremio de graves dificultades económicas. Pero para los EE. UU. habrá de constituir en caso de guerra la España franquista una carga bastante inútil. El general alemán Von Wetzell, después de la Primera Guerra Mundial, hubo de escribir un libro titulado *Guerra de coalición*, en el que se establecía que toda guerra moderna era una guerra de coalición y de alianzas y que el rendimiento de éstas era completamente dudoso, de no formarlas países dotados de sistemas de gobierno afines y similares y sin intereses nacionales contrapuestos. En toda coalición resultan necesarias: una preparación común de las naciones que la componen, en íntimo enlace; una absoluta unanimidad de planes y de coordinación de acciones; concentrar las fuerzas en acuerdo en los objetivos convenientes para todos; fijar las finalidades de cada etapa o fase de la lucha y ordenar en función de ellas la estrategia de la coalición. El libro del general Deane, *Strange Alliance*, acerca de la actuación en la U.R.S.S. de la misión militar de enlace norteamericana, durante la pasada guerra, señala perfectamente que no se cumplían las condiciones anteriores y que aquella coalición fue por demás defectuosa.

La España franquista totalitaria (y la idea de unas elecciones o unos *referendums*, como los que convoca a cada momento a Francia el general De Gaulle a pesar de su cesarismo, aterra a Franco y a sus corifeos) se encuentra separada de Gran Bretaña, Francia, el Benelux y las naciones escandinavas, por verdaderos abismos políticos, éticos y de pensamiento, que no solamente impiden su entrada en el Mercomún europeo, sino que la alejan de

la coalición occidental del Pacto del Atlántico, para la que jamás podría ser un factor estratégico esencial y útil, lo que podría no ocurrir si en España existiera un régimen emanado de la voluntad popular.

En septiembre de 1951, se hizo público en el *Monitor*, de Boston, que el gobierno franquista había revelado a los técnicos militares norteamericanos los planes secretos para la defensa móvil de los Pirineos, con todo el detalle de las fortificaciones, el equipo defensivo y ofensivo, los caminos y senderos secretos, etc., como prueba de buena voluntad, motivando un elogio de esta actitud por el general Spry jefe de la misión norteamericana en España, quien llegó a ofrecer algunas armas modernas que han aparecido después, en algunos desfiles de la victoria y que en conjunto resultan insignificantes. Es muy probable que no se tengan en cuenta por los norteamericanos las conclusiones históricas, que señalan el éxito que han tenido fenicios, celtas, cartagineses, griegos, romanos, pueblos bárbaros, visigodos, árabes y berberiscos y al principio del siglo XIX los ejércitos napoleónicos al invadir una España con sus habitantes divididos y en la mayor parte de los casos disconformes con el gobierno existente. Los accidentes geográficos ibéricos, nunca han constituido serios obstáculos en esos casos y ello constituye una lección muy de tomar en cuenta, lo mismo que para los españoles la de las perspectivas de gravísimos perjuicios, e incluso de destrucción de su país, que puede derivarse de la cesión a Norteamérica de lugares esenciales de su territorio.

MÁS DE CIEN SIGLOS DE NOCHE EN EL PENAL DE BURGOS

Por José Ignacio MANTECÓN

*No sé que caminos misteriosos
abren los presos en las noches de
sus cárceles, pero su voz es inven-
cible — MARCOS ANA (Penal de
Burgos).*

“**N**o había pensado jamás en la desoladora noche de los presos hasta que llegó a mis manos la imposible realidad de una revista pensada y escrita, después de que el trompeta ha hecho sonar el *toque de silencio* y en el penal sólo se oyen las voces de ‘alerta’, el rítmico paso de los guardianes y las campanadas del reloj que marcan el paso de las horas, en verdad, sombrías e interminables.

Amontonados en las crujiás, sobre sucios camastros, en improvisados tableros, son muchos los que, precisamente en las noches, aprovechan el remedo de luz, imprescindible para mantener la vigilancia, para escribir e idear el modo de zapar esas misteriosas galerías que harán llegar su voz, a través de los rastrillos, fosos y muros de la prisión, al mundo y al hombre.

Por eso la revista se llama *Muro*, porque fue hecha para atravesar los del Penal más duro de España: el de Burgos”. Así lo dice, en las páginas iniciales, quizá las últimas que escribió antes de su liberación, Francisco Macarro del Castillo, el campesino de La Alcarria, que se hizo un gran poeta, en presidios y cárceles, a través de cerca de 23 años de prisión y que todos conocemos con el nombre de *Marcos Ana*.

En esas páginas, Marcos Ana, en nombre de todos los 465 presos que entonces sufrían largas condenas en ese Penal, nos dice que la Revista fue concebida y hecha porque todos ellos sienten que están “en deuda con todo el mundo” por las acciones de solidaridad y fraternidad que no sólo en España sino en el extranjero —recuerda las conferencias de Montevideo, Río de Janeiro, Roma y París—, ha promovido la causa de su liberación.

El despiadado sistema represivo que mantiene años y años apartados del mundo a miles de hombres no ha conseguido cegar el manantial vivo de generosidad que los llevó a la prisión. El juego de indultos y amnistías, siempre falseados en la realidad, no ha doblegado su corazón y tienen ánimos para alentarnos en la lucha que tenemos el deber de sostener constantemente para liberarlos.

Sus voces deben recordar a todos la monstruosidad de los hechos que se suceden en España, donde, después de más de 23 años de terminada la guerra, en un sólo establecimiento penitenciario, hay 422 presos condenados, entre todos ellos, a 10,718 años de cárcel, de los cuales han cumplido ya 4,150. Más de 100 siglos de condena, más de 40 de prisión.

No se trata de una explosión de terror ante unos hechos que hayan podido alarmar a la dictadura franquista. Es una política sistemática mantenida inexorablemente desde 1939. La mayor parte de los presos a que nos hemos referido antes llevan más de 15 años encarcelados y no por la comisión de actos violentos sino por su intervención en huelgas pacíficas, por pertenecer a asociaciones de solidaridad con los presos, por repartir octavillas y prensa pidiendo el restablecimiento de las libertades democráticas.

La prisión es el arma predilecta de la política de Franco. Desde que inició su trágica carrera ha intentado contener al español porque comprende que no puede conducirlo. Sin saberlo, sigue la doctrina de Ulpiano que decía que la "cárcel sirve para contener al hombre", sin ver que su propósito le falla incesantemente.

Las cifras oficiales demuestran la persistencia de esa conducta y de esos principios. En plena furia contra el pueblo que mantuvo 39 meses de resistencia a la imposición de un régimen fascista, la represión llegó a términos inconcebibles. En los diez primeros meses del año de 1940 se celebraron en la Primera Región Militar, la de Madrid, 100,159 consejos sumarísimos de guerra y debe tenerse en cuenta que en febrero de 1939 pasaron a Francia cerca de 500,000 españoles huyendo del terror.

En este momento, la aspiración de todos los españoles, de izquierda, de la derecha o sin determinación política alguna, es la de encontrar una vía de entendimiento, por encima de sus antagonismos, que les permita realizar la reconstrucción de España y vivir libre e íntegramente en su patria. Las generaciones que llevan el peso activo de la vida española o no habían nacido o eran casi unos niños en 1936. Y sin embargo, sigue el mismo juego y se mantienen los mismos sistemas, dentro del ritmo correspondiente a la nueva situación. No solamente dicen "alerta" los carceleros. El gobier-

no está siempre *alerta* porque sigue acosado por el mismo miedo de sus primeros años. Mantiene las fuerzas represivas en tensión constante para poder caer sobre cualquier ciudadano, cuando su pánico lo exija. Mantiene, también, toda una red legal, al margen de los más elementales principios jurídicos, producto de la más desafortunada arbitrariedad y que constituye un instrumento de violencia, conservado, tras hipócritas velos, a través de más de dos décadas. La ley que debe ser siempre norma de convivencia se ha convertido por Franco en cepto, trampa y arma ofensiva.

A partir del 28 de julio de 1936 en que se promulgó, por la Junta de Burgos —forma primaria del gobierno de Franco—, el Bando declarando el estado de guerra, se estableció que todas las actividades que, por cualquier motivo, aun el más baladí, pudieran ser consideradas por los órganos represivos como adversas al régimen, eran delitos de rebelión militar y caían bajo la jurisdicción castrense que debía incoar los procesos por el procedimiento sumarisimo, para eliminar así las garantías auténticas de defensa del procesado y dejar la estimación del delito y de la pena al arbitrio de un tribunal que, además de parcial, está integrado por legos en derecho.

Esta singular calificación del acto político se encubre tras un extraño albur de leyes contradictorias, que incluso se niegan unas a otras, dictadas para dejar al gobierno la oportunidad de utilizar la que en cada caso considere más oportuna a sus fines de intimidación y aumentar, con la incertidumbre, la presión sobre la víctima.

Desde esa lejana fecha de 1936 se ha promulgado una baraja de disposiciones —en 1941, 1943, 1947, 1954, 1960 y 1961, entre otras—, que lo mismo confirman la primera y fundamental que la derogan, queriendo presentar una situación legal más apegada al derecho vigente en la mayoría de los Estados. Unas para exhibirlas frente a la campaña nacional e internacional contra el terror franquista y en las comisiones de las Naciones Unidas y otras para ser aplicadas a los españoles que, por medios pacíficos, procuran que las leyes de su país cumplan los compromisos que adquirió el gobierno al entrar en esa organización internacional y reconocer oficialmente, la Declaración de Derechos del Hombre.

Desde el año de 1948 no ha habido en España el menor conato de acciones violentas, es decir, realizadas por núcleos armados y organizados con disciplina paramilitar. Sólo esporádicamente, no llegan a seis, se han cometido atentados por medio de bombas o se han realizado actos contra las vías de comunicación. La lucha contra el régimen ha consistido en huelgas, reuniones políticas, acciones de masas, como las de Barcelona y Madrid, en que el pueblo entero

dejó de tomar tranvías y autobuses, sin que en ningún momento hubiera el menor choque con la fuerza pública. En las huelgas de este año en Asturias, País Vasco, Cataluña, etc., en las que intervinieron más de 500,000 obreros, supieron superar los huelguistas la actitud provocadora de la fuerza pública. Pues bien, desde 1958 hasta octubre de este año, tenemos noticia de que se han celebrado 78 consejos de guerra sumarísimos contra 694 antifranquistas, por el delito de *rebelión militar*.

Ese delito, como todos, tiene una tipicidad propia y excluyente. El nuevo Código de Justicia Militar español lo define con la precisa exactitud propia de esos cuerpos legales. Su artículo 286 dice: "Son reos del delito de rebelión militar los que se alcen en armas contra el Jefe del Estado, su Gobierno e Instituciones fundamentales de la Nación siempre que lo verifiquen concurriendo algunas de las circunstancias siguientes . . ." Las tres circunstancias que determinan, fundamentalmente, este delito son: 1) que estén mandados por militares; 2) que formen grupos militarmente organizados y 3) que hostilicen a las fuerzas del ejército. Por lo tanto, todo acto que no reúna esas precisas características no puede considerarse como tal rebelión militar. Pero este artículo, al delimitar las acciones posibles contra la oposición, tenía que tener una cauda fascista que permitiera la arbitrariedad y el mantenimiento del terror. Una auténtica cauda, porque es su último apartado, la circunstancia quinta, que dice: "También se considerarán reos del delito de rebelión militar los que así se declaren en leyes especiales, o en los Bandos de las autoridades militares". Otra vez se viene a poner en vigor el viejo refrán tradicional: "alla van leyes do quieren reyes".

Este artículo 286 constituye un ejemplo característico de esa maquiavélica duplicidad legal que violenta la realidad jurídica. Hasta el apartado quinto se definen con rigor preciso las condiciones que deben reunir los actos realizados para ser considerados como rebelión militar; pero se deja esa cola legal para que, por medio de disposiciones administrativas —decretos, reglamentos, Bandos—, pueda alterarse, contra el ciudadano, la doctrina sentada en el Código.

Tras esa puerta abierta, la multijanicular legislación ha servido de pretexto para, en contra de lo dispuesto por otras leyes, mantener a España, prácticamente, en constante estado de guerra sin necesidad de proclamarlo, ya que las actividades políticas disidentes son castigadas con las penas más severas.

Actualmente, en los 694 procesos a que me he referido antes, se aplica una ley, sancionada el 2 de marzo de 1943, que considera delitos de rebelión militar, que deben ser juzgados con arreglo a los

códigos de Justicia Militar o Penal de la Marina de Guerra, el hecho de celebrar conferencias, manifestaciones, huelgas, reuniones de obreros, propalar noticias que *puedan* causar trastornos de orden público interior y que establece que los juicios correspondientes deben ser tramitados por procedimiento sumarísimo.

Esta ley está derogada, según un auto del Tribunal Supremo de Justicia del 12 de abril de 1947, por el Código Penal Común, promulgado en 1944, por el Código de Justicia militar, ya que la generalidad de su doctrina anula el valor de todas las definiciones de leyes especiales y anteriores. Además, expresamente, se derogó esa ley de 1943, por el Decreto-Ley de abril de 1947, en el que se dice que: "a los fines punitivos basta con las disposiciones de la legislación común".

Extraordinario entierro de una ley. Pero Franco cree en la inmortalidad y hace que las leyes enterradas se paseen y aprictan el cuello de los españoles como los más feroces fantasmas de los cuentos de terror. Después de la promulgación de los Códigos que hemos citado, son millares los españoles que han sido condenados por esa ley fantasma a decenas de años reales de prisión y aun algunos a la pena de muerte.

Tan enterrada estaba, que el gobierno, a la vista del renacer de la actividad política del español, dictó un decreto el 21 de septiembre de 1960, por el que volvía a poner en vigencia su contenido, haciendo referencia a la cauda del párrafo quinto del artículo 286 del Código de Justicia militar, con lo que claramente demostraba que todas las sentencias dadas, aplicando la ley de 1943, no tenían ninguna validez jurídica. Como tampoco la tenía esa disposición ya que, dentro de la jerarquía legal, no puede modificarse ni menos derogarse, total o parcialmente un Código o una Ley, por una ordenanza administrativa.

La arbitrariedad es la única ley auténtica del derecho de Franco. Hasta tal punto, que en la Ley del '43 y en el Decreto del '60 se establece que la justicia militar, cuando los hechos que se someten a su jurisdicción presenten *especiales circunstancias (sic)* podrá inhibirse a favor de los tribunales civiles. Gracias a esta más que extraordinaria concesión, personas acusadas del mismo delito, pueden ser juzgadas por distintas jurisdicciones, con diferentes procedimientos penales y castigadas con distintas penas. Por ello la justicia militar se avoca a todos los casos en que los procesados son obreros, campesinos, gentes del común y se inhibe cuando pertenecen a lo que ella considera la aristocracia social. Así sucedió con Dionisio Ruidrejo y con Enrique Tierno Galván, entre otros, que no se vieron sometidos a la brutalidad de los consejos de guerra.

Volviendo todo del revés puede decirse que España es un presidio suelto, porque el que no está en él tiene que pensar que todo está preparado para que atraviese los rastrillos y las cancelas.

Actualmente, después de las últimas huelgas, la persecución ha aumentado en grado extremo. Según las últimas noticias entre condenados y procesados hay cerca de 6,000 detenidos por motivos políticos. Con la grave circunstancia de que la condena, la internación, en cualquier establecimiento penitenciario, representa casi un alivio para el detenido, porque el sistema de terror de la policía llega a la monstruosidad de que, para disimular las torturas increíbles a que someten a los detenidos, antes y durante el proceso, tienen que inventar supuestos intentos de suicidio, como en estos días ha sucedido con Julián Grimau García, que se bate entre la vida y la muerte en la enfermería de la prisión, víctima del ensañamiento más feroz que pueda imaginarse, para conseguir, lo que no han podido lograr, que declarara en la forma que ellos necesitaban.

Desde su noche de Burgos, los presos, nos han enviado lo mejor de su corazón, porque... "se sienten en deuda con nosotros". Demasiada generosidad para tan poco esfuerzo. No estamos con los brazos cruzados; sí los tenemos un poco tendidos y laxos. Hay que romper esa noche trágica de quienes llevan más de 15, 20 y más años separados físicamente del mundo, aunque su fe y su voluntad les hace vivir con todos los hombres libres.

El esfuerzo no es baldío. En este momento leo que, ante las noticias del crimen que se está cometiendo con Julián Grimau García dos abogados franceses, Jean Paul Camus y Roger Sevre, se trasladaron a España y han conseguido que el ministro de Información de Franco, les informara que Grimau será el primer preso político de la clase obrera que será juzgado por las autoridades civiles. Es posible que no sea sino una promesa; pero la acción internacional ha conseguido la esperanza de una victoria.

Luchar por su liberación es combatir por la libertad de España. Y, en la situación actual, la libertad de España sigue siendo un problema para el mundo, porque Franco sólo puede vivir en un clima de guerra fría y constituye una constante amenaza para la paz.

ESPAÑA EN EL EXILIO

Por Juan BAUTISTA CLIMENT

Al general Lázaro Cárdenas

ESPAÑA ha sido pródiga en emigraciones, y más propiamente hablando, en expatriaciones. Porque la emigración política, a diferencia de la emigración voluntaria —la típica escapada del rapaz gallego o asturiano, con el hatillo al hombro para "hacer la América"—, no tiene el señuelo de la aventura, tan sólo penada con la melancolía del viajero, sino que es la condena más absoluta para el ser moral, para la libertad de destino del hombre: el lanzamiento, la separación de la patria como frontera prohibida.

El doctor Gregorio Marañón, en una conferencia pronunciada en París, poco después de terminada la guerra española, recogida en el libro *Españoles fuera de España*, señala que en el lapso de cuatro siglos, desde los Reyes Católicos hasta 1940, se producen catorce grandes éxodos. He aquí los más interesantes. La expulsión de los judíos, decretada por la reina Isabel en 1492, verdadera repetición del éxodo bíblico, pues los historiadores consideran que fueron arrojados de España más de quinientos mil, si bien Marañón estima exagerada esa cifra. Le sigue en proximidad histórica y gravedad, tanto por su proporción humana como por las dañosas consecuencias, la expulsión de los moriscos, en 1609, por Felipe III, que arrojó en masa casi toda la población morisca; más de trescientas mil personas.

Expulsión de judíos y moriscos

LA expulsión de los judíos, debilitó el desarrollo financiero, científico y cultural del país, al privarle de núcleos selectos que hubieran constituido base y estímulo para la formación de una burguesía industrial, cuya carencia produjo un vacío irremplazable; y esta fue una de las causas determinantes de la inferioridad de España en relación con las potencias rivales, Inglaterra y Francia, las cuales fundaron su predominio, durante los siglos XVII y XVIII, en la investigación científica y la invención técnica, frutos del raciona-

lismo. El odio popular con que se ha pretendido justificar tal medida, al acusarles de detentar la riqueza y practicar la usura —Stephan Zweig explica la obsesión dineraria del judío, como el instinto atávico de defensa de raza perseguida—, unido al propósito de unificación de la fe católica y al peligro de que conspirasen para propiciar nuevas invasiones, son argumentos inconsistentes desde una lejana perspectiva histórica, puesto que no todos los judíos podían ser banqueros o prestamistas, ya que una población tan numerosa estaba necesariamente imbricada en actividades diversas del comercio y la artesanía; y en cuanto a su antiespañolismo, lo contradicen siglos de convivencia peninsular, donde la sinagoga, la mezquita y el templo cristiano alternaban sus preces, así como el exquisito orgullo con que conservan todavía sus descendientes sefarditas el habla antigua de Castilla:

¡Ah! ¡Mi amada España!
 ¡Perdimos la madre Sion!
 Perdimos también a España
 ¡El nido de consolación!

No hay que olvidar que fue un judío valenciano, Luis de Santangel, el que hizo posible el descubrimiento de América, pues fue el que proporcionó los medios financieros a la reina Isabel —lo del empeño de sus joyas, no podía dar para tan lejos—, inversión de nada segura rentabilidad cuando Cristóbal Colón vagaba por las Cortes de Europa como un fantástico fabricante de sueños. Y descendiente de aquellos judíos españoles, fue uno de los precursores de la filosofía moderna, Spinoza, maestro de Unamuno.

Por otra parte, la expulsión de los moriscos, gentes humildes y laboriosas, labriegos y menestrales, causó extraordinario daño a la agricultura; las vegas andaluzas y las huertas valencianas quedaron privadas de sus mejores brazos; incluso los nobles valencianos suplicaron al rey que les permitiera conservarlos en el cultivo de sus tierras.

Estas expulsiones en masa de judíos y moriscos, unidas a las guerras incesantes en que se veía envuelta España, y al derroche de energías en la magna empresa de América, produjeron la despoblación y el descenso de la productividad. Ya en el reinado de Felipe II, la población había disminuido en una quinta parte, de diez millones pasó a ocho millones de habitantes; en tanto que, paralelamente al decrecimiento de la población laboriosa, se producía el aumento de la clerecía, que según el censo citado por Oliveira Martins en su *Historia de la Civilización Ibérica*, ascendía a la cuarta parte de la población adulta. "El capital —dice

este autor— deja de ser productivo, la tierra gime bajo el peso de los impuestos, la industria decrece y se arruina. En Sevilla había, en tiempo de Carlos V, dieciséis mil telares de seda y lana; a la muerte de Felipe III apenas subsistían cuatrocientos. La Mesta (Sociedad de ganaderos andaluces) tenía siete millones de carneros cuando Felipe II subió al trono, y cuando murió no poseía más de dos”.

La herencia senequista

HUBO en aquella época un exilio sensacional, el de Antonio Pérez, poderoso Secretario de Estado de Felipe II, cuyo proceso y encarcelamiento provocó el famoso alzamiento del Justicia de Aragón, don Juan de Lanuza, en defensa del privilegio de amparo que consagraba el Fuero aragonés.

Antonio Pérez logró huir a Francia, donde deslumbró a Enrique IV y a su Corte como prototipo del español encumbrado en la España imperial, maestro en el arte político y diplomático, acostumbrado a influir en las premiosas decisiones que regían los caminos del mundo, del taciturno rey burócrata. Durante su largo y enmarañado proceso, motivado por considerarle instigador del asesinato de Escobedo, su rival en la privanza del monarca, hacía sonar la amenaza de revelar un terrible secreto de Estado, que luego blandió como un reto desde su destierro en Francia. Empero, el doctor Marañón apunta que su gran secreto de Estado no era otro que su íntimo conocimiento de la debilidad interna de la monarquía, llevándole a aconsejar a Enrique IV que la atacara en su carcomido tronco peninsular, en lugar de hacerlo contra sus robustos miembros.

Cabe aludir a las emigraciones por causas religiosas, forzadas o voluntarias—entre estas últimas la del insigne erasmista valenciano Luis Vives—, de los disidentes del dogma católico, aquellos “heterodoxos”, cuya historia describe con magistral erudición Menéndez y Pelayo; si bien hay que reconocer que en este género de persecuciones no aventajaba España a los países protestantes, pues bastaría el ejemplo de Miguel de Servet, víctima del fanatismo calvinista.

Durante el siglo XVIII, la época de los primeros borbones, no existen notorias emigraciones políticas. Pero en cambio se produce la emigración religiosa más importante y significativa, por tratarse de la institución más poderosa del catolicismo: los jesuitas. Su expulsión fue ordenada por Carlos III, habiéndole precedido el marqués de Pombal en Portugal con la misma medida, que adoptó

también cercanamente, Choiseul, en Francia. Tan drástica decisión marcaba el desenlace de la pugna entre el absolutismo monárquico y el poder teocrático de la Iglesia, cuya militancia más aguda residía en la Orden de San Ignacio.

Los jesuitas, adalides de la Contrarreforma, se proponían la penetración dinámica en el gobierno de la sociedad toda; cerrar la ancha herida protestante combatiendo el pecado moderno con las técnicas sutiles y agresivas de la modernidad; "termites de Dios", les llama Oliveira. Su aspiración al gobierno absoluto tenía que chocar por naturaleza con el absolutismo monárquico, en cuya lucha el padre Mariana había ya sostenido audazmente la doctrina del regicidio contra el monarca tiránico. Es de justicia referir el juicio del doctor Marañón, acerca de la ejemplar conducta que mantuvieron los jesuitas españoles, desterrados en su mayoría en la isla de Córcega.

Aquella isla guardaba remotas resonancias para los españoles. Allí había padecido exilio, dos milenios antes, el español más esclarecido de la antigüedad y uno de los romanos más insignes de la Roma imperial: el cordobés Séneca, cuya voz podemos escuchar todavía los emigrados españoles de hoy, como el genial lidiador frente al toro de la nostalgia.

"¿Qué sufrimiento intolerable es el vivir fuera de la patria!" —había exclamado. Pero, después de hondas meditaciones, aquel angustiado dolor de ausencia se transfigura en un consuelo de íntima plenitud, alcanzado con el descubrimiento de una verdad diamantina. Escribió entonces una larga carta a su madre, Evia: "¿A qué atormentarnos —le decía— por la ausencia de la tierra vernácula, si toda la tierra es patria para el varón digno de este nombre; y éste, en cualquier parte de ella, se sentirá por igual desterrado del mundo, que empieza tras la bóveda azul? . . . ¿Los que nos arrojan de la patria, son menos desterrados que nosotros?"

He aquí la perenne, preciosa herencia senequista. El peor destierro es el de sí mismo, el destierro de la propia dignidad. ¿Dónde hallar la patria del hombre que deja de ser hombre?

Las emigraciones políticas del siglo XIX

CARLOS III encarna en España el despotismo ilustrado. Su decisión contra los jesuitas representa un golpe al pasado medieval, pero sin lograr arraigar una nueva conciencia popular española, que por el contrario, era opuesta al nuevo espíritu francés. El sentimiento católico, que había impulsado a la España de la Reconquista y del Imperio, fecundado el esplendor cultural del Siglo

de Oro, había degenerado en beatería y superstición, mas conservaba una tremenda fuerza de inercia y la Inquisición era aplaudida por el populacho.

El pueblo como tal, como protagonista pleno en la historia española, no aparece sino hasta la guerra de Independencia contra Napoleón, en 1808, e irrumpe precisamente con una presencia reaccionaria. La rebelión contra el invasor galvaniza las energías dormidas de la raza, y en el heroísmo de Daoiz y Velarde, de Mina y el Empecinado, se revive la gesta de Viriato y Pelayo; en la bravura de los "majos" y "manolas" alienta la sangre indómita de los numantinos. Pero al mismo tiempo, el pueblo adora a Fernando VII, "El Deseado", porque simboliza la tradición católica frente al hereje francés, al "gabacho" que importa en su mochila ideas exóticas. Parte de ese mismo pueblo escarnecería a los patriotas liberales de la lucha contra la invasión francesa, y gritaría: "¡Vivan las cadenas!"

El regreso de Fernando VII, en 1813, provoca la primera gran emigración política del siglo XIX, que inaugura el turbulento proceso de la lucha entre absolutistas y liberales, cuyo último y más trágico episodio fue la sublevación franquista.

Una imagen cabal de la felonía de Fernando VII, la proporciona el hecho de que persiguió por igual a los "afrancesados" que habían colaborado con Bonaparte, como a los patriotas de la Independencia, que le llevaron al trono. En 1813, tuvieron que emigrar a Francia 10,000 militares y 5,000 civiles, entre los afrancesados, y 15,000 patriotas. Esta emigración intervino activamente en la preparación del glorioso pronunciamiento de Riego en Cabezas de San Juan, en 1820, que despertó una emulación entusiasta en Europa. El breve paréntesis liberal ocasionó el retorno de los emigrados y su ascenso al poder, motivando como contrapartida el exilio a Francia de los absolutistas significados; sólo que esta emigración reaccionaria fue en número insignificante, porque los liberales, a fuer de serlo, eran menos sañudos con sus adversarios.

La euforia constitucionalista duró tres años escasos, "los tres mal llamados años", viéndose frustrada por la intervención de la Santa Alianza, una Internacional de testas coronadas, que para apoyar el "derecho divino de los reyes" envió a España los "cien mil hijos de San Luis", así llamados por el rey de Francia, Luis XVIII, al mando del duque de Angulema, con el propósito de liberar a Fernando VII, al que consideraba prisionero de las turbas constitucionalistas.

Esta segunda invasión francesa no encontró ya resistencia, pues además de que la explosión del heroísmo popular de 1808 no po-

día repetirse en tan corto plazo, existía una gran confusión de ideas y sentimientos en el país.

El pueblo, del 2 de mayo, del sitio de Zaragoza y de la batalla de Bailén, constituía una fuerza compacta frente al invasor, unido bajo la enseña del catolicismo—que había dejado de tener el impulso creador de la época de Cisneros, pero simbolizaba a la nación, a la patria. "La Virgen del Pilar dice, que no quiere ser francesa", rezaba la copla que enardecía a los aragoneses como una arenga bélica. Los mismos próceres liberales de las Cortes de Cádiz, declaraban en la Constitución de 1812 que la religión católica era la única adecuada para España, y tras de pronunciar ardientes discursos progresistas, cuidaban de oír su misa diaria y de no infringir ninguna regla del devocionario. Mas al tiempo que luchaban contra Bonaparte en defensa de la integridad nacional, las ideas que estampaban en la Constitución doceañista eran más francesas que españolas, y el propio Napoleón veía con asombro que la Carta Constitucional formulada en Bayona para el reinado de su hermano José, era más moderada que la Constitución de Cádiz.

Las dos Españas

PERO hubo otro hecho más significativo y paradójico. A consecuencia de esta guerra, Napoleón internó en Francia alrededor de cien mil españoles, en un depósito de prisioneros. Y sucedió que estos prisioneros, cuya reclusión no era tan hermética que les impidiera tratar a los franceses, se contagiaron de las ideas revolucionarias, y se afiliaron muchos de ellos a las logias masónicas. Al regresar a España trajeron el germen de las nuevas ideas, que comenzaron a infiltrarlas y propagarlas al través de las sociedades secretas, iniciándose desde abajo, de parte del pueblo la conversión al espíritu europeo, anteriormente intentada sin éxito por la minoría ilustrada, representada por el conde de Aranda, Floridablanca y Campomanes.

A su vez, los soldados del duque de Angulema simpatizaban más con aquellos liberales a quienes fueron a combatir, que con los absolutistas fernandinos, y volvieron a Francia avergozados de la ferocidad reaccionaria de sus aliados y protegidos.

Al consolidarse el absolutismo se produce en 1823 la nueva emigración liberal, que habría de prolongarse hasta 1832, fecha en que murió Fernando VII. Esta segunda emigración liberal, fue la más duradera—casi un decenio—numerosa e importante por sus proyecciones futuras, del siglo XIX. El número de ellos alcanzó a veinte mil. Los liberales, moderados, entre los que se distinguían

Martínez de la Rosa y el Conde de Toreno, fueron a Francia; los llamados "exaltados", a Inglaterra, aun cuando también allí se perfilaban las dos tendencias—Mina y Argüelles en el moderantismo, Torrijos y Alcalá Galiano entre los exaltados.

En la obra de Vicente Llorens: *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra*, donde se estudia admirablemente la vida de estos exilados, no se hace hincapié en el jugoso y aleccionador casticismo de esa curiosa línea divisoria, que resultaría indescifrable a los ojos extranjeros, consistente en diferenciar a los emigrados de un mismo signo liberal, ya no por la ideología más o menos avanzada, sino por el temperamento personal: moderados y exaltados, vale decir, política basada en el humor, en el estado de ánimo. Así ocurría que alguno de los exaltados de la juventud, en el exilio, pasaban a ser los moderados en la madurez, cuando ocuparon el poder a su regreso.

¿Acaso, si prescindimos de los programas de los partidos de la República del 31, subsistentes y aun proliferantes en el exilio, programas que por otra parte la mayoría de los afiliados no han leído jamás, y únicamente sienten o presienten, no encontraríamos como pauta real, y por consiguiente, como verdadera pauta política de las actividades y conductas de dirigentes y dirigidos, el mismo diapason, idéntica línea divisoria, entre moderados y exaltados? Y quizá pudieran formarse dos únicos bandos, extrayendo de cada partido los de un mismo color, no ideológico, sino temperamental, "moderados y exaltados".

Cuando esta nueva emigración regresó a España, y proporcionó la élite gobernante de la segunda mitad del siglo diecinueve, el pueblo español no era ya la formación compacta y hostil al liberalismo, como sinónimo de herejía extranjera, sino que estaba trabajando por las nuevas ideas y, paradójicamente, el odio a los franceses, alimentado durante tres guerras en un lapso de treinta años (en 1793 contra la Revolución, en 1808 contra Napoleón, y en 1823 contra Luis XVIII), se convirtió, como resultado de las guerras mismas, en simpatía hacia Francia, en la que veía no a la nación enemiga, sino a la patria de la Revolución.

Y entonces comienza a perfilarse la crisis nacional española, el estado permanente de guerra civil que conduce a la trágica encrucijada actual, la escisión entre absolutistas y liberales, entre una España aferrada al pasado, a una tradición anacrónica, pero que conserva un tremendo peso negativo, y una España renovadora, que pretende superar el atraso político, económico y cultural del país, asimilando las luces europeas a su genio nacional: he aquí las dos Españas, de que habla el historiador portugués Figuelino de Figueiredo. Y que el mito de las dos Españas, no es tan irreal,

lo demuestra la viva presencia del conflicto histórico irresuelto, puesto que, la España liberal no pudo llegar a nacionalizarse plenamente, no pudo disolver el pasado absolutista y, por otra parte, la España franquista —“Fernando VII y Pico”—, aparece clamorosamente impotente para destruir las ideas democráticas.

1939: cruce de la frontera francesa

EN febrero de 1939 cruzan la frontera francoespañola más de medio millón de personas, hombres, mujeres y niños. “Y empezó otra emigración, la más numerosa y triste de cuantas han existido”, expresó con palabras de acerba sencillez el doctor Marañón en su aludida conferencia.

Habían sido los primeros combatientes contra el fascismo, los primeros soldados de la democracia, hijos esforzados y heroicos de un pueblo que había afrontado inerme, sin recursos ni preparación bélica adecuados, una tremenda guerra durante tres años en contra de la mayoría de su propio ejército profesional, de las legiones moras y del Tercio Extranjero, y de las fuerzas invasoras de Hitler y Mussolini. Habían luchado por la libertad de su patria y por la causa de la libertad del mundo, conscientes, como lo eran todos los hombres libres de la tierra, de que en España se libraba una batalla precursora de la cruzada internacional contra los bárbaros modernos. No habían combatido en defensa de intereses territoriales o económicos fuera de sus fronteras, ni por afanes imperialistas de ningún género; habían defendido sus derechos humanos inalienables: el derecho a vivir en el suelo sagrado donde nacieron, al trabajo en los campos y talleres, a la investigación científica en las cátedras y laboratorios, a la paz atareada en aldeas y ciudades. Pero sabían que cada día de resistencia en la guerra que se libraba en España, era una nueva trinchera que se alzaba en favor de las democracias. Y sin embargo, las potencias democráticas, que habían abandonado a ese pueblo en la lucha por su misma causa, después de su derrota lo recibían con hostilidad, lo trataban casi como enemigo, pues quedaron cercados entre alambradas, custodiados por la policía, cual prisioneros. Se les negaba asilo en la patria de Cromwell y en la de Lincoln, se les negaba el derecho a la libertad y al trabajo en la patria de los Derechos del Hombre.

Debo al valioso concurso de mi ilustre amigo Antonio María Sbert, la siguiente información sobre el cuadro colectivo y el destino que le fue deparado a esta emigración española, información en verdad inestimable, porque tuvo una intervención diplomática

ligada a sus vicisitudes, sin que hasta ahora, que sepamos, se hayan proporcionado datos tan interesantes. Sbert fue consejero *ad honorem* de la Legación de México en Francia desde julio de 1940 hasta su salida para México en el último barco. Su amistad personal con el Ministro del Interior de Petain, el ex socialista Marquet, antiguo compañero suyo de la Escuela Libre de Ciencias Políticas, le permitió auspiciar la iniciativa del Convenio Franco-Mexicano de 22 de agosto de 1940, sobre los refugiados españoles. Asistió a todas las entrevistas del ministro Luis I. Rodríguez con el general Petain; con el Ministro de Relaciones Baudoin y con el Ministro de Justicia, con motivo de las extradiciones, y tuvo oportunidad de establecer los enlaces con la Quinta Columna de De Gaulle en la capital de la Francia de Petain.

El censo de la emigración republicana

‘ ‘**L**os Servicios Especiales organizados por la Legación de México en Francia en colaboración con los del Ministerio del Interior Francés, registraron un total de 527,843 refugiados políticos españoles, incluyendo en esta cifra mujeres y niños, y a los censos remitidos por los campos de concentración, los centros de alojamiento y las prefecturas departamentales. Como estos censos eran globales no pudo terminarse el censo profesional, quedando éste limitado a poco más de setenta mil fichas recogidas entre los que solitaban la entrada en México, acompañados de sus familiares. Estas fichas tuvieron que ser destruidas —quemadas— precipitadamente ante el peligro de la invasión alemana en octubre de 1942.

Los censos globales de Argelés-sur-Mer, Gurs, Saint Cyprien, Septfrond y Vernet d'Ariege sumaban más de trescientas mil entradas. En estos campos murieron o desaparecieron en total 4,672 internados. Los desaparecidos eran fugitivos, cuya suerte oficialmente se ignora, aunque en muchos casos se registraron en prefecturas distantes con otro nombre o con parte de su nombre completo.

La cifra de los muertos o desaparecidos en los campos de concentración nazis es mucho más impresionante, aunque debe considerarse incompleta, porque no pudo recogerse toda la documentación alemana: 11,391. La mayor parte fueron víctimas de las cámaras de gases y de los fusilamientos en masa.

Tampoco pudieron obtenerse las cifras del Norte de Africa y del Sahara; en Colom-Bechar la mayor parte de los trabajadores forzados que construyeron el ferrocarril transahariano eran refugiados españoles.

Las residencias de la Reynarde para varones adultos y de Montgrand, en el municipio de Marsella, organizadas bajo el pabellón mexicano, alojaron más de 12,000 personas; en un solo mes —marzo de 1941— su cupo fue de 3,607 personas, distribuyéndose 223,634 comidas.

Las autoridades francesas no han facilitado nunca las estadísticas de los refugiados repatriados voluntaria o forzosamente —en su mayor parte forzosos. Se estima que exceden de 100,000. En agosto de 1940 la Guardia Civil francesa se negó a continuar entregando en masa a las autoridades franquistas los españoles de los campos del Sur de Francia que se veían obligados a repatriarse, porque eran ametrallados a unos cientos de metros de la frontera y a la vista de los destacamentos franceses que los habían entregado bajo promesa de respetar sus vidas.

Desde septiembre de 1939 se inició la recluta de voluntarios españoles en el Ejército francés. Los voluntarios eran incorporados a la Legión Extranjera. Simultáneamente se organizaron las "Compañías de Trabajadores" para suplir con trabajo forzado y miserablemente retribuido la mano de obra de los franceses movilizados. Al evacuarse Dunquerque pasaron a Gran Bretaña las compañías de trabajadores que se encontraron cercadas por los alemanes en junio de 1940. Muchos de estos refugiados se incorporaron voluntariamente al Ejército del Reino Unido y formaron parte de la expedición a Narvich —toda la Legión Extranjera de esta expedición estaba integrada por españoles—, en cuyo desembarco murieron unos 900. Otros pasaron a formar parte del Ejército de la Francia Libre, embarcando para Africa para formar parte de las tropas expedicionarias de Tchad y lucharon en Tobruck y El Alamén, contra las fuerzas de Rommel. Los restos de estas fuerzas se reorganizaron para tomar parte en el desembarque en Francia y los refugiados españoles se agruparon en su mayoría en la División Leclerc, que entró en París en vanguardia con nuestras banderas republicanas en los tanques y guías de las compañías motorizadas.

Es notoria la participación de los refugiados españoles en el "maquis", que tomó estado en la legislación francesa de la posguerra al concederse privilegios para naturalización y franquicias para carta de trabajo a los ex combatientes españoles. También la legislación del Reino Unido ha hecho justicia a los españoles que vistieron el uniforme británico.

La composición del censo de la emigración republicana tiene una fisonomía especial, alterada por circunstancias que conviene recordar: los dos únicos territorios republicanos fronterizos fueron el país vasco y Cataluña. Ambos fueron evacuados cuando estaban separados por las fuerzas rebeldes del resto de las provincias espa-

ñolas de la zona republicana. Los evacuados de la zona central por Alicante fueron desgraciadamente muy pocos.

La masa de los refugiados estaba formada por soldados del Ejército Republicano. Aproximadamente la mitad fue repatriada. La emigración específica se integró con funcionarios de los gobiernos de la República, de Cataluña y del país vasco, con dirigentes políticos y sindicales y con intelectuales, universitarios y gentes de profesiones liberales y técnicas.

La emigración que procede del Ejército Republicano y fuerzas de orden público —jefes, oficiales, clases de tropa y soldados— numéricamente estaba formada, como es lógico, en su mayor parte por las clases de tropa y los soldados. De esta masa se nutrieron principalmente las repatriaciones.

En el último censo de la Legación de México en Vichy, fechado en julio de 1942, figuraban 3,892 jefes y oficiales, incluyendo los cuerpos de carabineros y de orden público uniformados. En esta fecha se habían repatriado la mayor parte de los que optaron por la repatriación. Casi todos pertenecían a los ejércitos del Este y del Ebro estacionados en Cataluña.

550 catedráticos de Universidad ejercían en España en 1936, incluyendo profesores auxiliares y ayudantes; de los cuales alrededor de 300 se encontraban en zona republicana al estallar la sublevación; y de éstos 156 pasaron al exilio, la mayor parte catedráticos numerarios, figurando entre ellos 7 ex rectores. De las 12 universidades españolas, las de Santiago, Valladolid, Salamanca, Sevilla, Zaragoza y La Laguna cayeron inmediatamente en poder de los facciosos.

El mismo censo registró 216 catedráticos de institutos y de escuelas profesionales y técnicas. 431 ingenieros, arquitectos, aparejadores y titulares de obras, peritos industriales y sobrestantes; 1,224 abogados, incluyendo notarios y registradores; 1,743 médicos y 817 titulados de otras diversas facultades y escuelas especiales. Los escritores y periodistas registrados eran 243. Los funcionarios y empleados de las administraciones públicas, incluyendo los de las diputaciones y los municipios, eran 4,649.

En aquella fecha se estimaba que la emigración republicana en Francia se había reducido ya a unas 300,000 personas de las cuales la tercera parte eran mujeres y niños. En veinte años puede estimarse que el número de fallecidos es de una tercera parte.

Según cifras oficiales publicadas por el semanario *Voici Pourquoi*, actualmente residen en Francia 419,000 españoles, de los cuales 269,000 tienen pasaporte del gobierno de Franco. Se considera que alrededor de un 10 por ciento de estos 269,000 en cifras redondas, son familiares de refugiados españoles que han obtenido el

pasaporte en los consulados de Franco y van a España frecuentemente. Según estas cifras el total de refugiados españoles en Francia sería actualmente, de 177,000. Sin embargo, *Pax Christi*, boletín católico que se publica en París, afirma, en su número correspondiente a noviembre, que el número de refugiados residentes en Francia es de 350,000 en total, de los cuales 125,000 son españoles. El grupo más numeroso es el de la región parisién, donde residen aproximadamente 25,000. Sigue Haute-Garonne (Tolosa de Lengadoc), con 15,000; Bouches du Bone (Marsella) con 10,000 y en los Pirineos, principalmente en la Cataluña francesa, 20,000. El resto se halla repartido entre muchos departamentos. La mayor parte trabajan en oficios manuales, como obreros calificados y en empleos administrativos subalternos. El número de los que ejercen profesiones intelectuales (principalmente enseñanza, médicos auxiliares, traductores, ingenieros y jefes de fabricación) no llega al millar. Muchos universitarios han tenido que reeducarse profesionalmente en las escuelas de artes y oficios, mediante cursos especiales, organizados para la preparación de mano de obra industrial especializada".

*La llegada de los refugiados
españoles a México*

EL 11 de junio de 1939, arribaba a Veracruz, a bordo de Sinaia, la primera expedición de refugiados españoles procedentes de Francia, sucediéndole otra en el mismo barco, y una nueva en el Ipanema. Semejaban la llegada de los primeros inmigrantes ingleses a tierra norteamericana, los famosos peregrinos del Mayflower. Aquéllos eran disidentes de la Iglesia Anglicana e iban en pos de libertad para su creencias religiosas; por ello, llevaban la *Biblia* como el más preciado tesoro en su bagaje de emigrantes. Estos españoles, donde había también gran número de creyentes, no pudieron traer consigo ni siquiera la *Biblia*. Venían, a lo sumo, como pertenecientes a las sectas de los primitivos cristianos, en santa y edificante pobreza, malvestidos y malcomidos; venían como parias.

Pero en Veracruz les da la bienvenida en nombre del Presidente de México, el Ministro de Gobernación, licenciado Ignacio García Téllez, y les saluda como legítimos representantes de la gloriosa civilización española, de las nobles virtudes de la raza. Los liberales e intelectuales progresistas mexicanos les brindan cordial acogida, comparten sus inquietudes y afanes, auspician sus pasos iniciales, alentándoles con su solidaridad entrañable. Aquellos españoles levantan sus corazones abatidos, sus almas solitarias, al

sentir el latido de otros corazones fraternos. Se les honra con el acceso a la ciudadanía mexicana, se les permite dedicarse a sus profesiones, artes y oficios, desarrollar sus iniciativas, expresar sus ideas, profesar sus creencias libremente. Fundan hogar y albergue para sus hijos. Y se produce una inversión emocionante en la trayectoria histórica. Lázaro Cárdenas, prohija espiritualmente a esa España en la orfandad, y es México la nueva Madre Patria para la España liberal, vuelta a la vida, auténticamente renacida en la meseta de Anáhuac.

A los recién llegados se les plantea un fenómeno típico de la emigración española en México. El encuentro con una denominación y un concepto del emigrante español que se proyecta como espinosa herencia del régimen colonial, que pervive como un resquemor del movimiento de Independencia frente a España, el encuentro con el calificativo de "gachupín". A los emigrados republicanos les causa sorpresa el tropiezo con ese calificativo que significa una frontera psicológica y social, siendo así que en España no se hacían distingos de ninguna especie con los hispanoamericanos, e incluso habían participado abiertamente en la dirección de la Federación Universitaria Española, estudiantes mexicanos como Rubén Salido y Raúl Carrancá Trujillo. Y a la par que el término "gachupín" parece englobar en forma simplista a todo español, surge una subdistinción entre "gachupines" y "refugiados". Esta clasificación, que tiene su importancia, porque imprime un sello característico y va ligada a la vida de nuestra emigración en México, merecería un acucioso ensayo interpretativo, no intentado todavía. Viene a cuenta, en el marco del tema que hemos abordado, apuntar algunos atisbos.

Mexicanos y gachupines

AL hablar de los "gachupines", no hemos querido emplear esta expresión en sentido peyorativo, sino despojándola de su hostil significación originaria, para dejarla en lo que tiene de término actual, de uso corriente y casi familiar, con el que se alude por antonomasia a determinados españoles radicados en México. Por otra parte, dicha expresión es insustituible. El reemplazarla por la mención de "antiguos residentes", a más de quitarle su elocuencia gráfica, le da un tono protocolario mal avenido con este diálogo comprensivo y cordial que es nuestro propósito. Y tampoco habría una correspondencia exacta; pues no todos los antiguos residentes son gachupines, ya que tal calidad no depende exclusivamente de la traslación geográfica.

Para los mexicanos, el vocablo "gachupín", tiene una significación sociológica que apunta el distanciamiento en dos aspectos fundamentales. De un lado, el instinto popular recuerda al administrador español del hacendado porfiriano, apegado al trabajo, pero duro con el peonaje, que llevaba el rigor a mayores extremos que el amo; así como al trepador a caza de la dote de las señoritas provincianas pertenecientes a familias ricas o acomodadas; a los empeñistas o empeñeros, prestamistas usurarios. . .

Aquí se confronta una hostilidad entre mexicanos y españoles de análoga extracción humilde, donde el español de pobre origen, lejos de simpatizar con los mexicanos de su misma clase, se muestra como representante o instrumento de las clases pudientes. Y ven en él al capataz y explotador.

En otro aspecto, se confronta ese distanciamiento entre las clases de alto nivel social y cultural; el repudio del mexicano culto y de fina sensibilidad hacia la tosquedad del español impreparado que hace gala de una pretendida aristocracia de nuevo cuño, de una posición de nuevo rico. Esta separación, que abarca a los mexicanos de ideologías diversas en el plano de la selección espiritual, se agudiza en los mexicanos de conciencia política revolucionaria frente a los españoles reaccionarios, hacia quienes la connotación de "gachupines" va unida a la idea de una actitud contraria a la Revolución Mexicana.

Pero en ambos planos sociales, tanto entre las clases populares como en las de alto nivel, los mexicanos distinguen claramente al español del gachupín. Al español artesano, al propio abarrotero que llega a amasar a veces una fortuna, ajetreando en el mostrador de su tienda durante todo el día, trabando parrafadas pintorescas con el compadre y el vecino; al industrial de sana iniciativa, al maestro de taller, laborioso y noblote, se les quiere y estima.

A los hombres de ciencia, técnicos, escritores y artistas, visitantes de España o arraigados en México, se les guarda deferencia, no ya con la proverbial cortesía hacia el huésped extranjero, sino con afecto familiar, como algo propio.

Y entonces se suele decir: "Este no es gachupín. Es un español".

Gachupines y refugiados

EL gachupín, si nos remitimos a los escarceos definidores sobre el prototipo de lo hispánico, de Azorín—que es también un gachupín a su manera, con literatura de pesas y medidas—, repre-

senta un tipo de "español cristalizado". Es entonces, no un antiguo residente, sino un residente a la antigua, es decir, anticuado. No basta para ser gachupín con haber salido de España. Es preciso, además, que este español a pesar de emigrar, se haya quedado allá, "cristalizado" en su banderita roja y gualda. Como si no hubiera pasado nada. Como si esa banderita monárquica borbónica, que es decir extranjera, no hubiera sido la que les arrojó de España, a ellos, españoles, negándoles el pan que tuvieron que buscar en otras tierras.

Supondría un grave error ver en el gachupín al hombre de la conquista o al descendiente de los conquistadores. En realidad los descendientes de los conquistadores son los propios mexicanos, pues aquí quedaron sus raíces físicas y espirituales, fundidas en la estirpe de la nacionalidad. Sería además de erróneo, injusto, evocar en el gachupín al encomendero, cuyo tipo feudal no guarda proporción ni semejanza con el español desarraigado del hogar humilde, y lanzado a la aventura para ganarse un porvenir incierto.

El gachupín no trae las férreas armaduras de Cortés ni figura entre los beneficiarios curialescos que le sucedieron. El gachupín es simplemente el "honrado comerciante" que describe Valle Inclán en *Tivano banderas*. Es el tipo definitivo de Don Celes, autorizado representante de la H. colonia, cuyo patriotismo se esponja con la lectura de *El correo de Oviedo*, en cuyas páginas contempla su nombre con merecida satisfacción, entre la lista de donantes para la reconstrucción del campanario de su pueblo.

No hemos elogiado caprichosamente su honradez. Nada menos que a un filósofo de la alcurnia de Kant, pertenece esta afirmación halagadora: "Hay pocos comerciantes en el mundo—dijo—, más honestos que los españoles". Ramiro de Maeztu hace en su libro *Defensa de la hispanidad*, la apología del abarrotero español, señalando sus dotes de laboriosidad, cuidado y esmero en atender a los clientes, a lo que se debe que los españoles hayan competido siempre ventajosamente con los norteamericanos y otros inmigrantes europeos, en los establecimientos de pequeño comercio. Debemos abundar sin reparos en el reconocimiento de estas virtudes de trabajo, tenacidad y ahorro, que han sido acreditadas por estos españoles en su mayoría.

No se trata, como ya anunciamos, de entregarnos a la crítica arbitraria y corrosiva, sino de un comprensivo acercamiento a sus méritos y defectos, en un cordial intento de entendimiento mutuo. Cabe preguntarse, a este respecto, cuáles son las diferencias que distinguen al "gachupín" del "refugiado".

Hay, ciertamente, algo indefinible que los matiza y que da el perfil psicológico de ambos tipos humanos. No es sólo un re-

flejo de las ideas políticas, aunque esto influye naturalmente, hasta el punto de que puede decirse que hay un modo de ser y parecer reaccionario y progresista; que hay fisonomías y gestos de derechas y de izquierdas.

Pero lo que marca el contraste, no es meramente la distinta mentalidad política acerca de España, sino la forma íntima de sentirse españoles. Es un problema de perspectiva. Ellos son, desde luego, tan españoles como los otros, pero su españolismo se hace estacionario, anacrónico, fuera del tiempo y de la vida española. El refugiado ejerce íntimamente en todo instante la profesión de español, de que hablaba Unamuno. España está en él y forma parte de su vida toda. Mientras que el gachupín tiene de España una visión de tarjeta postal, tal como la dejó al marchar, sin participar de sus angustiosas realidades.

De ahí que no consideremos gachupines a todos los antiguos residentes. Muchos de ellos han honrado y honran a España con su esfuerzo creador en América; y es también una manera de hacer patria y de sentirla, el realizar una obra fecunda en estos países hermanos.

Al hablar del gachupín nos referimos a los españoles franquistas, que desde su españolismo distante—su españolismo de Romerías y Covadongas—, tratan en vano de aliviar con su dinero la agonía de un régimen que está condenado a perecer envuelto en la ignominia. Son muy dueños de su dinero. Pero de España. . .

España está muy lejos de sus alcances. . . De sus cortos alcances. . .

La emigración ha destruido el mito de la decadencia española

¿QUÉ ha hecho, cuál es el significado presente y las proyecciones futuras de la emigración republicana española?

Desbordaría el marco de este trabajo hacer un examen erudito y estadístico de su obra. Aparte de que carecemos de elementos informativos para trazar un cuadro completo y objetivo, por lo que podríamos pecar de apreciaciones caprichosas y de omisiones injustas. Desconocemos las actividades específicas de los emigrados en Francia, donde reside precisamente el núcleo más numeroso. Lo mismo sucede con respecto a los grupos existentes en Inglaterra, Italia y otros países de Europa; así como los que viven en Estados Unidos, Argentina, Colombia, Chile, Venezuela, Cuba y otras naciones americanas. A todos ellos expresamos nuestra solidaridad y afectuosa admiración para el respeto y simpatías que han me-

recido, con su laborioso esfuerzo, haciendo honor a la hospitalidad que les brindaron.

En el propio México, estamos tan diluidos en el ambiente social y en la vida mexicana, que nos falta un conocimiento suficiente de las actividades de los exilados republicanos. Podemos remitirnos al libro de Carlos Martínez, *Crónica de una emigración* que constituye un laudable empeño en tal sentido. Además la historia viva pierde su sabor; la historia es lo que perdura del pasado, y por eso hay que dejarla a los historiadores.

Ahora bien, cabe hacer valoraciones y conclusiones, a la vista de hechos y resultados que son ya del dominio público.

La primera, concreta y contundente, consiste en que la emigración republicana ha destruido el mito de la decadencia española. No de España, que ha llegado a la más honda postración, al extremo de que si salva el peligro de desaparecer como nación es porque, por fortuna, en esta coyuntura las entidades nacionales están en camino de sumergirse en una integración supranacional europea, lo que constituirá una barrera para el asentamiento del coloniaje.

Decadencia de España, más exactamente, del Estado que la sojuzga y que la mantiene encadenada a los privilegios y castas regresivas, asfixiando su vida interna y aislada del mundo civilizado. Mas no han decaído los valores vitales españoles, como lo demuestra la obra creadora de esta emigración liberal, prestigiando a la patria lejana de manera que no podrán contemplar, sin sonrojarse, los monopolizadores del patriotismo que los expulsaron.

Un pueblo olvidado, ignorado en la época moderna, que en menos de un lustro obtiene dos Premios Nobel, el de Literatura para Juan Ramón Jiménez, en 1956, y el de Medicina—en el campo de la investigación científica, que parecía vedado—para Severo Ochoa de Albornoz, en 1959, bien puede recobrar la confianza en su capacidad creadora. Esos españoles reviven la grandeza espiritual de la España del Siglo de Oro. Españoles universales, como Pablo Casals y Pablo Picasso, en cuyos dominios—que no en los del "imperio vertical y azul"—no se pone el sol.

En el destierro vivieron y murieron Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Falla, Antonio Zozaya, Rafael de Altamira, Alvaro de Albornoz, Alejandro Otero, Fernando de los Ríos, Mariano Gómez, Ignacio Bolívar, Cabrera, Santullano, Castelao, Demófilo de Buen, Eugenio Imáz, Sánchez Román, Manuel Pedroso, Mariano Ruiz Funes, Bernaldo de Quirós, Enrique Díez-Canedo, Arturo Barea, Juan Negrín, Osorio y Gallardo, Benjamín Jarnés, Joaquín Xirau, Roberto Castrovido, Fabián Vidal, Juan Domenchina, Pedro Salinas, Luis Araquistain, Juan de la Encina, José Almoína, Serra

Hunter, Arturo Mori, Pedro Corominas, Martín Echevarría, Pestalozzi, Adolfo Salazar, Niceto Alcalá Zamora, Manuel Azaña.

No hay rama de la ciencia, del arte, del saber y del ingenio humanos, donde no haya brillado la España del exilio. ¿Y qué decir de la influencia directa, del magisterio entrañable de estos hombres en la cátedra, en la tribuna, en el periodismo y en los seminarios docentes, en diálogo abierto con las nuevas generaciones americanas?

Mas con ser tan descollante esta labor intelectual, no desmerece en fecundidad creadora la de los técnicos y promotores industriales.

¿Cómo no referirnos con especial relieve a la labor editorial, a la huella perenne de autores y traductores, que ha irradiado desde México a toda América las fuentes clásicas y modernas del pensamiento universal? ¿Y a la extraordinaria producción de obras pedagógicas, científicas, literarias, editadas por refugiados?

Una valoración adecuada de la obra de la emigración, debe captar el conjunto de su complejidad social, de su textura humana, porque, a diferencia de las emigraciones anteriores, singularizadas en grupos religiosos o políticos, en ésta se produjo un trasplante cabal de pueblo: militares, artistas, obreros, artesanos, campesinos, comerciantes, burócratas, industriales, sacerdotes e incluso rabinos.

¿Cómo no reparar bajo este ángulo de observación sociológica, en un espécimen de emigrado inclasificable, y que constituye uno de los elementos más vigorosos en la tabla de valores? El encargado o gerente de empresa, el organizador innominado, de imponderable importancia en el drenaje de la vida económica. El hombre que lleva a sus espaldas la responsabilidad, el celoso cuidado de los múltiples aspectos de una negociación, del que depende en grado sumo no sólo el éxito o el fracaso de la inversión, sino el sostenimiento de la fuente de trabajo para las familias vinculadas a ella.

¿Y cómo no advertir, al través de esta obra colectiva de hombres que en España desempeñaban actividades distintas, o que allí no eran nada, porque no les dejaban ser ni hacer nada, que la decadencia española no reside en la cantera popular, sino en las castas parasitarias que la oprimen?

Aventura del Pensamiento

COSTA, SOÑADOR Y HOMBRE DE ACCIÓN

Por R. OLIVAR BERTRAND

NO por lamentables se ajustan menos a la realidad las tomas de posición con que muchos historiadores emprenden el estudio de un tema o de una personalidad. Sabemos que esas tomas de posición son deformadoras, sobre todo si el que las adopta está adscrito, con militancia, en un partido político o una confesión religiosa. ¿Por qué no librarse de ellas y aceptar el pasado como fue, sin sentir la comezón de adornar, podar o borrar capítulos de ese mismo pasado que no encaja exactamente en nuestra concepción del mundo? La historia registra "enormidades", que resultan luego punto de partida de estructuras sociales, políticas y culturales normales. A la "enormidad" Joaquín Costa nos acercaremos hoy, y no con el propósito de seguir las etapas de su aventura exterior, sino con el deseo de penetrar honestamente en su aventura interior, en los horizontes espirituales que quiso él plasmar en torno suyo.

Si dispusiéramos del espacio que la memoria del recio aragonés merece siempre, empezáramos por relacionar la bibliografía a consultar por el lector curioso. Al margen de las referencias que seguirán, sí me permitiré ponerle en guardia contra los silencios sospechosos que nos sorprenden en gran parte de esa bibliografía. Encuadrado Costa, por derecho propio, en la llamada generación del '98, adviértase que las alusiones que a su persona y obra suelen hacerse pecan de esquivas, teñidas en su mayoría del morbo literario y, cuando se asoman al campo sociológico, evitan el político...¹ Así nos explicamos que la hipocresía de los satisfechos quede catalogada por los rebeldes bajo el epígrafe de indecencia intelectual. Pero si nos decidimos de una vez a escuchar a quienes conocieron personalmente al "señor Costa", el varón de cuerpo fornido y pies chiquitos, poco esfuerzo nos cuesta oír su voz regia, persuasiva en unas ocasiones, imprecativa y amenazadora en otras. Su aguda sensibilidad explica que por ser gran soñador fuera, paralelamente, gran hombre de acción y que, bajo apariencias de rudeza, ocultara innegable bondad. Vivió como los niños, nos aseguran los que lo

¹ Ver por ejemplo, JESCHKE, HANS, *La generación de 1898. Ensayo de una determinación de su esencia* (Madrid, Edit. Nacional, 1954).

trataron, con eternas ilusiones y rabetas continuas, mostrando sin desfallecimientos entereza varonil, tesón, constancia, rectitud; amor a la realidad, a la tierra, al pueblo; desprecio por la abstracción, el doctrinarismo y la "Gaceta"; piedad hacia las multitudes hoscas, hambrientas, hostigadas, astrosas y pálidas de la España de su época; odio, finalmente, a la vida oficial.² ¿Qué respeto iban a tenerle los políticos de oficio, que no los de profesión?

Costa, "el celtíbero cuya alma alcanza más vibraciones por segundo",³ es un español que se dirige a todos los españoles, consciente de la diversidad que de ellos existe. Interesado por lo que importaba a unos y otros, se pasó la vida afirmando que el hambre como la hartura, la ignorancia como la sabiduría, la brutalidad como la cortesía no eran monárquicas ni republicanas; ni católicas ni librepensadoras. Señalémosle, antes de recorrer su itinerario, como una de las vivientes paradojas de la historia hispánica: heterodoxo, liberal y... tradicionalista.⁴ En el ámbito americano, recordemos que su lema —despensa y escuela— está en la entraña de los avances más progresivos alcanzados ya, la revolución mexicana por ejemplo,⁵ y en la semilla de las futuras conquistas justicieras por alcanzar todavía de Río Grande del Norte a la Tierra de Fuego.

Infancia y juventud

COSTA, bautizado Joaquín como su padre, empieza su itinerario el 14 de septiembre de 1846, según reza la lápida que puede verse en la calle Mayor de Monzón, provincia de Huesca. A la sazón se empollaba también por España el llamado problema social, con tal discreción, que para los jerifaltes que llevaban el timón apenas si existía. En la comedia, para muchos bufa, de la política española, se reparten sus primerísimos papeles el marqués de Miraflores, el general Narváez y Francisco Javier Istúriz, quienes, al percatarse de que la opinión pública es incompleta, intentan llenar la vaciedad reinante con "algos" a que no alcanzan las leyes: ¿Concordatos con la Santa Sede? ¿Legitimidad o ilegitimidad de Isabel II? ¿Regios matrimonios?... Todo se resuelve en floreos oratorios de los que la madre de Costa ni se entera ni le importan. Su única obsesión es

² AZORÍN, *Obras completas*, t. II (1947), p. 880; t. IV (1948), p. 61.

³ ORTEGA Y GASSET, J., *Obras completas*, t. I (1950), p. 99.

⁴ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, CL., *España, un enigma histórico* (1956), t. II, p. 665.

⁵ No en vano se le recuerda en México. Ver últimamente la obra de FRANCISCO RAMÍREZ, ALFONSO, *Antología del pensamiento jurídico* (1957), p. 323-326.

vencer, con terquedad y nostalgia, la resistencia del marido a trasladarse a Graus, en la misma provincia oscense. Lo consigue. Y mientras el *Cid*, —apelativo con que los comarcanos de Graus a Benasque conocen al padre, ejerce su abogacía de secano sin cobrar un céntimo— nuestro Joaquín crece alto y corpulento, pero de brazos y piernas flacos. Este contraste físico sumado al espíritu corajudo que demostraría siempre había de acompañarle toda la vida.

El maestro del lugar recomienda Joaquín al arquitecto provincial de Huesca, don Hilarión Rubio, lejano pariente de la familia. El *Cid* se opone porque necesita al hijo para las faenas agrícolas. A los dos años, el mismo maestro se aparta para dejar pasar a Joaquín, que regresa al pueblo después de dejar en el campo una carga de estiércol: "¡Si con burros vas, burro serás!", murmura el *domine* a la pareja de asno y mocetón que con él se cruza. Hasta después de la cena, frugal por necesidad, sintió que le quemaba las entrañas aquella sentencia del maestro. "Padre, no quiero ser burro", dijo Joaquín al autor de sus días, con escaso resultado, porque el *Cid*, muy apegado al terruño y huérfano de valimiento para todo lo que no fuera sus tierras de labor, no quería soltar al chico. No tenía él bienes para pagarle estudios. Pero la tozudería del hijo venció al padre al cumplir aquél los diecisiete, año de 1863, en que con poco dinerillo consigue marcharse a Zaragoza, y de aquí a Huesca, para servir de cochero, recadero y aprendiz a don Hilarión Rubio, que poco hizo para ahorrar hambres, tristezas e injusticias a nuestro héroe. Sólo cama y comida le ofrece el arquitecto a cambio de engorrosas faenas domésticas, que no logran abatir su ánimo para empezar el bachillerato. El arquitecto acaba por retirarle el plato; pero Joaquín, trabajando de peón de día, de noche estudia; se atreve además a escribir artículos⁶ y adoctrinar a los ignorantes. Le acompaña la audacia habitual de los autodidactos, que pronto demuestra. Descontento de la gramática francesa que le sirviera de texto, redacta una a su talante y proyecta un diccionario francés-español según método propio. Escribe luego una doctrina cristiana y una historia sagrada para institutos y normales. Por si fuera poco en un rato de ocio descubre un nuevo procedimiento para fabricar jabón. Y esto mientras seguía sus estudios de bachiller.

En 1867, con motivo de la anunciada exposición de París que se vanagloriaba con su gigantesco coliseo de siete galerías circulares, conoció Costa la amargura de la falta de influencias. Se había propuesto conocer la capital francesa de la que parecía irradiar la civilización que había él entrevisto en los libros. Su práctica de peón

⁶ El primero, el 1º de agosto de 1865, sobre una máquina segadora en *El Alto Aragón*.

le animó a solicitar la pensión presentándose como maestro albañil. El jurado, que "no le conocía" —razón de peso, siempre, en la pícaro España— no tomó en consideración la instancia de Costa. Y cuando ya, enfurecido, se disponía a regresar a Huesca, el Ministerio incluyó su nombre en la lista de los elegidos. Le seduce París, pese a la miseria del cuchitril en que se aloja y la magra pitanza que se procura con la reducida pensión concedida, que a él le alcanza, no obstante, para libros y visitas. El resto de los pensionados, granujas que se comen y beben los productos españoles, se dan la gran vida. Costa estudia, hace propaganda y vende productos de los expositores, pero no reúne los doscientos francos que le pide un médico parisiense por el aparato ortopédico que exige la alarmante atrofia de su brazo izquierdo. Costa se conforma como tantas veces. . . —¡nunca con resignación!— y regresa a Huesca para reanudar su ritmo anterior: trabajo manual de día y estudio de noche. En 1868 publica las notas recogidas en París —su primer libro—, prepara exámenes de agrimensor, sin dejar de la mano el bachillerato, que termina al año siguiente, 1869, en que se traslada a Madrid para seguir estudios universitarios. ¿Condísipulos? Menéndez y Pelayo, Alas, Cossío, Canalejas. . . y multitud de calabazas. Ni éstas ni aquéllos le apartan de la pobreza estudiantil conocida en todos los tiempos y latitudes. Madrid, que es para muchos capital de la simpatía, será para Costa sumidero de hambres, enfermedades, injusticias y desengaños de amor.

No abandona la agrimensura, prologa libros y escribe artículos que no cobra; aprende inglés y se matricula en las facultades de Derecho y Filosofía. Paralelamente y siempre sin un céntimo, se presta a levantar informes catastrales —que tampoco le paga el Estado— y a redactar proyectos de obras de los que saca a duras penas el pupilaje para la patrona. Empeña levita y reloj. No tiene con qué pagar las matrículas ni al dentista ni al zapatero ni al sastre. No puede mudarse de camisa. . . En 1870 y en 1873, por dos veces, piensa en el suicidio. Los padres, viejos y enfermos, se ven y se desean para seguir ellos adelante ¿Cómo ayudar al hijo? Lloro Costa de impotencia, pero para seguir con más brío en su empeño de Madrid: licenciarse en Derecho y en Filosofía, empeño que a través de muchas privaciones y humillaciones alcanza al fin. Un norteamericano, agradecido a las lecciones de español que Costa le diera le paga dos mil reales y se lo lleva de cicerone por Segovia, Avila, La Granja y El Escorial. Un modestísimo premio y el producto de la venta de una viña de la que se desprenden al fin sus padres le facilitan el dinero para matricularse en las dos facultades a cuyos doctorados aspira y para los cuales se prepara con libros prestados, sin

luz y con un frío espantoso. No le consuelan las botas agujereadas, los rotos en los pantalones y la falta absoluta de ropa interior; pero se distrae escribiendo artículos en la *Revista de la Universidad de Madrid*, fracasando en la pretensión de destinillos para los que le falló el apoyo de Giner de los Ríos, preparando oposiciones a profesores auxiliares e inventando aparatos, un salvavidas, por ejemplo, que nadie le apoya para construirlo. . .

"¿Cuándo ganarás para vivir?", le preguntan los suyos.⁷ A Costa le repitieron la pregunta varias veces. Y Costa responde a su manera, con el cuerpo flaco y el cerebro angustiado, preparando oposiciones a cátedra de oficiales letrados, de derecho político, de historia de España —que acababa de abandonar Castelar—. . . Un ordenanza de la Academia de Jurisprudencia le presta libros. Se ayuda publicando docenas de artículos, proyectando libros, sacando apuntes y llorando a ratos. (Vuelvo a escribir: llorando de rabia, no con resignación). Su ex alumno mister Tower tiene la delicadeza de enviarle libros desde Alemania; pero a Costa no le aprovechan, por no contar con los dos duros que como pago de derechos le reclama el servicio de aduanas. Se doctora al fin en Filosofía y Derecho,⁸ presenta la memoria para las cátedras de derecho político, consigue el número 2 en las oposiciones de oficiales letrados —abogados

⁷ Es una pregunta que no le hicieron nunca a su condiscípulo Menéndez y Pelayo, consignémoslo, pues por encima de estos pequeñísimos detalles suele pasar la pluma de los escritores áulicos o excesivamente comprometidos (*engagés*) de última hora, de uno. . . , y otro color.

⁸ En la competición para el premio extraordinario del doctorado, de nuevo tenemos que aludir al coloso santanderino, rival de peso. Sobre el tema *Doctrina aristotélica en la antigüedad, en la edad media y en los tiempos modernos*, Joaquín Costa desarrolla el tema, Menéndez y Pelayo se detiene en la bibliografía declarando que no expone el tema por falta de tiempo. . . La anécdota, cuyo comentario hará el lector como lo crea oportuno, caracteriza a los dos personajes. Concedieron el premio a Menéndez y Pelayo. Protestó Costa solicitando nuevo tribunal, apeló al Ministerio, todo con resultado negativo. Separando los términos, como el rigor exige en todo trabajo acometido con decencia, concretaremos: 1º El pobre, el desprovisto de sosiego económico y de rodrigones se quedó sin el premio. 2º Lo coleccionó el rico, protegido desde muy temprano por los más empingorotados intelectuales de la época. 3º Menéndez y Pelayo no dejó de admirar a Costa. Unos veinte años después de su no muy airoso galardón, el 5 de septiembre de 1898, Menéndez y Pelayo defendía a Costa frente a la arbitrariedad de la Academia de la Historia. Aludiendo a Vega de Armijo y Sánchez Moguel, escribe: "Lo que hicieron en el último concurso de premios, desestimando una obra admirable de Joaquín Costa, bastaría para cubrir de ridículo a una corporación, si aquí hubiese formalidad y sentido común" (Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo. 1877-1905. Madrid, Espasa-Calpe, 1946; p. 541). 4º Costa nunca le guardó rencor.

del Estado—... sin plaza, porque no se había votado aún la correspondiente partida en el presupuesto. Le escamotean bonitamente, sin embargo, la cátedra de historia de España. ¿Habrá que explicar el por qué? En esa segunda fiesta nacional que eran y siguen siendo en España las oposiciones, a Costa le faltaron aldabas. Se ajustaría su vida, como ha observado uno de sus biógrafos, a la sentencia del romano de *Los últimos días de Pompeya*, de Bulwer Lytton: "un poeta sin patrón es ánfora sin etiqueta".

Consignada la correspondiente partida en el presupuesto, pasa Costa como oficial letrado, de Cuenca a San Sebastián y de aquí a Guadalajara. Es hora ya de que un texto suyo nos lo empiece a pintar de cuerpo entero. El 29 de noviembre de 1876, los funcionarios y empleados tienen asueto en la oficina con motivo de la visita del rey a la Exposición Provincial, en la que con sus regias manos tenía que repartir los premios. Costa firma el enterado; pero en vez de engrosar el número de los simplones, aprovecha el día, repítamos una vez más, a su manera. Puntualmente, nos lo ha dejado escrito: "Ya podía haber andado sólo el monigote de don Alfonso, si no tenía otro que le acompañara. Me he estado en la oficina solo, trabajando, y me he ido a la hora de costumbre a tomar el sol y leer *El Imparcial* junto a la plaza de toros. Desde allí oía las campanas a vuelo, veía las esquinas llenas de gente, los balcones colgados, hombres y mujeres de gala. Si lo hubieren hecho para solemnizar la Exposición, corriente; si hubieran engalanado las calles para el paso de los premiados, magnífico; pero por el reyezuelo, ¡mentecatos!, ¡idólatras! Cada vez que oía o veía alguna de esas manifestaciones, no podía evitarlo, decía: ¡Estúpidos! Merecen ser regidos por un maniquí semidiós por nacimiento. Cada día aborrezco más a la monarquía. Quieren que fuera yo a formar parte del relleno, a oír embebecido 'las elocuentes palabras' que se dignase pronunciar con su pico de oro el padre del pueblo, el fomentador de las artes... Y luego creerse honrados los labradores con recibir del monigotillo sus premios, ¡ellos que tienen que pagarle treinta millones, amén de los de su madre, abuela, hermana, etc.!: ellos a quienes se niega el ejercicio de la magistratura más sencilla, la de elector, mientras a él, el diosencillo menor de edad y todo, lo creen apto para la magistratura más alta y difícil".

DE Guadalajara pasa a Huesca, en cuya ciudad nadie se acuerda de don Hilarión, aunque se habla mucho de Costa por los muchos artículos que publica en diarios y revistas, amén del opúsculo

que, en 1877, se decide a editar relacionando todos sus trabajos. La lista es larga, pero a penas si le reporta un céntimo. Por estos años, en que se funda la Institución Libre de Enseñanza, se siente atraído por Madrid. Lo mismo le ocurriría a Castelar. Es válida aquí esta nueva alusión, como figura de contraste, por tener Castelar la significación que en el mundo liberal alcanzó en una y otra orilla del Atlántico. La fantasía —con bienestar hogareño— del ilustre gaditano le hace escribir: "Será exceso de patriotismo en mí, pero encuentro cada día más agradable nuestra pequeña capital, más hermoso su cielo, más deslumbradora su luz, más rientes sus paseos, más animadas sus calles, más agradable su sociedad sin rival, más amena la vida, más práctica y más segura la libertad; en fin, más gusto el vivir en los senos y en el regazo de nuestra idolatrada España, a la cual nos hemos nosotros mismos acostumbrado a calumniar, por el afán de leer, hasta su literatura y su historia, en los libros protestantes y extranjeros".⁹

Apuntaba arriba que a Costa le atraía Madrid por estas fechas, y no por los motivos relacionados por Castelar ni por los desdichados recuerdos de miseria que de la capital guardaba, sino para tener a mano bibliotecas, archivos y los hombres de la Institución, hombres de pro con quienes deseaba estrechar relaciones. La Institución, efectivamente, le abre sus puertas nombrándole profesor de derecho político y de Historia de España; pero como en las clásicas universidades alemanas del pasado siglo, es Costa en la Institución maestro en las materias de las que sale responsable, pero alumno en otras dirigidas por compañeros de claustro. Trabaja asiduamente en la biblioteca, dirige el *Boletín*, acude a las excursiones campestres organizadas por los alrededores de Madrid. Los días festivos, con el pucherillo envuelto en un periódico —como en sus tiempos de peón—, los pasa en la Moncloa, estudiando y leyendo bajo los pinares de la Puerta de Hierro.¹⁰ Es por estos años pasante del digno abogado y en diversas ocasiones diputado a cortes don Gabriel Rodríguez. En 1888 gana su primera notaría. Y sigue escribiendo libros, artículos y más artículos que alargarán la lista portentosa de sus originales. "Necesitaría dos cabezas y cuatro manos", escribe, descontento siempre por lo mucho que deja de hacer. De improviso, interviene en la política.

⁹ *Correspondencia de Emilio Castelar, 1868-1898* (Madrid, Rivadeneira, 1908), p. 139.

¹⁰ Para seguir la huella de Costa en la Institución consúltese *En el cincuentenario de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid, 1926).

Años de madurez y de lucha

LA juventud de los inconformistas es prolongada. No se pasa a la madurez, por lo común amarga, sino en plena lucha. La lucha de Costa fue política, reiteremos, a su manera. El tono de la política de la época lo da el párrafo que copio de una carta de Laureano Figuerola a Manuel Ruiz Zorrilla: "Pi es tan fanático como si nada hubiese sucedido ni visto. Figueras se atreve a comprometer gentes no acordándose de su fuga ni lo más recio de su compromiso. Salmerón vuela por las alturas de la filosofía y tropieza siempre en lo práctico de la política. Castelar, endiosado con su magnífica palabra, desbarra más que todos juntos y, sin embargo, para ellos se hace el caldo y no hay uno que esté de acuerdo con el otro".¹¹ Vale la pena igualmente reproducir dos fragmentos más de Castelar, creído de que su sola predicación había llevado la democracia a España. El primero, de 1881: "Acabamos de dejar la servidumbre de Egipto y nos vemos en plena libertad. Podemos llamarnos a boca llena republicanos en los periódicos; tener las reuniones públicas que nos de la gana; disponer de nuestra palabra y de nuestra pluma. Somos ciudadanos de un pueblo libre". El segundo, de 1885: "Por lo demás, en materia de libertades, y eso hay que infundirlo ahí, estamos como ningún otro pueblo. . . . Cuanto había que hacer antes del 68 merecía cien revoluciones; cuanto resta por hacer no vale un motín".¹²

Esta política desarraigada del agro y del taller, con exceso hundiada en la faramalla retórica, no era, indudablemente, la política a la que se lanza Joaquín Costa animando la Liga de Contribuyentes, la Cámara Agrícola del Alto Aragón, la Liga Nacional de Productores, la Unión Nacional, la Unión Republicana. . . , confiando, más que en los correligionarios de los partidos existentes —para Costa todos averiados— en las clases neutras, las que pagaban para engordar el monstruoso presupuesto del Estado español. Sobreponiéndose a la parálisis progresiva que le atenaza las extremidades inferiores, viaja Costa de continuo, acude a mítines y conferencias; redacta proyectos, informes y manifiestos; asesora a Silvela, a Salmerón, a Alcázar, a Gabriel Rodríguez. . . . Toma a pecho el ruidoso pleito de La Solana —una antigua herencia y un obispo de por medio—, y a consecuencia del pleito rompe Costa sus últimos vínculos con la Iglesia. Le enfervoriza la pasión colonizadora, asiste al

¹¹ Cta. s. f., probablemente de 1878, *Archivo de don Manuel Ruiz Zorrilla*, La Pileta, Villajoyosa, Alicante. Cortesía de don Vicente Alvarez Villamil.

¹² *Correspondencia*, pp. 140 y 182.

parto de la Sociedad Geográfica, dirige la *Revista de Geografía Comercial*, organiza el Congreso de Geografía Colonial de 1883, funda en 1884 la Sociedad de Africanistas y, al año siguiente, la de Geografía Comercial, proponiendo y organizando expediciones a Río de Oro, al Sahara, al Golfo de Guinea, a Egipto... En un balance de esta faceta de su actividad, anota: "España llega tarde a todas partes desde que le tocaron de parálisis los reyes absolutos". La apatía de los gobiernos españoles, en su política de guantes blancos le apartan pronto de su entusiasmo colonial.¹³ La política de Costa no pierde de vista al labrador, al proletario, al sojuzgado injustamente. Califica de inicua la abolición gradual de la esclavitud según la ley de 1880, ley que le hace presagiar tormentas. Años después, los cubanos repetirían una de las hirientes frases de Costa, la de que *debía quedar sólo para los perros la vergüenza de lamer la mano que los azota*.

Las incidencias de su vida, que procuro condensar en honor a la brevedad, se reducen al juego de la zancadilla, normal en España: nuevas oposiciones a la notaría de Granada, para trasladarse de nuevo a Madrid, y de aquí a Suiza en busca de salud que no encuentra. Luego a Jaén, de donde no consigue su traslado oficial a Graus, porque los caciques se oponen. A los caciques de levita, a los de chaqueta e incluso a los de calzón corto los conoce muy bien Costa por haberlos sufrido en sus propias carnes. Ellos le facilitaron los modelos para su galería de *Oligarquía y caciquismo*, obra sacada de la realidad, que no de los archivos, como los versos de Antonio Espina, cincuenta años después:

Tipo de Satán,
mano de Caín.
Muy Rey de los Naipes y muy sacristán.
El semblante jalde,
capisayo gris,
empuñada en alto la vara de alcalde...¹⁴

Realista en la política frente a los republicanos que tilda de utópicos, compendia los elementos de su acción: independencia nacional, antiultraísmo, tolerancia, federalismo, autonomía civil y administrativa del municipio, gobierno representativo pero no parlamentario, imperio de la ley, el jefe del Estado al servicio de los ciudadanos, derecho de insurrección... En Graus, donde se asienta por su cuenta y riesgo, aconseja como su padre a los campesinos contra

¹³ Que se abandonara a Marruecos, aconseja, pues la tierra norteafricana no valía la sangre ni los tesoros que en ella se enterraban.

¹⁴ "Don Cacique" (óleo), del libro *Signario*, de ANTONIO ESPINA.

desafueros y abusos y, como su padre, el *Cid*, no cobra las consultas. A la política oficial, sea canovista o sagastina, opone la política hidráulica. Los habituados al enjuague y al apaño califican a Costa de espíritu simplista. Costa, el 8 de septiembre de 1893, proclama que el hambre no es republicana ni monárquica, y hasta los escolapios le aplauden cuando puntualiza: "El labrador de hoy pasa la vida peor que el siervo de la gleba. No conoce de la civilización más que sus cargas y corrupciones. El Estado no llega hasta él sino en figura de recaudador, de sargento y de candidato para tomarle la hacienda, los hijos y la paz". Aunque su innato pragmatismo le hace desconfiar de las propagandas republicanas de Salmerón, demasiado ideológicas,¹⁵ le presta su colaboración; pero el instinto le lleva a dar mayor peso a su acción personal, a su voz personal que es, por estos años, la más sincera y, a par, la más cruda de España.¹⁶ La cofradía de los electores desata su ira contra Huesca, "la más demente y la más desgraciada de las provincias españolas". Ante el desastre de 1898 reclama la revolución desde el poder, no como panacea, sino como "pararrayos para conjurar las revoluciones de las calles y de los campos". Le animan para crear un nuevo

¹⁵ He aquí el programa que redacta para las candidaturas: a) formación de un plan general de canales de riego y construcción inmediata por cuenta del Estado; 2) vasta red de caminos baratos que relacionen todos los pueblos de España; 3) apertura de mercados para la producción agrícola, especialmente el de Francia para los vinos; 4) reforma del régimen hipotecario en beneficio del crédito territorial; 5) suspensión de la venta de bienes propios; 6) autonomía administrativa de los municipios contra la centralización que engendra el caciquismo; 7) adaptación del presupuesto de gastos a la pobreza del país; 8) codificación del derecho civil aragonés; 9) establecimiento del seguro sobre la vida, socorros mutuos y caja de retiro para braceros y labradores, menestrales y comerciantes; 10) mejora de la instrucción primaria, elevando la condición de los maestros; 11) justicia a Puerto Rico y Cuba, poniendo término a la guerra, a cualquier precio que no sea el del honor; 12) atención a los intereses mercantiles de España, raza y civilización, estrechando lazos con Hispanoamérica, con miras a federación o alianza para... , contener la invasión de los EE. UU.

¹⁶ No ya el encaje sino la dilución de esta voz de Costa en el panorama político de la época—por lo de espíritu "simplista", que escribíamos— puede verse en dos obras recientes, PABÓN, JESÚS, *Cambó*, 1876-1918 (Barcelona, Alpha, 1952), y mucho mejor FERNÁNDEZ ALMAGRO, M., *Historia política de la España contemporánea*, t. II (Madrid, Pegaso, 1959). Puntos de vista más broncos en MADARIAGA, SALVADOR DE, *Ensayo de historia contemporánea* (Madrid, 2ª Edic. 1934). Para hacerse cargo de la conmoción causada en la vida nacional por una de las empresas más sonadas de Costa, la Unión Nacional, son dignas de lectura las páginas 209-244 de *El año anterior. La política, el parlamento, la prensa, la ciencia, el arte, la industria, el comercio y la clase obrera en 1900*, obra del cronista LUIS BESSES (Madrid, 1901).

partido y Costa escribe, primavera de 1901: "Ahora, antes de que declaren mayor de edad a ese desdichadín, era quizá la oportunidad de intentar eso de partido. Pero es tarea muy seria y en la cual un hombre como yo y como los que habían de seguir no podrían entrar sin la seguridad del éxito, y esto supone un esfuerzo colosal: vencer la inercia de asociaciones económicas y de sabios manifiestos, asambleas, mítines, excursiones, una oficina... Supone dinero. Y yo he gastado en todo esto todo lo que tenía y mucho más. ¡Y España no tiene dinero para eso! Los políticos que ponen las paralelas en torno a D. Alfonsín están de enhorabuena, pues seguirán divirtiéndose todavía en destruir lo que ha quedado de pie".

Ni cuando dos años después quedó elegido diputado por los republicanos le desapareció el recelo de los oportunistas, que presentía, los cucos que, después de fumarse el tabaco de la monarquía, pensaban seguir fumando el de la república. Por algo, en 1903, pedía Costa un Thiers, un Gambetta, un Carnot, un hombre que tuviera "la aptitud de indignarse ante las injusticias hechas a los gobernados, sintiéndolas como propias"; un hombre que consagrara casi entero el presupuesto a lo que convenía al pueblo, que recorriera la Península con maza de hierro para extirpar la monarquía absoluta refugiada en los caciques y oligarcas. Alguien, que no perdiera el tiempo en escrúpulos de honradez leguleya o filosófica, como Salmerón, al dimitir antaño por no firmar una sentencia de muerte. "Si la república", dice Costa en el mismo discurso, "ha de ser fría, estirada, de tiquis miquis, como hombres de goma, que tengan miedo de constiparse o de descarrilar si salen todas las semanas en tren para echar la barredera por el país, que vivan amarrados a su poltrona ministerial por el pelo de la libertad, por el escrúpulo de la Constitución, por la música del *Habeas Corpus*; si no ha de ser una república con alma, con coraje, con verdadero salto del tapón para el pueblo, francamente, es preferible que no venga la república".

A fines de septiembre de 1904, al retirarse definitivamente a Graus, su lucha se condensa en furor y rebeldía a falta de acción. La enfermedad, a pesar de contadas y penosas salidas, le inmoviliza. Siempre le queda una mano, sin embargo, para soltar trallazos contra las congregaciones de frailes que habían transformado a España en un atajo de siervos. Las congregaciones eran "el Congreso y el Senado, cinceladores de la niebla, artistas de ruinas, forjadores de hambres, martillo el más fuerte de cuantos contribuyeron al clavar a España en el madero de 1898", escribe en carta que se lee en la plaza de toros de Zaragoza, el primero de noviembre de 1905. Fue al año siguiente y en la misma capital ara-

gonesa, cuando la asamblea municipal ofreció a Costa la plataforma adecuada para pronunciar, el 11 de febrero de 1906, lo que se ha dado en llamar su testamento político. Sus siete criterios de gobierno,¹⁷ con frecuencia doctrinal, son ariete que en discurso del 14 del mismo mes y año y en el popular teatro Pignatelli transforman al profesor en Jehová contra los políticos de la restauración. Pero ni del efecto contundente de sus palabras ni del cúmulo de anécdotas, a cual más gallarda, de que está henchida su vida podemos referirnos en estas páginas.¹⁸ El primero de junio de 1907 escribe Costa su adiós a la política activa llorando "los años de vida perdidos en perseguir una utopía: la resurrección de un cadáver putrefacto. . ." Sus cartas y artículos siguieron alborotando las conciencias.

Ningún español como Costa para personalizar el dicho popular de "no tener pelos en la lengua". Costa, además, no los toleraba en la pluma. Las genuflexiones suntuosas de un ministro ante la reina regente le revuelven las entrañas, pues, por una parte, las virtudes domésticas de los españoles eran virtudes añejas en los hogares que Calderón, por no citar sino un autor, había llevado al teatro.¹⁹ Por otra, denuncia Costa en la carta que hace pública

¹⁷ Con todo el ambiente de expectación en que se perfilaron conviene leerlos en la prensa coetánea, por ejemplo, en *Heraldo de Aragón*, del 13-11-1906. Eran los criterios: 1º desenvolver intensivamente la mentalidad de los españoles, saturándolos de europeísmo; 2º abaratar la vida, mejorando en un tercio la ración alimenticia; 3º alargar la vida en otro tercio; 4º arbitrar recursos para europeización, escuela, despensa e higiene; 5º política de procedimientos sumarísimos; 6º gobernantes de brújula y bisturí; 7º gobernar por actos, no por leyes.

¹⁸ De la copiosa bibliografía existente de interés para la biografía del héroe de este ensayo, véanse: ANTÓN DEL OLMET, LUIS, *Costa* (Madrid, 1917); BELLO, LUIS, *Las ideas de Costa* (Madrid, *La Lectura*, t. XIX, núms. 220-221, 1919); CIGES, APARICIO, *Costa, el gran fracasado* (Madrid, 1932); GAMBÓN y PLANA, MARCELINO, *Biografía y bibliografía de D. Joaquín Costa* (Madrid, *La Lectura*, t. XIX, nº 220-221, 1919); GARCÍA MERCADAL, JOSÉ, *Ideario de Costa*, con prólogo de Luis de Zulueta (Madrid, 2ª Edic., 1932); GONZÁLEZ BLASCO, E., *Joaquín Costa* (Madrid, *Nuestro Tiempo*, nº de julio, 1913); INFANTE PÉREZ, BLAS, *La obra de Costa* (Sevilla, 1916); PUIG CAMPILLO, A., *Joaquín Costa y sus doctrinas pedagógicas* (Valencia, s.f.). A los títulos de libros propiamente, habría que añadir los innumerables artículos y ensayos desparramados por las hemerotecas.

¹⁹ Lo mismo había dicho más de veinte años atrás don Manuel Ruiz Zorrilla, lo que prueba que la reacción de Costa se mascaba en los medios de franca y ruda española apartados de las gradas del trono. Textualmente decía Ruiz Zorrilla (ver "Manifiesto" de R. Z. en el nº 7,469 de *El Imparcial*, 1885): "Nosotros no tenemos por qué admirarnos de ciertas virtudes domésticas que tanto se ponderan y ensalzan. Estamos acostumbrados a que no sea un fenómeno y sí un hecho natural y sencillo la buena vida y costum-

en septiembre de 1908 en defensa de su artículo *Incienso que hiede* la permanencia del tipo loyolesco en Navarra, la desproporción de frailes en la población civil de las Vascongadas, la universidad jesuita de Deusto, los altos hornos de Bilbao protegidos en demasía por el gobierno y los damasquinados de Zuloaga. . . "Frailes, altos hornos, Zuloaga, etc., todo concurre a confirmar nuestra tesis de que somos incapaces de salir adelante por esfuerzo propio; que sólo Europa nos sacará del pantano". El león de Graus es brutal y rudo con frecuencia²⁰ y posee como Antonio Maura, en el campo opuesto, el don supremo del insulto, en el que se complace (En las pequeñas vicisitudes de su vida íntima descubríamos un corazón de oro). No soporta Costa la "tribu de isidros que llaman España", le repugna la "agitación de gusanos" sobre el cadáver descarnado de una patria en tiempos gloriosa; se aparta del lerrouxismo, que inútilmente quiere incorporarle, por ser "base de plebe para una segunda edición de 1873;²¹ no cree a los españoles merecedores ni de la monarquía ni de la república, pues "merecemos nada más que el knut de un Trepoff", y en 1909, exacerbado su espíritu de fiera independencia, escribe a su amigo Bescó: "No tengo ni reconozco capillas; tengo toda una catedral para rendir culto a España".

En la primavera del año anterior—mayo de 1908—, persuadido por el gran periodista Miguel Moya, interviene por única y última vez en el congreso para informar en el proyecto de ley sobre el terrorismo. Inválido, llega en una silla al salón de conferencias, y dice, entre otras cosas: "El litoral del Golfo de Guinea, con sus tribus neolíticas, con sus régulos vestidos de taparrabos, es una dependencia de España; pero con ese proyecto de represión, España se convierte en una dependencia moral del Golfo de Guinea. . ." Fue un golpe mortal para el proyecto, que no prosperó. Tampoco su salud, bastante deteriorada en estos años pese a los cuidados médicos que le prodigaron, y que Costa rechazaba siempre. "Para morirme, yo no necesito médico", solía decir. No co-

bres de nuestras esposas y el buen ejemplo de nuestras madres". Apuntemos que el programa político de R. Z. en este "Manifiesto" contiene algunos criterios del programa regenerador de Costa.

²⁰ A los maduros ediles republicanos de Zaragoza que le visitan en el Hotel Continental y que se negaban a ponerse el sombrero antes que él (mucho frío en febrero de 1906), les grita: "¡Cúbranse, bolas de barandal!", añadiendo para sus adentros: "Hay cabezas que sólo sirven para perchas". Y a los huéspedes que en el comedor de otro hotel se levantan en señal de respeto al ver entrar a don Joaquín, les increpa: "¡Almas de esclavo! ¿No les da vergüenza? ¡Siéntense!"

²¹ Se refiere a la primera república española, que proclamada el 11 de febrero de 1873, sólo duró hasta el 3 de enero de 1874.

mía ni dormía con regularidad; se acostaba vestido; trabajaba de las once de la mañana hasta las cuatro de la madrugada del día siguiente, con cortas interrupciones para sus frugales comidas, y dormía con rimeros de cuartillas en la mesita de noche, que por la mañana veía siempre escritas su sobrina Balbina. La debilidad de piernas y brazos —miopatía primitiva progresiva— tal vez explicaba el desarrollo extraordinario de su sistema nervioso, pero los ataques hemipléjicos —el primero el 17 de enero de 1911— no podían augurarle una larga vida. Una lista civil quiso organizarse para recabar fondos destinados a mejorar la modestísima renta que disfrutaba Costa, y éste la rechaza: "De los ricos no quiero nada". Costa se apaga, pero con rebeldía para no perder la costumbre. Un tío suyo mosén, Lucas Martínez, que se esforzaba en conquistarle el alma invitándole a la confesión, le gritaba: "¡Joaquín, piensa en Dios, que está en lo alto y todo lo ve!", a lo que contestaba Costa: "Si todo lo ve, tío, ¿cómo no se compadece y remedia a tanto niño abandonado en el mundo?" La sobrina Balbina, por fortuna, lograba que dejaran tranquilo a Costa. Resultados negativos cosechó igualmente otro mosén, Manuel la Plana, que todos los días le transmitía los votos de Su Ilustrísima el obispo de Barastro.

Murió en paz, como él quiso, en la madrugada del 8 de febrero de 1911. El epílogo fue trágico-cómico. Embalsamado el cadáver, hubo forcejeo entre la familia, que deseaba enterrarlo en Graus, el Gobierno, que lo quería llevar a Madrid para guardar sus despojos en el Panteón de la Real Casa, mientras no se construyera el de Hombres Ilustres, y el pueblo de Zaragoza, que amenazaba con un motín si no se enterraba a don Joaquín al pie de sus muros. Ganó Zaragoza, celebrándose el entierro con la asistencia de ministros, diputados, académicos, alcaldes. . . El Gobierno había advertido que correría con los gastos del entierro. Y lo mismo declaró Zaragoza. Terminada la ceremonia fúnebre, presentáronse las cuentas de la galera, el furgón, el tren. . . , el sepulturero. Hubo que pagarlas con la herencia de Costa, que ascendía a treinta mil pesetas en valores del Estado. Ni se abrió el Moncayo —como reclamara Mariano de Cavia— para erigir a Costa un monumento digno de su temple, ni se cumplieron las fervorosas promesas que se habían hecho para levantarle un busto.¹² El verdadero monumento se lo erigió a sí mismo el propio Costa con sus obras,¹³ de

¹² Tres mil doscientos socios de un casino recaudaron doce pesetas. Como homenaje póstumo, véase AZCÁRATE, GUMERSINDO, *Necrología del señor don Joaquín Costa Martínez* (Madrid, 1919).

¹³ Treinta y seis publicadas en vida suya, muchos libros que se edita-

las que me propongo seleccionar algunos frutos. Cabeza y corazón son inseparables en la frondosa obra de Joaquín Costa, por lo que sólo artificiosamente podemos deslindar temas, proclamados con agudeza y defendidos con pasión. Para la política práctica y de realidades de la que fue Costa brillante paladín contaba el caudillo nato con "extensa y abigarrada cultura: de tal amplitud y variedad de disciplinas, que bien se le puede calificar de polígrafo, con la particularidad de que toda su cultura se polarizaba, con amorosa obsesión en España, de la que sabía cuanto hubiera que saber; desde las formas en Turdetania del mito solar hasta las últimas particularidades de la vida municipal, pasando por la literatura clásica, el régimen agrario y el pensamiento de nuestros teólogos. . . Costa fue jurista, historiador, filólogo, geógrafo, economista. . ." ²⁴ Empecemos, pues por

La política y los políticos

FRENTE a la política cominera de los que la convertían en oficio —profesión en otras latitudes—, exalta Costa la gobernación como obra de arte, dando de lado las "constituciones de percal" y la "política para el sombrero de copa". Se rebela contra la mohosa y chirriante noria que con evidente abuso de lenguaje se bautizaba congreso y senado, recintos de cháchara inútil contra la que protesta: "Yo no sé si la elocuencia tiene todavía algo que hacer en el mundo. Lo que sí sé es que en la situación aflictiva y desesperada a que hemos llegado por consecuencia de la catástrofe nacional, necesitamos de una reconstitución muy pronta y radical; hay algo mejor que la retórica, hay algo mejor que la poesía, y es la prosa; hay algo mejor que la prosa, y es el silencio. ¡Por el silencio y por la prosa se salvará España, si por ventura queda todavía para ella salvación!" ²⁵ Y abundando en su enemiga la retórica en uso, escribe Costa en otro lugar: "Un nuevo Guillermo el Taciturno es lo que debemos desear al frente del Estado español. Como los yernos del Cid, hemos sido los españoles unas 'lenguas sin manos'. Y no volveremos a tener patria, sino a condición de que hagamos de nuestra política como una gran cartuja, ¡el

ron póstumamente y multitud de manuscritos inventariados, pero no publicados todavía en su totalidad.

²⁴ FERNÁNDEZ ALMAGRO, M., *Historia de la España contemporánea*, II, 611 pp.

²⁵ *Crisis política de España. Doble llave al sepulcro del Cid*, p. 48 (Títulos y páginas se citan aquí por los correspondientes en la edición de las *Obras completas* del prócer, editadas en Madrid en la "Biblioteca Joaquín Costa").

imperio del silencio, que Carlyle levanta por encima de las estrellas, y al cual ha debido su poderío la nación británica".²⁶

La hora era llegada de desenmascarar a los políticos al uso, que miraban a la patria "con el mismo entrañable, tierno y desinteresado amor con que la labradora quiere y agasaja a su lechón...".²⁷ La innoble actitud de los que comerciaban con lo más sagrado del país le había hecho exclamar repetidas veces: "Farsa el sufragio, farsa el gobierno, farsa el parlamento, farsa la libertad, farsa la patria".²⁸

En vez de leyes, pide Costa un "gobernante de tripas, de entrañas y de coraje", capaz de incorporar a su programa las obras de misericordia, modificando, entre otros, el artículo de la constitución que exige la defensa de la patria con las armas en la mano. Debía corregirse por "servir y defender la patria con los libros en la mano".²⁹ Compensadamente brinda Costa su constitución práctica: "Patriciado natural, autoridades sociales, pero no caciquismo; *selfgovernment*, gobierno del pueblo por el pueblo; pero no parlamentarismo; ejército y guardia civil, pero no militarismo; muchos y grandes capitales, pero no capitalismo; libertad de comercio, pero no vampirismo; religión y clero, pero no clericalismo. . . Doble llave a los sepulcros de Torquemada y de Calomarde, para que no vuelvan con sus "purificaciones" a impurificar y pudrir a España. Pocas cosas urgen aquí tanto como mejorar la dirección espiritual de las localidades chicas y medianas mejorando el personal de maestros y curas y haciendo de ellos dos sumandos, en vez de ser lo que ahora, un sustraendo y un minuendo".³⁰ Claro está que en esta constitución no cabía la tradicional monarquía española, que denuncia con su desembarazo habitual: "En cien años, la monarquía no ha sido propiamente una institución, ha sido una tapadera de los partidos, y la historia nacional una orgía desenfrenada, en que todo se ha abismado: el inmenso patrimonio heredado de las generaciones pasadas, el crédito de las generaciones futuras y todos los conceptos posibles de tributación sin quedarle una miserable cuarta dotal para convalecer de su quiebra, para reaccionar contra las causas del vencimiento, para trasladarse del siglo xv al siglo xx".³¹ La dinastía, pues, tenía que renunciar para no estorbar la resurrección del país.

²⁶ *Política quirúrgica*, p. 40.

²⁷ *Política quirúrgica*, p. 22.

²⁸ *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*.

²⁹ *Los siete criterios de gobierno*, p. 100.

³⁰ *Política quirúrgica*, p. 58.

³¹ *Los siete criterios*, p. 43.

Desesperado por la magnitud de la catástrofe, por las llagas que ésta había puesto al descubierto y por el poco remedio que se ponía para curarlas, denuncia Costa sin paliativos: "Hemos gastado en ejército y somos un país indefenso; hemos gastado en carreteras y no tenemos carreteras; hemos gastado en diplomacia y no tenemos diplomáticos; hemos gastado en escuelas y el pueblo no sabe leer; hemos gastado en universidades y no tenemos ciencia; hemos gastado en tribunales y no tenemos justicia; hemos gastado en marina y no tenemos barcos ni colonias; hemos gastado en diputaciones y no tenemos administración local. España ha sido como una gran locomotora patinando sobre un mismo carril durante cuatro siglos; sin moverse de un lugar ha consumido en los ejes toda la grasa de la nación. Y hemos llegado a este inconcebible viceversa: a que pagamos a la moderna mientras seguimos viviendo a la antigua".⁸² El gobierno de España era una necrocracia, impotente para renovarse, por lo que los españoles, al día siguiente de cada programa de regeneración prometido, comprendían que se encontraban en la misma situación que los ciudadanos de Quito al sacudirse el yugo de España y ver inaugurado el imperio de las facciones: "Ultimo día del despotismo. . . , y primer día de. . . , lo mismo", habían clamado, lastimosamente, los quiteños. A su vez, incita Costa al Cid para que emprenda nueva limpieza por los campos de Castilla, poniendo veto a los políticos de oficio y negando obediencia a la dinastía, que los consentía.⁸³ Lo que más le subleva a Costa es la política del quiero y no puedo, los alardes de ocultar harapos bajo bordadas y doradas casacas, el deseo de figurar entre las naciones marítimas—por un falso espejismo geográfico—mendigando para la construcción de una escuadra de juguete el pan que necesitaban los españoles para nutrir sus estómagos y sus cerebros: "Con una experiencia constante de más de tres centurias, tal como la que llevamos por delante, sería un delito de lesa patria, sería un delito de lesa humanidad y de lesa sentido común, sería una demencia dar dinero a crédito de una reforma que ha podido hacerse muchas veces y que no se ha hecho ninguna. Esto es verter al mar las últimas gotas de sangre que le quedan en las venas al país, clavarle un puñal en el corazón a sabiendas de que se le mataba. No, no se pida esto de nosotros. Que primero se rehaga el país, triplicando por lo menos su producción agraria, minera e industrial; disminuyendo en un tercio, por lo menos el número de sus analfabetos y en otro tanto el atra-so marroquí de los que presumen no serlo, mejorando en un tercio

⁸² *Tutela de pueblos en la Historia*, p. 347.

⁸³ *Crisis política de España*, p. 91.

la ración alimenticia del proletariado de levita, de chaqueta, de blusa; acrecentando en un tercio el índice de la vida media. . . , y después hablaremos. A otro lado hay que volver la vista y llevar el bolsillo, ya lo he dicho. Escuadras, si alguna vez hemos de tenerlas, han de darse por añadidura. Mientras tanto, doble llave al sepulcro de Ensenada para que no vuelva a reconstruir".³⁴

¿Qué era y que debía ser la patria española?

COMO en el anterior, seleccionaré en este apartado algunos trazos vigorosos del pensar y el sentir de Costa sobre planteamientos muy de moda en los dos últimos decenios, aun cuando sólo en contadísimas obras hayan sido estudiados con la amplitud y la profundidad que merecen.³⁵ Costa, pesimista, ve a España como caña hueca, borrada del mapa, ludibrio del mundo. Nación partida en dos mitades desiguales: una, que debiera emigrar y se queda, y otra, que debiera quedarse y emigra.³⁶ En perspectiva la ve hambrienta y, por tanto, ni monárquica ni republicana. Por eso pide una patria barata, en la que "la condición de español deje de ser un mal negocio"; una patria con reducción forzada de contemplativos y parásitos, anulación de la casta militar y libre "salto del tapón para el pueblo".³⁷ ¿Se alzaría al fin el cirujano de hierro forjador de tal patria?

Retrotrayendo la mirada al pasado, ha registrado Costa motivos de orgullo para España, "que tuvo marina antes que Venecia y paseó el Atlántico antes que Inglaterra; que adquirió libertades antes que Suiza y creó universidades antes que Alemania. . .".³⁸ Al fijarla en el presente, el panorama se le oscurece: "la exploración del alma española me ha descubierto como carácter fundamental nuestro un espíritu hecho dogma, inerte, rígido, sin elasticidad, incapaz de evolución y hasta de enmienda, aferrado a lo antiguo como el molusco a la roca que retrocede cuando todos los acrecientan, que se deja invadir y colonizar el solar propio, que deja indotados sus servicios, sus adelantos, su existencia, sacrificándolo todo a deudas y cargas de justicia, adscrita al pasado, comida de muertos, sometida a un régimen de necrocracia".³⁹ Y al tomar el pulso a

³⁴ *Marina española o la cuestión de la escuadra*, p. 130.

³⁵ Una de ellas el libro de ANGEL DEL RÍO, *El concepto contemporáneo de España* (Buenos Aires, Losada, 1946).

³⁶ *Política quirúrgica*, p. 124.

³⁷ *Reconstrucción y europeización de España. Programa para un partido nacional* (Madrid, 1900), p. 20.

³⁸ *Maestro, escuela y patria*, p. 324.

³⁹ *Los siete criterios*, p. 76.

los españoles, duda de que por sus venas corra todavía alguna sangre.⁴⁰ Al reflexionar sobre la posible explicación del fenómeno, parte Costa del siglo XVI, en que las naciones europeas se dividieron en dos bandos: en el uno el porvenir, la edad moderna del mundo; en el otro, con España al frente, "el pasado, la resistencia obstinada al progreso y a la vida nueva".⁴¹ ¿Cómo había vivido España en los siglos de modernidad? Como "una ingente colectividad de cuerdos gobernada por una minoría de enfermos" irreflexivos o dinásticos,⁴² la España oficial, tumor que mataba el resto, sano aún pese al hambre crónica que la aquejaba.⁴³ Su exigencia de renovar el poder moderador se apoya en la historia: "Por el testamento nulo de un rey embrujado, obra del cohecho, de la coacción y de la imbecilidad, una familia extranjera adquirió el derecho de regimos a perpetuidad. Pasa un siglo, y la tal familia nos abandona y nos vende a un soldado de fortuna. El soldado desaparece, y la familia vuelve. Y a los pocos días de tomar posesión ya se ha hecho incompatible con todo sentimiento de probidad, con toda noción de cristianismo, y de civilización, hasta con el honor y la existencia de la nación, y ésta, en vez de aprender de aquellas otras reputadas en el mundo por su prudencia política, como Inglaterra y Francia cómo se quita de en medio a los reyes incompatibles y traidores, se deja quitar de en medio ella por el rey. . ."⁴⁴ Este desdén olímpico, estos apóstrofes por quien, oficialmente al menos, acaparaba la patria y el patriotismo, explicarían sin más la serie ininterrumpida de fracasos en la vida de acción de Costa, que gusta de remachar ideas a los escurridizos: "La España actual, en su concepto histórico, única cosa que queda de ella, no es una nación autónoma, dueña y señora de sí. Es una nación adscripticia, una nación pegada a una familia y a los contertulios de esa familia. Por consiguiente, esa familia y esos contertulios deben desaparecer del país; todo el personal de la política reinante debe renovarse, abriendo paso a un gobierno revolucionario y propiamente creador que pueda ofrecer en breve a los españoles, huérfanos de patria, una España nueva".⁴⁵

¿Cómo no iba a fracasar Costa luchando contra casi todos los intereses creados de su tiempo, desde los encumbrados hasta los ínfimos? Denuncia el gobierno de las alturas, "monarquía absoluta, cuyo rey es S. M. el cacique", y como este último oficio propio

⁴⁰ *Tutela de pueblos en la Historia*, p. 103.

⁴¹ *Los siete criterios*, p. 76.

⁴² *Marina española*, p. 101.

⁴³ *Maestro, escuela y patria*, p. 219.

⁴⁴ *Tutela de pueblos*, p. 350.

⁴⁵ *Política quirúrgica*, p. 76.

era de gente de condición inferior, el gobierno en España lo era de los peores, no de los mejores como en Grecia —la *aristocracia*, en su sentido etimológico. La culpa la tenían los labradores "cobardes para alzar el pie y coger debajo a unas cuantas alimañas con nombre de caciques".⁴⁶ Sería Costa tildado de simplista por no prestarse a contemporizaciones, acomodos y compromisos. Dio lema y bandera de mesa puesta y el lecho a punto — se burlaban de él diciendo que pretendía haber "inventado" la política hidráulica, el furibundo aragonés rechazaba el supuesto que gratuitamente le imputaban. Costa no inventaba política ninguna, la deducía de la realidad desdichada que vivían la mayoría de sus compatriotas, los que se consumían poquito a poco, mientras la minoría engordaba. "La gente no se muere tan sólo cuando le dan la extremaunción y la entierran", recuerda oportunamente.⁴⁸

Hasta muy avanzada su vida, no obstante su innato pesimismo, mantuvo Costa la ilusión de mejorar la vida de España, transformándola de *río seco en río vivo y corriente*, "que apague la sed de agua que abrasa los campos y la sed de saber y de luz que padecen los cerebros, y la sed de consuelos y de ideal que sienten las almas, y la sed de justicia y de libertad que padece el pueblo. . ."⁴⁹ Porque tenía Costa sus raíces en los surcos y no en las antesalas palaciegas, proclamaba la primacía animal de la oficina del estómago, el *primum vivere* cuya antigua sabiduría corroboraba la sentencia: "Dime lo que un pueblo come y te diré el papel que desempeña en la historia". El problema de la tierra estaba en la base de todos los demás problemas. ¿Había decoro en exigir el amor a una patria que permitía los latifundios dedicados a pastos para los toros de la llamada "fiesta nacional", en tanto que millares de campesinos no poseían un palmo de tierra? Debía ésta suministrarse, la cultivable, "con calidad de posesión perpetua e inalienable a los que la trabajaban y no la tienen propia". Precedentes legales ha-

⁴⁶ *La fórmula de la agricultura española*, p. 173. "Ausencia de los mejores", titulará Ortega y Gasset un capítulo de uno de sus más finos ensayos, *España invencible*.

⁴⁷ *Ibidem.*, p. 464.

⁴⁸ *Ibidem.*, p. 131.

⁴⁹ *Ibidem.*, p. 169.

bía (Floridablanca, Campomanes, Novísima Recopilación, Flórez Estrada...) para justificar autorizaciones, arriendos y subarriendos, reconstrucción de patrimonios concejiles, sorteos y expropiación forzosa. Y como extrema demostración de su apego al terruño y a todo lo que de él se deriva para bien de la sociedad, escribe Costa: "Mi padre era labrador y trabajó la tierra toda su vida. Mis hermanos son labradores también; y yo, al que trabaja la tierra lo respeto tanto, que cuando paso por delante de él me descubro con respeto y admiración, como si pasara por delante de un héroe benemérito de la patria..."⁶⁰ Abarcando luego en generoso abrazo a todos los que de veras trabajaban, en vez de vivir del trabajo ajeno, negaba que el honor y la seguridad de la nación estuvieran en manos de los soldados. Estaban "en manos de los que aran la tierra, de los que cavan la viña, de los que plantan el naranjo, de los que pastorean la cabaña, de los que arrancan el mineral, de los que forjan el hierro, de los que equipan la nave, de los que tejen el algodón, de los que conducen el tren, de los que represan la lluvia, de los que construyen los puentes, de los que estampan los libros, de los que acaudalan la ciencia, de los que hacen los hombres y los ciudadanos educando a la niñez".⁶¹

Un hombre debía ponerse al frente del Estado, todo un hombre. Y no un hombre providencial ni un superhombre; ni un genio ni un héroe... Un hombre, sencillamente, "en la plenitud de sus facultades, salido de la masa, empapado en su espíritu y en el espíritu y en las exigencias de la civilización", prudente, discreto, independiente. Hombre, en fin, que dando un mentís a la condición borreguil colgada al cuello del pueblo español, clamara con él, con Costa, a los cuatro vientos: "Se nos quiere hacer pasar por un pueblo suicida y sin dignidad, fanático de la dinastía, contento con irse a pique abrazado a ella, ¡que se siente a gusto en los establos del Augias borbónico, hartándose de estiércol! Y es preciso desmentirlo, y pasar la esponja de la revolución a las apariencias; por dignidad, pero además por instinto de conservación. Pienso en los "tiempos difíciles", acaso en los "tiempos imposibles", que les esperan a los republicanos para el día del "triumfo", con una España como la que van a recibir de manos de la monarquía y de sus hombres... Con el fracaso anticipado del régimen republicano, está acabando de fracasar España".⁶² Este Hombre con mayúscula, insistía en la nobleza basada, no "en polvorosos y roídos pergaminos, sino en la hidalguía de proceder y sentimientos, en la virtud, en la

⁶⁰ *La fórmula de la agricultura española*, p. 201.

⁶¹ *Crisis política de España*, p. 127.

⁶² *Marina española*, p. 107 y 116.

instrucción, en la honradez y en el trabajo". Señalaría este hombre a la mujer como la mitad económica del capital familiar y, a todo evento, recomendaría hacer de la vida como obra de arte, sujeta a plan y unidad.⁶³

Los que viviendo dentro del presupuesto sentían sucederse seguidamente unas digestiones a otras, deseando con fervor que así continuaran hasta el fin de sus días, forzoso era que se atemorizaran ante el santo furor de Joaquín Costa, que predicaba, sí, el odio contra los parásitos, los hipócritas y los explotadores para tener, de verdad, una patria. ¡Y de qué manera comunicaba su santa indignación!: "Les ha faltado a los partidos populares y neutrales para ser útiles, le ha faltado a España para salvarse, una cosa: hiel; esa hiel santa y redentora que dictase un supremo *J'accuse* y nos deparase un 1870 completo, ya que no digamos un 1789. Como el Evangelio de Cristo se resume, a lo que dicen, en el amor, el Evangelio de la España nueva debía resumirse en el odio: odio a muerte contra los causantes directos de la caída de 1898 y de la confirmación y continuación de esa caída hasta el día de hoy. Sólo a este precio habría España probado que tenía voluntad de vivir y que era digna de la vida. La revolución no era aquí meramente un derecho: era ante todo y por encima de todo un deber. Hemos faltado a él y ya lo estamos expiando. En el panteón de las naciones muertas la Historia grabará, debajo de una paloma sin hiel, símbolo de una que fue nación, este epitafio: "Aquí yace España, muerta porque no supo odiar y maldecir".⁶⁴

Al subrayar el arte del denuesto y de la imprecación, que Costa compartía con Maura, según escribía más arriba —¡mucho más que Maura!—, admirémosnos de unos tiempos en que se podían decir estas cosas sin miedo a ser fusilado. La asombrosa libertad de imprenta que le permitió publicarlas facilitó el fermento de rebeldía en las conciencias de nuestros padres y abuelos, rebeldía desconocida o quizá sólo dormida en las jóvenes generaciones de hoy.

Escuela y universidad

UNO de los campanillazos que suele oírse en los textos de Costa⁶⁵ es el que advierte de la necesidad de echar doble llave a los sepulcros del Cid y de Ensenada, para que no cabalgue el uno ni el otro organice escuadras. Es decir, para que ninguno de los dos anime a empresas bélicas y conquistadoras con las que —¿de niños sola-

⁶³ *Maestro, escuela y política*, pp. 41, 124, 205.

⁶⁴ *Marina española*, p. 137.

⁶⁵ Oírse, materialmente, dada la plasticidad expresiva de su lengua.

mente?— nos alcoholizaron el cerebro. Costa se coloca en el terreno en que con calor de humanidad se movieron tres grandes maestros de América: Sarmiento, Pedro José Varela, José de Vasconcelos, hombres de una misma estirpe cordial y constructiva, cuya lista podríamos alargar y completar, sin duda, pero cuyos nombres me bastan ahora para mi propósito. Recuerdo haber vivido mi juventud primera en tiempos de fervor educativo y pedagógico representados, para no citar sino otros dos nombres más, en Luis de Zulueta y Lorenzo Luzuriaga, ambos fallecidos ya. Ambos adictos a Costa y en la misma línea de los excelentes educadores y pedagogos que dio Europa en el primer cuarto de este siglo. Únicamente los que conserven ese recuerdo podrán aplaudir, con fervor también, el siguiente párrafo de Costa: "Sea la escuela Covadonga espiritual que expulse de nuestro suelo el Africa que espiritualmente ha vuelto a invadirnos. Deshinchemos esos grandes nombres: Segunto, Numancia, Otumba, Lepanto con que se envenena a nuestra juventud en las escuelas y pasémosles una esponja. Desmontemos de su pedestal al Gran Capitán y al duque de Alba, a Leyva y a Hernán Cortés, a Alejandro Farnesio y don Juan de Austria, y elevemos a él a Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, a Cisneros y Legazpi, a Hernández de Oviedo, a Lacerda, a Vives y Vitoria, a Antonio Agustín, a Servet, al Padre Salvatierra, a Pedro de Valencia, a San José de Calasanz, a Belluga y Olavide, a Campomanes, a Florida-blanca, a Aranda y Pignatelli, a Flórez Estrada, a todos esos que caminaron, en todo o en parte, por la derecha vía, y en cuyos pensamientos y en cuyas obras podían haber tomado rumbo y encendido sus lámparas los creyentes en una España nueva"⁶⁶ Escuela y despena, despena y escuela. Para Costa no había "otras llaves capaces de abrir camino a la regeneración española".⁶⁷

Cuando no se avizoraba en su horizonte el escandaloso pleito de La Solana antes aludido, cuando el contacto con la miseria del mundo no le había derruido aún la fortaleza de su fe de niño, defendió Costa la colaboración del maestro y del sacerdote como las dos palancas para remover los obstáculos que se opusieran al progreso. En 1868 escribía: "El maestro y el sacerdote deben estudiar los medios de restablecer el orden, de hacer resonar en los corazones la voz del Evangelio; de definir a los ignorantes la verdadera libertad, resumen de derechos y deberes; de practicar, para su enseñanza, la fraternidad, alma de todo progreso. . . El maestro es sacerdote de los niños y el sacerdote maestro de los hombres: uno y otro son los hermanos modelo y la providencia visible de los pue-

⁶⁶ *Crisis política de España*, p. 126.

⁶⁷ *Ibidem.*, p. 216.

blos".⁵⁸ Catorce años después, y hasta el fin de su vida, abogaría Costa por, con sus propias palabras, "la secularización total, absoluta, de la antigua escuela, hasta arrancarla de sus cimientos y aventar sus escombros por todo el territorio; que todo el territorio debe ser escuela mientras no pueda serlo el planeta".⁵⁹

Sus años de rapaz, un tanto salvajes, de los que nunca renegó, predispusieron su ánimo a defender puntillos de legislación pedagógica moderna: abluciones diarias y frecuentes, aire libre, excursiones, educación física, guerra al memorismo, métodos socráticos e intuitivos, educación cívica, espíritu de iniciativa, confianza en sí mismo, individualidad y carácter. . . La doble imagen del árbol y del niño la desarrolló repitiendo las palabras de Jesús: "Dejad que los niños se acerquen a mí", pero para completarlas a su modo y dirigiéndose a las madres que no se preocupaban de criar hijos robustos y osados, justamente lo que necesitaba España: "Dejad que los niños se acerquen a mí. . . y desgarran en mi tronco y en mis ramas sus pantalones". Ciertamente que era dar ganancia al sastre, concedía Costa, pero más ganarían las madres, pues lo que gastasen en pantalones lo ahorrarían en medicinas. El niño debía trepar a los árboles, revolcarse por la floresta, escalar peñas, saltar arroyos, arañarse en los zarzales, adiestrarse en pedreas. . . "En mi pedagogía no entran, como medio educativo, las pedreas; pero hay que decirlo todo, puesto a elegir entre la escuela marroquí y española actual y las pedreas, opto sin vacilar por la pedrea, porque detrás de un chichón hay dos pulmones sanos, cerrados a cal y canto a la tuberculosis, hay un trabajador robusto para la fragua, para el arado, para la sierra; hay un soldado para la patria. . ." De lo contrario, aunque conservara intactos los pantalones, el niño no llegaría a hombre.⁶⁰

Si menguado era el concepto que le merecía la escuela de su tiempo, no era superior el que se perfilaba en su mente al conjuro de la universidad. ¡Pobre y mísera universidad española, con lastre añejo de corruptelas, inmoralidades, rutinas e insolencias, que salvo honrosas excepciones dura todavía! Joaquín Costa la conocía muy bien. De no ser así no habría escrito el párrafo que copio: "La universidad se ha convertido en un asilo de todas las nulidades científicas del país, siendo la llaga más profunda y extensa, que si algún día ha de *principiar* la regeneración científica de este pobre país, no hay más remedio que tajar a cal y canto las universidades (que están peor que en los días de Godoy), dándoles su sueldo

⁵⁸ *Maestro, escuela y patria*, pp. 106-107.

⁵⁹ *Ibidem.*, p. 174.

⁶⁰ *La fórmula de la agricultura española*, p. 153-154.

para que vayan a comérselo a sus casas, a fin de que no estorben y perviertan, como ahora, y crear a su lado una institución nueva, cuyo profesorado no se reclute por el sistema corruptor y embrutecedor de la oposición".⁸¹ Esto lo escribía en 1885. De levantar Costa la cabeza setenta y cinco años después y descubrir que ese "sistema corruptor" seguía funcionando lozanamente, como segunda fiesta nacional en la patria de sus amores, habría sin duda remachado los clavos en el cuadro doloroso que de las oposiciones reflejó en este otro párrafo: "He presenciado durante quince años iniquidades sin cuento, cometidas por jueces sin honor y sin conciencia, que han traficado con el porvenir de esta desventurada patria, más hambrienta de justicia que de pan; que han convertido la universidad española, apenas renaciente, en un como asilo de impedidos, a donde han ido a refugiarse, revueltas con muy escasos hombres de saber, todas las nulidades científicas del país; que han alejado sistemáticamente de ella a todo cuanto podía levantarla y ennoblecerla, haciéndola retroceder más de medio siglo y encomendando la educación de la juventud a gentes ayunas por lo común de ciencia, de vocación, de amor al país y de sentido moral; que han convertido la enseñanza superior en vínculo de los segundos lugares, arrojando a los primeros a la desesperación y al martirio. Es inicuo, es inmoral, es antipatriótico, es infame lanzar a un hombre de su puesto, torcerle la vocación, hacerle trabajar en balde un año y otro año, consumiendo tal vez el patrimonio de su familia, esterilizar una aptitud que habría realzado al país, destruir un alma como en castigo de haber tomado en serio la vida. . ."⁸²

Exigencia de la revolución

PARA plasmar en la realidad las ansias enunciadas en los apartados anteriores, más otras muchas que la brevedad de espacio ha impedido relacionar, Costa desconfió muy pronto de la llamada lucha legal. Como las disputas parlamentarias le provocaban náuseas y la injusticia y el atraso en que vivía su pueblo no justificaban una revolución lenta, reclamó con insistencia la revolución; pero que en nada se pareciera a las de 1812, 1820, 1854, 1868. . . , revoluciones que no habían cambiado la situación del pueblo trabajador. España necesitaba disciplina social mantenida con duros escarmientos, sin contemplaciones de órdenes ni jerarquías. Necesitaba, no una revolución sino muchas revoluciones, que "el pueblo-yunque se decidiera a ser pueblo-martillo", rechazando "cefirillos de oposición"

⁸¹ *Maestro, escuela y patria*, p. 363.

⁸² *Ibidem.*, p. 406.

y dando libre paso a "huracanes revolucionarios". Debía España "cambiar de piel, romper los moldes viejos. . . , sufrir una transformación honda y radical de todo su modo de ser, político, social y administrativo, acomodar el tipo de su organización a su estado de atraso económico e intelectual y tomarlo nada más como punto de partida con la mira puesta en el ideal, el tipo europeo".⁶³ Protestaba Costa de formar parte de un estado que, a principios de este siglo, iba camino de ser "un trasunto de Marruecos" y "un duplicado de China". . . Y porque protestaba, negaba los escrúpulos constitucionales. "Las revoluciones se hacen revolucionariamente o no se hacen de ningún modo", escribe.⁶⁴ Los parlamentos servían para consagrarlas, no para hacerlas.

Desdeñaba Costa las promesas de los políticos de oficio, que al día siguiente del desastre habían prometido una revolución desde el poder, mientras los proletarios habían amenazado con una revolución desde la calle. Y todo había "parado en viento y retórica; pues la revolución no sube de la calle ni baja del Gobierno, sino que está viniendo de fuera, sin que aquel aviso fulminante de 1898 nos haya hecho ni siquiera abrir los ojos".⁶⁵ Como todos los espíritus generosos y, en su caso, rebeldes a amortiguar las ansias de justicia prometiéndola, para él, problemática justicia del otro mundo. Costa tiene prisa, y predica la acción inmediata y contundente: "Hay que romper con todo el orden existente, cerrando ojos y oídos a compromisos personales de toda una vida; condensar los tiempos, tornando los minutos en horas y las horas en semanas; lanzar al país, sin reparar en temeridades de más o de menos, no ya a gran velocidad, sino a una velocidad vertiginosa, con la esperanza, siquiera remota, de alcanzar en su carrera a Europa y de brindar un consuelo en los pocos años que le quedan de vida a la generación actual. . .".⁶⁶

Conclusión

TERMINAREMOS el presente ensayo sobre Joaquín Costa alineando puntos concretos y no con generalidades que, en mi opinión, deben dejarse siempre para el lector. Recordemos, como atrió obligado en la vida de combate de Costa, que no nació con pajitas de oro en la cuna y que, con excesiva frecuencia, sintió en la cama las ortigas de la falta de pecunia, según frase dolorosa de un gran poeta inglés:

⁶³ *Reconstitución y europeización de España*, p. 261.

⁶⁴ *Ibidem.*, p. 157.

⁶⁵ *Política quirúrgica*, p. 13.

⁶⁶ *Reconstitución*, p. 115.

Keats. Por las breves páginas que preceden, salta a la vista que nunca Costa sentiría los ideales de un capitán de tercios de Flandes, y que rechazaría, por falso, el marco de una España con grandezas imperiales que a él, como a muchos españoles, les ha importado un comino. Le llenaban de paz las sementeras; arrancábanle lágrimas las tierras sedientas: dejábanle frío los blasones nobiliarios. Las aclamaciones a la libertad, la fraternidad, el orden y la constitución eran para Costa "murgas sonoras". Perdió su fe religiosa, escribíamos más arriba, pero siguió interesándose por los que la conservaron, porque se preocupaba por lo que a todos era y es esencial en este mundo. ¡Dios ajustaría las cuentas en el otro! ¿Por qué no ayudar al prójimo en la vida corriente y moliente sin distinguos trascendentales? Como el Abu-ben-Adhem del poema árabe, Joaquín Costa amó siempre al prójimo, por lo que habría encabezado igualmente la lista de los elegidos, pese a su desdén por teologías y liturgias.

Ante el panorama espiritual y pragmático de Costa, los teorizadores de la política y los políticos de oficio confabuláronse para acusarle de simplista. Gusta hoy de repetir que Costa estaba poseído de simplismo. Se me ocurre preguntar: 1º ¿No será una versión de la tan manida ingenuidad del siglo XIX?; 2º ¿No habrá épocas en la historia de los pueblos en que los procedimientos simplistas resultan ser los más adecuados para regenerar un organismo social? La cura bárbara ha sido saludable en ocasiones. Los contemporáneos que tuvieron la dicha de contar con su amistad afirman que Costa procuró ardientemente levantar el país "con el consejo, con la plegaria, con el ejemplo, con el sacrificio, con la violencia, con la exaltación, con la amenaza, con la injuria. . ." Sabían que no quería dejar pasar "la hora divina de la historia".⁶⁷ En nuestros días, un sagaz espíritu argentino aclara la tragedia de los ininterrumpidos fracasos de Costa⁶⁸. Tildado de "loco" como Sarmiento, en frase de Unamuno, ambos son hombres de pasión, autodidactos, universalistas en su curiosidad, políticos. . . , en el más honroso concepto del vocablo. Pero así como Sarmiento fue hombre de gobierno, a Costa —arco siempre en tensión— le faltó "la circunstancia", si aceptamos la terminología orteguiana. Contra Costa, hombre de gobierno, juntaron sus fuerzas los intereses creados, la inepticia y la rutina, la ignorancia y la superstición, el arribismo palaciego y la estupidez de los timoratos. Los fracasos, desde luego, no anulan su influencia. El impacto en las consecuencias de los pensamientos de reforma eco-

⁶⁷ LUIS DE ZULUETA, en el prólogo a la obra de GARCÍA MERCADAL, *Ideario de Costa*, p. 7.

⁶⁸ DÍAZ DOIN, GUILLERMO, "Costa y Sarmiento", en *La Nación*, 3º sección, domingo 15-I-1961.

nómico-social-política de Costa en su generación y en las subsiguientes fue extraordinario. Hízose realidad el pronóstico de Giner de los Ríos quien, refiriéndose al legado ideológico del aragonés, lo calificó de "cantera que podía alimentar durante cien años la actividad de los políticos españoles resueltos a estudiar las necesidades verdaderas del país y darles satisfacción".⁶⁹

Otro punto concreto: el activismo disparado de Costa frente a las cuartillas, que engendran, sugieren, impulsan. ¿Cómo es su prosa?, preguntamos. Y un contemporáneo suyo nos puntualiza: De "enorme fuerza de expresión, unida a una popular llaneza; caudal abundante, plenitud, riqueza de ejemplos, verbo fácil, pero sin la pompa retórica de las épocas decadentes".⁷⁰ El propio Costa delata sus preferencias estilísticas en el párrafo que sigue y que suponemos no dejará de halagar a los aragoneses: "como hay un estilo andaluz y un estilo castellano, existe asimismo un estilo aragonés, vivo, conciso, sentencioso, enérgico, más amigo de concentrar diversos conceptos en una frase que de comentarlos y diluirlos; poco amigo de retóricas y de amplificaciones, más atento a la profundidad del pensamiento que la naturalidad y la transparencia de las formas en que lo encarna la fantasía, y supliendo con tropos vibrados, de corte paremiográfico, los desenvolvimientos dialécticos y la majestad de la cláusula ciceroniana que los grandes prosistas castellanos aprendieron en los clásicos de la antigüedad".⁷¹ En sus trabajos y ensayos de investigación histórica, ¿se atuvo Costa al rigor exigido en los medios eruditos? Lo niega Menéndez y Pelayo en las líneas que copio: "Costa, cuya imaginación poderosa y constructiva se avenía mal con la lentitud del análisis, vivió siempre algo divorciado del método crítico, en sus trabajos sobre la España primitiva".⁷² Por cuenta propia afirmaremos, sin embargo, que el hombre, en su enteriza personalidad, está muy por encima del erudito. Y porque así es no vaciló Ortega en escribir el pasaje con que me complazco en dar fin a este ensayo sobre Joaquín Costa.⁷³ "*Reconstitución y europeización de España* ha orientado durante doce años nuestra voluntad, a la vez que en él aprendíamos el estilo político, la sen-

⁶⁹ Ver en ALTAMIRA, RAFAEL, *Giner de los Ríos, educador* (Valencia, 1915).

⁷⁰ ZULUETA, *Prólogo*, p. 12.

⁷¹ *Estudios jurídicos y políticos* (Madrid, Bib. Juríd. de Aut. Esp., XIV, 1884), pp. 112-113.

⁷² MENÉNDEZ Y PELAYO, M., *Historia de los heterodoxos españoles* (Santander, C.S.I.C., 1958), t. VIII, p. 265. Se refiere la nota a la obra de Costa *Poesía popular española y mitología y literatura celto-hispana* (Madrid, 1881) que, con los *Estudios ibéricos* (Madrid, 1891-1894), son los dos libros más importantes de nuestro personaje en el terreno histórico-cultural.

⁷³ ORTEGA Y GASSET, J., *Obras completas*, t. I, p. 521.

sibilidad histórica y el mejor castellano. Aun cuando discrepo en algunos puntos esenciales de su manera de ver el problema nacional, volveremos siempre el rostro reverentemente hacia aquel día en que sobre la desolada planicie moral e intelectual de España se levantó señera su testa enorme, ancha, alta, cuadrada —como un *castillo*".

LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA EN LOS ÚLTIMOS AÑOS

Por Julián IZQUIERDO ORTEGA

Panorama

VAMOS a trazar un esquema de la filosofía española en el período comprendido de 1940 a 1960. Por la escasez de espacio, tendremos que sintetizar hasta grados excesivos.

Tenemos que subrayar que al escribir sobre filosofía española durante el mencionado período, resulta inevitable considerar la existencia de dos filosofías: la de dentro y la de fuera de España, como consecuencia de la guerra civil. Unos pensadores filosofan en España y otros fuera de ella. Para unos, la circunstancia patente es España; para los otros, lo es Hispanoamérica. Sin perjuicio de dedicar otro ensayo a los pensadores que durante el citado lapso han creado su obra fuera de España, interesa aquí mencionarlos, aunque sólo sea de pasada, porque su labor es tan importante o más que la de los otros. Los más destacados de ellos son: José Ferrater Mora, José Gaos, Juan David García Bacca, Eduardo Nicol, Recaséns Siches, Joaquín Xirau, Pescador, Eugenio Imaz, Manuel Granell, A. Rodríguez Huéscar, Francisco Alvarez González y María Zambrano. El maestro Ortega, en el referido período, ha producido quizá la mayor parte de su obra fuera de España y algo dentro de la nación.

Los más destacados, dentro de España, han sido, Ortega, el ilustre pensador, a la cabeza, y Zubiri, Julián Marías, Pedro Caba y José L. Aranguren. No podemos omitir aquí al Padre Santiago Ramírez, que es una de las más altas figuras del tomismo en Europa y sin duda la primera de España. El P. Ramírez ha publicado el libro *La filosofía de Ortega y Gasset*, donde desde el tomismo se analiza la doctrina filosófica de Ortega respecto del dogma católico y se infiere que tal obra, en extremos esenciales contradice el dogma. Marías, Laín Entralgo y Aranguren defendieron la filosofía de Ortega contra la posición del P. Ramírez. Nos parece que el libro del P. Ramírez, lejos de haber producido una subestimación del crédito intelectual de Ortega, acaso lo haya reforzado aún dentro de los católicos no escolásticos.

Juan Zaragüeta destaca por sus numerosas obras, entre las que se encuentran *La intuición de la filosofía de Henri Bergson, Filosofía y vida* y *Una introducción moderna a la filosofía escolástica*, las tres interesantes.

Rubert y Candau, autor de *El sentido último de la vida*, que es una fenomenología de la vida, donde frente a Heidegger, sostiene que el tiempo no es la raíz del ser, es una mente aguda que ha meditado seriamente sobre los más vivos problemas ontológicos.

P. Laín Entralgo, es autor de *La espera y la esperanza* y de *Teoría y realidad del otro*, donde se plantean fecundas cuestiones filosóficas.

Angel González Alvarez, sucesor de Ortega en la cátedra de Madrid, ha publicado entre otras obras, *El tema de Dios en la filosofía existencial*, libro sólo analítico, en el que no se cita a Sartre ni siquiera en la bibliografía del existencialismo.

A. Millán Puelles ha publicado su *Ontología de la existencia histórica*, libro de agudos planteamientos.

F. Vela, autor de *Ortega y los existencialismos*, estudia en éste con acierto la posición de su maestro respecto de las filosofías de la existencia.

E. Gómez Arboleya publicó su *Francisco Suárez*, excelente libro sobre este filósofo.

El hombre y la gente es el libro de Ortega sobre el que hemos de escribir. Pero antes debemos indicar que en el período estudiado se publicaron en España abundantes libros sobre Ortega, desde el del P. Ramírez hasta los de Ferrater Mora, M. Granell, Paulino Garagorri, culminando en el de Marías, que es el de mayor interés. En casi todos los publicados en España sobre Ortega, salvo los de Ferrater Mora, Granell y Garagorri, se intenta más que comprender, juzgar al maestro. Contra lo que parece, Ortega es un pensador nada fácil de entender, porque el curso de su pensamiento no es con frecuencia claro y rectilíneo, sino lleno de secretos, "alusiones y elisiones", como él dice. Lo primero que se impone es penetrar en sus fundamentos para poderlo juzgar. La mayor parte de los libros sobre Ortega juzgan atacando y atacan sin haberse enterado de lo cardinal de ese pensamiento. La existencia de tantos ataques demuestra que Ortega él solo llena todo un largo período de la filosofía en España. Es estúpido discutir a Ortega la supremacía como filósofo y como maestro durante el citado período. Pero se impone reconocer esto otro: que desde 1940 su influjo sobre la filosofía oficial universitaria de España es casi nulo. En cambio, los lectores de sus obras no parecen haber disminuido. ¿Es mucha la juventud de todas las clases que leyó a Ortega en ese período? ¿La que lo leyó lo ha meditado suficien-

temente? Es seguro que no. Sinteticemos y comentemos algunas ideas de *El hombre y la gente*.

Según el autor, la vida humana como realidad radical "es sólo mi vida". La llama realidad radical, por ser la raíz de todas las demás, "en el sentido de que éstas. . . , tienen, para sernos realidad, que hacerse de algún modo presentes o al menos anunciarse en los ámbitos. . . , de nuestra propia vida". Realidad, para Ortega, "es todo aquello con que, queramos o no, tenemos que contar. . ." Para Ortega, vida humana es soledad radical. "Vivir significa tener que ser fuera de mí, en el absoluto fuera que es la circunstancia o mundo". La soledad radical de la vida humana, significa que hay infinitas cosas, pero, "en medio de ellas el hombre, en su realidad radical, está solo con ellas, y, como entre esas cosas están los otros seres humanos, está solo con ellos".

Todo lo que integra el mundo donde el hombre se encuentra, según Ortega, no tiene condición independiente o ser propio, sino que es sólo un algo para o un algo en contra de nuestros fines.

Ortega formula la primera ley sobre la estructura de nuestro mundo, así: que el mundo vital se compone de unas pocas cosas en el momento presente e innumerables cosas en el momento latente.

La segunda ley es: que no nos es presente nunca cosa sola, sino que siempre vemos una cosa destacando sobre otras a que no prestamos atención y que forman un fondo sobre el cual lo que vemos se destaca. Esta ley viene a decirnos: el mundo en que tenemos que vivir posee siempre dos términos y órganos: las cosas que vemos con atención y un fondo sobre el cual aquéllas se destacan. Ese fondo es el horizonte. Llama Ortega contorno "al mundo patente o semipatente en torno".

Advierte Ortega metódicamente que el mundo patente se compone de cosas que son cuerpos y lo son por chocar con el cuerpo de cada cual. "Nuestro cuerpo hace que sean cuerpos todos los demás y que lo sea el mundo". El hombre es, ante todo, "alguien que está en un cuerpo" y que "sólo en este sentido", "sólo es su cuerpo" y concluye: que "el hombre se halla de por vida recluso en su cuerpo".

Al tener el mundo, con todas las cosas dentro, que serme desde aquí, "se convierte automáticamente en una perspectiva. . ." A esto llama la tercera ley estructural del mundo del hombre.

Piensa Ortega que "nuestra relación práctica o pragmática con las cosas, y de éstas con nosotros, aun siendo corporal a la postre, no es material sino dinámica". Ortega estudia lo archiconcreto abstractamente y en general. Esta es la paradoja de la teoría de la vida. Esta vida es la de cada cual, pero su teoría, es como cada

teoría, general. Da los cuadros vacíos y abstractos donde cada cual puede alojar su propia autobiografía.

En la ruta filosófica de Ortega, aparece el otro. Lo cual significa que "mientras mi vida y todo en ella, al serme patentes y míos, tienen un carácter de inmanantes. . . , por tanto que está toda ella dentro de sí misma —la presentación indirecta o con presencia de la vida humana ajena me emboca y enfrenta con algo trascendente a mi vida y, por tanto, que está en ésta sin propiamente estar.

"La vida del otro no me es realidad patente como lo es la mía: la vida del otro. . . , es sólo una presunción o una realidad presunta o presumida —todo lo infinitamente verosímil que se quiera—, pero no radicalmente, incuestionable, primordialmente realidad". Esto hace advertir al autor "que a la realidad radical que es mi vida pertenece contener dentro de sí muchas realidades de segundo orden o presuntas, lo cual abre a mi vida un campo enorme de realidades distintas de ella misma". Ortega admite una escala, graduación o jerarquía de realidades, no refiriéndose al contenido, sino al puro carácter de ser realidad. A las realidades presuntas las llama Ortega interpretaciones o ideas nuestras sobre la realidad o presunciones o verosimilitudes.

Para el filósofo español, la realidad del otro hombre "es de segundo grado en comparación con la realidad primaria que es mi vida. . ."

La reciprocidad es el primer hecho que califica Ortega de social. Según él, lo primero que aparece en su vida a cada cual son los otros hombres. Insiste en que vida humana radicalmente sólo es la mía, y en que todo lo que en ella hay, o sea, el hombre que soy y el mundo en que vivo tienen el carácter de ser míos o son lo mío. "Pero ahora aparece en ese mundo mío un ser que se me presenta en forma de compresencia, como siendo él también vida humana, por tanto, con una vida suya —no mía— y consecuentemente también, con un mundo suyo que, originariamente, no es el mío". Ortega encuentra aquí una "paradoja fenomenal", "pues resulta que en el horizonte de mi vida, la cual consiste exclusivamente en lo que es mío, y es, por ello, tan radical soledad, me aparece otra soledad, otra vida, en sentido estricto incomunicante con la mía y que tiene su mundo, un mundo ajeno al mío, un otro mundo". Ese mundo del otro es para mí inaccesible. "No puedo entrar en él, porque no puedo entrar directamente, porque no puedo hacerme el yo del otro".

Mi cuerpo es mío "porque me es el instrumento inmediato de que me sirvo para habérmelas con las demás cosas. . ." Para Ortega, "mi cuerpo es sentido principalmente desde dentro de él, es

también mi dentro, es el intracuerpo, al paso que del cuerpo ajeno advierto sólo su exterioridad. . ."

Real es sólo lo concreto, según nuestro pensador. Repite Ortega que mi mundo propio, el de mi vida en su realidad radical, aunque me resiste es al fin y al cabo mío; "porque me es patente tanto como mi vida y yo mismo". "En este sentido me pertenece, me es íntimo y mi relación con él es cálida, como acontece con lo doméstico".

Estudia Ortega el problema del mundo objetivo o común, llamado también el Mundo, "el cual ni es mío ni es tuyo"; "no nos es patente, sino una inmensa conjetura", siempre problemática y que "presentimos constantemente llena de enigmas". "El llamado mundo objetivo que es el de todos los hombres en cuanto forman sociedad es el correlato de ésta y, últimamente, de la humanidad". Agrega el filósofo que "este nuevo mundo objetivo, común a ti y a mí y a los demás, que ni es mío ni es tuyo, no puede estar compuesto de cosas que se refieran a ninguno de nosotros, sino de cosas que pretenden existir independientes de cada uno de nosotros, indiferentes a ti, a mí y al de más allá. En suma, que se compone de cosas que me aparecen poseyendo un ser suyo propio, y no un mero *ser para*. Es la contrapartida de que sea común y objetivo —es decir, a— subjetivo, ajeno o extraño al Hombre, que es siempre tú o él. El *ser para* de las cosas me es patente porque me lo son sus servicios y estorbos, pero este demonio del mundo que es el Universo no me es patente, sino presunto y, por ello preconjetural". Añade el autor que "mientras convivimos en el mundo vivimos en el extranjero".

Reitera que lo primero con que tropiezo en mi mundo propio son los otros hombres. Afirma Ortega "que aun en el caso de máxima autenticidad el individuo humano vive la mayor porción de su vida en el pseudovivir de la convencionalidad circundante o social. . ." Veo el mundo, mi vida y a mí mismo humanizados. Sostiene el autor que ese mundo humanizado por los otros "no es mi auténtico mundo, no tiene una realidad incuestionable, es sólo más o menos verosímil, en muchas de sus partes ilusorio y me impone el deber no ético, sino vital de someterlo a depuraciones. . ." Esa depuración es la filosofía.

Piensa Ortega que convivir es ya una realidad segunda, mientras vivir en la radical soledad es primaria e incuestionable.

Para el referido pensador, "averiguamos que somos yo después y gracias a que hemos conocido antes los tús, en el choque con ellos, en la lucha que llamábamos relación social". Y culmina la doctrina orteguiana sosteniendo que "el ego concreto nace como alter tú, posterior a los tús, entre ellos—no en la vida como

realidad radical y radical soledad, sino en ese plano de realidad segunda que es la convivencia”.

El hombre y la gente, es uno de los libros más serios del autor. Es doloroso que no lo terminase. En nuestra pálida síntesis, no ha sido posible trazar la línea que describe su análisis penetrante y riguroso, ni tampoco destacar su sólida doctrina sociológica. Partiendo de que nuestra vida sea la realidad radical, resulta bien fundamentada una sociología. ¿Es la vida la realidad radical? Esta cuestión la veremos después comentando a Zubiri.

Uno de los planteamientos más difíciles y oscuros de Ortega es el de las relaciones entre lo abstracto y lo concreto, entre la teoría y la realidad radical, porque el pensador madrileño no lo ha abordado de una sola vez y a fondo, sino en varias ocasiones y como de paso. Veamos sus textos. Dice Ortega que “el hombre tiene una estructura invariable a través de sus cambios”. Pero “esa estructura no es real porque no es concreta, sino abstracta. Consiste en un sistema de momentos abstractos que, a fuer de tales, reclaman ser integrados en cada caso e instante con determinaciones variables para que la abstracción se convierta en realidad. Si decimos que el hombre vive siempre desde ciertas creencias, enunciamos una verdad que es un teorema perteneciente a la Teoría de la Vida, pero en verdad no declara nada que sea real, antes bien, manifiesta su propia irrealidad al dejar indeterminada la creencia de que en cada caso vive y es, como una fórmula algebraica, la solici-tación constante para que llenemos sus lugares vacíos...” (“El origen y epílogo de la filosofía”). “Todos los conceptos que quie-ran pensar la auténtica realidad—que es la vida—tienen que ser... , ocasionales. Tales conceptos o significaciones tienen una identidad formal que les sirve precisamente para asegurar la no-identidad constitutiva de la materia por ellos significada o pen-sada”. Para Ortega, “sólo poseemos la realidad de una idea, lo que ella íntegramente es, si se la toma como concreta reacción a una situación concreta. Es, pues, inseparable de ésta:

“Nosotros, en cambio, creemos que la razón, el concepto, es un instrumento doméstico del hombre que éste necesita y usa para aclarar su propia situación en medio de la infinita y archiproble-mática realidad que es su vida. Vida es lucha con las cosas para sostenerse entre ellas. Los conceptos son el plan estratégico que nos formamos para responder a su ataque. Por eso, si se escruta bien la entraña última de cualquier concepto, se halla que no nos dice nada de la cosa misma, sino que resume lo que un hombre puede hacer con esa cosa o padecer con ella”. En historia inter-vienen... , conceptos abstractos que valen para épocas enteras y aun para todo el pasado humano. Pero se trata de conceptos cuyo

objeto es también un momento abstracto de la realidad y del mismo grado de abstracción que ellos. Claro es que en la medida en que son abstractos son formales y, por sí, no piensan algo real, sino que reclaman una concreción”.

Ortega distingue entre los conceptos ocasionales, sólo mediante los cuales es posible —según él— pensar la vida, y los conceptos abstractos o “abstractísimos esqueletos de situación que se dan en toda vida”, y que nos permiten entender un poco el valor absoluto de una idea; pero eso que entendemos lo entendemos gracias a que la hemos referido a esquemas permanentes de humana situación. Si sólo mediante conceptos ocasionales es posible pensar la vida, eso quiere decir que, consecuentemente, si la teoría como toda teoría es general, y por ello no forjada por conceptos ocasionales, no podrá en modo alguno captar la realidad radical de la vida. Si la teoría de la vida da los cuadros vacíos y abstractos donde cada hombre puede alojar su propia autobiografía, ¿qué papel cumplen aquí los conceptos ocasionales? Y si los conceptos ocasionales captan la realidad radical, ¿qué función desempeñan los conceptos abstractos? ¿Qué relación existe entre los conceptos ocasionales y los conceptos abstractos? Nos referimos a la doctrina de la realidad radical. No es posible que Ortega no se haya planteado estas cuestiones, pero sus insuficientes desarrollos filosóficos sobre esos temas fundamentales, motiva la formulación de estos reparos.

La doctrina de Ortega sobre el cuerpo me parece inexacta. Uno de los pensadores contemporáneos que más han ahondado en las cuestiones que suscita el cuerpo ha sido M. Merleau Ponty, en su *Fenomenología de la percepción*. Para Merleau Ponty, el cuerpo es “la forma encubierta del ser sí mismo”, o “recíprocamente que la existencia personal es la reasunción y la manifestación de un ser dado en situación”. Agrega el mismo filósofo que “el cuerpo expresa la existencia total, no en cuanto es un acompañante exterior, sino en cuanto se realiza en él. Este sentido encarnado es el fenómeno central del cual son momentos abstractos cuerpo y espíritu...”

Afirma Ortega que nuestra relación práctica con las cosas aún siendo corporal a la postre, no es material, sino dinámica. Esta concepción orteguiana es una palmaria abstracción que resulta de prescindir en el cuerpo y en las cosas del elemento material ligado inseparablemente al elemento funcional o dinámico. Ortega lleva aquí a la filosofía las abstracciones de la teoría del átomo.

X. Zubiri. Sobre este pensador escribí en *Índice*, de Madrid, un ensayo al que pertenecen los conceptos siguientes. Desde 1945 ha dado varios cursos privados sobre Ciencia y filosofía, Tres concepciones clásicas del hombre, Platón, El problema de Dios, Cuer-

po y alma, La libertad humana y Filosofía primera, en los que Zubiri ha expuesto, según varios publicistas, un pensamiento filosófico original y del más alto rango.

Es evidente que Zubiri hace su recorrido metafísico con un inmenso equipaje de la más nueva ciencia matemática, física, biológica y lingüística.

Zubiri es un ejemplo de exclusiva y amorosa dedicación a la vida intelectual. Su estilo es sencillo, directo, transparente, plegado al desarrollo de las ideas. A Zubiri sólo le preocupa la verdad y de ahí que no repare casi en el brillo de las imágenes ni en la belleza de la expresión del pensamiento.

Para él, la filosofía es perpetua inquisición. No es algo hecho, sino que "es cosa que ha de fabricarse con un esfuerzo personal". Sostiene Zubiri que la filosofía es un modo fundamental de la existencia intelectual del hombre, y que, por tanto, "no nace de un arbitrario juego de pensamientos, sino de la azarosa, problemática situación, en que el tiempo, su tiempo, le tiene colocado". Luego la filosofía brota de una necesidad que el hombre siente de resolver ciertos problemas que le plantea su tiempo. ¿Qué relación existe entre esta filosofía que surge de una necesidad histórica y la pretensión de alcanzar una verdad absoluta y eterna? ¿Cómo puede armonizarse la historicidad de tal situación, de donde la filosofía nace con la aspiración de ésta a una verdad intemporal y absoluta? Parece que Zubiri ha tratado sobre estos problemas en alguno de sus cursos privados.

Zubiri es un agudo historiador de la filosofía. ¿Qué valor tiene el pasado y qué es lo que pervive de él en el presente? ¿Cómo se articulan en la historia el pasado, el presente y el futuro? Estas cuestiones han acuciado muy vivamente su pensamiento. Su filosofía está inspirada en las cosas, orientada hacia las cosas, a las que busca siempre con fuerte avidez de inquirir la verdad.

Alberto del Campo en el n.º 120 de *Índice*, de Madrid, publicó un certero ensayo titulado "En torno a la filosofía de X. Zubiri", donde se dibujan con rasgos claros, firmes y sintéticos las líneas fundamentales de esa filosofía.

Afirma Alberto del Campo: "Cuando terminé de leer el *Ser y Tiempo* —me decía en alguna ocasión X. Zubiri— me preguntaba a mí mismo, ¿pero es que el cuerpo humano no tiene nada que ver con las estructuras fundamentales del ser del hombre?" En efecto, un conocido comentarista ha podido escribir recientemente que en el gran libro de Heidegger no se encuentran diez líneas sobre el problema del cuerpo. . . "Pregunta A. del Campo a qué se deberá la exclusión de ese grave problema.

Para Zubiri, "a partir de Descartes se ha tomado como nota

esencial y definitoria del hombre aquella que le separa de todos los demás seres del universo" y por ello se ha deducido que el cuerpo orgánico es inesencial y no debe entrar en la definición misma del hombre. "¿O puede alguien creer con seriedad y responsabilidad que el cuerpo orgánico, aunque sea una condición que compartimos con los animales, es inesencial al hombre?"

"Hablar de la Conciencia—así con mayúscula y sustantivada— es una mera abstracción que no tiene más realidad que la que pueda tener un color considerado independientemente de la superficie coloreada, es decir, ninguna. La Conciencia sola y aparte no existe, es una nota que ha sido abstraída de lo realmente existente—el acto físico consciente— y que luego ha sido sustantivada.

"Si nos atenemos, pues, a la realidad de las cosas, la Conciencia no puede definir el ser del hombre, es sólo una nota abstraída de la realidad física del acto consciente". Y sigamos con Alberto del Campo, en un pasaje de gran interés:

"Con el único afán de precisar por contraste la posición de Zubiri, reparemos ahora que podemos formular idéntica objeción tanto al Dasein de Heidegger como a la vida humana tal como la concibe Ortega.

"El hombre—escribe Ortega—no tiene naturaleza. El hombre no es su cuerpo, que es una cosa, ni es su alma, psique, conciencia o espíritu, que es también una cosa. El hombre no es cosa ninguna, sino un drama, su vida, un puro y universal acontecimiento que acontece a cada cual y en el que cada cual no es sino acontecimiento". "El hombre no se define, pues, ni por su cuerpo ni por su alma, sino por su vida, siendo ésta un puro acontecimiento, un quehacer, un programa de existencia, en suma, biografía e historia.

"En este último sentido es como Ortega concibe la vida—como biografía—, con tal olvido de la vida como *zoé*". "Y este es un grave error, porque es un error en el punto de partida de su filosofía. Para Zubiri, en cambio, esta oposición entre *bios* y *zoé* es falsa. En su concepto, vivir es poseerse y esto significa que la biografía es sólo el modo de poseerse de una realidad, cuya estructura es sentiente y transcurre en el tiempo. Así como la conciencia era sólo un carácter sustantivado del acto físico consciente, así también definir la vida como biografía es sustantivar un modo".

"Desde el punto de vista de Zubiri, la vida biográfica no es, como sostiene Ortega, la realidad radical, sino que no es ni realidad ni radical, es la simple sustantivación de una nota abstraída de la naturaleza psicobiológica humana. El punto de partida de Zubiri es, pues, absolutamente incompatible con todas esas filosofías centradas en una nota abstractamente sustantivada del hombre

(llámese Conciencia, Dasein, Vida o como se quiera); por eso cualquier intento de identificar o aproximar su filosofía a otros modos de pensar, está de antemano condenado al fracaso y es empresa absurda y errónea.

Si concebimos al hombre como unidad psicobiológica, entonces la experiencia fundamental tendrá que ser de alguna manera, experiencia física. O dicho al revés: una experiencia física sólo puede tener como sujeto a un ente psicofísico y no a ninguna de esas entidades abstractas en que se centran las filosofías hoy en boga".

Hay en los anteriores párrafos una exposición cardinal de la filosofía de Zubiri y una severa y sólida crítica de algunas filosofías actuales como las de Ortega y Heidegger, y más señaladamente la del maestro del propio Zubiri.

¿Es la vida en sentido biográfico, como la piensa Ortega, la realidad radical, o sólo resulta ser la sustantivación de una nota abstraída de la naturaleza psicobiológica humana, como sostiene Zubiri? Entendida la vida humana por Ortega como un quehacer o drama o como un arco que une el yo con la circunstancia, parece a primera vista que en ella no se abstrae lo corpóreo, sino que se entiende estar implicado en la vida misma. Pero examinando más detenidamente la cuestión, se descubre que para la doctrina orteguiana, el cuerpo es sólo nuestra circunstancia más próxima, lo cual supone implicar en la vida como mundo el propio cuerpo, que en el hombre forma una unidad psicobiológica. El cuerpo está y no puede dejar de estar siempre presente en nuestra vida y en nuestro quehacer, o mejor, nuestro quehacer es también corpóreo. El drama de nuestra vida, en la enfermedad y en la muerte, no sólo dependen esencialmente del cuerpo, sino que es el drama del cuerpo mismo. Prescindir de él concibiendo la vida como biografía, aunque luego se cuele en ella bajo la forma de la circunstancia, significa ciertamente una abstracción. Por eso no hay ni puede haber en Ortega una acertada doctrina sobre el cuerpo.

El sistema del maestro sufre así, en su raíz, el más fuerte golpe que le asesta la filosofía del discípulo. Lo mismo cabe decir respecto de la filosofía de Heidegger.

Pero, a pesar de la gravedad de la crítica apuntada, pensamos que queda mucho vivo en el pensamiento de Ortega que puede, debe y necesita ser aprovechado.

Prosigamos. En Zubiri es fundamental considerar el modo cómo me enfrento con las cosas, o dicho en su lenguaje técnico, la habitud de enfrentamiento con las cosas. Esta "habitud humana o modo de enfrentarme con las cosas, constituye para Zubiri la esencia misma de la Inteligencia y, en consecuencia, la Inteligen-

cia no quedará definida por los *qué* que aprehendo, sino por los *cómo* los aprehendo". "El animal se enfrenta con las cosas en cuanto estímulos, en cambio, el hombre se enfrenta con ellas en cuanto realidades. Por eso Zubiri dirá también que la Inteligencia consiste en hacerse cargo de las cosas en cuanto realidades.

"La intelección física de la realidad nos manifiesta la condición fundamental de lo que Zubiri llama Inteligencia Sentiente: la apertura física a la realidad, el acto por el cual estamos implantados o fundados en la realidad".

Afirma Alberto del Campo que "el concepto de Inteligencia Sentiente y Aprehensión de realidad son conceptos que sólo tienen cabida en una filosofía que considera la realidad humana en su carácter psicobiológico". Por esto resulta absurdo e incoherente sostener que vivir, por ejemplo, es aprehender la realidad.

El hombre, entidad psicobiológica, está—por ser Inteligencia Sentiente—implantado en la realidad, y por ello Zubiri, define al hombre como "animal de realidades". Para Zubiri "el ser está fundado en la realidad, y por esto se mueve en otro plano previo al del ser y del sentido. Esta dimensión previa queda por completo ignorada en todas las filosofías contemporáneas". En Zubiri, "las cosas son independientes porque son reales y no por y en una referencia a mí; son pura y simplemente independientes".

Continúa Alberto del Campo: "Pero nosotros sabemos que el órgano de intelección de la realidad no es la vida, no es el sentido que algo tiene en la vida, sino la Inteligencia Sentiente, la cual nos da una descripción positiva de la realidad, mostrándonos a nosotros mismos fundados e implantados en ella misma".

He aquí otro ataque a la tesis orteguiana de la no independencia de las cosas y a la de la razón vital del mismo filósofo.

José L. Aranguren. La obra filosófica capital del profesor Aranguren, sucesor de Morente en la cátedra de la Universidad de Madrid, es su *Ética*, sobre la cual he escrito en la misma revista, lo siguiente:

Acierta el autor cuando califica su libro como de investigación que se inserta en una tradición, cuyos principales eslabones son Aristóteles, Santo Tomás y Zubiri. Ahora bien: ¿está o no dotado de cierta originalidad incluso principal? Yo pienso que su originalidad radica más bien en el enfoque que en el logro profundo. Uno de los conceptos angulares de su libro es el de la moral como estructura y el de la moral como contenido, en los que sigue a Zubiri. Según Aranguren, todo acto para ser verdaderamente humano tiene que ser justo, es decir, ajustado a la realidad, coherente con ella, "respondiente" a ella. A esto denomina moral como estructura. Pero el acto tiene que ajustarse a la vez a la norma ética

(fin último, ley natural, conciencia moral). A esta segunda dimensión la denomina moral como contenido. La moral como contenido se monta necesariamente sobre la moral como estructura. Moral como estructura: es la coherencia del acto con la realidad; o también consiste en hacernos nuestra propia vida, o mejor, forjarnos nuestra personalidad. Moral como contenido: es el ajustamiento del acto a la norma ética.

Aunque el autor estudia con detalle la moral como estructura, tal vez no ahonda lo suficiente en las relaciones existentes entre ambos planos de la moral. Yo creo que los dos planos se entrecruzan en la vida humana. En su libro dice Aranguren: "El bien moral—moral como estructura— es por consiguiente, lo real. . . , en tanto que fuente de posibilidades apropiadas". Luego, según esta idea, el bien moral, por ser realidad, tendría el concepto de moral como estructura, y por ser "bien moral", sería a la vez moral como contenido.

Dice Aranguren que el hombre es constitutivamente moral, porque tiene que conducir por sí mismo su vida. La moral consiste no sólo en el ir haciendo mi vida, sino también en la vida tal como queda hecha: en la incorporación o apropiación de las posibilidades realizadas. Según el autor, "a través de cada uno de los actos de nuestra vida la vamos y nos vamos haciendo. Pero este irnos haciendo tiene dos vertientes, la primera de las cuales consiste en lo que, siguiendo a Zubiri, llama ajustamiento o justificación" y que se lleva a cabo en la preferencia con cada acto de una entre mis diversas posibilidades. Se pregunta Aranguren en qué consiste esta justificación y se contesta que "en ajustar mi realidad presente a mi realidad futura, ajustamiento que se hace a través de las ideas, propósitos, proyectos, con vistas siempre a un fin o a un bien. La segunda consiste en que a través de esa preferencia, la posibilidad elegida es elevada a la categoría de realidad. Esa realidad es mi realidad, la realidad moral y consiste en la apropiación de posibilidades que realizo". Y "mediante las sucesivas apropiaciones voy forjando, a lo largo de la vida, mi *êthos*, carácter o personalidad moral, que se va forjando conforme a un proyecto fundamental y a una idea del bien".

El método de la *Ética* de Aranguren consiste en el análisis del comportamiento humano en el plano de la moral como estructura, a través del cual ha percibido y subrayado el carácter proyectante de la existencia.

Aranguren no arranca en su estudio, como hacen los escolásticos, de la doctrina del fin último, ni del *factum* de la conciencia, como el kantismo. No parte de la religión para su indagación ética, sino que al efectuar ésta desemboca en aquélla. Siguiendo a

Zubiri, enfoca el tiempo, distinguiendo el tiempo como futurición y el tiempo como emplazamiento. Sostiene que "en el tiempo como futurición proyectamos el destino moral que vamos a forjar". En el tiempo como emplazamiento y "mientras llega la muerte", "estamos a tiempo de rehacer ese destino moral". Resume Aranguren, después de observar la relación entre la vida del hombre y el tiempo, que "hay una tarea moral para cada una de nuestras horas y la tarea total, el *êthos*, tiene también su tiempo bien determinado, sus días contados".

Un planteamiento que echo de menos en el libro es el de la relación existente entre ética e historia. Y no es que el autor no se lo haya planteado antes o al escribir su libro. Al contrario: advierte bien esa relación cuando afirma las variaciones de la moral como contenido. Y también cuando advierte que la pluralidad de ideas de la perfección comprobables empíricamente, plantea un problema en relación con el relativismo moral. Aranguren trata el problema de la relación entre ética e historia sólo tangencialmente, sin plantearlo en toda su magnitud y hondura.

Los hitos fundamentales que recorre Aranguren en su libro son Aristóteles, Santo Tomás, Heidegger, N. Hartmann y Zubiri. Sin duda la *Ética* está abierta a la filosofía actual, pero lo está muy poco a la filosofía moderna, de la cual sólo trata con algún detenimiento sobre Kant y lo hace refutando sus doctrinas éticas. En torno a Descartes, Spinoza y Leibniz no hace el libro la menor reflexión. Y sobre Hegel, Fichte y Schelling, hace alguna consideración de pasada. A Heidegger y a Hartmann les concede una relevante importancia, sin duda más al primero, hasta el punto de que acepta el ataque heideggeriano a la doctrina de los valores y se adhiere a la crítica y a la condena que el mismo filósofo hace coincidiendo con la Escolástica, en nombre de la metafísica de la "desrealización", que tal doctrina dice llevar a cabo. Y también acepta Aranguren la tesis del repetido pensador, que atribuye a la teoría de los valores un carácter subjetivista. Lo cual significa, a mi juicio, rechazar toda la doctrina axiológica de Max Scheler y la de Nicolai Hartmann, evidentemente objetivistas. No obstante analizar el libro los factores que condicionan la libertad humana, no estudia los grandes problemas que ésta plantea.

Una apreciación que estimo acertada es la de que lo positivo de la aportación de Hartmann (alude a su doctrina de los estratos) consiste en su entrevisión de que la libertad no reposa sobre sí misma, sino que se levanta sobre las estructuras psicobiológicas.

Certeramente afirma que el tema ético de nuestro tiempo se formula así: "¿Puede ser considerado como verdaderamente bueno el hombre que acepta, cuando menos con su pasividad y con su si-

lencio, una situación injusta?" Pero Aranguren formula esa pregunta no refiriéndose exclusivamente a lo social, sino que apunta más allá. Tal vez esta idea y la aceptación de algunos de los conceptos heideggerianos del tiempo a través de Zubiri, así como la aludida tesis hartmanniana, constituyan la apertura de su *Ética* a la filosofía de nuestro tiempo.

Julián Marías

JULIÁN Marías es tal vez el más fiel discípulo de Ortega, y dentro de sus discípulos uno de sus mejores intérpretes y continuadores, y, desde luego, el que mayor esfuerzo intelectual ha dedicado a estudiar el pensamiento de su maestro. Indudablemente Zubiri y Gaos rayan a mayor altura y tienen más fuerte personalidad. Entre sus libros más interesantes están *Introducción a la filosofía*, *Biografía de la filosofía*, *Idea de la metafísica* y *Ortega*. "I: *Vocación y circunstancia*". Marías tiene un estilo claro, preciso y ágil, de indudable eficacia para exponer los temas de la filosofía, y es publicista múltiple y fecundo. Su producción es ya numerosa. Sobre *Biografía de la filosofía* he escrito en otra revista, que aunque formada por trabajos sueltos, no carece de cierta unidad, que responde al propósito de relacionar algunas filosofías con la situación histórica de que emergen: Platón, Aristóteles, la filosofía estoica, la escolástica, la moderna y la de la vida. Lo cual implica estudiar las referidas filosofías con el método que Ortega llama de la razón vital. Los ensayos sobre tales filosofías, aparte su soltura y su estimable información, apuntan agudamente la génesis vital e histórica de cada una de ellas, singularmente cuando trata sobre la necesidad de la filosofía platónica, sobre la seguridad como tema de la política y en torno a la escolástica.

En el ensayo sobre la filosofía escolástica afirma Marías que la tarea primera que se ofrece hoy a la mente cristiana en cuanto tal es la absorción del pasado filosófico íntegro en una perspectiva única. Ante lo cual tengo que preguntar: ¿No es indudable que en la doctrina orteguiana no cabe una perspectiva única? Luego o Marías ha expresado mal su pensamiento, o si lo ha expresado bien, al pretender la absorción del pasado filosófico en una perspectiva única, ha cometido no sólo una inconsecuencia con la doctrina que él profesa, sino mucho más: postular algo ficticio y abstracto. El propio Marías, en su *Ortega* (p. 400) dice que "perspectiva quiere decir una entre varias posibles, y una perspectiva única es una contradicción".

Hoy los libros más logrados de Marías son su *Introducción*

a la filosofía y el tomo 1º de su *Ortega*. El primero significa un estimable esfuerzo intelectual, por la precisión en sus análisis y la preparación filosófica que supone. Pero encuentro en esa obra ciertas insuficiencias; que en ella Marías anhela más la obtención de soluciones que el enfoque de los problemas filosóficos mismos. Salvo alguna excepción, no plantea el autor en esa obra los problemas filosóficos con la plenitud, el rigor y la hondura que ellos exigen, sino que casi siempre los apunta meramente, y después va lanzado con impaciencia hacia su solución. Hay problemas que ni siquiera intenta plantear, por ejemplo, el del tiempo. Y otro que no propone suficientemente: es el del cuerpo en relación con el yo. Y por ello, aunque el razonamiento sea fino con frecuencia, la labor de Marías se resiente de no problematizar en forma, por su deseo incontenido de soluciones que le hace sentirse demasiado seguro en ellas, en vez de angustiarse tratando de salir a flote en el alta mar de las grandes cuestiones filosóficas.

Marías aplica al estudio de los temas filosóficos en su citada *Introducción* el método orteguiano de la razón vital. Sostiene en esa obra que vivir es ya entender; que la vida es el órgano mismo de la comprensión, y que la vida misma es razón. Después dice que "la vida humana sólo se posee a sí misma de un modo deficiente, las mayores porciones de ella son latentes para el hombre; más aún, no son: no son ya, porque han sido o no son todavía porque sólo serán". En otra parte del repetido libro afirma que "en ese instante están actuando el pasado y el futuro, en forma presente, por supuesto. . ."

Si es cierto que la vida humana es razón y el órgano de la comprensión, y que la vida sólo se posee a sí misma deficientemente, ¿no será esto extraño en sumo grado? ¿No existirá aquí, entonces, un problema filosófico? ¿Cómo siendo la vida comprensión sólo se comprende a sí misma deficientemente? Ya indicamos antes que para Zubiri, es absurdo considerar la vida como el órgano de la comprensión. Si el pasado y el futuro están actuando en el instante presente, no puede en manera alguna decirse que no son, sin más ni más. En cierta forma el pasado y el futuro influyen sobre el presente. Por tanto, de alguna manera son, pues si no fuesen no actuarían. Ahora se comprenderá por qué afirmo que Marías no se ha planteado el problema del tiempo.

"Las cosas no tienen un ser en sí, sólo lo tienen en vida. Y a la vez son independientes de mí". Marías ya advierte la contradicción. Por más que diga que los conceptos de yo y circunstancia son inseparables y correlativos; que sólo tienen sentido en función recíproca uno de otro, y que ser yo significa estar en el mundo, concluye que "el problema de la existencia del mundo exterior

queda resuelto con mágica simplicidad". Resuelto, según el raciovitalismo de Ortega. Pero si está resuelto, ¿por qué Julián Marías, al sostener que hay realidades independientes de mi vida, advierte que ello parece contradecir la tesis de que el yo y la circunstancia son inseparables y correlativos? Expone Marías que "decir realidad. . . , es ponerme yo como un elemento constitutivo o ingrediente de eso que llamo realidad, sin el cual ésta carece de sentido". Lo cual no salva la contradicción apuntada. Y después Marías comenta la frase cardinal de Ortega ("Mi vida es la realidad radical"), de esta manera: "la realidad en cuanto realidad se constituye en mi vida; ser real significa. . . , radicar en mi vida, y a ésta hay que referir toda realidad, aunque lo que es real pueda trascender de mi vida. . ." Y más adelante: "Aun en el caso de que lo que es real sea anterior, superior y trascendente a mi vida, independiente de ella e incluso origen y fundamento de ella misma—así en el caso de Dios—su realidad como tal, es radicada en la realidad radical de mi vida, a la cual queda referida, en cuanto es encontrada en ella".

Si ser real consiste sólo en radicar o encontrarse en mi vida, entonces ese concepto es demasiado angosto e insuficiente para aplicarlo a las realidades que son independientes de ella. La pregunta por una realidad independiente, de mi vida, pero que también se encuentre en mi vida, abre una profunda grieta en la metafísica de la razón vital.

Comentaré ahora lo esencial del librito de Marías *Idea de la metafísica*. Marías afirma que la metafísica es teoría de la vida humana y pregunta si la vida humana no es una teoría, a lo cual contesta afirmativamente. "La vida humana 'en general' no existe, no es real; la que lo es es mi vida. . . ; mi vida que no sólo es ésta en el sentido de ser vida individual, sino en otro más profundo y decisivo: que es una absoluta posición de realidad irreductible, circunstancial y concreta".

La vida es una teoría y mi vida es real y concreta, nos dice Marías siguiendo a Ortega. Pero como ya hemos visto, mi vida no es la realidad radical, sino una abstracción del compuesto psicobiológico del hombre. En ese caso tan abstracta es la teoría de la vida como mi vida, por lo cual no tiene interés metafísico, en ese caso, el planteamiento de las relaciones entre la vida en general y la vida de cada individuo humano.

Agrega Marías que "mi vida—única realidad irreductible e inmediata—incluye la referencia a algo que me veo obligado a considerar como otras vidas; esto tiene dos consecuencias: primero, me hace descubrirme como un yo frente a un tú. . . , y por tanto, confiere un primer sentido a la expresión "mi vida"; segundo,

me muestra el carácter disyuntivo de la vida (el ser ésta o ésta o ésta), y de este modo me remite a una nueva noción, la vida, que tiene una peculiaridad decisiva: no es tanto un universal, una especie o género, digamos la vida en general, sino que la forma concreta en que aparece ese extraño universal que es la vida es: la vida de cada cual". Prosigue: "En mi vida se da ya, pues, una referencia a otras vidas y por tanto a la vida humana. Por el contrario, mientras puedo descansar en un universal cualquiera la noción 'la vida humana' es impensable sin circunstanciarla, sin fundarla en la intuición directa de esta vida, más concretamente de mi vida, única que me es directamente accesible, y sin la cual 'la vida en general' es pura y simplemente ininteligible". Y resume: que "la relación entre la estructura funcional e irreal 'vida humana' y la realidad singular, circunstancial y concreta 'mi vida' es absolutamente intrínseca y necesaria". Insiste en que si "la vida no es realidad estricta, sino teoría, esta teoría viene impuesta por la aprehensión de esa realidad irreductible que es mi vida".

La relación entre la vida humana y mi vida no puede ser absolutamente intrínseca y necesaria, como cree Marías. La relación entre la una y la otra es la que pueda existir entre dos teorías de la realidad y no entre la realidad y su teoría.

Sobre vida y razón escribe Marías: "La única vida real, la individual, es algo que acontece a mí, aquí y ahora. . . , y el modo de acceso a ella es contarla. . . , y por eso la razón vital es una razón narrativa. Pero, por otra parte, no puedo contar o narrar nada, no puedo entender mi vida más que desde un esquema en que la estructura de la vida se manifiesta. Pero ese esquema sólo se puede obtener mediante un análisis de la vida individual—primariamente de la mía—gracias al cual descubro en ella ciertas estructuras, condiciones o requisitos sin los cuales no sería posible. No se trata, pues, de una teoría general independiente de mi vida, que pudiera pensarse y formularse aparte de ella, sino que es extraída o abstraída de la concreción singular de mi vida propia. Y adviértase que de momento, no tiene ningún carácter genérico, sino que se trata de una determinación constitutiva de mi vida individual: en ella encuentro y de ella extraigo esa estructura o teoría que llamo 'vida', sin la cual no puede realizarse".

Tal teoría resulta, en mi concepto, no una teoría extraída de la concreción singular de mi vida propia, sino la abstracción de una abstracción. Marías se plantea un problema ficticio y se esfuerza en vano por resolverlo.

"La universalidad de esta interpretación 'vida' es derivada, procede de que puesto que contiene los requisitos o condiciones sin los cuales no hay vida, al encontrar que cada uno de los demás

tiene también su vida, infiero que en ellas tienen que darse las mismas estructuras, por sí mismas irreales, sólo realizadas en la singular concreción que corresponde a la circunstancialidad de cada una de ellas. Sólo por esto la noción 'vida humana' se convierte en vida humana en general.

"La narración de la vida singular no es posible, pues, más que gracias a una teoría abstracta—secundariamente universal—, la cual, a su vez, sólo es posible incluso como teoría, como objeto ideal complejo, fundada en esa vida concreta que es la mía". O "esa teoría analítica se obtiene mediante análisis de la efectiva realidad de mi vivir; pero éste, en su radical inmediatez, sólo es posible ejecutando, siquiera en forma rudimentaria, ese análisis que todo hombre lleva a cabo y que le permite entenderse y proyectarse imaginativamente en el futuro". Repite que vida humana "es realidad radical, el área en que toda realidad en cuanto tal se constituye, en que adviene a algo ese carácter que llamamos realidad". "Es la organización real de la realidad.

"Si mi vida no es la realidad radical, no es posible que sea ella el área en que toda realidad se constituya, pues entonces la realidad se constituiría en el área de la abstracción irreal.

"Y esto es lo decisivo: la razón vital. De otro modo, la filosofía se queda en fenomenología... , que no llegan a la aprehensión de la realidad en su conexión, que no dan razón de ella... "

"O en otro supuesto, se da un brinco a la razón abstracta y se hace teoría de una realidad de la cual se ha amputado justamente su concreción, su constitución efectiva en mi vida, su organización intrínseca como tal realidad.

"Porque sólo si se hace que la vida misma funcione como ratió, que se vuelva a la realidad tal como la encuentro, en el viviente encontrarme en ella y encontrarla conmigo, sólo así se rebasa la esfera de las vivencias, actos o contenidos de la vida, por una parte; sólo así se trasciende de las interpretaciones, y sobre todo de esa interpretación decisiva que es el ser, por otra parte, para captar y entender-comprender-la vida misma como realidad radical".

Hay que subrayar que Marías en sus reflexiones no logra dar un paso más allá de Ortega.

Y finalmente, escribe que "si la teoría de la vida humana se toma en serio a sí misma, es decir, si se compromete a ser teoría—no mera descripción—, esto es, a dar razón de su tema, y si éste es la vida humana en su mismidad, no simples vivencias o contenidos parciales suyos, entonces se ve obligada a afrontar el problema decisivo de su estructura, de la dinámica polaridad entre un yo o

quién y una circunstancia que con ese yo abstracto constituye ese yo real y concreto que soy yo como efectiva realidad viviente”.

Se refiere Marías a un yo abstracto y a otro yo real y concreto, sin reparar en que este yo que llama real y concreto es tan abstracto como el primero. Marías ha publicado el primer tomo de su *Ortega*, que comprenderá otros dos más. Dice el autor en el prólogo de esa obra que “la filosofía de Ortega nunca fue expuesta por su autor de la manera que éste pretendió y deseó durante muchos años de su vida”. Y escribe: “Queda en pie la necesidad de enfrentarse con ella de un modo aún más activo y creador que el que exige la asimilación y comprensión de toda filosofía; o si se prefiere, de suplir con una acción intelectual nuestra las deficiencias que la realización de la obra pública de Ortega muestra cuando se la compara con lo que fue pretensión. . .

“Esta exigencia de las circunstancias es la que justifica que se escriba un libro sobre Ortega, en el cual se intente con la mayor escrupulosidad y rigor verlo desde sí mismo, lo cual implica ir más allá de sus escritos, hasta de sus doctrinas, incluso de todo ‘dato’ y encierra no pocas dificultades y graves riesgos”. ¿Cómo tiene que ser un libro que intente completar a Ortega consigo mismo y darle sus propias posibilidades?—pregunta Marías. El autor se decide a estudiar a Ortega “en una serie de niveles, en las etapas efectivas de su biografía intelectual, y articularlas en volúmenes independientes, pero estrechamente conexos. Al final será menester habérselas no sólo con lo que realmente existió, sino con ‘el Ortega que pudo ser. . .’”.

Hasta que Marías no publique los otros dos tomos proyectados no cabe juzgar si el primero cumple íntegramente su propósito, que es sin duda ambicioso, elevado e importante. Es indudable que el tomo aparecido tiene varios aciertos analíticos sobre la circunstancia, la filosofía y la vocación de Ortega que le confieren vivo interés. Noto, sin embargo, una omisión: la de la circunstancia española de 1931-36 y la de la circunstancia europea y española posteriores al 1936, de honda significación en la vida y en la obra de Ortega. Tampoco se trata en ese libro sobre la influencia del paisaje de Castilla y singularmente el de El Escorial en Ortega, ni de la situación económica del maestro en las etapas más importantes de su vida, datos nada desdeñables, a los que no ha atendido Marías.

Pedro Caba

PEDRO Caba es uno de los pensadores más originales que tenemos. Su pensamiento es singularmente rico, vivo y fecundo. Caba

tiene intuiciones magníficas que le hacen orientarse decisivamente en la selva intrincada de su gran fertilidad de ideas. Sus finos análisis se clavan en el corazón de los problemas que se plantea. Es un excelente escritor, que posee un estilo dinámico, ondulante y suelto para trazar la línea de un pensamiento abierto y sutil.

La primera obra de una serie, "Ontología general de la Antroposofía", se titula: *La presencia como fundamento de la Ontología*. Se trata de un gran libro, desgraciadamente poco conocido, en el cual, con la mayor agilidad y agudeza, discute ideas de Heidegger, Ortega, Husserl, Scheler y Dilthey. Caba enfoca los problemas con una decisión y una veracidad tan fuertes, que lejos de rehuir la dificultad y el esfuerzo, parece complacerse en atacarlos de frente. Posee auténtico talento creador. Posiblemente Caba no sea suficientemente metódico y tal vez no controle bien su frondosa riqueza de ideas, como un río que, a veces, se desborda. Sobre cualquier tema dice su indicado libro cosas nuevas y hondas.

En torno al tiempo y a la historicidad el pensamiento de Caba es esclarecedor y penetrante. Las ideas del autor no se dejan sintetizar, pues se rebelan contra todos los esquemas. Caba profesa una filosofía existencial no existencialista. El lema de todos los libros que inicia el comentado es éste: "La filosofía vuelve al hombre". Veamos algunos de sus pensamientos más interesantes.

Caba admite un tiempo matemático o tiempo conceptual, "un tiempo sin apenas temporalidad"; un tiempo físico o tiempo natural en que las cosas reales son localizadas, medidas, calculadas por la coordinación espacio-tiempo; un tiempo biológico, pues todo ser vivo anota las huellas de su paso en su relieve corporal y en sus ritmos y fases de desarrollo y de vejez; un tiempo psicológico, que deja sus huellas como distancias de recuerdos, como sentimientos vivenciales, etc.; y un tiempo social, que aparece cuando el tiempo psicológico de unos hombres se cruza y anastomosa con el tiempo psicológico de otros.

También distingue una temporalidad existencial, en la que lo decisivo es el presente; una temporalidad histórica, en la que lo decisivo es el pretérito, o sea, el pasado de otros; y una temporalidad psicológica, en la que lo decisivo es el futuro.

"La temporalidad nos limita, nos aprieta y sujeta y casi ahoga. Pero en la temporalidad nos realizamos y elaboramos nuestra libertad y con la temporalidad nos abrimos a lo eterno. Y es que nos oprime y angustia lo temporal, porque el pensamiento sólo puede concebirlo espacialmente, como un círculo, como una recta infinita, como un área, como algo que retorna y recae continuamente sobre sí". "La única constante verdadera de la Historia es el hombre, que permanece variando. Gracias a que el hombre va-

ría de ser y estilo hay diversidad de épocas, de tiempo, de edades. . . Pero todas esas variaciones se deben a la constante hombre, que es quien variando permanece; y ello, porque su única constancia y permanencia es su mismo variar y el variar en él mismo. . .

"La índole y 'naturaleza' del hombre es su historia, porque su 'sustancia o esencia' sólo se logra en su historia. . .

"La Historia facilita la acción y la presencia del hombre en el Universo. Para ello, a la Naturaleza hay que vencerla; a la Historia hay que cumplirla y realizarla. Aquélla es todo causas y resistencias y oscuridades; ésta es todo finalidad e iluminación.

"Los tres ex-tasis de la temporalidad heideggeriana están concebidos fuera del Dasein. No son tiempos existenciales. Son tramos o estadios de la temporalidad histórica, pero Heidegger, confuso y oscuro, y poco profundo al tratar de la temporalidad, adjudica esos ex-tasis al Dasein como si fueran existenciales. Pasado, presente y futuro de la temporalidad histórica no son el pasado, presente y futuro de mi existencia personal. Son más bien conceptos impersonales de la Historia que apenas se impregnan del tiempo existencial. . . Si forman unidad, la temporalidad se hace compacta y no fluye. Pero si esos tres tramos o éxtasis se separan y distinguen, tampoco fluye el tiempo como un continuo, sino que salta cuánticamente en conceptos incommunicables. El tiempo histórico es un continuo integrado de infinitésimos existenciales de muchas personas, pero, por eso, el tiempo histórico no es el tiempo existencial.

"El tiempo existencial es mío, es el que yo me hago sucediéndome y existiendo. El tiempo histórico no es exclusivamente mío, sino participado y co-presencial, brotado de la copresencia humana".

Caba distinguir "entre el pasado histórico o pasado absoluto, que no me es pasado, que me es extraño o extrínseco a mi vida personal, porque ese pasado no me ha pasado a mí, y el pasado personal, mi pasado, que es mío, porque se fraguó con mi presente y éste a su vez se tejió con mimbres de planes, propósitos y proyectos míos. Tiene, además, este pasado personal una novedad respecto al tiempo histórico: que mientras este último es, para mí, total y tajantemente pasado, el mío personal no es nunca pasado del todo, porque sigue viviendo en mí, de algún modo no enteramente virtual. . .

"Según la riqueza de la imaginación y de la memoria, así son de intensos y, por tanto, de auténticos el futuro y el pasado existenciales.

"El pasado cambia según el presente y el futuro. . . El pasado es más bien resultado que iniciativa. Partimos del pretérito, del

pasado de los demás, pero no de nuestro propio pasado, que hay que empezar por hacerlo, mientras el pretérito nos lo dan hecho. Todo pasado, inercialmente, tiende a constituirse en pretérito, a quedarse en tiempo usado, indiferenciado y muerto. . . . Resulta que no hay pasado absoluto y totalmente terminado de pasar, sino que lo pasado permanece, pero actuante como intencionalmente ganado y subido al presente existencial e histórico y aun del futuro.

"La Historia no es solamente hija de la libertad, sino también su madre, como el existencialismo respecto del hombre, en su historia personal".

Caba rehuye la palabra comprensión, porque "comprender acontecimientos es sistematizarlos, cazarlos con red de sistema, a cambio de perder quizá el sentido. Y hacer de la Historia sistema es negar la peculiaridad histórica de antemano o tratar, por de pronto, de desconocerla.

"Resulta que la Historia es razón de sí misma, que es lo que Ortega ha llamado razón histórica. La razón intelectual no es razón de sí misma, sino que razona y racionaliza y justifica las cosas, pero no es capaz de justificarse a sí. En cambio, la razón histórica se autojustifica y es razón de sí misma".

Pero no le parece a Caba acertado decir que se constituye en sistema, como no se entienda el sistema al modo de una autofecundación y generación del propio tejido, orgánico, y no como un cerrado orden intelectual.

Salvando la opinión de Pedro Caba sobre la confusión y la escasa profundidad que atribuye a Heidegger en su análisis del tiempo, que me parece inexacta, por que algunos planteamientos heideggerianos ahondan como ningún otro pensador, desde San Agustín a Bergson, aunque les falte no poco para llegar a una visión convincente del problema del tiempo, hay que reconocer que Caba ha tenido finas intuiciones en ciertos aspectos de la temporalidad y de la historicidad.

enfermedad que lo hizo su elegido. Mas la "Montaña Mágica" no lo fascinó tampoco. Consideraba esencial su estancia en ella—allá en Davos— porque allí comenzó a escribir poesía. Dato que revela cómo su poesía nació de la presencia de la muerte, y más que de la presencia, de su compañía. Y por ello, porque la muerte lo acompañaba, nunca estuvo solo.

Pues la muerte se presenta de diversas maneras, o más bien será que ante ella, él, por ella elegido, queda con libertad para responder a esa palabra total. Pues que la entera libertad salta, se produce tan sólo en presencia de la muerte, por esa indefinible revelación que hace al que la recibe, no estar ya bajo la muerte, según parece ser el estado habitual del hombre ocupado en la "realidad de la vida".

Y ese instante de libertad, pura libertad, que ante la presencia de la muerte brota, viene a ser un segundo nacimiento que, a diferencia del primero, puede ser rechazado en un acto de violencia que, a veces, es llamado voluntad: voluntad de vivir, o de poder. Ya que de ser no es posible tener ni propia, ni impropriamente, voluntad. El ser no se presenta en tales momentos como cosa a conseguir, ni a conquistar, ni a establecer. El ser se revela cuando la presencia de la muerte se acepta; el propio ser como algo que nace. Y entonces el morir, el ir muriendo, comienza.

La poesía de Emilio Prados nace de ese momento, instante del segundo nacer en que el tiempo y la libertad a la vez, sobrevienen como un océano en el que así renacido queda depositado: en el pleno misterio del nacimiento, en las aguas de la vida, en la inmensidad del tiempo. *Vuelta, Tiempo*, son los libros iniciales de Prados que dan fe de aquel momento. La infinitud del tiempo conducirá siempre la poesía de Prados. La infinitud del tiempo donde no se señalan las dimensiones del tiempo sucesivo, ese tiempo que se limita, a riesgo siempre de encadenarse, para que la conciencia capte la realidad. Emilio Prados quedó para siempre sumergido en ese tiempo total que no se recorre. Porque el tiempo vivido como camino a recorrer—y a veces a saltar— separa inevitablemente al hombre del ser, del suyo y del *ser*, sin más. Renunció a recorrer el tiempo para quedarse en él a riesgo de ahogarse en su infinitud. Mas no sucedió así porque encontró su centro, ese centro en que el tiempo se abre hacia adentro, y hacia más allá: "En lo infinito/ el tiempo vive su paloma abierta/ el corazón sin nombre de su olvido", escribe en *Circuncisión del Sueño*, pasada ya más de la mitad de la vida. No hubiera podido decir nunca "en medio del camino de la vida", porque en ese "en medio de", en ese centro, se quedó sin idea de avanzar. Su "camino" era hundirse hacia más allá del nacimiento, allí donde cuerpo y alma comienzan a separarse,

a no reconocerse. La memoria del olvido —“Memoria del Olvido”— fue siendo su lugar, su patria verdadera, en la cual buscaba la unidad de su ser en la unidad del ser del universo, queriendo ser tan sólo por amor, en el amor, criatura de este universo del ser. En él se veía como en pocos, que el hombre es el mendigo de su propio ser. Mas unos mendigan para sustraer y ganar. Otros, los perfectos mendigos, como Emilio, por amor.

Apenas percibía, pues, la realidad, como da la impresión de que ocurre a los ciegos de nacimiento. El ciego que hace sentir más que ninguna otra clase de ser humano, que esté naciendo. El ciego que llega siempre a pedir, porque siempre está recibiendo. Recibe la luz que sobre él cae como sobre ningún otro hombre, que lo baña y define como a ningún otro. Y que le parece estar negada como a los amantes verdaderos suele estarles negada la presencia concreta del amor, del amante con figura y existencia concretas. Como si estuviesen dentro de la luz y por eso no la vieran.

Y así, privados en cierto modo de la realidad, estos seres a cuya especie Emilio Prados pertenecía, quedan desasidos de ese mínimo de respuesta que la realidad da y aun impone. Y la casi absoluta libertad queda compensada con el casi absoluto abandono.

Abandonado de la realidad de la vida, de todo lo que en ella aparece fieramente como real; abandonado sin haberse por ello “dejado” como de un quietista o iluminado se diría, suponiendo que de los mejores de ellos sea justo decir que se “dejaron”.

Pues que de la verdadera situación en que se encuentra el abandonado, hay pocas nociones claras, a causa sin duda de ser una de las situaciones más misteriosas de todas las que se dan en la condición humana. Mas, también, a causa de la hostilidad, de la irritación que despierta su vista en quienes se han puesto a salvo de ella, en todos aquellos que se aferran a entender la vida como toma de posesión ante todo y de todo; del espacio, del tiempo, del propio destino, y si es necesario, del tiempo, espacio y destino ajenos. Actitud que no se limita a serlo simplemente, sino que invade el núcleo de las morales al uso en toda época, cualesquiera sean, ya que dentro de ellas se introducen tomando de ellas posesión igualmente.

Y en virtud de estos prejuicios vitales y morales, se juzga al abandonado como abandonado de sí mismo, a causa de su propia dejadez, o de su propia elección; de algo, en fin, corregible y, por tanto, imputable. A esta visión que incluye una inculpación, contribuye en las consideraciones más sutiles —más moralistas— la no aceptación de la pasividad como elemento moral; lo que de otra parte es inevitable, si no se percibe o se entiende que exista una pasividad dada metafísicamente: dada, recibida, no elegida por

quien en ella está envuelto. Una pasividad que es al mismo tiempo libertad. Y que no es producto por tanto de un temperamento, de una idiosincrasia, de una pasión o de una inercia; que no es una resultante psicológica, ni tampoco una culpa. El abandono en que viene a quedar pasiva y libremente el que se ha entregado a nacer.

Toda la poesía de Prados, desde *Vuelta y Tiempo* hasta ese libro salido a la luz el mismo día en que moría, *Signos del ser*, siguen el proceso de este nacer hasta encontrar como último fondo que "Dios está naciendo". Pero esto debió encontrarlo en el principio.

Y quizás este sentir lo divino naciendo, sea el que sustente a todas las doctrinas del abandono, y de cierto, a todos los verdaderos abandonados, con doctrina o sin ella. Emilio Prados no estaba privado de doctrina. Mas no la buscó hecha, diríamos. No fue a alojarse en ninguna. Desde su poesía, o más exactamente, desde el lugar de la poesía se fue haciendo una filosofía consustancial con ella. El pensamiento irradia del mismo centro que la poesía. Podía haber esto sucedido por separado, siendo poesía y filosofía así al modo de dos radios, dos caminos que parten del mismo centro y se dirigen a un horizonte tan amplio y lejano que aunque se vislumbre sea un círculo, queden ante la vista separados por una especie de vacío incolmable. Ello hubiera creado en su obra una especie de paralelismo, pues hasta la unidad del centro hubiera quedado de este modo aludida o supuesta, mas no de manifiesto. En la obra poética de Prados—ni una línea en prosa, salvo las cartas—, no vemos que haya camino propiamente. Nacida en el lugar donde la vida se hunde en el ser, en su corriente más honda fue "progresando" hacia su centro. Sólo por las aguas de la vida estaba sostenida para no hundirse en el ser. Que con él a solas no hay defensa posible; no hay palabra.

Y desde esa hondura, su pensamiento salvaba la poesía. El poema alcanzaba a realizarse por un esfuerzo de pensamiento. La exigencia del pensamiento ayudaba a nacer la poesía. Lo que no resulta fácilmente reconocible, porque de todas las funciones del pensamiento, la más olvidada a partir del racionalismo y sus consecuencias, es esta de ayudar a nacer. Una función sin la cual el racionalismo y aun la racionalidad quedará siempre un tanto separada de la vida y hasta del ser. Y su ausencia será la falla, la vulnerabilidad de todo racionalismo y de todo uso de la razón que no cuente con ella de algún modo.

Pero en verdad, sólo la Filosofía Griega y no en todos sus momentos, actuó y supo de esa tan radical función, extremadamente mediadora, de la razón.

Y así, la poesía de Emilio Prados, hija del abandono, se hace manifiesta por una exigencia del pensamiento, de la razón. En

virtud de esa necesidad última, en este caso extrema, que el ser humano tiene de alzar hasta la palabra ese continente sumergido de su ser; de ir no sólo naciendo, sino naciéndose, de servir y no sólo asistir como espectador al dios que está naciendo. Pues claro está que sin servirlo no podría tampoco asistir a este nacimiento del todo. La quietud de este género de quietismo, si se aceptara la denominación, resulta ser el más continuo y radical esfuerzo.

La poesía no puede, sin negarse a sí misma, partir en la búsqueda de una idea del ser, ni puede estabilizarse en la pregunta acerca de él. En una lucha más desnuda sólo hace uso de la razón para captar sus signos. Y al hacerlo así ofrece una especie de alfabeto en el que entran metáforas, y aun enunciaciones siempre alusivas por mucho que declaren; indicaciones, parajes, islas y moradas. Una especie de Odissea por el interior del alma, lugar mediador por excelencia, pues más que ser, ella, transparente, hace con su continuo moverse que es razón, que las "cosas del ser" cobren visibilidad, transparencia. Quizás a ello corresponda lo que se ha nombrado Angel. Emilio Prados decía en una ocasión a un joven poeta, Enrique de Rivas, que el Angel de Rilke estaba emparentado con el ángel de los poetas andaluces. Y difícilmente se podrá ser más andaluz que Emilio Prados. El ángel, que es razón pura, que es implacable exigencia para aquel a quien acompaña, lo acompañaba siempre.

EL abandonado vendría a ser aquel a quien la Razón, la grande y total, envuelve y acoge, en un modo análogo a como la luz del Sol acoge y baña al ciego. Emilio anduvo de este modo por la vida, recibiendo luz y razón, sin defenderse de ninguna de ellas, cosa esta última innecesaria de señalar; pues que no es posible defenderse de la una sin defenderse de la otra. Ya que si aparecen como distintas es porque son dos "momentos" o estadios del existir humanos. Aquel que no se afana en alzar defensas frente a la razón, cae en el seno de la Razón, de la inconmensurable. Y todo lo que le suceda, a quien esta suerte sigue, forma parte del reino de las incalculables matemáticas. Todo es padecer, tal como a Emilio le sucedía; y se está siempre lejos, en el espacio y tiempo comunes, como él hacía sentir que estaba. Mas, en realidad, no se trata de distancias, esas que pueden ser establecidas o anuladas. Porque el que vive así llega a tener una morada. Una morada propia, que como todo humano lugar, está a su vez en otro más amplio, en la patria, más allá de todo exilio.

Presencia del Pasado

LA ESPAÑA DE CARLOS III

Por Jean SARRAILH

ES un estudio de conjunto, no un aspecto particular del reinado de Carlos III, lo que nos ha pedido *Cuadernos Americanos*, una vista general, un panorama, yo casi diría, por el pintoresco desenfado de la expresión, una perspectiva caballera. ¿No se necesita, en efecto, cierta audacia para tratar de definir en unas páginas un largo período (30 años) del siglo XVIII español, rico en peripecias emocionantes, lleno de contradicciones y en el que reinan al mismo tiempo la inquietud, la pasión y la razón?

Este título, "La España de Carlos III", ¿no es, por lo demás, usurpado en parte? ¿No concentra en un solo soberano el interés y la atención que habría, en buena justicia, que repartir con otros soberanos—predecesores o sucesores—de la casa borbónica, cuya continuidad de designios y de realizaciones—sin hablar de los contrastes y hasta de las rupturas—es a veces notable? Sin embargo, a pesar del magistral *Felipe V* de Boudrillart, de las obras de Ferrer del Río y de Danvila sobre *Carlos III*, y las de Arteché y Muriel sobre *Carlos IV*, parecen más numerosos los historiadores que consagraron sus trabajos a la dinastía más bien que a tal o cual reinado, tan estrechos son los vínculos entre ellos y tan difícilmente justificables las divisiones decisivas en su evolución.

Los libros de Desdevizes du Désert, que estudió el siglo XVIII en conjunto, son clásicos desde que aparecieron. No lo son menos los de Altamira y de Ballesteros, que presentan, después de un resumen de los principales hechos de cada reinado, los diversos aspectos de la política de la dinastía y del desenvolvimiento intelectual y artístico del país. Así proceden también Aguado Bleye y Alcázar Molina, con quienes hizo serios progresos la pedagogía de la historia. En cuanto al libro de Sánchez Agesta, profundamente meditado, al nuestro y al más reciente y notable—*Last but not least*—de Richard Herr, los tres están consagrados a problemas generales que exigen que se prescinda de las fronteras cronológicas de los diversos reinados.

Pero, hechas esas reservas, no puede negarse que es Carlos III y su tiempo quien sigue siendo el centro de los estudios de con-

junto sobre la dinastía. En su reinado, más que en otro ninguno, se efectúan transformaciones, modificaciones, que, aunque no fueron espectaculares, no por eso dejaron de señalar profundamente la vida, el gobierno y la política de España. Si Carlos III no es más que un eslabón de la cadena borbónica, es, sin duda alguna, el más brillante. El prestigio de su reinado borra, o atenúa, el de los otros. Y Richard Herr ha podido escribir: "Carlos III hizo más por España que ningún otro monarca, incluida Isabel. Entre los déspotas ilustrados de su tiempo, ninguno fue gobernante más acertado". Esta comparación tan halagüeña es confirmada, si así puede decirse, por el juicio de Aguado Bleye y Alcázar Molina cuando oponen Carlos III a Felipe II: uno está en el corazón de la "leyenda negra" forjada por los extranjeros, y el otro en el corazón de la creada por los españoles. Dejemos a un lado, pues, toda acusación: Carlos III no usurpó su brillo, como no había usurpado su trono Felipe V.

Al llegar a España Carlos III no encontró ciertamente "el cadáver de un gigante", como afirmaba Cadalso de su país a la muerte de Carlos II, en una fórmula trágica. No obstante, a pesar de una lenta resurrección, la situación seguía siendo muy mediocre. Impresionó desde el primer momento a la reina, quien, apenas desembarcada en Barcelona e instalada después en Madrid, comunicaba su decepción al fiel Tanucci, que se había quedado en Nápoles.

A pesar del aumento de la población, que pasa ligeramente de los 9 millones, el país parece embotado y sumido en un triste sueño. Salvo en algunas regiones privilegiadas, los desgraciados habitantes del campo llevan una existencia cercana a la miseria. Su situación es eminentemente precaria, ya se trate de pequeños arrendatarios sometidos a revisiones arbitrarias de sus contratos, cada vez más elevados y menos largos, o, peor aún, de jornaleros, que trabajan lejos de sus domicilios y convertidos, cuando ha pasado la época de las grandes faenas campestres, en desocupados y en mendigos en las poblaciones más próximas a sus pobres chozas. Esa masa rural, que recuerda aquella de que La Bruyère nos dejó, en Francia, un cuadro tan trágico, está mal alimentada y mal vestida. Numerosos testimonios lo atestiguan, el del P. Feijoo, uno de los más conmovedores, el del Dr. Casal, más decididamente crítico: "Pocos labradores sufren de la gota o de la piedra en esta región (Asturias) —dice—, al contrario de muchos ricos y ociosos... Los labradores viven, es cosa notoria, sin carne, sin pescado, hasta sin pan de trigo y sin una gota de vino... , mientras que

los que no trabajan se regalan con carnes y pescados abundantes, a lo que añaden vinos generosos, mistelas y rosolís". También Campomanes observa que los obreros agrícolas son mucho más desventurados que los de las ciudades. Todo ese humilde campesinado no puede hacer que la tierra, aunque sea fértil, produzca cosechas abundantes, por falta de los útiles necesarios, como sembradoras mecánicas. Inculto y rutinario, es hostil a todo perfeccionamiento, y prefiere seguir sembrando a voleo e ignorando los abonos, como los antiguos: "Así lo hicieron mis padres". No hay para él ninguna esperanza de llegar a poseer tierras, porque no existe, por decirlo así, tierra disponible, susceptible de pasar de mano en mano, de ser vendida razonablemente. Los señores de alto linaje, otros más modestos, el clero regular sobre todo, pero también el secular, y los municipios, se reparten España. Los privilegios de la Mesta, poderosa agrupación de criadores de ganado lanar, reducen aún más las posibilidades de los agricultores. En consecuencia pesa sobre el campo español una gran tristeza, descrita patéticamente por Jovellanos unos años más tarde: "¿Cómo es posible que la mayor parte de las aldeas no se diviertan nunca? Todo el que haya recorrido nuestras provincias habrá hecho muchas veces esta dolorosa observación. En los días más solemnes, en vez de la alegría y la agitación que deberían expresar el regocijo de los habitantes, reina en las calles y en las plazas una perezosa inacción, un triste silencio que no puede advertirse sin extrañeza y compasión. Si salen de sus casas algunas personas; parece que sean únicamente el disgusto y la ociosidad quienes las sacan de ellas y las llevan a la era común o al calvario, a la plaza o al pórtico de la iglesia. Allí, envueltas en sus capas, pegadas a la esquina de una calle, sentadas o errabundas de acá para allá, sin objeto determinado, pasan tristemente horas, tardes enteras, sin pasearse ni divertirse. Si se añade a este cuadro la aridez y suciedad de las aldeas, la pobreza y abandono de los habitantes, su aspecto triste y silencioso, ¿a quién no sorprenderá fenómeno tan extraño?"

La suerte de las gentes humildes de las ciudades apenas si es más envidiable que la de los campesinos, algunos de cuyos jornaleros, por otra parte, viven también en las aglomeraciones urbanas. Los aprendices jóvenes no son otra cosa que domésticos del patrón y reciben muy poco dinero o quizá nada. Convertidos en compañeros después de varios años muy penosos, perciben salarios miserables, que varían de una ciudad a otra y de uno a otro oficio, y que no aumentarán de manera sensible hasta el último cuarto del siglo y en Barcelona infinitamente más que en Madrid.

Semejante penuria explica que haya podido excitarse, para explotarlo, el descontento del pueblo para hacer estallar en Madrid y producirse en muchas regiones un movimiento "revolucionario" de protesta contra el alza de los artículos de primera necesidad (sobre todo del pan) no acompañada de un aumento equivalente de los salarios. Era éste un móvil más serio y más legítimo que la orden dada por el ministro Esquilache para modificar la forma del sombrero y reducir el largo de las capas.

Si los salarios eran poco elevados, el número de horas de trabajo, lo mismo para los aprendices que para los obreros, era, en cambio, abusivo. Que un reglamento oficial prohíba comenzar la tarea antes de las cuatro de la mañana y prolongarla después de las ocho de la noche, es cosa para dar qué pensar. . .

Ese mundo de los artesanos, lo mismo que el del campo, no tiene distracciones que valgan algo. Son pocos los que saben leer o que se reúnen para escuchar al que puede descifrar un libro o contar historias de bandidos o milagros de santos populares. Por el contrario, la taberna les abre sus puertas, aun el lunes, que celebran escrupulosamente holgando, y también los teatros de comedias y de sainetes, y aún más las plazas de toros con sus corridas. Lo suficiente, sin duda alguna, para comprometer el precario equilibrio del presupuesto familiar y aumentar más las dificultades cotidianas.

He aquí, de la boca autorizada de Campomanes, un cuadro poco halagüeño de ese mundo de los trabajadores: "La limpieza y corrección de las ropas son descuidadas en la mayor parte de ellos, no sólo entre los aprendices, sino también entre los obreros y los patronos, que salen a la calle sin haberse lavado las manos ni la cara y con las ropas destrozadas por no haberse cuidado de arreglarlas a tiempo". Son numerosos los mendigos y los ladrones, y apenas si está garantizada la seguridad de los habitantes, si hemos de creer al marqués de Aubeterre, nuestro embajador en Madrid.

Más arriba de la escala social de ahí, no una *élite*, sino simplemente hombres más ricos y más ociosos, dueños de grandes fincas que nunca visitan, y de casas y palacios suntuosos donde llevan una vida vacía y ordinaria. Esas gentes, que podrían y deberían ser guías para los humildes y los desgraciados, por lo general rehuyen toda obligación. "La aristocracia—escribe Ortega y Gasset—había perdido toda capacidad creadora. No sólo se mostraba incapaz en la política, la administración y la guerra, sino que lo era también para renovar, o por lo menos para mantener con elegancia, las formas de la vida cotidiana. Dejó, pues, de ejercer la función principal de toda aristocracia: la ejemplaridad".

¿Cómo explicar ese descenso? Por la ignorancia o la deplorable educación de los jóvenes nobles confiados a preceptores vulgares o a domésticos aduladores y corruptores. Así, desprecian el trabajo: ejercer una profesión sería degradarse, y prefieren "comer un pedazo de pan seco a la sombra de un árbol genealógico". También ellos buscan distracciones vulgares y placeres groseros. Pasan el tiempo en los barrios bajos, donde se envilecen, y las señoras mismas no tardarán en buscar y proteger a comediantes y toreros. Se acercan los tiempos de los cartones para tapices del genial Goya.

¿Queda lugar para la burguesía entre las clases populares y los señores nobles? Más o menos ricos o activos, los burgueses prudentes se someten casi siempre a la tradición, que muchas veces es rutina. Los más importantes velan celosamente por los privilegios de las grandes corporaciones. Algunos se van interesando cada vez más por la vida pública, y parecen darse cuenta de que no tardará en llegar su hora. Los más humildes, detrás de sus mostradores, no piensan en semejantes cosas, sobre todo en las pequeñas poblaciones de provincia. Llevan una vida muy metódica, evocada de un modo pintoresco apenas teñido de ironía por Alarcón en su encantadora novela *El sombrero de tres picos*. El cuadro que pinta, un poco posterior a la fecha que nos interesa, no es sino más válido por eso mismo:

"Los notables seguían levantándose muy temprano, e iban a la catedral a oír la primera misa; se desayunaban a las nueve con un huevo frito, una taza de chocolate con unas rebanadas de pan frito; comían, entre las dos y las tres, el cocido y otro plato si había caza, y si no sólo el cocido. Después de la comida dormían la siesta, y en seguida salían a dar un paseo por el campo. En el crepúsculo, iban al rosario en su parroquia respectiva. A la hora de la oración tomaban otro chocolate, esta vez con bizcochos. Los más encopetados se reunían en casa del corregidor, del deán o del hidalgo que residían en la población. Se retiraban a sus casas al toque de ánimas; se cerraba la puerta antes del toque de retreta; se cenaba una ensalada y un plato cualquiera, si no habían llegado anchoítas frescas. Inmediatamente se acostaban con sus esposas (quienes la tenían, naturalmente), no sin antes hacerse calentar la cama durante nueve meses de los doce del año".

Si pasamos al clero, apenas si encontramos más motivos de consuelo. Sin duda, en el alto clero, muchos prelados ilustrados son bienhechores generosos que compadecen la miseria de los pobres, realizan mejoras materiales importantes en sus diócesis y desean una religión más interior, depurada de supersticiones groseras. Pero otros siguen obstinadamente aferrados al pasado y se

cuidan poco del bien público, si ha de creerse la severa reflexión del P. Isla contra los que "no tenían de obispo más que el nombre, el título, el sombrero verde y el hábito pavonáceo". Tal es, igualmente, el caso de muchos sacerdotes que no predicán con el ejemplo en lo relativo a la virtud y la instrucción; el de los canónigos cuya indolencia no parece ser sólo un tema literario; el de los frailes, dignos hermanos de fray Gerundio, creación de un jesuita que no tiene, es cierto, ninguna ternura especial para las otras órdenes religiosas. Pero todos, seculares y regulares, alimentan en sus fieles una fe robusta y a toda prueba que acoge sin pestañear, al lado de los misterios sagrados, falsos milagros y supersticiones.

Pobreza económica, pobreza espiritual en la gran masa del país. Tal es el espectáculo poco confortador que se ofrece a Carlos III al principio de su reinado y que hace tan fuerte contraste con el que presentaba el reino de las Dos Sicilias, que el monarca dejaba rico en mejoras sociales, políticas y económicas, lo mismo que en bellos monumentos.

En compensación, y a pesar de todas las insuficiencias y de todas las rutinas, iba a descubrir en España el más precioso de los bienes: la paz. Después del inquieto reinado de Felipe V, a quien había perturbado el espejismo del trono francés, Fernando VI había, en efecto, firmado el tratado de Aquisgrán y concertado acuerdos particulares con diversos países, principalmente con Inglaterra y Portugal. Gracias al principio inviolado de su política extranjera, una neutralidad hábilmente mantenida, y gracias a haber conservado el equilibrio entre sus dos ministros, Ensenada y Carvajal, el primero partidario de Francia y el segundo de Inglaterra, pudo conservarse el bien inapreciable de la paz.

Era pues, desde el punto de vista internacional, un legado magnífico el que recibía de su hermano el nuevo soberano de España. Y no era el único. Hay que reconocer, en buena justicia, que España en el reinado anterior, aunque manteniéndose fiel a la tradición original, había sido tímidamente orientada hacia los caminos recién abiertos en toda Europa. No, verosímilmente, por la voluntad de un rey enfermo, débil e indeciso, que arrastraba una existencia melancólica que sólo a veces lograba distraer el tenor italiano Farinelli. Ni por la de la reina, totalmente ocupada en sus fundaciones piadosas y en no inquietar a Francia, que sospechaba que aquella princesa portuguesa era amiga de los ingleses. Pero sí por la del marqués de la Ensenada. Inteligente y laborioso, cortesano hábil, lleno de simpatía, aficionado al lujo del indumento y de la casa, había adquirido justificada fama en los empleos de administración de la marina que había ocupado sucesivamente. Había puesto esas preciosas cualidades al servicio de Fernando VI,

a quien sirvió hasta la hora de la desgracia inmerecida, con la misma abnegación que a su padre Felipe V. Bajo su dirección, las medidas de orden económico revelan su constante preocupación por aumentar la prosperidad del país, ya por economías en la administración, ya por la confección del catastro que permitiría una repartición justa de los impuestos, ya por la reducción de los impuestos que gravaban la industria naciente, ya, en fin, por "grandes obras" para facilitar el intercambio entre las diferentes regiones, tales como las primeras leguas de la carretera de Madrid a La Coruña y una parte del canal de Tierra de Campos. Otros ensayos tímidos: cuatro obreros jóvenes, elegidos por su habilidad, fueron enviados a París para instruirse en el arte de algunas industrias de lujo. El ilustre marino Jorge Juan, sabio matemático además, fue a estudiar a Londres los últimos perfeccionamientos en la técnica de la construcción de barcos, y llevó a su país algunos especialistas.

El marqués prestaba una atención especial al desarrollo de la marina, no sólo porque quisiera, con esa fuerza, inspirar respeto a enemigos eventuales, sino por aumentar el comercio de la metrópoli con su vasto imperio colonial de América. Así, Jorge Juan y Antonio de Ulloa fueron encargados de estudiar la situación y señalar las debilidades de la administración colonial.

Con esa preocupación fundamental de desarrollar la prosperidad nacional, y una vez consolidada la paz —la paz, que, según él decía, debía ser "el objetivo central de la política real a donde debían ir todos los hilos de sus decisiones"—, Ensenada se ocupó en preparar el concordato de 1753, que, según se pensaba, debía regular con general satisfacción las relaciones entre España y Roma. En esta ocasión los principios regalistas, defendidos sobre todo por Mayans y Siscar, fueron puestos de nuevo sobre el tapete. Pero ni la negociación ni el tratado provocaron dificultades grandes, como bajo el reinado de Felipe V, que había cerrado durante varios años la nunciatura de Madrid, represalia tardía contra el soberano pontífice, que había reconocido como rey de España a su rival el archiduque de Austria.

Sería injusto, en fin, no señalar también el vivo movimiento de algunos espíritus, la dirección nueva que se prolongará y se intensificará después. Curiosidad científica, voluntad de buscar la verdad, de aceptar los hechos, de combatir el error material, los prejuicios morales y sociales: tal será la orientación decisiva que imprimirá a la marcha del pensamiento español el gran benedictino Feijoo. Ese interés por la observación y la experimentación caracterizará igualmente al ilustre médico Andrés Piquer, y la precisión y el sentido de lo real, las obras de Ward y de Bowler. Sus libros,

que de buena gana llamaríamos "libros bisagras", serán aún los brevarios de los dirigentes de la España de Carlos III, los libros de cabecera de los hombres cultivados, cuidadosos del progreso espiritual y material. Así, Aguado Bleye y Alcázar Molina tienen derecho a escribir, en una fórmula feliz: "El reinado de Fernando VI es como el pórtico del brillante reinado de Carlos III". En efecto, insensiblemente, como había dicho Ferrer del Río, se pasa del uno al otro sin choque violento, sin revolución. Está dado el impulso para que el nuevo monarca siga velando por el respeto a los derechos de regalía, por el desarrollo de la política económica y de la cultura científica y técnica. Pero esos dos mismos historiadores exageran cuando afirman que "Carlos III no creó ni una política interior ni una política exterior. El marqués de la Ensenada se las dio totalmente hechas". "Crear", si se entiende por eso partir de la nada, sin duda. Pero "totalmente hechas", seguramente que no, porque transformar, acentuar, perfeccionar con lucidez y pasión, inventar también e imaginar recetas para asegurar la felicidad y la grandeza de España, todo eso es cosa nueva y constituye la originalidad de la obra realizada bajo Carlos III.

SE observa ante todo un cambio de clima que acentúa de año en año la diferencia con el pasado. Lo mismo que una pintura académica aplastada por la proximidad de un Goya, la política del reinado anterior palidece al lado de los cálidos colores de la política actual, y las iniciativas de ayer parecen tímidas al lado de las de hoy, en las que una voluntad renovadora se afirma con vigor.

Las razones de esta atmósfera nueva son fácilmente discernibles; unas son internas y esencialmente españolas; otras son externas, y proceden de influencias extranjeras. Entre las primeras, la personalidad del rey, tan diferente de su hermanastro, triste e incierto, desempeña un papel de primer plano. Carlos III sabe lo que quiere, a pesar de lo que se haya dicho, y no podría repetirse sin injusticia que era juguete de sus consejeros y que sólo tenía competencia en cuestiones de caza. Se le ha comparado sin razón a un tendero virtuoso o a un "alcalde de barrio" cumplidor. Si la O.N.U. hubiera existido en tiempos de Menéndez y Pelayo, es más bien al secretario general de esa institución a quien hubiera debido compararlo, ya que Carlos representó, en diferentes ocasiones, el papel de árbitro internacional. Y que su acción directa se haya dejado sentir en España en las horas de las graves decisiones, no parece ya que se ponga en duda actualmente. Richard Herr no titubea en escribir: "Carlos, que era más inteligente y más persistente que sus predecesores, estaba decidido a completar la subor-

dinación de la Iglesia al trono que había dejado incompleta el concordato de 1753". Y antes que él había afirmado Morel Fatio: "No se había visto desde hacía mucho tiempo en el trono de Castilla un soberano tan decidido, tan dueño de sí y tan dueño de sus ministros". En efecto, ¿cómo hubiera podido el rey desentenderse de los problemas del gobierno después de haber presidido durante 25 años los destinos del reino de Nápoles con el fiel y audaz Tanucci a quien consultará hasta su muerte?

Carlos III supo rodearse de ministros y de auxiliares de calidad. Fiel a su gusto de operar progresivamente y sin sacudidas, conservó primero algunos extranjeros, entre ellos Esquilache, a quien había llevado de Nápoles. Pero después de exonerado éste, se rodeó de un equipo puramente español (con excepción de Grimaldi), para mayor satisfacción de su pueblo. Quienes lo constituían pudieron realizar grandes cosas por su energía, su inteligencia, su devoción a la persona real, su amor a España y su unidad de opiniones. Entre ellos era completo el acuerdo sobre los principios esenciales de la política. Había, ante todo, que afianzar la autoridad real amenazada sin cesar por las usurpaciones del papado y de la Inquisición. Lo cual no era, por lo demás, una ofensiva contra el sentimiento religioso tan profundamente arraigado en los españoles, sino la necesidad de delimitar claramente los derechos y los deberes de cada uno. Había después que restaurar, con una política liberal y moderna, la economía del país. Había, en fin, que elevar el nivel espiritual de los españoles y armarlos para la lucha por el progreso dotándolos de conocimientos precisos, prácticos, técnicos, "útiles".

Pero no basta formular principios, por excelentes que sean, para que resulten eficaces. Para triunfar de los obstáculos que iban a encontrar, que se interponían ya en su camino, los agentes ejecutivos de la política real debían tener fe, ser apóstoles. Y, en realidad, ya se tratase de los representantes oficiales del poder, en Madrid o en provincias, o de los hombres de buena voluntad consagrados al bien general que se imponen por tarea instruir al pueblo modesto de las ciudades y del campo, todos fueron cruzados de corazón generoso, misioneros inflamados por la grandeza de su tarea y llenos de la seguridad de triunfar. Su entusiasmo estalla en toda ocasión. Discursos, memorias, informes, comunicaciones, sermones, sin hablar de los grandes libros, se multiplican, dando testimonio de la fe nueva de aquellos hombres que son realizadores, y hasta realistas, pero a los que arrastra un verdadero misticismo patriótico como la pasión más exigente.

Su nuevo evangelio era el de la instrucción y la cultura, que deben ser los instrumentos de la regeneración de España (se en-

cuentran los mismos problemas en todas las épocas...). "Todos están persuadidos de la extrema importancia de la educación, que es sin disputa el fundamento de la felicidad pública", afirma documentalmente el vasco Ibáñez de la Rentería, en tanto que Jovellanos, más lírico, exclama: "¿Existe en la tierra algo más noble y más precioso que el saber?" Por su parte, Rubín de Celis asegura: "Todas las felicidades hacen cortejo a las ciencias", y el duque de Alba mismo pide a París que se le procure una obra en la que se estudien las relaciones entre la felicidad pública y la cultura (se trata de la de M. de Chastellux). La opinión es, pues, unánime: la cultura es una panacea.

Para conseguirla, es necesario, naturalmente, reorganizar la enseñanza en todos los grados, tarea tanto más necesaria cuanto que la expulsión de los jesuitas en 1767 (Carlos III siguió el ejemplo de Portugal y de Francia) creó un vacío que hay que apresurarse a llenar. Los colegios de los jesuitas eran numerosos y, aunque reservaban amplio espacio a la educación mundana, muy superiores a las mediocres "escuelas de latinidad" esparcidas por el país.

Para preservar a la juventud de una influencia que la Compañía desterrada quizás podría recobrar un día, ordenanzas reales establecen la manera de proveer las cátedras que habían quedado vacantes, así como los libros que debían utilizarse, y reorganizan radicalmente el colegio de San Isidro, de Madrid. Pero el gobierno va más lejos. Quiere transformar las escuelas "de primeras letras", tan miserables, y cuyos maestros, ignorantes y despreciados, reciben a veces pagas que no llegan a la mitad de las de los carceleros. Un embrión de Escuela Normal en Madrid para formar los maestros de la capital, la orden de abrir escuelas en las principales aglomeraciones, encuestas para evaluar las necesidades en lo relativo a clases y maestros: todo esto da testimonio de la preocupación y la buena voluntad de los ministros y del rey. ¿Fueron seguidas de efectos todas esas decisiones? Esta es otra cuestión. Pero no se ignoraba el problema, y se proponían soluciones en una abundante literatura pedagógica.

Por el contrario, en las universidades se aplicó vigorosamente el hierro candente, porque debían ser, según la fórmula de Olavide, "el taller en que se formarían los hombres que deben servir al Estado instruyendo y dirigiendo a la masa". Por lo tanto, los maestros de las facultades deben ser en primer lugar súbditos leales y defensores convencidos de los derechos de regalía. Deben ser además instruidos, ricos de conocimientos útiles, no de esas "s sofistiquerías" que tradicionalmente abrumaban bajo el patrocinio tabú de Aristóteles. "Es perder el tiempo y la cabeza fatigarse en

descubrimientos cuya utilidad es ínfima o nula". "Feliz será nuestra época si todo lo que se aprende tiende a la utilidad y al provecho del país". Tales son las fórmulas que se escuchan por todas partes. Campomanes, el apóstol de la técnica y de la enseñanza profesional, ¿no llega a decir —¡oh sacrilegio!— que la invención de la aguja de coser es más útil al género humano que la *Lógica* de Aristóteles? Pero es para afirmar en seguida con tristeza que "las glosas de los comentaristas de Aristóteles están más extendidas en España que las fábricas de agujas".

Almácigas de los altos empleados del Estado, los Colegios Mayores de espíritu retrógrado acabarán por ser destruidos. Reclutados entre los jóvenes nobles más influyentes, sin atender para nada a su mérito, eran la pesadilla de Azara, de Roda y de otros manteístas (alumnos becarios de los Colegios Menores) que hoy están en el poder. Gracias a ellos y a sus amigos, es un espíritu nuevo, orientado hacia las ciencias modernas, los trabajos prácticos y las técnicas útiles, el que tratará de animar en adelante las universidades y los colegios.

Paralelas a esta cruzada por la enseñanza, se imponen otras medidas. Para permitir la prosperidad del país, a las presiones paralizadoras del pasado debe sustituirlas una política de liberalismo económico. Dos años después que Turgot, Carlos III decreta la libre circulación de los cereales, y aun su exportación bajo determinadas reservas. En 1778 decide —medida revolucionaria— que en adelante puedan comerciar con América 12 puertos, siendo así que hasta entonces sólo Cádiz gozaba de ese privilegio; y se crean nuevas compañías de navegación, así como el Banco de San Carlos, gracias a lo cual los productos de la metrópoli encontrarán salidas y sus puertos saldrán de su somnolencia.

También se aprovecha de esa medida la industria naciente, estimulada por reducciones de los impuestos. Se desarrolla rápidamente en Cataluña, en donde toma vuelo la fabricación de telas de algodón. La industria del algodón no tarda en adelantar a las de la lana y la seda, en las que, no obstante, Valencia tiende a igualarse a Lyon. En Cataluña se instalan también molinos de papel. En el País Vasco vuelven a encenderse viejas herrerías, y en Asturias la explotación del carbón de piedra se intensifica de día en día.

Pero el Estado, rico en intenciones y proyectos, no puede realizarlos solo. Lo ayudarán en su tarea generosos mecenas, equipos entusiastas de espíritus abiertos, absolutamente afectos a su política cultural y que multiplicarán a través del país los cursos profesionales, los talleres y las bibliotecas. Ese fue el papel, cuya importancia no se repetirá nunca bastante, de las Sociedades de Amigos

del País, o Sociedades Económicas. La iniciativa de esas sociedades partió del País Vasco y corresponde el mérito de su creación al conde de Peñaflores. Espíritu fervoroso, curioso de todas las novedades—pero buen católico—, concibió la idea, recordando quizás las Academias regionales que había conocido en Francia, de agrupar a sus compatriotas más instruidos, más abiertos a las ideas nuevas, en reuniones de trabajo. En ellas se estudiarían los problemas económicos más urgentes de la España actual, se discutirían y se procuraría resolverlos. El resultado fue tal, que diez años más tarde, Campomanes daba a conocer al país aquella feliz empresa y sus beneficios, y aconsejaba vivamente su generalización. En una circular a las autoridades provinciales, acompañada de un ejemplar de su famoso *Discurso sobre el desarrollo de la industria popular*, manifestaba su deseo de que fuera imitada y perfeccionada.

La mayor parte de las ciudades, y aun algunas de importancia secundaria, acogieron aquella iniciativa con entusiasmo y se pusieron a trabajar con resolución. Las sociedades contaban con las cabezas mejores y más decididas, tanto eclesiásticas como laicas, burguesas como aristocráticas. Todos opinaban que su primera misión era instruir a los trabajadores, y en primer lugar a los trabajadores agrícolas. Así, pues, irán de la mano la enseñanza teórica y la enseñanza práctica. Por una parte, certámenes sobre asuntos relativos a los perfeccionamientos que había que introducir en ciertos medios de cultura o en tal o cual rama de la joven industria: seda en Valencia; lana en Valladolid; creación del célebre Colegio de enseñanza general de Vergara; organización de conferencias, públicas o privadas, sobre una ciencia nueva: química, botánica, y hasta la inquietante "Economía Civil", llamada después Economía Política y que no fue introducida sin provocar choques. Por otra parte, "lecciones de cosas", experiencias realizadas en los campos o los jardines ante los ojos de los agricultores, porque "los labradores, como dice Ward, no son gentes que lean... , así, el único medio de instruirlos es ejecutar ante sus ojos lo que se quiere que acepten y después llevarlos de la mano (si así puede decirse) para que ellos mismos lo ejecuten y comprueben los felices resultados". Creación de cursos de costura e hilado para las muchachas, de dibujo para los niños, como los de las "nobles artes" de Barcelona, que patrocinan los de las poblaciones vecinas; apertura de centros donde se "estudien las máquinas", el trabajo del lino, del cáñamo, de la lana, del algodón. Y paralelamente, lectura en la Sociedad de Madrid de una memoria sobre un proyecto de "escuelas patrióticas" y creación de varias, muy activas, como la de Zaragoza.

Las sociedades, en fin forman bibliotecas de obras españolas, pero también de obras extranjeras, en las cuales ocupa un buen lugar la *Encyclopedie*, pues aunque prohibida por la Inquisición, su lectura fue autorizada por los "amigos del país".

En suma, las Sociedades Económicas fueron agentes activos de progreso, e hicieron irradiar en todo el país las sugerencias o las órdenes de carácter económico que partían de Madrid y que tendían a elevar el nivel material y espiritual de España. Su creación, su desarrollo, que constituyen una de las cosas originales del reinado, honran en sumo grado al rey Carlos III y a sus consejeros. Felipe V había creado la Academia de la Lengua y la Academia de la Historia. A Carlos le tocó instituir, con el más hermoso de los títulos, las Sociedades de Amigos del País.

ESPAÑOLES —y hasta la médula, "por los cuatro costados"— lo eran el rey y sus consejeros. Pero no desconocían el resto del mundo y la presión del extranjero que se dejaba sentir más cada día. Con precaución, desde luego, la *élite* del país estaba dispuesta a sufrirla para no ir demasiado a remolque de las otras naciones, de Inglaterra y de Francia especialmente, pero también de Prusia, con un rey famoso, de Austria, entonces en plena evolución, sin hablar del Reino de las Dos Sicilias, cuyo ejemplo no podía serle indiferente.

España abría, pues, sus puertas. Había acogido a ministros irlandeses o italianos al llegar al poder Floridablanca. Aprovechaba los consejos de hombres de ciencia, de unas ciencias tan seguras como prácticas, tales como Bowler y Ward. El primero le revelaba sus riquezas mineras y el segundo hacía planes económicos precisos. Ingenieros extranjeros construían carreteras, canales y puertos. Se favorecía el establecimiento de negociantes, de fabricantes y hasta de simples obreros llegados de "tras los montes". Para atraerlos, se hacían alabar en los periódicos extranjeros la belleza y la fertilidad de la tierra de España, y se hacían esfuerzos para disipar "los temores ridículos e infundados a que daban origen la Inquisición y el predominio de los frailes", o el clima. Ya están muy lejos los tiempos en que el economista Martínez de la Mata lamentaba la presencia de 125,000 obreros extranjeros en estos términos: "Como hormigas, llegan sin nada de sus países y regresan cargados con sus ganancias". "Lamento que coman nuestro pan". En 1771, por el contrario, un importante decreto codifica y precisa las medidas adoptadas para proteger a los obreros, a los negociantes y a los fabricantes que se desea instalar en Madrid y en Cádiz sobre todo, pero también en Barcelona y en cierta medida

en todo el país: hoteleros y fondistas italianos, capataces alemanes en las regiones mineras, libreros, carroceros, cerrajeros artísticos, relojeros franceses, y hasta modistas, como las hermanas de Beaumarchais. Y no hablemos de los afiladores ambulantes, caldereros, vaciadores, jornaleros agrícolas temporales, que se dejan llamar "gabachos", pero que recaudan muchos reales. Hay que hacer especial mención de los colonos alemanes que fueron instalados en Sierra Morena, y después de otros recién llegados de diferentes países establecidos en la región de Ecija, donde el audaz Olavide quería realizar su gran designio de una zona rural modelo. Este importante asunto ha sido muy cuidadosamente estudiado recientemente por el profesor R. Carande y por M. Defourneaux. Finalmente, el soberano y sus cortesanos reciben también y regalan a artistas extranjeros, como Mengs, retratista oficial que gozaba de extremado favor, y el escultor francés Michel.

A la vez que se abre al extranjero, España también va a él. Los aristócratas siguen la moda del "grand tour", como decían los ingleses, y van a "visitar las capitales". Adolescentes de familias distinguidas, acompañados de preceptores en general bien elegidos, acuden a escuchar las lecciones del extranjero. Otros se hacen alumnos de nuestros colegios de Sorèze o del de los jesuitas de Toulouse. También fabricantes ricos e inteligentes van a pasar, por propia iniciativa, la frontera para tratar de descubrir nuevos perfeccionamientos en sus artes. Sus hijos harán lo mismo, a su vez. Pensionados del Estado, de organismos privados o de generosos mecenas—de las Sociedades Económicas en particular—van ya a Francia, con la mayor frecuencia, ya a Inglaterra, si son de la región de Santander. Estudiantes españoles asisten a los cursos de algunas de nuestras universidades. Montpellier atrae a los futuros médicos, y también Toulouse, pero en menor número. En París, los cursos sobre ciencias nuevas: botánica, química, historia natural, que se dan en el Jardín del Rey y en el Colegio Real, atraen, más que los de la Sorbona, a numerosos extranjeros. Grabadores, cartógrafos y artistas, pintores y escultores, salen también a perfeccionarse en nuestra capital o en Italia.

Estas permanencias en el extranjero ocupan a los espíritus curiosos y modernos, y en las gacetas numerosos artículos celebran la importancia y los beneficios de los viajes, pero insisten también en las precauciones que deben tomarse y en la necesidad de prepararlos bien. La utilidad debe ser siempre su finalidad suprema.

Por su parte, los diplomáticos desempeñan un papel activo en la transmisión a España de las novedades europeas, sea por su copiosa correspondencia con Madrid, sea por las relaciones personales que mantienen con los principales personajes de los países don-

de residen y que pueden poner en comunicación con sus compatriotas de paso. Informan a su gobierno de los chismes que corren por la ciudad, sin duda, pero también de las nuevas medidas económicas, de los descubrimientos técnicos, de las ideas nuevas que difunden los libros que acaban de aparecer, de los periódicos y de las conversaciones de salón. La "valija" es un maravilloso instrumento de contrabando para los libros o las cartas a los amigos, que por ese medio escapan a los ojos indiscretos de la Inquisición. La Embajada de París, para hablar sólo de ella, con el conde de Aranda, de proverbial prodigalidad, es un brillante centro de reuniones hispanofrancesas de donde salen para Madrid múltiples informaciones.

En los medios cultivados, el extranjero penetra también en España frecuente y profundamente por sus libros. Siempre que se descubre el catálogo de una biblioteca particular, llama la atención la abundancia de libros extranjeros, sobre todo franceses. Tuviémos hace poco la buena fortuna de conocer, gracias a dos excelentes hispanistas, G. Demerson y M. Defourneaux, las bibliotecas de Meléndez Valdés y de Olavide, y es muy importante en ambas el número de escritores nuestros. Y aun sucede, como ya lo había observado felizmente Paul Merimée, que los españoles utilizan de mejor gana las traducciones francesas que los textos originales.

Si es imposible hacer una lista completa de los libros introducidos durante el reinado de Carlos III, por lo menos pueden conocerse gran número de ellos gracias al Índice de 1789, que registra indiferentemente libros famosos y oscuros libelos, obras geniales o despreciables. Todos los que, en esa producción, representan los diversos aspectos del espíritu nuevo, son cuidadosamente proscritos. Y sin embargo, ¡allí están! Las bibliotecas particulares de los españoles ilustrados —y cada día son más numerosos— "están inundadas de ejemplares de Voltaire, de Rousseau, de Volney, de Dupuis", y de otros muchos. No puede uno menos de sonreír al pensar en los tesoros de ingenio desplegados para introducir subrepticamente tantos productos deletéreos.

Así se transformó bajo la influencia del extranjero, pero gracias al espíritu decidido y comprensivo de los dirigentes españoles, la atmósfera del país. Se multiplicaron las grandes obras públicas; de Madrid salen carreteras hacia las provincias, símbolo de la inspiración centralizadora del poder real, y a lo largo de la costa del Mediterráneo hacia Francia, símbolo de la búsqueda de lo extranjero; canales cuyas obras vuelven a emprenderse activamente, como el de Aragón, confiado al canónigo Pignatelli; el arsenal y el puerto del Ferrol. Nobles edificios que vuelven la espalda al churrigüe-

resco para adoptar un clasicismo nuevo, serio, como los directores del país, se elevan en muchos puntos del territorio, sobre todo en Madrid, donde San Francisco el Grande y el Palacio de la Aduana, así como la plaza de toros de Sevilla, revelan la diversidad y el eclecticismo de los constructores del reino.

Una enumeración más larga sería fastidiosa. Podrá medirse la importancia de las grandes obras públicas y privadas y la grandeza de los edificios nuevos de esta época consultando a los historiadores clásicos y a los historiadores del arte.

Pero todos esos progresos no se realizaban sin choques ni resistencias, y ha podido hablarse con exactitud de la "oposición conservadora" y de "victorias difíciles". Son, en efecto, demasiadas las gentes que se sienten amenazadas por las "novedades" en su confortable situación, en sus privilegios y en su tradicional manera de pensar. No es difícil imaginarse que no son las gentes humildes del campo y de las ciudades las que animan esa oposición; masa grande y pesada indiferente a los combates que se riñen por encima de ella, las disputas entre los partidarios de Pedro Romero y de Costillares le parecen más apasionantes que las relativas a las ciencias útiles o a los derechos de regalía, cosas de las cuales no tiene, por cierto, ni la menor idea. Pero la oposición se recluta con frecuencia en las clases más elevadas, entre gentes que, "respetables por su estado y sus empleos, se alían a la plebe de los ignorantes". "La capital—dice Jovellanos—está llena de esas gentes que, enemigas *a priori* de toda novedad y partidarias de la ignorancia y de la pereza, murmuran en secreto contra nuestro cielo" (el de la Sociedad Económica). También ellos tienen pretensiones a la cultura, pero una cultura a su medida, que deben a la venerable escolástica, a la que siguen escrupulosamente afeerrados. Esa oposición tiene por divisa "Patria, Moral y Religión", y se desencadena en artículos de periódico, en libelos, folletos, sermones y cartas pastorales que atacan sin cesar a los audaces y a los perversos, sin hablar de los gruesos tratados de los teólogos, "libros pararrayos" contra la impiedad que penetra en España.

Esa oposición cuenta con una potencia siempre temible, la Inquisición, capaz de armar todavía un proceso resonante, como el de Olavide. Sin embargo, desde que llegó a España, Carlos III le hizo ver que pretendía ser obedecido: desterró de Madrid al gran inquisidor, que sin autorización suya había publicado la condena papal del catecismo de Mesengui. Y el gran inquisidor se sometió humildemente, si no sinceramente.

Agentes clandestinos y eficaces de la oposición a los ojos del gobierno, los jesuitas no son mejor tratados. Se sospecha que no fueron ajenos al motín de Esquilache ni a los desórdenes que esta-

llaron a continuación en varias ciudades de provincia. Se les acusa de haber inspirado al venerable obispo de Cuenca una carta al confesor de Carlos en la que decía que España se precipitaba a su ruina. Y el prelado, llamado a Madrid, fue debidamente sermoneado. En cambio, el rey se obstina en pedir la canonización de Palafox, obispo de Puebla de los Angeles que luchó contra la Compañía. Sabido es cómo terminó la contienda. Carlos III, enfurecido por una carta atribuida al P. Ricci, general de la Orden, en que decía que el rey era hijo de Alberoni, y no de Felipe V, ordenó la expulsión de los jesuitas en 1767 y no cesó hasta que consiguió que el Papa Clemente XIV, tras muchos titubeos y aplazamientos, decretase la extinción de la Sociedad de Jesús.

Pero a la Inquisición y a los jesuitas hay que sumar una buena parte del alto clero y de la nobleza. El primero, secular o regular, se inquieta mucho por la actuación y los proyectos de Campomanes, cuyo libro de 1765, *Regalía de la amortización*, le parece temible para lo futuro. ¿No anunciaba la supresión final de los bienes de manos muertas? Parte importante de la aristocracia pequeña o grande tiene temores idénticos, pues Campomanes señalaba entre los abusos contrarios a una buena economía los daños del régimen de mayorazgos, tan numerosos y tan perjudiciales para el país. Quedan aún, entre los opositores, los grandes ganaderos de la Mesta y las grandes corporaciones de comerciantes ricos. Contra éstos se dictaron órdenes contradictorias que negaban o limitaban sus derechos, para restablecerlos en seguida, y el asunto andaba lejos de estar resuelto al terminar el reinado.

La política exterior del reinado es criticada con no menor aspereza: se considera al rey entregado a Francia atado de pies y manos después de la firma del Pacto de Familia de 1761. Se lamenta el triste final de la guerra con Inglaterra, en que ésta tomó La Habana y Manila; y el Tratado de Versalles, del cual lo menos que puede decirse es que no refuerza el prestigio de España. También se lamentan, a pesar de la conquista de la Isla de Sacramento, la larga campaña de Portugal y la ayuda, muy prudente sin embargo, prestada por el gobierno a las colonias americanas rebeldes contra Inglaterra, pero cuyo ejemplo podrían seguir las colonias españolas. Causan indignación la desdichada expedición de Argel y el sitio de Gibraltar, que fracasó dos veces: la primera, después de la derrota de la escuadra delante de Cádiz, la segunda más tarde, a pesar de las "bombas flotantes" de invención francesa. Se añoran los tiempos felices en que reinaba la paz bajo el cetro de Fernando VI.

Y se olvidan injustamente el mejoramiento de las relaciones con Marruecos; los éxitos de Pensacola y de la Florida, en América;

las ventajas concedidas a España, a pesar de todo, en el Tratado de Versalles.

¿QUÉ conclusión sacar sino que verdaderamente existían dos Españas frente a frente? La que llevaba valerosamente al país hacia el progreso, y la que se oponía a toda marcha hacia adelante. Ya el marqués de Peñaflores se había dado plena cuenta de esto cuando escribía de los dos grupos a quienes enfrentaba una formación intelectual antinómica: "Fuimos alimentados con dos leches totalmente diferentes: la del peripatetismo y la del neoterismo". La penetrante observación del sabio Julio Rey Pastor sobre los matemáticos divididos en nuestros días en dos grupos contrarios, podría también aplicarse a la España de Carlos III, a la España de siempre: "El primer [grupo] comprende los hombres modernos, es decir, amigos del progreso, que se han dado cuenta más o menos exactamente de nuestra posición y desean vivamente mejorarla. El segundo está constituido por los que niegan la necesidad de ese progreso. . . amigos de la penumbra crepuscular como los murciélagos, no toleran que un rayo de luz ilumine su oscura y cómoda posición, obligándolos quizás a salir de ella".

Y Ortega escribe de su país en el siglo XVIII: "Toda España estaba dividida en dos grandes partidos: de un lado, la inmensa mayoría de la nación, hundida en lo 'castizo' de que estaba impregnada y era entusiasta; del otro, algunos grupos de contingente numéricamente reducido, pero constituidos por hombres más valiosos, nobles, hombres de ciencia, gobernantes y administradores, educados en las ideas y los gustos franceses que reinaban en toda Europa y para quienes las costumbres populares españolas eran una ignominia. El choque entre los dos partidos fue duro y grave".

Pero el balance sigue siendo positivo para las fuerzas del progreso. Se justifican la alabanza, y hasta el ditirambo, ante tanto fervor, tantos esfuerzos y tanta eficacia. Lo que no impide, desgraciadamente, que ciertos historiadores denigren este fausto período de la historia española.

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA DE 1931

Por Manuel TUÑÓN DE LARA

EN la fría madrugada del 26 de enero de 1930, un dictador militar a la vieja usanza, don Miguel Primo de Rivera, cometía el error personal de creer que los mandos militares lo apoyaban aún, cuando ya a las fuerzas oligárquicas del país les parecía peligroso su mantenimiento en el poder: y sin más pensarlo les lanzó aquella notita recabando su confianza a la que respondieron los capitanes generales reiterándosela al Rey y a la Monarquía, pero en modo alguno al ya gastado dictador.

No había nada qué hacer. Y Primo de Rivera debía saberlo, puesto que ya dos meses antes, en una cacería en los cotos del Duque de Peñaranda en Navalperal, se le había intentado convencer de que cediese el mando al Duque de Alba. El 2 de enero, el Rey le había rechazado prácticamente sus proyectos políticos. Y por si acaso se resistía, la más heterogénea conspiración se fraguaba en torno al gobierno militar de Cádiz, ejercido por el general Goded. En verdad se trataba, más que de conspiración, de presión ejercida sobre el dictador con el beneplácito de los medios palaciegos, puesto que el Infante don Carlos, capitán general de Andalucía lo sabía todo y sería vano pensar que Alfonso XIII no estaba al corriente. Brujuleaban en la conjura "constitucionalistas" como Melquiades Alvarez y Miguel Villanueva y se impacientaba en las encrucijadas del complot el demagogo Ramón Franco.

La realidad era que la oligarquía monopolizadora del poder, de las riquezas y hasta del nombre de España, había decidido el "relevo" del hombre utilizado para salir del atolladero en 1923 y el retorno a las formas pseudo-liberales del régimen, con el firme propósito de conservar sus posiciones de privilegio en los distintos planos de la vida nacional. La baja de la peseta, la inflación producida por los gastos improductivos y por un desatinado ensayo de capitalismo de Estado, acabaron de soliviantar a las clases poseedoras españolas. Por añadidura, el *crak* internacional de 1929 había engendrado la más aterradora crisis económica en el mundo, y si la producción española de dicho año fue óptima, nadie ignoraba que el panorama para 1930 era ensombrecedor y que no podía abordársele en plena francachela de la desacreditada dictadura.

La Unión Patriótica había fracasado como partido político; la universidad estaba ya en franca colisión con la dictadura. No eran tan sólo las frecuentes huelgas estudiantiles, sino también la actitud de neta oposición adoptada por los profesores, cuyo magisterio tenía más amplias resonancias. Añádase que la absolución de Sánchez-Guerra (juzgado por su tentativa de pronunciamiento torpedeada por la defección de Castro Girona un año antes), la rebaja de penas a los artilleros sublevados en Ciudad Real, etc., mostraba la existencia de una seria oposición conservadora, mientras que las organizaciones republicanas recobraban vigor clandestino, los cuadros intactos de la U.G.T. se aprestaban para nuevas etapas y la C.N.T. tanto movía sus grupos clandestinos como enlazaba con jóvenes oficiales de ideas tan generosas como confusas.

Aquello no podía seguir así. Y cuando el 28 de enero penetró Primo de Rivera en la cámara regia para presentar su dimisión, Alfonso XIII se ocupaba de decir al Conde de los Andes qué era preciso decirle al quebrantado dictador para que comprendiese que la única solución era tomar la puerta.

Así lo había comprendido. La oligarquía iba a respirar, pues según sus conspicuos bastaría con reagrupar en torno al trono a unos gobernantes fieles encargados de encarrilar otra vez al país por la vía de la Constitución de 1876 con el menor número posible de platos rotos.

Se echó mano del general don Dámaso Berenguer, del que se hizo valer su fidelidad al trono que prevaleció sobre las sombras de su responsabilidad en la rota de Annual: cuatro políticos conservadores, el inevitable Duque de Alba, un general a Gobernación y un militar "africano", Mola, a la Dirección de Seguridad. Iba a comenzar la "liberalización" y ...aquí no había pasado nada.

Tremendo error: el de las clases dominantes. Bajo el silencio aparente de la dictadura habían ido madurando nuevas fuerzas de la política española. La progresión capitalista había hecho más fuerte y numerosa a la clase obrera; la experiencia de la dictadura y los intercambios internacionales habían dado conciencia a buena parte de las clases medias de la necesidad de barrer del suelo nacional cualquier manifestación del poder aristocrático y de instituciones con regusto medieval. Y no faltaba una parte de la burguesía industrial que, deseosa de acabar con la oligarquía, se daba cuenta de que ésta se parapetaba tras la institución monárquica. No era éste el punto de vista de los representantes políticos de la oligarquía: Cambó y Ventosa pensaban que la solución era apoyar a la monarquía. Posición análoga a la de Romanones, Bugallal, Honorio y Gabriel Maura, etc. Los grandes de España se expre-

saban por boca del Duque de Alba. Los grandes financieros eran de la misma opinión.

En estas condiciones, al comenzar el segundo mes de 1930, el palacio general Berenguer iniciaba su "experiencia". La oligarquía la creía posible. Prueba de ello es que en 1930 aumentan las cuentas corrientes, los créditos y los capitales en la banca privada. Verdad es que el número de sociedades anónimas constituidas baja radicalmente, pero esto debe atribuirse a la crisis económica mundial que rarificaba los mercados: nuestro comercio exterior, tanto de exportación como de importación bajó en 25% en 1930. y en cuanto la exportación de mineral de hierro—la más afectada por la crisis—desciende al 72% de los *stocks*.

Pese a lo dicho, la mayoría del país, al derribarse algunos de los pivotes que apuntalaban el andamiaje político de la dictadura—amnistía, autorización de actos políticos, legalidad de grupos políticos y sindicales y, por fin, en el mes de septiembre, supresión de la censura—va tomando conciencia de sus posibilidades de acción, de la necesidad de que el proceso de democratización no se detenga en unas cuantas medidas de forma, sino que vaya hasta sus máximas consecuencias en la organización del Estado; igualmente, se produce un vigoroso empujón de la acción reivindicativa de la clase obrera agrupada principalmente en sus sindicatos U.G.T. y C.N.T. En junio de 1930 se declara la huelga general en Sevilla, Málaga y Granada y en Vizcaya paran el trabajo 8,000 mineros. En los meses posteriores habrá huelgas generales en Bilbao, Madrid, Barcelona y Valencia, de carácter netamente político.

La mayoría de los grupos de oposición comprendían la necesidad de coordinar la acción a fin de transformar la crisis política por que atravesaba el régimen en su liquidación total y su sustitución por una república democrática. Miguel Maura se había declarado republicano el 20 de enero y el ex ministro liberal, Niceto Alcalá Zamora, hacía lo mismo en su famoso mitin de Valencia del 13 de abril. Ossorio y Gallardo se proclamaba "monárquico sin rey". Estas adhesiones a la causa republicana parecían señalar que buen número de conservadores y de personas de las clases superiores preferían optar por la república, seguros de que la ruina del régimen era inevitable, con vistas a que el cambio institucional no significase una revolución radical en las estructuras socio-económicas. Si esto fue seguramente verdad en cuanto a determinados grupos y personas, también es cierto que las clases poseedoras, y sobre todo los miembros de la oligarquía terrateniente y financiera, conservaron hasta el último momento la esperanza de mantener la monarquía con tal sólo realizar "un revoco de fachada". El más leve examen sociológico muestra la coopera-

ción que los miembros de esa oligarquía prestaron a los últimos gobiernos de Alfonso XIII. Por el contrario, el paso al campo republicano de políticos moderados estimuló a buen número de comerciantes e industriales de tipo medio, funcionarios, etc., que perdían así su temor ante la sacudida revolucionaria que siempre les habían pintado con trazos apocalípticos. Pero sin duda fue más grande la influencia de la posición republicana adoptada por los intelectuales de mayor prestigio: Ortega y Gasset, Unamuno, Mañón, Sánchez Román, Pérez de Ayala, Machado, Jiménez de Asúa, Sánchez Albornoz, etc. La llegada a Madrid el 1º de mayo de don Miguel de Unamuno, dio lugar al despliegue de muchedumbres por las calles de la capital en proporciones hasta entonces desconocidas. Estudiantes y obreros actuaban conjuntamente. Unamuno habló en el Ateneo y en el cine Europa ante multitudes enfervorizadas. Esta acción era apoyada por la huelga estudiantil en las principales universidades de España; menudearon los choques con la fuerza pública que, el 5 de mayo, causó un muerto y varios heridos en la madrileña Facultad de San Carlos. El general Mola, en sus famosos libros de *Memorias*, explica así el hecho:

y a tal extremo llegó la acometividad de los revoltosos, que la fuerza,—al frente de la cual se encontraba un jefe— se vió en la imprescindible necesidad de defenderse haciendo uso de sus armas, rechazando al grupo, que fue perseguido hasta refugiarse en San Carlos...

La prosa policíaca es siempre igual, a través de los tiempos. Y las medidas también se parecen mucho. El 7 de mayo, el "peligroso agitador" don Miguel de Unamuno era invitado por la policía a tomar el tren y regresar a su domicilio de Salamanca.

Todo inútil: las huelgas se sucedían por doquier, y en ellas desempeñaba papel muy importante la C.N.T. Al otro lado del abanico político, instituciones como el Colegio de Abogados cambiaban el fusil de hombro para pasar al campo republicano. Las vacilaciones de políticos tan conservadores como Sánchez-Guerra o los del grupo "constitucionalista" (Melquiades Alvarez, Villanueva, Bergamín, Burgos, Mazo) confirmaban que los soportes del régimen crujendo uno tras otro indicaban la inminencia del derrumbamiento total.

Este conjunto de acontecimientos que denotaba la existencia de una opinión pública propicia al cambio de régimen, estimularon la acción de los grupos republicanos que, convencidos de la urgencia de coordinar sus esfuerzos—como decíamos más arriba—en-

tablaron una serie de conversaciones, cuya culminación fue la reunión habida en San Sebastián el 17 de agosto de 1930, en la que participaron todos los grupos republicanos, los distintos sectores de la izquierda catalana, y a título personal pero que pronto serían refrendados por su partido, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos. De esa reunión surgió el tan traído y llevado "Pacto de San Sebastián", que era un acuerdo verbal sobre unas cuestiones de base—y entre ellas las relaciones entre Cataluña y el futuro poder central—y el nombramiento del llamado Comité Revolucionario encargado de preparar una acción violenta contra la monarquía. Sólo quedaban al margen de dicho Pacto el vasto sector anarcosindicalista y el muy reducido comunista aunque, sin embargo, por vía indirecta cooperaron en la acción encaminada al movimiento revolucionario, utilizando la C.N.T. los contactos que tenía con numerosos oficiales jóvenes.

Un mes después, el 28 de septiembre, el mitin republicano en la Plaza de Toros de Madrid (la vieja, en cuyo emplazamiento existe hoy el llamado Palacio de los Deportes) dio lugar a la más impresionante demostración democrática de masas que se había conocido por aquellos años.

España había entrado de lleno en un proceso irreversible. Buena prueba de ello fue que, cuando el 14 de noviembre la fuerza pública dispara sobre el cortejo fúnebre de los obreros muertos en un derrumbamiento de la calle Alfonso Cano, causando dos muertos y cuarenta y nueve heridos, se declara una huelga general, que paraliza Madrid por dos días (y es seguida por otra semejante en Barcelona) por los sindicatos de la capital sin que el Comité Revolucionario tuviera arte ni parte en aquella demostración. 8,000 guardias civiles y policías movilizados por el Gobierno, solamente en Madrid, resultaron impotentes. Tan impotentes como el vacilante aparato estatal a quien se le escapaban los comandantes Franco y Reyes de prisiones militares y que, atemorizado por la tormenta que se avecinaba sólo conseguía detenciones aisladas como la del capitán Sancho (que morirá meses después a causa de su prisión en Montjuich) o armar pistoleros a sueldo de los patronos como quedó probado en el caso de la "Unión Naval de Levante" con motivo de la huelga general de Valencia. En pocas palabras, el gobierno—que tiene una crisis parcial a fines de noviembre— y los órganos del Estado que manejaba, estaban literalmente desbordados por la marea revolucionaria. Se produce entonces en España un fenómeno nuevo, que durará tan sólo ocho o nueve años: la "politización" de la mayoría del país, el hecho de que cada cual toma interés por los asuntos del Estado y los considera como cosa propia, de que el término "política" deja de ser

utilizado en sentido peyorativo para indicar ahora una actividad a la que ningún español puede ser ajeno. Sólo teniendo en cuenta este fenómeno en la conciencia colectiva de los españoles podrán explicarse los historiadores futuros el alcance de los acontecimientos vividos como protagonista por el pueblo español entre 1930 y 1939.

En estas condiciones y cuando el comité republicano-socialista (que había ya constituido en la clandestinidad lo que sería el Gobierno provisional) se produce la sublevación de Jaca, el día 12 de diciembre. No es este el lugar de examinar cómo fue posible que ese movimiento, en el que colaboraron hasta hombres civiles venidos expresamente de Madrid (lo que denota que tenían más fe en lo que pasase en Jaca que en lo que pudiera acontecer el día 15 en Madrid) se produjo con cuarenta y ocho horas de antelación. Conviene no obstante recordar lo antedicho: la coordinación de algunos sectores con el comité revolucionario era indirecta, en sentido orgánico y en sentido político. Pero dejemos aquí la cuestión de si hubo o no acciones revolucionarias paralelas y bástenos con recordar que tras 24 horas de progresión muy lenta, las fuerzas mandadas por Galán perdieron la ventaja de la sorpresa y fueron deshechadas por las tropas gubernamentales que mandaba el general Dolla a la altura de Cillas. Fermín Galán y el teniente García Hernández, que se entregaron voluntariamente al alcalde de un pueblo inmediato, fueron fusilados tras juicio sumarísimo a las dos de la tarde del día 14 de diciembre. Fue en vano que Ossorio y Gallardo, decano del Colegio de Abogados, se dirigiese en vehemente carta a Berenguer, pidiéndole que no hubiese penas capitales. Gobierno y Monarca se escudaron en que nada les había consultado el capitán general de la región. Punto es éste oscuro y debatido sobre el que los historiadores tendrán ocasión de volver. El caso es que en la madrugada del día 14 eran detenidos, en Madrid, todos los miembros del comité revolucionario que no fueron lo bastante diligentes para ponerse a salvo. Para el lunes 15 estaba previsto el movimiento en todo el país en el que debían participar numerosos militares con mando. Pero mientras tanto, el Gobierno estaba prevenido y, además de establecer la censura de prensa, ordenaba una serie de detenciones en provincias, si bien es verdad que no todas fueron llevadas a efecto, lo que hizo escribir más tarde a Mola: "la actuación de la Policía con motivo de estos servicios sólo censuras merece". Sin embargo, la guardia civil, reforzada con números procedentes de provincias, quedó acuartelada en Madrid.

Y se produjo así, la sublevación militar del aeródromo de Cuatro Vientos, el día 15 de diciembre, liquidada antes de la una

de la tarde del mismo día. Los restantes militares comprometidos juzgaron más "prudente" desentenderse del movimiento. Mientras tanto, los madrileños iban a su trabajo habitual y se limitaban a comentar las octavillas lanzadas desde su avión por Ramón Franco. Mucho se ha discutido sobre cuál fue la razón de que los sindicatos madrileños no se sumasen al movimiento del 15 de diciembre, y hasta parece ser que a media mañana del 15 se dieron órdenes para ello en la Casa del Pueblo (cosa absurda porque no se puede decidir una huelga cuando los obreros llevaban ya varias horas trabajando). Pero la mayoría de protagonistas y testigos parecen coincidir en que era criterio de las organizaciones socialistas y de la U.G.T. el de declarar la huelga tan sólo si los militares iniciaban su pronunciamiento. En un reciente libro de Andrés Saborit sobre Besteiro se confirma esta tesis, y al hablar del trabajo realizado en octubre de 1930, se refiere a que "la huelga general no estallaría en ninguna parte, sino cuando las tropas hubiesen salido a la calle a proclamar la República...", criterio que, naturalmente, convertía a la clase obrera en simple fuerza de apoyo de la burguesía privándola de ejercer su peso político y una función dirigente en la revolución democrática. Se trataba de la repetición del criterio de los mencheviques rusos en su polémica con los bolcheviques durante los años 1902-1905. Por consiguiente, me parece anecdótico y nada decisivo si Caballero comunicó o no a las Ejecutivas la fecha exacta del movimiento y si en la Casa del Pueblo se saltaron o no a la torera, en la mañana del 15 las instrucciones de Besteiro.

Sin embargo, fueron muchas las capitales de provincia en que la huelga se produjo: Bilbao, La Coruña, Santander, Zaragoza, Jaén, Huelva, Salamanca, León etc., así como en Gijón. En Alicante la huelga se extendió durante tres días a toda la provincia; en Aspe y otros pueblos fue proclamada momentáneamente la República así como en Gallur (Zaragoza). Pero el movimiento estaba prácticamente descabezado en su dirección y casi se podía decir que en la tarde del 15 había tres centros de dirección: los miembros del Comité revolucionario que no habían sido apresados (ocupados naturalmente en evitar su detención), la directiva de la U.G.T. y la de la C.N.T.

Que el movimiento tenía que ser considerado más bien como batalla parcial lo demostraba el hecho de que el manifiesto del Comité revolucionario, difundido a mano el 15, sólo pudo ser difundido impreso hasta el 21 de diciembre.

El Gobierno declaró ilegal la C.N.T., trajo una bandera de la Legión a Valencia y otra, que iba a Madrid para relevar a la guardia civil, fue desviada hacia Alicante desde Alcázar de San Juan.

Como se ve, el método de emplear fuerzas coloniales tiene sus precedentes.

De nada sirvieron las medidas represivas, porque el Estado monárquico estaba en plena descomposición y el ingreso en la cárcel de dirigentes republicanos y socialistas no hizo más que acrecentar su popularidad.

Llega el momento en que los políticos más representativos de la oligarquía estiman que Berenguer va al fracaso convocando elecciones y que son ellos quienes deben tomar el asunto entre las manos: el Conde de Romanones dirige esa operación. El Rey se convence de que la única salida es ponerse en manos de políticos de las clases dominantes que convoquen unas cortes constituyentes y desvíen la marea revolucionaria. Sánchez-Guerra recibe este difícil encargo, el 16 de febrero de 1931. Los miembros del Comité revolucionario rechazaron, en el locutorio de la cárcel modelo, las propuestas de participación de Sánchez-Guerra. Este sólo pudo ofrecer al rey una lista con Bergamín en Gobernación, Melquiades Álvarez en Justicia, Chapaprieta en Economía, Goded en Guerra. . . Romanones, Bugallal, Cambó, etc., torpedeaban desde la derecha el proyecto. Este no era pues, viable, en el momento en que las manifestaciones se sucedían en las calles. La oligarquía temía que fuese el fin de todo y la prensa de derecha no vaciló en atacar el proyecto Sánchez-Guerra.

Los curanderos del régimen, representantes de la oligarquía, dieron entonces la receta del Gobierno Aznar, presidido por este inocuo marino, pero dirigido en verdad por Romanones. Fue éste en unión del duque de Maura, La Cierva, García Prieto y un representante de Cambó (Bertrán y Musitu, aunque el ministro fue luego Ventosa) quienes confeccionaron en diversos secreteos el gobierno que dieron al Rey como fórmula de salvación. En él entraba otro representante de la oligarquía, el Marqués de Hoyos, grande de España, terrateniente y palaciego.

Este gobierno tenía en realidad el programa de "aquí no ha pasado nada", y, siguiendo el criterio de Romanones, decidió comenzar por la convocatoria de elecciones municipales, en la firme creencia de que las redes del cacicato le permitirían asegurar una mayoría monárquica, que facilitaría grandemente el triunfo en las elecciones provinciales y legislativas. Desde las primeras semanas, el gobierno realizó sondeos para evitarse sorpresas desagradables, como queda confirmado en las *Memorias* del Marqués de Hoyos recientemente publicadas.

Los acontecimientos no parecían confirmar el optimismo de los gobernantes: el 23 de marzo, los miembros del Comité revolucionario, eran condenados a la pena irrisoria de seis meses y un

día, y puestos inmediatamente en libertad. En cambio, el día 13, había sido condenado a muerte por un consejo de guerra el capitán Sediles, a causa de su participación en la sublevación de Jaca. Las organizaciones políticas, sindicales y la F.U.E. en nombre de los estudiantes, replicaron vigorosamente por medio de manifestaciones de protesta. Estas manifestaciones que entroncaban con la huelga estudiantil fueron origen del violento choque entre estudiantes y fuerza pública (ésta mandada por Mola), el 25 de marzo que ha pasado a la historia con el nombre "batalla de San Carlos".

Desde luego, Sediles fue indultado y el desarrollo de los acontecimientos hacía comprender al menos perspicaz que el Estado monárquico apenas tenía ya algunos resortes en buen funcionamiento. Había que poseer un optimismo a prueba de bomba, para afirmar, como lo hacían *El Debate* y el *ABC* del 11 de abril, que las elecciones constituirían un brillante triunfo de las candidaturas monárquicas.

No es mi propósito relatar aquí las memorables jornadas del 12 al 14 de abril de 1931, el impulso popular que hizo posible la proclamación de la República, las vacilaciones de ministros y grandes de España y generales, impotentes ante el torrente popular y la ocupación pacífica del poder por el gobierno provisional de la República en la tarde del día 14.

Creo preferible limitarme al simple enunciado de breves datos y de algunos testimonios de relieve.

En Madrid la conjunción republicano-socialista obtenía 91,898 votos contra 33,884 de los monárquicos. En Barcelona, las candidaturas republicanas ganaban por 89,285 votos contra 28,137 de los monárquicos. La victoria republicano-socialista era total y aplastante en Albacete, Alicante, Almería, Badajoz, Cáceres, Castellón, Ciudad Real, Córdoba, La Coruña, Granada, Guadalajara (esto fue definitivo para Romanones), San Sebastián, Huelva, Huesca, Jaén, León, Lérida, Logroño, Málaga, Murcia (La Cierva no quería creerlo), Orense, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Santander, Segovia, Sevilla, Tarragona, Teruel, Toledo, Valencia, Valladolid, Bilbao, Zamora y Zaragoza, así como en las dos capitales de Canarias.

El Conde de Romanones declaraba aquella tarde a los periodistas:

"Nada, señores. El resultado de la elección no puede ser más deplorable para nosotros los monárquicos. Esta es la verdad y hay que decirla, porque sería inútil y contraproducente escamotearla o tergiversarla".

Quiso, sin embargo, el Conde al día siguiente, proclamar el estado de guerra. Todo en vano: el Marqués de Hoyos ha dejado

escrito: "...Mola y yo nos debatíamos inútilmente para que esta fuerza (la fuerza pública) mantuviera el orden y redujera a los manifestantes". Según Mola, las fuerzas de policía, los servicios secretos y la propia guardia civil no obedecían y estaban en plena descomposición. "La Monarquía, de hecho, no existía ya".

El día 14 por la mañana la República se proclamaba en Eibar, Valencia, Sevilla, Oviedo, Zaragoza... A la una y media de la tarde Companys izaba la bandera republicana en el Ayuntamiento de Barcelona.

En aquella tarde ocurre algo sobre lo que los partidarios de la monarquía y los derechistas en general han insistido mucho por considerarlo como determinante: la visita de Sanjurjo a Miguel Maura para ponerse a las órdenes del Gobierno provisional de la República. En realidad —y Miguel Maura lo ha explicado en su reciente libro *Así cayó Alfonso XIII*—, cuando Sanjurjo tomó esa decisión ya sabía que el rey había preparado su salida de Madrid a media mañana y que la guardia civil de servicio en Gobernación se negaba a despejar la Puerta del Sol. El director de la guardia civil que el 17 de diciembre había felicitado a sus hombres por la represión del movimiento revolucionario, que el día 12 de abril por la tarde no quería comprometerse demasiado con los ministros (las versiones de Romanones, del Duque de Maura y del Marqués de Hoyos difieren en los detalles, pero no en lo esencial), daba su lanzada al moro muerto y afirmaba sus posiciones.

La República la había traído el pueblo. Con sumo candor, es verdad.

Y por ello, junto a testimonios de los albaceas testamentarios del régimen, junto a las palabras de Miguel Maura que dice lo necesario que era "viendo lo pacíficamente que se desarrollaban hasta entonces los acontecimientos" que hubiese Gobierno de la República antes de la noche del día 14, porque "cualquier incidente desgraciado e involuntario podía desencadenar la violencia de la masa...", no puedo por menos de recordar la evocación hecha seis años más tarde, por el sencillo profesor que izó la bandera republicana en el Ayuntamiento de Segovia: don Antonio Machado.

Con las primeras hojas de los chopos y las últimas flores de los almendros, la primavera traía a nuestra República de la mano. La naturaleza y la historia parecen fundirse en una clara leyenda anticipada o en un romance infantil... Fue aquel un día de júbilo en Segovia. Pronto supimos que lo fue en toda España. Un día de paz, que asombró al mundo entero. Alguien, sin embargo, echó de menos

el crimen profético de un loco, que hubiera eliminado a un traidor. Pero nada hay, amigos, que sea perfecto en este mundo.

El 15 de abril iniciaba su vida el gobierno provisional de la Segunda República Española y fijaba su propio estatuto jurídico con una preocupación evidente por las formas de Derecho y por el mantenimiento de las esencias liberales. El reconocimiento de las libertades de conciencia y de culto, del derecho sindical y del derecho de propiedad eran piezas esenciales de este documento, así como el sometimiento de los actos gubernamentales al fallo de las Cortes Constituyentes que serían inmediatamente convocadas. Cortes, dicho sea de paso, que ante la abstención del 35% del cuerpo electoral (casi toda la derecha y algunos sectores —no todos— del anarquismo), tuvieron una inmensa mayoría de la izquierda (269 diputados sobre 422, sin contar con que entre los 90 diputados radicales los había de izquierda).

La República española era el liberalismo en acción en pleno siglo XX, teniendo que afrontar la problemática del mismo y el peso de unas estructuras arcaicas que urgía desarraigar. Era una nueva cita con la Historia a la que España llegaba no sin cierto retraso, tras las ocasiones perdidas de 1812, 1820 y 1868. El tren de la Historia universal era ahora mucho más veloz y de tomarlo o perderlo dependía el porvenir de España para varios decenios.

No nos es posible en el estrecho marco de un artículo examinar, como fuera necesario al menos, el decurso de lo que fue la República durante los dos años de los gobiernos presididos por Alcalá Zamora primero y luego por Azaña. Contentémonos con reseñar cuáles eran los grandes temas de aquella empresa republicana y la desigual fortuna con que fueron abordados.

Estos temas, verdadera clave de la historia contemporánea de España eran: una economía arcaica, sobre la que gravitaban la cuestión agraria y el papel hegemónico de la gran banca; una Iglesia poderosa cuyo poder espiritual se confundió durante siglos con el poder temporal; un ejército que durante el primer tercio del siglo XX había resbalado hacia el militarismo; unos pueblos de personalidad nacional acusada (Cataluña, Euzkadi, Galicia); unas minorías intelectuales cuya preparación contrastaba con el retraso cultural de la mayoría de la población; y, por último, un Estado que estaba por hacer, unas instituciones que había que poner en marcha, que tenían que hacer la prueba de las posibilidades de vida democrática de todo un pueblo.

Creo inútil repetir que en 1931 España —igual que ahora— era víctima del latifundio y del minifundio, que 99 grandes de España poseían 577,359 hectáreas, etc., etc. El campo español seguía con

las estructuras de siglos atrás, que no fueron modificadas, sino agravadas por las leyes desamortizadoras del siglo XIX. Los grandes propietarios agrarios, la mayoría nobles y vinculados al trono eran el sector más importante de la oligarquía y quienes reaccionaron más violentamente contra la República. Su órgano de expresión era el diario *ABC*, su primera provocación fue la del círculo monárquico, el 10 de mayo de 1931, que acarreó el desgraciado suceso de la quema de conventos, sus principales instrumentos eran jefes militares que se creían amenazados en su existencia privilegiada. Su primera conspiración fue la del 10 de agosto de 1932.

¿Qué hizo la República para resolver la cuestión agraria? Una ley de reforma agraria, votada tras vacilaciones y con toda clase de frenos, sin ningún carácter de prioridad. ¿Qué hizo esa reforma agraria? Durante 1932 y 1933 proceder a expropiaciones —para lo cual se aprovechó que hubiera terratenientes sublevados en 1932— y asentar a 8,609 familias campesinas. En 1933, la reforma quedó paralizada y sólo recobró su vigor en la primavera de 1936.

Verdad es que la República legisló sobre salarios mínimos de los peones agrícolas, sobre arrendamientos y la ley de términos municipales, cuyas intenciones fueron mejores que los resultados. Pero a partir de 1934, la contraofensiva de los grandes propietarios redujo a la nada las ligeras ventajas conseguidas. Ese mismo año, el diputado por Salamanca, Sr. Manso, denunciaba ante el Parlamento un proyecto de contrato sometido por los patronos al jurado mixto rural de dicha provincia, en el que se preveía un jornal de Pts. 2.50 para los peones, que por añadidura, cederían parte de él al patrono en el caso de recibir alimentación por parte de éste.

En resumen, si la oligarquía perdió —sobre todo en el período 1931-1933— el poder político, no perdió en modo alguno el poder económico. Y esto puede decirse tanto de los terratenientes como de los grandes capitalistas que enriquecidos en el siglo XIX por el comercio antillano y el ascenso económico de Vizcaya, y en el XX por sus beneficios exorbitantes durante la Primera Guerra Mundial, controlaban la banca y las industrias decisivas. Junto a ellas, el capital extranjero seguía disfrutando de excelentes posiciones. En 1930, 1,801 sociedades extranjeras explotaban una serie de concesiones mineras en España. A ellas había que añadir las que dominaban otros sectores de la economía: la C.H.A.D.E., la *Wiskers*, los capitales franceses de Unión Española de Explosivos, la "Barcelona Traction", la "Ebro Irrigation and Power", la "General Electric", la "Siemens", la "Standard" y la *Compañía Tele-*

fónica entregada por la dictadura de Primo de Rivera al capital norteamericano.

Ninguna de estas grandes empresas, españolas o extranjeras, sufrió el menor ataque directo de los poderes legislativos o administrativos de la República; cuando los capitalistas se quejaban de sus "males", éstos obedecían a la crisis general que se abatió por entonces sobre el mundo capitalista o al sabotaje de las inversiones y huida de los capitales organizados por las mismas clases poseedoras de España.

La estructura económica de España reposando esencialmente sobre la producción agrícola y de materias primas, con agricultura no mecanizada; con una industria pesada escasa y una industria textil dependiente en materias primas y equipo del extranjero, necesitaba una profunda transformación. Sin embargo, nada cambió y a la cabeza de grandes empresas bancarias que ya habían emprendido su carrera monopolista siguieron encontrándose las personalidades de siempre; los Gamazo, Comillas, Urquijo, Arce, Garnica, Gandarias, Zubiría, Cambó, Romanones, Mateu, el extraño Sr. Ruiz Senén que tomaba asiento como testafiero en más de treinta consejos de administración. El único que había sido molestado, y por razones que afectaban al Código Penal, Juan March, se escapó tranquilamente de la cárcel de Alcalá en 1934.

Otro problema secular de España era el de la Iglesia, cuyas relaciones sumamente estrechas con el Estado habían creado una situación erizada de problemas. En 1931, según el Ministerio de Justicia, había en España 35,000 sacerdotes, 36,569 religiosos y 8,396 religiosas que habitaban (los dos grupos últimos) en 2,919 conventos y 763 monasterios. Estos datos eran muy incompletos, ya que 7 diócesis—de las 55 existentes—se negaron a colaborar en la encuesta encaminada a obtenerlos. Se ha calculado que, teniendo en cuenta todas las diócesis, se podía estimar en 80,000 el número aproximado de miembros del clero secular y regular que vivían en España en 1931. El número total de personas cuya calificación profesional se encuadraba dentro de "culto y clero" se elevaba a 136,181 cuando se confeccionó el censo general de población de 1930.

El presupuesto de culto y clero, suprimido por la República, era de 52 millones de Pts. He aquí algunos ejemplos de su distribución: Cardenal Primado, 40,000 Pts. al año; Obispo de Madrid-Alcalá, 27,000 Pts.; los otros obispos tenían sueldos que oscilaban entre 20 y 22,000 Pts... Un canónigo de catedral metropolitana cobraba 4,000 Pts.; los restantes canónigos 3,000, un párroco urbano 1,500 y un párroco rural 1,000 Pts.

Según las estadísticas del Ministerio de Justicia, la Iglesia po-

seía en 1931, 11,921 fincas rurales, 7,828 fincas urbanas y 4,192 censos. El valor declarado de dichas fincas y bienes era de 76 millones de Pts. y su valor comprobado de 85 millones. Pero como este valor había sido establecido a base de amillaramientos bastante imprecisos, los expertos calculaban que el valor total de esos bienes ascendía a 129 millones, a lo cual había que añadir el de los patronatos dependientes de la Corona (cuyo interés al 3% representaba un capital de 667 millones) y los títulos de renta al 3% concedidos a la Iglesia en "compensación" de las desamortizaciones del siglo anterior.

Por lo que se refiere a las congregaciones religiosas, la única estadística hecha en 1931, que se refería a la provincia de Madrid, dio un valor de 54 millones de fincas urbanas y de 112 millones de fincas rurales, según los cálculos del catastro.

Como puede verse la Iglesia tenía sólidas posiciones materiales. Sin embargo, sus posiciones espirituales eran más endebles. Un libro del Padre Peiró, de la Compañía de Jesús, publicado en 1936 con el título de *El problema religioso-social en España*, confirmaba la descristianización de los medios populares. En la periferia de Madrid, y algunos barrios obreros de la capital, solamente asistía a la misa dominical el 7% de la población; 20% de niños no eran bautizados, el 20% de los matrimonios eran exclusivamente civiles y solamente el 10% de habitantes morían después de recibir los sacramentos. Estos fenómenos se daban también en ciertos pueblos de provincias castellanas como Cuenca, Toledo y Guadalajara, donde tan sólo el 5% de habitantes cumplían el precepto de la misa dominical.

La Constitución de 1931 decretó en su artículo 26 la separación de la Iglesia y del Estado y la desaparición del presupuesto de culto y clero en el plazo de dos años. Disolvió, sin mencionarla, a la Compañía de Jesús y prohibió el ejercicio de la enseñanza a las congregaciones religiosas. Estas medidas, de las que hay que decir que no fueron bien vistas por una parte de los españoles, tuvieron la desgracia de provocar reacciones hostiles por parte de numerosos católicos, azuzados por los políticos de derecha, pero dejó incólume su poder real. Hay que decir que el episcopado español en una pastoral colectiva de diciembre de 1931, exhortó a los católicos a que permanecieran sumisos al poder constituido y combatieran las leyes contrarias al derecho de Dios y de la Iglesia, sin salirse del marco de la legalidad. Esta era, en realidad, la postura del Vaticano por aquel entonces, representada por *El Debate* y su director Angel Herrera y por el joven diputado y profesor José María Gil Robles, a quien se encomendó la dirección de "Acción Popular" (luego de la C.E.D.A.). Como ha señalado muy

atinadamente Ramos Oliveira, este grupo de *El Debate* representaba la tendencia de la oligarquía agraria de las regiones castellanas, más directamente entroncado al catolicismo oficial (y a Roma), que manejaba perfectamente a los pequeños cerealistas y prefería penetrar pacíficamente en la ciudadela del régimen a conquistarlo por la fuerza. "El otro grupo oligárquico —cito a Ramos Oliveira—, el representado por el *ABC*, era partidario de la agresión violenta contra la República. Era el grupo de la aristocracia de sangre y la plutocracia que se dan cita en el Consejo del Banco de España".

Pero a este grupo estaban vinculados otros prelados más batallones e intransigentes, en primer lugar el primado, monseñor Segura, que tras sus violentos ataques a la República, traspasó la frontera para continuar sus manejos y regresó luego subrepticamente, siendo sorprendido en Pastrana y expulsado por orden de Miguel Maura, ministro de la Gobernación.

Es no sólo inútil, sino contraproducente ocultar que la carga excesiva de anticlericalismo que llevaba la izquierda española (con la cual "acudía al engaño o capote" esgrimido por la oligarquía) hizo que los legisladores pusieran más empeño en votar la ley que nacionalizaba todos los bienes de las congregaciones religiosas y otras disposiciones de orden secundario (no me refiero a las indispensables leyes del matrimonio civil, que ya había existido en España en 1870, y del divorcio), que en adelantar la reforma agraria y controlar los manejos del capital financiero. Ciertamente es que el catolicismo liberal estaba representado por numerosos republicanos del centro, por los nacionalistas vascos (que durante la primera etapa de la República estuvieron en la oposición) e incluso por corrientes católicas de izquierda representadas principalmente por intelectuales como José Bergamín, José María Semprún Gurrea, Eugenio Imaz, etc.; y que también hubo clérigos demócratas que, como López Dóriga, Lobo, Gallegos, Morales y varios otros resistieron a las presiones conjugadas de la jerarquía y de una clase de grandes propietarios habituada a utilizar la religión como antifaz de su egoísmo. Pero como problema general, de masas, la oligarquía consiguió que la mayoría del clero movilizase a extensas capas de opinión para luchar contra la democratización de la vida española.

Hemos visto que los generales y coroneles formados en la guerra del Rif, pese a su enemistad a la dictadura, prefirieron colaborar con los gobiernos de Berenguer y Aznar para intentar salvar a la Monarquía: Mola, Franco, Goded, Sanjurjo, Orgaz. . . Sólo una minoría proseguirá la lucha por la República y casi todos ellos por razones de orden personal.

Es el caso que en abril de 1931 España tenía más de 800 generales y 21,000 oficiales, uno por cada seis soldados. Existían regimientos de infantería de 80 hombres y regimientos de caballería que no tenían caballos. Los cañones de la artillería de campaña eran los de 7.5 francés comprados en 1909; en cuanto a la aviación apenas había un centenar de aviones de reconocimiento y alguno que otro caza.

Azaña emprendió un vasto programa de reformas militares que, por obcecación o maldad se han empeñado siempre en calificar los reaccionarios españoles como de "trituration" del Ejército. Por decreto del 25 de abril de 1931 concedió a los militares la opción de seguir en el Ejército, renovando su fidelidad al nuevo régimen o de pedir el retiro con el sueldo íntegro. Muchos se dedicaron así a sus respectivos "violons d'Ingrès" a costa del Erario público. Pero los más encarnizados enemigos de la República creyeron más útil seguir en el ejercicio de sus puestos. Un colaborador de Franco, el general Díaz de Villegas, ha escrito 25 años después que el futuro Caudillo respondía a cuantos le pedían consejo sobre si debían pedir o no el retiro: "seréis mucho más útiles a España permaneciendo en el Ejército".

Pero prosigamos. Azaña redujo las fuerzas del Ejército activo de 16 a 8 divisiones, suprimió los grados de capitán y teniente general, el Consejo Supremo de Guerra y Marina y—grave crimen—la Academia General Militar, dirigida por Franco. En verdad se trataba de medidas de orden técnico, pues Azaña no se planteó jamás la cuestión de crear un Ejército verdaderamente republicano—las pruebas se vieron luego—; pero fue fácil a los miembros de la oligarquía el convencer a los militares, ulcerados por algunas de aquellas medidas y por la pérdida del *status* privilegiado de que antes gozaban, de que la República perpetraba una agresión contra ellos y, por generalización tradicional y abusiva, contra España misma. Dicho y hecho: aristócratas, terratenientes, políticos cesantes y militares se pusieron a conspirar. En junio de 1932, los jefes militares reunidos en un banquete en Carabanchel manifestaron ya su hostilidad a la República; en agosto de 1932, los generales Barrera y Cavalcanti en Madrid, Sanjurjo en Sevilla se alzaron en armas y fracasaron como todo el mundo sabe. Todos salvaron su cabeza de los consejos de guerra. Dos años después, un ministro radical traía a Franco de Baleares y sacaba del ostracismo a Yague, para yugular la revolución de Asturias con legionarios y tropas coloniales.

También en este orden, la República no hizo sino cambios superficiales; ahí estaban los jefes militares, los mandos medios y las Academias con el mismo espíritu de siempre, dispuestos a sal-

tar sobre su presa. Inútil recordar, por demasiado conocido, cómo facilitó esta empresa Gil Robles a su paso por el ministerio del Ejército. En cuanto al espíritu de aquellos hombres, bueno será releer una parrafada del libro de Mola, *El pasado, Azaña y el porvenir* (1934): "El militarismo, donde existe, constituye una sociedad que desarrolla una civilización, es decir, una moral. Esta moral tiene por fin, el engrandecimiento de la patria, por un sistema simple: la guerra. . . Los pueblos que por considerarse débiles, degeneran hasta carecer de ambiciones, se tragan de buena fe el anzuelo de la democracia y del parlamentarismo". Ese era el hombre a quien gobiernos republicanos de derecha amnistiaron y dieron mando en Africa y a quien otro gobierno republicano de izquierda dio mando en Navarra. El resto es de sobra conocido.

Había que recrear el Estado. Para ello la República comenzó por darse una Constitución liberal, parlamentaria y democrática, inspirada en gran parte en la Constitución alemana de 1919. Las Cortes constituyentes votaron también las ya citadas leyes de reforma agraria, del matrimonio civil y el divorcio, de congregaciones religiosas y, sobre todo, el Estatuto de Cataluña; ésta en aplicación de los principios constitucionales obtenía una amplia autonomía, su gobierno y su parlamento. El Estatuto de Cataluña, contra el que se encarnizaron las más diversas fuerzas de derecha, fue aprobado el 31 de agosto de 1931 por el 93% de los electores catalanes y luego votado por las Cortes de la República—no sin algunas restricciones de importancia—y promulgado el 15 de septiembre de 1932. Los vascos tuvieron menos suerte, puesto que la derecha sospechaba de ellos porque eran nacionalistas y la izquierda porque eran católicos militantes. Pese a que votaron su Estatuto tuvieron que aguardar al instante dramático de la guerra para obtener una autonomía de la que apenas disfrutaron un año. Los gallegos no pudieron jamás ver promulgado el Estatuto que votaron en la primavera de 1936.

La República concedió el derecho de voto a las mujeres y rebajó la edad electoral de 25 a 23 años; emprendió un vasto programa de enseñanza y esbozó un plan de trabajos hidráulicos que todavía se considera hoy como modelo.

Todo esto creó la República, todo menos el aparato de su propio Estado. Lo que se llamó Estado republicano apenas tuvo tiempo de crear sus propios cuadros administrativos y, en su empacho de juricidad y liberalismo, dejó manejando palancas decisivas a viejos funcionarios cuya ideología e incluso cuyos reflejos, independientemente de su buena o su mala fe, les descalificaba para obrar en un Estado que debía impulsar una revolución democrática. Ya hemos visto lo que pasó en el Ejército; las reformas

en la policía y en la judicatura fueron más sonadas que reales y, por añadidura, la preocupación de luchar sobre dos frentes (contra la derecha y contra la extrema izquierda) que tuvo el Gobierno de la República desde sus primeros momentos asentó el carácter de clase de funcionarios y órganos del Estado, carácter que—justo es decirlo—no correspondía al de muchos ministros y altos cargos políticos. Podrá incluso afirmarse que durante unos meses no se sabía si surgiría un Estado diferente del anterior; luego no cupo ya duda en cuanto a su esencia; en cuanto a los cambios, forma y y las transformaciones técnicas, fueron limitadas y pronto arrasadas en el bienio 1934-1935.

Don Luis Jiménez de Asúa, que presidió la comisión redactora de la Constitución, ha dicho en su libro, *La Constitución de la Democracia Española* (1946), que aquella fue prematura, porque se perdió el tiempo en largas discusiones parlamentarias, y más hubiese valido realizar por vía ejecutiva la profunda revolución que el pueblo quería, esa que no es jamás hecha por las leyes y menos aún por las Constituciones—encargadas de garantizar lo que ya ha sido ejecutado—, sino por actos de gobierno.

En efecto; una vez más en España, la Constitución fue un programa político, y hasta de grupo político, en vez de la ley fundamental del Estado.

El mismo Jiménez de Asúa comenta así la debilidad de las transformaciones operadas: "Habíamos olvidado que es más grave irritar que herir, y no habíamos tenido en cuenta el consejo de Maquiavelo, que recomendaba no enfurecer al enemigo al que no se le puede vencer".

En cambio, las masas obreras fueron perdiendo su ilusión en la República; muy pronto las que seguían a la C.N.T. (huelga de la Telefónica en junio de 1931, sucesos de Sevilla), más tarde las socialistas y de la U.G.T. a quienes apenas podía ya contener el gobierno de Azaña en el verano de 1933; y a ellas se unieron las que en progresión creciente empezaron a seguir al Partido Comunista.

Esta enumeración de las cuestiones esenciales que afrontó la República de 1931 sería incompleta sin referirnos al aspecto cultural. El gobierno de la República creó 7,000 escuelas en 1931, 2,580 en 1932, 3,900 en 1933. Si en 1931 tan sólo el 40% de la población escolar frecuentaba la escuela, al año siguiente ese porcentaje había ascendido al 55%. Los sueldos de los maestros que se elevaban a 5.8 millones de Pts. en el presupuesto de 1931 (elaborado por la Monarquía) pasaron a 38.2 millones en el presupuesto de 1932. Se crearon muchos más institutos de segunda enseñanza, comenzó, aunque no sin vacilaciones, la reforma universitaria. Las misiones pedagógicas salieron al campo, así como el teatro de la

U.F.E.H. "La Barraca" dirigido por Federico García Lorca, recorrió pueblos y ciudades.

Día llegará en que la Historia de la Cultura rinda justicia al espíritu de creación intelectual y de interés por las cuestiones culturales que reinó en España durante los años de la Segunda República. Sin duda, lo corto de su existencia no le permitió cumplir lo mejor de su tarea: colmar el foso que separaba a las minorías cultas y las extensas masas de población todavía sin preparación cultural ni técnica (aparte de que algunos intelectuales sólo estaban interesados por las *élites*. Pero esa es otra historia...).

La lección de la República de 1931 es tan rica y tan actual que no sería discreto alzarse de hombros ante ella. Grupos y hombres republicanos llegaron al poder cargados de espléndidos programas de libertad y convivencia social, de progreso cultural, de un vasto repertorio ideológico que durante más de un siglo fue importándose de Francia y de Inglaterra. Junto a ellos, el que era primer partido político del país, el Partido Socialista, abordó la cuestión del poder en el espíritu dominante de la II Internacional que creía posible (pese a las ya fallidas experiencias de Alemania y Austria) la transformación de la sociedad a base de reformas aisladas, de la colaboración de clases, con absoluta negligencia del problema del poder político.

Y el problema de la República española fue un problema de poder político y de sus indispensables cimientos económicos. Si hay algo que no es tolerable olvidar de aquellos cinco años es que de nada sirve cambiar la forma de gobierno y la organización formal del Estado, de nada sirve tan siquiera contar con la mayoría de la población, si no se transforma radicalmente ese Estado, se arrancan de raíz las viejas instituciones baluartes de clase, si no se utiliza esa voluntad popular para privar de todo poder económico a las oligarquías que utilizan el liberalismo de la izquierda para preparar sus agresiones al pueblo.

La historia de la Segunda República española es la historia de las vacilaciones, del timoratismo, del "qué dirán" político, unidos a la fatal idea de "lucha en los dos frentes" que no conduce sino a privar al Estado democrático de la inmensa fuerza de los trabajadores. Tanta juricidad y tanto "liberalismo" condujeron directamente al mayor crimen contra el pueblo español. Muchos se dieron cuenta de lo que habían hecho, pero ya era demasiado tarde. Un cuarto de siglo después todavía estamos pagando los españoles el lujo de tanto "liberalismo", de tanto "orden", de tanto "respeto a la propiedad y a los derechos adquiridos" de aquella eufórica, pero frívola primavera de 1931. Un poco caro, ¿no es verdad?

Dimensión Imaginaria

LLANTO CON EMILIO PRADOS

Por *Francisco GINER DE LOS RIOS*

Hubo un testigo del azul sin mancha...
(Jorge Guillén)

*Pero ¡ay! tan sólo
cuando era primavera en España.
Solamente en España,
antes, cuando era primavera!*

(Emilio Prados)

I

EMILIO, hermano, hermano mayor siempre:
¡qué dolor ha traído esta primavera,
todo junto, increíble, tremendamente cierto!
Anoche, en Nueva York, me lo contaron tus hermanos,
mis hermanos de siempre, Paco y Laura,
que venían de España
y venían a contarme tu muerte
cuando llegaban de la muerte de Concha,
de Conchita García Lorca
la hermana de Federico, tu hermano muerto,
mi Federico apenas entrevisto
cuando la poesía se asomaba a lo nuevo de mi vida
y él perdía la maravilla de la suya,
hondo completo, tan alegre y tan triste.
El dolor se me enreda en el dolor
y me grita que es posible más,
que todavía es posible más,
que no hay límite en esto que nos lleva,
en la vida que sigue
aunque todo se llene de la muerte.
Y Concha, allá en Granada —¡qué terrible Granada!—,
se va con Federico y su Manuel
hasta el cielo redondo de sus muertes

para llenar la muerte con su vida.
Y tú en México, Emilio, te has ido al mismo tiempo
como quien va a una cita irremediable,
como el que sabe su razón de muerte
porque su hora conoce y no la niega.
Y ahora aquí, en Washington,
en la noche ya alta,
estoy contigo
y te recuerdo, te quiero recordar
para acercarme a tu amistad constante,
para encontrar de nuevo tu palabra.
Y bebo, Emilio, bebo,
bebo como aquella noche
—yo sé que tú te acuerdas—,
pero solo,
tremendamente solo.
Este bar italiano en que me estoy contigo,
donde el pan que me dan es un pan verdadero
que sabe, con su aceite y su sal,
a la Málaga nuestra de aquel ayer lejano
—tú venías a Nerja o subías a Vélez
desde lo azul del mar al verde de la huerta—,
me hace sentirte aquí y encontrarte de nuevo.

2

Y te veo en Madrid,
en aquella colina que tiene ya leyenda,
a la sombra de Alberto,
a la luz de los chopos,
de aquellos chopos nuestros que tan bien se plantaron.
Y te veo en Valencia,
con tu llanto en la sangre
en medio de la guerra,
pidiéndonos romances para tu romancero,
para aquel romancero de la guerra civil
que salió de tus manos
y en el que despertaba cantando nuestro pueblo.
Y te veo aquí mismo —Nueva York, 39—,
cuando nos fuimos juntos para México,
compartiendo los cuartos del camino
con Juan de la Cabada,
cuando Berta y León nos recibieron

en su casa de Edison
llorando de emoción y de España perdida.
Y te veo después en aquel *Litoral*
en que Pepe Moreno y Manolito
—¿Te acuerdas, Juan Rejano?
¿Te acuerdas Julián Calvo?
Acordáos conmigo—
vivieron con nosotros
un albor de poesía que se apagó en silencio,
que se acabó de España como todo lo nuestro.
Y luego, Emilio, hermano,
te veo con mis libros y con los libros tuyos.
Allá están en Santiago —solos también—
en su cuero amarillo, tabaco ya dorado.
Alguno está compuesto entre los dos,
y son míos en algo, en algo que tú sabes.
En la *Minima muerte*,
desde el forro garbanzo a su título nuestro,
me dejaste poner mis pobres manos,
tú, el hombre de la imprenta,
el poeta de la imprenta,
que cuidabas los blancos
como se cuida un huerto,
y se mira una flor
sobre un fondo de mar lleno de luz.
Y recuerdo París
aquel 46 de duelos y esperanzas,
sobre un Sena que llevaba a Madrid
pero amaba demasiado sus puentes,
cuando llegó, alto y noble, tu gran *Jardín cerrado*
para acercarme España al corazón,
para darme tu soledad,
tu andaluza soledad luminosa
por el valle ya nuestro,
por el valle de México y su cielo
que amparó tu poesía y otra vez encendió tu palabra,
la palabra, el destino y la historia.

3

Oye, Emilio, aunque se me quiebre la voz,
aunque no pueda decirte nada
aquí, desde tan lejos de tu tierra última,

aunque sea incapaz de escribir a Miguel
—como tampoco pude la otra noche
escribir a Isabel por la muerte de Concha—,
querría que sintieses este llanto contigo
y supieras ahora que no creo en tu muerte
porque vives conmigo
y entre lo nuestro todo se me enreda,
y vienes a lo hondo
con Pepe por su tierra y su cielo de México,
y con Manolo —y Federico antes—
desde esa España que trajimos adentro,
pero que está tan lejos de las manos
y tan cerca del ansia, de nuestro afán eterno.
Y todo, Emilio, todo
se mezcla con España y para España
—aquella ira amorosa, tú te acuerdas—
que nos hace y deshace,
que nos encuentra y nos pierde por el mundo.
Y me sube en el llanto aquella risa tuya,
aquel ceceo lento
en que la noche de México se hacía de repente
luz de la Residencia,
aire seco del Pardo
—la sierra sola y limpia junto a la noble encina—
y bajaba siempre
—¿te acuerdas otra vez?—
hasta el oro de Málaga,
hasta la luz,
hasta ese sitio de la belleza
donde estuvimos juntos,
en que ya no estaremos
y que saldrá contigo, con Pepe, con Manolo,
a encontrarme cuando yo vaya
si Dios lo quiere un día.
Y al ver tu muerte aquí, tan lejos de lo nuestro
—yo más lejos aún en esta tierra extraña—,
se me ahonda en el pecho esa otra angustia
de lo injusto hacedero.
Porque ese Dios que busco hace tiempo
no puede, Emilio, no puede
ni debe dejar que pase cada día
lo que ha pasado ahora y cada día pasa,
deshaciendo,
destrozando,

terminando lo bueno.

¿Por qué, Concha?

¿Por qué, Pepe y Manolo?

¿Por qué —por Dios, por qué— Federico?

Y ahora tú, Emilio,

¿Por qué, por qué?

4

Y me voy, me voy quedando solo
como tú ya lo estabas,
como todos estamos en el mundo
cuando nos quitan algo como el alma.

Y tú también te has ido,
te me han quitado de repente,
de repente en tu cuarto de Lerma,
en tu agreste buhardilla
asomada en el valle a veces transparente,
para ti transparente.

Y que no digan —aunque tú lo jurabas—
que tú estabas enfermo,
porque la vida era en tu palabra
y se moría, pero de risa siempre, en tu ceceo.
y tú, Emilio, cantabas y cantabas
y el que canta no muere.

Desde tus barcas, por allá por Maro,
por las arenas de Torremolinos
subías y bajabas a la Sierra Nevada,
mirabas la herradura de Almuñecar,
venías hasta Vélez y sus pueblos serranos.

¿Te acuerdas de Torrox,
y de aquel otro pueblo trepado en una roca,
Canillas de Aceituno,
asomándose al cielo,
en que había una casa en medio de olivares,
con sus uvas pasas dorándose de sol,
y en la casa una silla colgaba en la pared,
imagen venerada e intocable reliquia
porque en ella se había sentado mi abuelo republicano?
Y venías a vernos a Nerja,
a la casa de tío Alberto Giner.
El mar venía contigo a lo alto de la huerta.
Y entonces yo —que comenzaba a escribir,

bajo el rosado júpiter, todo lleno de cielo—
 te miraba tan grande,
 poeta tú ya hecho,
 poeta irremediable, de nacimiento y muerte,
 el poeta que tú eras.
 Tantas veces después —allá en el Guadarrama,
 faldas de la Morcuera, por nuestro Miraflores—
 hablé yo con Vicente de ti y de tu poesía,
 como luego, por México, en la alta madrugada
 nos llegaba Aleixandre hasta el recuerdo vivo
 y entraba en nuestros libros, en el destierro nuestro,
 segura nuestra España en su amistad lejana.

5

Tú cantabas, Emilio,
 y el que canta, lo sabes, se vive para siempre
 y para siempre vive entre los suyos.
 Así te siento aquí,
 azul y gris como te vio Miguel Prieto,
 como te acompañé por las imprentas,
 cuando componíamos horas y horas
 los blancos de *Litoral*,
 y salían —¿te acuerdas que salían: *se sostiene?*—
 tan limpios,
 tan azulmente bellos de tus manos.
 ¡Cuánto te debo, Emilio!
 ¡Cuánta amistad me colma de ternura
 el llanto de esta noche,
 aquí, contigo,
 tan lejos ya de nuestros años de antes
 y tan cerca, tan viva la memoria de todo
 —la memoria increíble por memoria—,
 y el corazón deshecho!
 Y te me has muerto lejos,
 y yo siento tu queja de siempre,
 tu queja aquella,
 tu ¡pero Francisco!
 Y Francisco te tenía y te tiene en su sitio,
 el imposible, el olvidadizo pero entero Francisco,
 que no conoce otra fuente de vida
 que lo tierno que la vida le ha dado
 y le quita y le quita cada día,

para luego añadirle otra nueva hermosura.
Eso era tu amistad, tu poesía conmigo,
cuando entre las palabras, la risa y la sonrisa,
al encendido fuego de una fe siempre firme,
se nos llenaba México de España y su recuerdo
hasta su puro cielo deseado.
Y eso, Emilio, no nos lo quita nadie,
nadie puede vencer esa luz que tuvimos,
esa luz que tenemos,
porque aquí está y estamos como ayer,
tan lejos de nuestras casas españolas,
tan lejos de nuestra casa de Milán 13,
cuando llegabas a ver a Bernardo,
cuando con María Luisa le sacaste a mi hija pequeña
un alacrán de la manta en que envuelta lloraba
y con razón decías que mi hija te debía para siempre la vida.
Ay, hermano mayor,
pequeño en tu tamaño gris,
ya blanca la cabeza en los últimos tiempos,
siempre triste y riendo,
sonreído de la tristeza de tu vida,
quejándote, Emilio, entre la risa, de tu propia queja.
¡Y cómo te quería
este lejano silencioso,
este perezoso como tú,
pero siempre alerta a la ternura alta,
siempre a tu lado, Emilio!
Y yo sé sin embargo
—mi conciencia y mi pena de no haberte visto estos años
me lo dice—
que seguirás quejándote
(¿allá arriba, allá abajo,
jardín cerrado y abierto,
Málaga del recuerdo y la presencia?)
de lo mismo.
Pero no importa ya.
Este encuentro de ahora,
tan lleno de tristeza,
es otra vez encuentro
siempre amigo y constante,
siempre Emilio presente en mis ausencias.
Y aquí estamos de nuevo.
Ven conmigo a la noche.

Dejemos —ya borrachos— los borrachos.
Vamos —Málaga adentro,
el cielo de Connecticut Avenue cantándonos arriba—
por esta inútil, ciega,
esplendorosa primavera de Washington.

CORONA DE POETAS ESPAÑOLES MUERTOS EN EL DESTIERRO

EN el orden de su desaparición: Antonio Machado, en Collioure; Enrique Díez-Canedo y José Rivas Panedas, en México; Pedro Salinas, en Puerto Rico; Juan Chabás, en La Habana; José María Quiroga Plá, en Ginebra; José Moreno Villa y Juan José Domenchina, en México; Juan Ramón Jiménez, en Puerto Rico; Manuel Altolaguirre, en las goteras de Burgos; Pascual Plá y Beltrán, en Caracas; Emilio Prados, en México; escojo un poema de cada uno, en recuerdo y homenaje.

Incluyo naturalmente a Manuel Altolaguirre; el hecho de que muriera accidentalmente en España no implica, de manera alguna, que no desapareciera desterrado. En verdad, ninguno de los que murieron —y morirán— en tierra extranjera dejó de morir en España.

M. A.

Antonio MACHADO

EL POETA RECUERDA LAS TIERRAS DE SORIA

YA su perfil zancudo en el regato,
en el azul el vuelo de ballesta,
o sobre el ancho nido de ginesta,
en torre, torre y torre, el garabato

de la cigüeña!... En la memoria mía
tu recuerdo a traición ha florecido;
y hoy comienza tu campo empedernido
el sueño verde de la tierra fría,

Soria pura, entre montes de violeta.
Di tú, avión marcial, si el alto Duero
a donde vas recuerda a su poeta.

Al revivir su rojo Romancero:
¿o es otra vez, Caín, sobre el planeta,
bajo tus alas, moscardón guerrero?

Enrique DIEZ-CANEDO

EL DESTERRADO

TODO lo llevas contigo,
tú, que nada tienes.
Lo que no te han de quitar
los reveses
porque es tuyo y sólo tuyo,
porque es íntimo y perenne,
y es raíz, es tallo, es hoja,
flor y fruto, aroma y jugo,
todo a la vez, para sicnipse.
No es recuerdo que subsiste
ni anhelo que permanece;
no es imagen que perdura,
ni ficción, ni sombra. En este
sentir tuyo y sólo tuyo,
nada se pierde:
lo pasado y lo abolido,
se halla, vivo y presente,
se hace materia en tu cuerpo,
carne en tu carne se vuelve,
carne de la carne tuya,
ser del ser que eres,
uno y todos entre tantos
que fueron, y son, y vienen,
hecho de patria y de ausencia,
tiempo eterno y hora breve,
de nativa desnudez
y adquiridos bienes.
De aquellos imperturbables
amaneceres
en que la luz de tu estancia
se adueñaba tenue
pintando vidrios y cuadros,
libros y muebles;

de aquellos días de afanes
o placeres,
de vacilación o estudio,
de tenso querer, de inerte
voluntad; de cuantos hilos
tu vida tejen,
no hay una urdimbre quebrada
ni un matiz más débil. . .
Nadie podrá desterrarte
de estos continentes
que son carne y tierra tuya:
don sin trueque,
conquista sin despojo,
prenda de vida sin muerte.
Nadie podrá desterrarte;
tierra fuiste, tierra fértil,
y serás tierra, y más tierra
cuando te entierren.
No desterrado, enterrado
serás tierra, polvo y germen.

José RIVAS PANEDAS

LOS COLORES AMARGOS

I

Es el miedo
de color ratón, en los zapatos
charolados de un muerto.

2

La inquietud tiene color
de agua negra
iluminada por sombrío sol.

3

Metiéndose en un andén,
saliendo a una vía muerta

sobre carbones de tren
se ve entre negros vagones
el color de la tristeza
color
sucio
de carbón.

4

Tiene el dolor
color de tronco seco;
color de tronco muerto;
color de tronco negro,
agujereado
y con abejas dentro,
como en un pozo
(¿Con abejas del gozo...?)
Tiene tono y esencia
de tronco nocturno
con luciérnagas.

5

El color de la muerte!
Si quieres, compañera,
iremos juntos a buscarlo
—¿De álamo, dices?—Sí,
color de álamo blanco.

Pedro SALINAS

VARIACIÓN I

Azules

VARIACIONES que enseñaban
en la escuela: Egeo, Atlántico,
Indico, Caribe, Mármara,
mar de la Sonda, mar Blanco.
Todos sois uno a mis ojos:

el azul del Contemplado.
En los atlas,
un azul te finge, falso.
Pero a mí no me engañó
ese engaño.
Te busqué el azul verdad;
un ángel, azul celeste,
me llevaba de la mano.
Y allí en tu azul te encontré
jugando con tus azules,
a encenderlos, a apagarlos.
¿Eras como te pensaba?
Más azul. Se queda pálido
el color del pensamiento
frente al que miran los ojos,
en más azul extasiados.
Eres lo que queda, azul;
lo que sirve
de fondo a todos los pasos,
que da lo que pasa, olas,
espumas, vidas y pájaros,
velas que vienen y van.
Pasa lo blanco, mortal.
Y tú estás siempre llenando,
como llena un alma un cuerpo,
las formas de tus espacios.
Cada vez que fui en tu busca,
allí te encontré, en tu gloria,
la que nunca me ha fallado.
Tu azul por azul se explica:
color azul, paraíso;
y mirarte a ti, mirarlo.

Juan CHABAS

TORO DE SANGRE

PIDO a la luz más vida mientras ríos
de oscura angustia, aviso de tu muerte,
cauces de horror para los ojos míos
cavan al alba. ¡Oh, si, vivir por verte

toro de fuego y alma! Entre los fríos
 aceros que te hieren, tú, más fuerte
 de sangre haciendo luz, fulgor de bríos,
 incendia el pecho al que te piense inerte.

Oigo bramar tus iras por las tierras
 de robles y nogales y encinares,
 donde los hombres son arcilla y roca.

¡Oh toro de reyertas y de guerras!
 Toro de gloria y cumbres entre mares:
 ¡oír tu sangre hirviéndome en la boca!

José María QUIROGA PLA

PENÉLOPE

I

PENÉLOPE, Odiseo está soñando,
 y un río gira bajo su mirada
 que ha vuelto a hallar (¿por dónde, o cómo, o cuándo?)
 tu domesticidad abandonada.

Vaga en la soledad su pensamiento
 como un perro del amo tras las huellas,
 y, entre los claros de su insomnio, el viento
 hace temblar tu nombre y las estrellas.

Sus pies rendidos, su mirar gastado
 —¡tanto que andar, tanto que ver encierra
 la inagotable vastedad del mundo!—,

su inquieto corazón. . . ¡todo clavado
 sobre tu sombra, que dibuja en tierra
 el vuelo estremecido de un segundo!

París, 8 de enero de 1944

Habla Odiseo:

II

PENÉLOPE que aguardas en la casa,
tejiendo con vedijas del pasado,
a la trémula luz de tu cuidado,
del porvenir la imponderable gasa:

si no en espacio, en tiempo peregrino
—en picadero, así, potro domado—,
con el hambre y la sed de mi camino
¡en cuántos otros cuerpos te he gozado!

¿Tendré algún día el tuyo? La votiva
llama que arde en el pliegue de tu ceño
¿me volverá en tus brazos brasa viva? . . .

Sólo sé, veladora de mi nido,
que en mi larga tormenta de mal sueño
flota, sola, tu paz sobre el olvido.

París, 8 de enero de 1944

III

Es Penélope, ahora la que habla:

PASAN los años y, bajo mis dedos,
pasa en pintadas hebras el estambre
cuyo tejerse puebla a pasos quedos
el innúmero espectro de mi hambre.

Hambre de ti, que mi recuerdo aviva,
de soledad y espera fustigada,
mientras, inútil lámpara votiva,
me quemo en el umbral de la alborada.

Con febril mano la diaria urdimbre
en la sombra deshago. Amanecida.
Revivo, espero —¿es de tu voz el timbre?,

¿tu voz, o el viento entre las espadañas?—,
mientras frente al telar, cual de una herida,
te voy sacando a luz de mis entrañas.

París, 2 de noviembre de 1944

José MORENO VILLA

NOS TRAJERON LAS ONDAS

I

NO vinimos acá, nos trajeron las ondas.
Confusa marejada, con un sentido arcano,
impuso el derrotero a nuestros pies sumisos.

Nos trajeron las ondas que viven en misterio,
las fuerzas ondulantes que animan el destino,
los poderes ocultos en el manto celeste.

Teníamos que hacer algo fuera de casa,
fuera del gabinete y del rincón amado,
en medio de las cumbres solas, altas y ajenas.

El corazón estaba aferrado a lo suyo,
alimentándose de sus memorias dormidas,
emborrachándose de sus eternos latidos.

Era dulce vivir en lo amoldado y cierto,
con su vino seguro y su manjar caliente,
con su sábana fresca y su baño templado.

El libro iba saliendo; el cuadro iba pintándose,
el intercambio entre nosotros y el ambiente
verificábase como función del organismo.

Era normal la vida: el panadero, al horno;
el guardián, en su puesto; en su hato el pastor;
en su barca el marino y el pintor en su estudio.

¿Por qué fue roto aquello? ¿Quién hizo capitán
al mozo tabernero y juez al hortelano?

¿Quién hizo embajador al pobre analfabeto
y conductor de almas a quien no se conduce?

Fue la borrasca humana, sin duda, pero tú
que buscas lo más hondo, sabes que por debajo
mandaban esas fuerzas ondulantes y oscuras
que te piden un hijo donde no lo soñabas,
que es pedirte los huesos para futuros hombres.

2

No pensamos venir, nos trajeron las ondas.
Acaso aquellas mismas que empujaron un día
el germen errabundo de nuestro nacimiento.

Ya estamos en la playa nueva. La misma arena;
el mismo rizo acompasado de la dulce orilla;
los mismos vagorosos pájaros que en la otra.

Pisamos tierra adentro y hallamos en las casas
semblantes, palabras, utensilios y afanes
casi gemelos a los del mundo dejado.

¿Un espejismo? El viento arrastra madreseiva,
jara, clavel y rosa, laurel y espliego.
Todo lo que flotaba en los campos remotos.

Es verdad que en el cielo nocturno nos miran
otros ojos de luz con sus nuevos y arcanos signos.
Pero la verdad de estos y aquellos es la misma.

Son cuerpos en espera de algo, de la hora
del aflojamiento total, de la hora cero, cero y cero,
del segundo parado en la garganta de la muerte.

Mi tumba sé cuál es, pero ¿y la tumba de la estrella?
La carne va a la tierra, pero la tierra ¿a dónde?
La tierra se la traga la carne día y noche.

Pan de volcán, pan de ceniza, pan de lava
suspense en aire alto, electrizado y persistente
busca nuestras entrañas para hacernos de piedra.

El destino es ser piedra. El águila de Juan
después de enormes giros será piedra del monte.
Y el toro de San Lucas y el león de San Marcos.

Pero ser carne es también nuestro destino.
Y volverá la piedra a sentirse con alas,
con mugido de toro y manos de león.

Nos trajeron las ondas; nos llevarán las mismas.
Y quien se muera aquí será llevado en alma
a dormir en el gran Escorial de su cuna
hasta que, piedra o polvo, pase a cuerpos hispanos.

3

Nos trajeron las ondas y El Escorial perdido
se quedó allá reinando en la heredad del Papa,
como un dosel de sombra en la historia de un pueblo.

Claro Escorial, hoy símbolo de lo muerto sin gloria;
Babel tendida, restirada cuanto la piel del toro,
¡qué día el día en que tu desnudez, rota a la sombra,

emerja ante los ojos extasiados, llenos de mar,
de tanto peregrino, de tanto vagabundo fiel,
de tanto lacerado cuerpo, futura piedra!

4

Nos llevarán las ondas. Nos llevarán las ondas. . .
Nos llevarán las ondas no con bolsas repletas,
no con sacos de oro, ni tanques, ni aviones.

Nos llevarán con lo que siempre llevamos:
un morral, un cayado y unas tablas de amor.
Para cantar, para vivir en páramos y limonares.

Y también unas tablas de trabajo y moral
que digan cómo y cuándo y cuánto nos atañe.
Unas tablas de grandes y pequeños deberes.
Porque es hora de esfuerzo la hora del arribo.

5

Y aquí, sobre las ondas de dos mares colosos,
seguirán engrosando, subiendo las ciudades.
México es ya robusta, como lo manda Dios.

Dejaremos la tierra del azteca y del inca
después de dar la sangre, el sudor y los huesos;
después de haber sembrado en medio de volcanes
lo mejor de nosotros, el beso y la palabra.

6

Nos llevarán las ondas sin querer o queriendo.
El destino es más fuerte que nuestra voluntad
y a cada quien señala su tarea en el mundo,

su majuelo y su hora. A veces esta hora
es tardía y el hombre vive años y años
en el desasosiego de no saber qué hacer.

No tiemble; espere alerta. La hora viene.
No la arredran las canas. Las canas también sirven.
Ellas están más cerca del secreto del mundo.
De las barbas canosas bajó el verbo a la cruz.

Juan José DOMENCHINA

TERCERA ELEGIA. JUBILAR

2

*No me podrán quitar el
dolorido sentir...*

Garcilaso

¿QUIÉN dobla, bronce roto, en el destierro?
¿Tú vida socavada en pobre entierro?
¿Tus soledades?

Escucha: pasos... ¿Pasos o tañidos?
Golpes de azada son, sobrevenidos
golpes de azada.

Enajenada luz vierte la luna.
Su rostro pánfilo, de inoportuna
carirredonda,

atisba tus insomnios españoles
de México —remotos, arduos soles
ya desolados.

Luto de aquel mal paso que no diste,
el ahuehuate de la Noche Triste,
sombra de un sueño,

hoy de remoto ayer, pérfida trama
retrocedida, sobre ti derrama
sueño de sombras.

Tu pena adulta llora, con vagido
informe de dolor recién nacido,
viejos dolores.

Y tu acuna la luna milagrera
que sabe cómo, allí, donde te espera,
mitad del alma,

su cruz —reverso exacto, con menguantes
que cortan, siglo a siglo, los instantes—
te está mirando.

Te está mirando, aquí, tu sorprendido
vivir que, allá, guardándose, escondido,
sale de noche.

Te está mirando, aquí, supervivencia
azarosa, vigilia de conciencia
y eco de España.

Allí tu paso, ocaso de tu sombra,
furtivo, fugitivo, no te nombra;
pasa sin huella.

(Si es silueta —reflejo— ¿por qué gime?
¿Quién, si es rezago inmaterial, le oprime?
Todo es silencio).

El castillo famoso, ya expugnado,
te encierra en sus murallas mal guardado
celoso alcaide.

Pero la calle —noble— en que has nacido
siente y te hace sentir que no te has ido.
—¿Dónde llegaste?

Y, transparente y sólida, tu marcha,
raudal de llanto, síguete en la escarcha,
de tu alta noche.

Ayer, cuando eras día, te tuviste.
Hoy te tiene la sombra que perdiste,
dos veces sombra.

¿Dos veces tú, partido en inclemente
pacto, entre contenido y continente
que te rebasan?

¿Tú, contenido al fin; tú incontenible
ayer, hoy razonable y apacible,
cauto y cautivo?

¿Adónde, por traerte, te llevaste?
Cuando más te buscabas, te encontraste
perdido... Solo,

sin alma ya, que el alma te dejaste,
vives vida española, vida al traste,
desentrañada,

(¿Dónde, sol sin ocaso, te pusiste?
En sangre de crepúsculos teñiste
los ominosos

crepúsculos de sangre que inundaron
el cauce de tu sombra y lo anegaron
de noche eterna).

No te enajenarán el dolorido
sentir, pero te quitan tu sentido:
sombra de un eco.

Obligado, a merced de las mercedes
—¿riste cosecha de piedad—, no puedes
desencerrarte.

(¿Ves y sientes a Dios en su infalible
soberbia azul, de cielo incorruptible
que te anonada?)

El zig-zag de su cólera amarilla
—fulminante sanción, rauda cuchilla—
¿te empavorece?

¿O lo comprendes, justo, en la verdura
de sus prados, unánime ternura
de tierra al cielo?)

Alma sola, entre solos; muchedumbre
de soledades, soterrada cumbre;
tu noche ajena

y tu día —ya equívoco— distante
no ven la angustia de tu error errante,
sin esperanza.

¡Qué ráfagas de azul y qué corrientes
innumerables y perdidas sientes
en tu congoja!

Y cielo y agua —en mutua inmensidad,
no en recíproco azul— dicen verdad
definitiva.

Definitiva! Al cabo, lo absoluto
te tiene ya resuelto, irresoluto
fin en principios.

Y en tus ojos —perpetuas claridades—
se te desmienten todas las verdades
que te engañaron.

Al fin —por fin, en fin—, fin ya, te empiezas
a acabar —sueños son que descabezas—
resueltamente.

Y ya tu corazón, que es uno y trino,
y tu cabeza, insigne desatino,
viven concordes.

Viven muerte. A sabiendas de que viven
muerte, ya no se acaban y desviven
por abarcarse.

(¿Quién abarca el latido, desbocado
galope en pista hermética, increado
brinco de sangre?)

¿Quién mide del magín imaginero
el nunca imaginable derrotero,
lasca encendida?

¡Infinitos al mar! En lo abarcado
—dos metros de egoísmo fermentado—
sólo hay hedores).

Bien está el cauce —nunca paut—. El río
lo trazó con su curso, a su albedrío.
Bien está el cauce.

Bien está la agonía: clave y punto
final de un difundirse ya difunto.
Bien está el río

—postrimeríz en luz, clarividencia
de un minuto infinito de conciencia—
que se desborda

y se vierte en el mar para morir
o sobre sus insomnios a dormir.
Todo es silencio.

Juan Ramón JIMÉNEZ

CON TU PIEDRA

EL cielo pesa lo mismo
que una cantera de piedra.
Sobre la piedra del mundo
son de piedra las estrellas.

¡Esta enorme cargazón
de piedra encendida y yerta!
Piedras las estrellas todas,
piedras, piedra, piedras, piedra.

Entre dos piedras camino,
me echo entre piedra y piedra;
piedras debajo del pecho
y encima de la cabeza.

Y si quiero levantarlas,
me hiera la piedra eterna;
si piso desesperado,
sangro en la piedra terrena.

¡Qué dolor de alma, piedra;
carne, qué dolor de piedra;
qué cárcel la noche, piedra
cercada y cerca de piedra!

Con tu piedra me amenazas,
destino de piedra y piedra.
Con tu piedra te daré
en tu corona de piedra.

Manuel ALTOLAGUIRRE

PARA ALCANZAR LA LUZ

DICEN que soy un ángel
y peldaño a peldaño,
para alcanzar la luz
tengo que usar las piernas.

Cansado de subir, a veces ruedo
(tal vez serán los pliegues de mi túnica),
pero un ángel rodando no es un ángel
si no tiene el honor de llegar al abismo.

Y lo que yo encontré en mi mayor caída
era blando, brillante;
recuerdo su perfume,
su malsano deleite.

Desperté y ahora quiero
encontrar la escalera,
para subir sin alas
poco a poco a mi muerte.

Pascual PLA Y BELTRAN

ALBUFERA: NOCHE DE JULIO

HUELE a tierra, y a limo, y a frescura
La hiriente caña que amenaza al cielo.
El aire acongojado con su vuelo,
Un ánsar se dispara en la espesura.

Luciérnagas, en copas de verdura,
Socávanle a la sombra oscuro velo
Y el agua, rumorosa, es un desvelo
Tendido hacia la humana arquitectura.

La noche, en la laguna palpitando,
Convida a un amoroso ayuntamiento
De acuáticas presencias en delirio,

Los seres y las rosas convocando
Al dulce batallar de caña y viento,
Al mágico crecer de junco y lirio.

*Emilio PRADOS**CUANDO ERA PRIMAVERA*

CUANDO era primavera en España:
frente al mar, los espejos
rompían sus barandillas
y el jazmín agrandaba
su diminuta estrella,
hasta cumplir el límite
de su aroma en la noche.
Cuando era primavera.

Cuando era primavera en España:
junto a la orilla de los ríos,
las grandes mariposas de la luna
fecundaban los cuerpos desnudos
de las muchachas
y los nardos crecían silenciosos
dentro del corazón
hasta taparnos la garganta.
Cuando era primavera.

Cuando era primavera en España:
todas las playas convergían en un anillo
y el mar soñaba entonces,
como el ojo de un pez sobre la arena,
frente a un cielo más limpio
que la paz de una nave, sin viento, en su pupila.
Cuando era primavera.

Cuando era primavera en España:
los olivos temblaban
adormecidos bajo la sangre azul del día,
mientras que el sol rodaba
desde la piel tan limpia de los toros,
al terrón en barbecho
recién movido por la lengua caliente de la azada.
Cuando era primavera.

Cuando era primavera en España:
los cerezos en flor
se clavaban de un golpe contra el sueño
y los labios crecían

como la espuma en celo de una aurora,
hasta dejarse nuestro cuerpo a su espalda,
igual que el agua humilde
de un arroyo que empieza.
Cuando era primavera.

Cuando era primavera en España:
todos los hombres olvidaban su muerte
y se tendían confiados, juntos, sobre la tierra
hasta olvidarse el tiempo
y el corazón tan débil por el que ardían.
Cuando era primavera.

Cuando era primavera en España:
yo buscaba en el cielo,
yo buscaba
las huellas tan antiguas
de mis primeras lágrimas
y todas las estrellas levantaban mi cuerpo,
siempre tendido en una misma arena,
al igual que el perfume, tan lento,
nocturno, de las magnolias.
Cuando era primavera.

Pero ¡ay! tan sólo
cuando era primavera en España.
Solamente en España,
antes, cuando era primavera.

ANTOLOGÍA DE LOS MÁS NUEVOS POETAS ESPAÑOLES

Por *Max AUB*

MUCHOS intelectuales, de todas partes, andan diciendo que ya no hay gran cosa que hacer, como si el mundo hubiese llegado a un término. El desinterés de las masas obreras por lo que no sea el mejoramiento de sus niveles de vida diaria, el cansancio producido por la larga guerra fría (¿por qué no sorda, como se decía?), el estancamiento en algunas de las sendas seguidas por revoluciones que abrieron esperanzas, han decidido a muchos a volver a tiempos literarios muy pasados, de los que la "nueva novela" francesa puede ser ejemplo; a la división de obra y vida, como si fuese lo más natural, en nombre de la libertad; sin darse cuenta de que se meten en un callejón de difícil salida por no seguir el camino real.

(Quede sentado, desde ahora, que no me refiero a la calidad, propiedad "individual e intransferible". No sólo de imaginación vive el hombre ni de pan).

Sencillamente, los inteligentes —jóvenes y viejos— han perdido su poder de indignación. No se puede negar que la estabilización estatal del comunismo haya tenido que ver en ello. No hay revolución que dure cien años, ni cincuenta. ¿Y qué? ¿Por eso deja de pasar el tiempo? Ya casi nadie anda, tenemos una literatura de sentados, mejor: de arrellanados, viendo pasar la gente, de espectadores ni siquiera expectantes. Evidentemente, los descubrimientos científicos tienen parte en este nuevo "dejad pasar, dejad hacer". La gente —entre ellos los escritores— se sienten minimizados ante los éxitos que tienen a la matemática por abanderada. ¿Para qué molestarse? Nos lo servirán todo en bandeja, hasta el maná que ni siquiera ha de bajar del cielo.

No se dan cuenta de que la depolitización de las masas se debe, en gran parte, a ellos. La verdad es que se encuentran bien tal y como están. En la U.R.S.S., en Francia, en Italia o en los EE. UU., los intelectuales disfrutan de una posición envidiable; en general, el gobierno los mima, aun en la oposición. No hay, pues razón —para ellos—, de buscar más allá. Siendo verdad, a la luz de la

inteligencia parece mentira. No traicionan, porque se comportan de acuerdo con su convicción. Los disidentes son pocos, y, por eso, no cuentan con opinión valedera.

Lo anterior no es cierto en España. De ahí la novedad y la esperanza que despierta —por lo menos para mí— la actual literatura española. Sin duda no se debe a éste o al otro (aunque nada se hace sin hombres), sino a la situación política de la Península Ibérica, Portugal inclusive. La realidad española no difiere de otras más que en cuestiones de matiz, pero es suficiente para que los jóvenes intelectuales españoles presenten un aspecto insólito frente a los demás. Que yo sepa, en ningún otro país, las más jóvenes generaciones representan lo que nunca deben dejar de ser: esperanza. No quiero decir con esto que crezca allí un nuevo Lope, un nuevo Galdós; pero sí algo más: una juventud capaz de echarse el mundo por montera en busca de justicia.

Porque este es el concepto que naufraga en el tedio, en la aceptación general. Y no serán los jóvenes "agriados", los "rebeldes sin causa" los que me lleven a pensar de otra manera. La justicia ha pasado al cuarto de los trastos viejos —si no inservibles. Ya nadie se preocupa por ella, permanece arrumbada por los que solían intentar defenderla.

El fascismo dejó un terrible rastro de miedo en el mundo, en todo el mundo; lo mismo el capitalista que el comunista. Aún no se reponen, y, por miedo, los que debieran hablar callan. En España, donde el fascismo, aun edulcorado, sigue vigente existe —fragmentada sí— una verdadera oposición. La misma que no se atreve a dar la cara —fuera de España— donde podría hacerlo sin mayores cuidados.

Como siempre, exagero. Será cosa de la vejez, pero, en verdad, cuando veo a estos jóvenes españoles empeñados a sacar su país adelante, no creo que baste el agradecimiento.

¿Dónde se escribe hoy una poesía —buena o mala— como la que sigue? Y digo poesía dando cabida a la novela, al ensayo, a cuanto hace o quiere hacer esta juventud ardida, hambreada de saber y de justicia.

“**E**N plena guerra de España publicó Juan Larrea un artículo revelador que titulaba "Como un solo poeta" —escribía, en 1944, Francisco Giner de los Ríos. Los poetas españoles constituían efectivamente un solo poeta y como tal cantaban y luchaban al lado de su pueblo, con la unanimidad de una misma sangre y un mismo aliento. Larrea utilizaba, para demostrarlo, un método bien sencillo: hacía un balance de las actitudes adoptadas ante la guerra por

los poetas incluidos en las dos antologías de la poesía española contemporánea que había publicado Gerardo Diego años antes. La primera arrojaba un saldo de dieciséis nombres. El tiempo de la guerra apartaba ya de ellos los de tres muertos: Fernando Villalón—fallecido con anterioridad a él—, Federico García Lorca—encarnación gloriosa de la poesía, por cuya voz asesinada clama la voz de España— y Miguel de Unamuno—que inútilmente querrán apropiarse los que le hicieron morir de dolor español en su rincón de Salamanca. Del lado de la libertad, en su sitio de poetas, quedaban: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, José Moreno Villa, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, Juan Larrea, Rafael Alberti, Emilio Prados, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre. Del otro Manuel Machado y Gerardo Diego. (Juan Larrea olvidaba—y nosotros podemos encerrarlo ahora en un paréntesis, porque nunca pudo estar su extraordinaria sensibilidad al lado de ellos— que Jorge Guillén se encontraba físicamente en territorio faccioso. La inadvertencia no se pudo atribuir entonces a falta de importancia del hecho en sí, sino al silencio mismo y a la inhibición total de Guillén, que, en cuanto pudo hacerlo, escapó de aquella España para reintegrarse a la nuestra en el destierro). La segunda antología de Diego se encabezaba simbólicamente con el nombre de Rubén Darío y se enriquecía con varios nombres más, hasta dar un total de treinta poetas. Contándose ya entre los muertos Villaespesa, Valle-Inclán, Mesa, Bacarisse, Basterra, Morales y "Alonso Quesada", y dejando aparte los nombres de la anterior, la antología regalaba a los facciosos a Josefina de la Torre y Eduardo Marquina y dejaba en su sitio de siempre a Antonio Espina—depurado, por lo visto, ahora—, León Felipe, Juan José Domenchina y Ernestina de Champourcin. Si nos ceñimos al panorama que nos ofrecía el antólogo apasionado de entonces, renegado hoy de la propia poesía que venía a manifestar, la conclusión no puede ser más clara: los poetas de España estaban en su inmensa mayoría con la libertad. No podía ser de otra manera, porque al pueblo español no había de abandonarle en trance tan tremendo su propia alma, la voz de sus poetas. "(Los poetas) en estos furiosos días de ira se hacen lenguas de fuego cuando no como Federico García Lorca, ensordecedoras lenguas de sangre", nos decía el mismo Larrea en su artículo. Renegar de ese pueblo, marcharse con él, no saberse reconocer en su lucha maravillosa, hubiera sido renegar y marcharse de la poesía, no saberse reconocer poeta, es decir, hombre en el más alto y verdadero sentido de la palabra. Pero es que a los nombres antes citados hay que agregar otros más. Entre los que "eran ya", y no se incluían con evidente injusticia en aquellas antologías hay que destacar el nombre de Enrique Díez-Canedo,

siempre poeta junto a su función de crítico y animador de la nueva poesía española. Y los nombres de Miguel Hernández, José María Quiroga Plá, Max Aub, Juan Chabás, Pedro Garfías, Rosa Chacel, Concha Méndez, José Herrera Petere, Arturo Serrano Plaja, Juan Gil Albert, Ramón Gaya, Antonio Aparicio, Lorenzo Varela, Germán Bleiberg, etc. Las nuevas generaciones estaban en su puesto. He aquí el balance durante la guerra. Las pruebas efectivas—los nombres suenan más, pero dicen menos—puede el lector curioso encontrarlas en los libros y revistas que la guerra dio a luz. Y, dadas las circunstancias, se puede hablar con el más hondo orgullo de un verdadero florecimiento. Bastaría ver las colecciones de *Hora de España* y del vigoroso y batallador *Mono azul* de los primeros meses. Pero la prueba más emocionante la da el pueblo mismo, y no sólo en su lucha extraordinaria, que es de por sí el poema más noble de la historia contemporánea, sino literalmente. En el *Romancero general de la guerra de España*, que editaron en 1937 Emilio Prados y Rodríguez Moñino, los poetas "profesionales" están en minoría: el que canta es el pueblo, con sus obreros y con sus milicianos. Es el pueblo en guerra que se canta a sí mismo en sus héroes y en sus batallas, en la tierra que defiende y en el cielo que conquista desde su trinchera enardecida. Es el pueblo que está en pie, cantando su gloria. Con él—conmovedoramente con él, en su mismo corazón—está en su poesía, la poesía".

Han pasado veinte años desde que el entonces joven poeta, hecho en la guerra, escribió esas palabras. De los citados, muchos han muerto en tierra extraña. En España crecieron clamando, "hijos de la ira", entre otros; José Luis Hidalgo, Blas de Otero, José Hierro, José María Valverde, Gabriel Celaya, Ramón Garcíasol, Luis Gallego, Leopoldo de Luis, Eugenio de Nora, Miguel Laborleta, Gloria Fuertes, mientras se arrepentían—nunca es tarde si la dicha es buena—Rosales, Vivanco y Ridruejo y crecían, fuera, las voces de Manuel Durán, Tomás Segovia, Luis Rius, José Pascual Buxó, Nuria Parés, etc.

Tras ellos surge ya otra generación; de diez, de los que en ella forman, doy un solo poema, inédito, muestra de su calidad. Esas voces son como las deseaba Manuel de Cabanyes en su oda *La independencia de la poesía*, hace más de ciento treinta años:

Sobre sus cantos la expresión del alma
vuela sin arte; números sonoros
desdeña y rima acorde; son sus versos
cual su espíritu, libres.

Duros son; mas son fuertes, son hidalgos
 cual la espada del bueno: y nunca, nunca
 tu noble faz con el rubor de oprobio
 cubrirán, madre España.

Les procede—debido homenaje— con un poema inédito, Blas de Otero.

Blas DE OTERO

¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde?

Quevedo.

NO hablo por hablar. Escribo
 hablando, sencillamente:
 como en un cantar de amigo.

Nazim, Marcos, Lina Odena,
 Nina van Zandt, compañeros
 en la libertad más bella.

La libertad del que forja
 un pueblo libre: Miguel
 Hernández cavó la aurora.

¡Ah de la vida! Preguntas
 a tientas: "el mar", "el campo"...
 Las olas se han vuelto mudas.

Veintidós años... Decidme
 cómo es un árbol. Quién silba
 arriba en el aire libre.

Quién me recuerda. Quién llama
 desde el fondo de una mina.
 Espaciosa y triste España.

La libertad por el suelo.
 Tú la levantas, la apoyas
 en el hombro del obrero.

El olivo y las espigas
te dan la mano, se pasan,
brisa a brisa, la consigna.

Como en un cantar de amigo,
escribo lo que me dictan
la fábrica y el olivo.

J. M. CABALLERO BONALD

MOVIMIENTOS CONTRARIOS

No esperes
movimientos distintos
al de las manecillas
de un reloj
o bien al de algún brusco
pasar
de comitivas,
las más veces portando
cruces
procesionales, armamentos,
bursátiles
pancartas, tartas
de aniversario.

No esperes
otra cosa
si es que pacientemente
vives
en alguna ciudad
surpirenaica
y al despuntar el día
(glorioso, como es norma)
en que los objetivos todos
otra vez se han cumplido
y hasta los más visibles
movimientos de pánico
son pura fantasía,
tú levantas los ojos
con comedia indignación,

haces
ascos sin más, te reincorporas
al vitalicio alúd
de los neutrales.

No esperes, en efecto,
que cesen las veloces
rotativas, los sórdidos
balances
de mesas petitorias
y contratos, el vil
desplazamiento
de los más consabidos
expedientes de trámite,
si tú medras, resuelves
dar al miedo carácter
subsidiario, confías
en tus cábalas, te impones
la solución de lo previsto.

Desperézate y anda
más allá de los últimos
letargos colectivos, cumple
lo que te exige
tu actitud personal:
es con el único
decoro con que cuentas.
Deserta de las filas
donde transita el tiempo
oprimido
entre códices, oye
retumbar el intrépido
tambor del porvenir (si bien
con cierta propensión
a la parada
militar), mira
correr aceleradamente
tantos inertes años
triunfadores, ven
hasta aquí, rehaz
tu entumecida
conciencia ciudadana,
levántate y libérate
del estático hedor

donde vegetas, piensa
que eres tú quien te debes
mover a contratiempo.

Gabino-Alejandro CARRIEDO

ESPAÑA PENSADA

1. **Y** PIENSO (cómo no voy a pensar)
en su nombre, España.

Tu nombre
que iba unido al recuerdo de mi casa.

Para mí, España era, cuando chico,
un gran oficio que trabajaba.

España era un pintor de brocha gorda
por los andamios de las fachadas.

O un peón de albañil lleno de yeso
comiendo al mediodía la tartera sin ganas.

O un aprendiz de ajustador
que entraba de noche y salía de noche de la fábrica.

O un par de yuntas —en el pueblo—
para las faenas de la labranza.

O la misma costumbre del pescador
echando las redes desde la barca.

O el silbido del tren desde la alcoba
donde murió el abuelo, en su cama de hierro, alta,
cerca de la caseta del guardagujas
o los talleres de la sala de máquinas.

Un inmenso oficio ferroviario,
tarea pescadora o aldeana,
tornillo y lima, cemento y yeso,
brocha que pinta paredes y ventanas,

tendido me aprisiona
y la luz se me llena
de sombras de tu sueño.

Cuando la noche llegue
para mí, buen amigo,
yo seguiré de pie cuidando de tu día.
No enviaré a tu encuentro
fantasmas sino breves
y fieles advertencias.
Pero tú, sigue ahora por las calles
de tu ciudad, vigila
el sueño de los otros. Somos muchos
los silenciosos decididos
a no dormir: escucha.

Te enviaré, de noche,
mis soledades llenas
de árboles y de vigas
de mi país: posibles
cadalsos, mas también
—si no dormimos— sombra
y hogar para mi pueblo.
¿No hay árboles y vigas
en tu país? ¡Pues claro!
Cuelga tu sueño en ellos; por el día
me enviarás sus hojas, su paciente crujido,
y los repartiré a mis compañeros.

Si te espían, no temas. Notarán
tu amor. Pero tan lejos
y tan cerca de ti verás su alcance
que acabarás sintiendo, como yo,
su imprescindible abrazo.
¡Qué importa lo demás! La luz, un día,
nos llenará los párpados
de caminos y remos. Dormirás
sobre la paz, velando; velaré
descansando en tu sueño.
Será entonces posible
repartirnos el día y las tinieblas.

Ahora, cuando la lucha
diaria nos somete,

no duermas, compañero.
apuntala mis pasos
mientras descubro el día.

Angel GONZALEZ

ALOCUCIÓN A LAS VEINTITRES

CIUDADANOS perfectos a estas horas,
honorables cabezas de familia
que lleváis a los labios vuestra servilleta
antes de pronunciar las palabras rituales
en acción de gracias por la abundante cena:

vuestra responsabilidad de sólidos pilares
de la civilización y de Occidente,
del consumo de bicarbonato sódico
y del paternalismo hacia la servidumbre,
exije de vuestra parte
cierta ignorancia de hechos también ciertos,
un esfuerzo final en bien de todos,
la tozuda incomprensión de algunas realidades,
la fe más meritoria, en resumen,
que consiste
en no creer en la evidencia.

Yo podría jurar que la tierra está fija
—ya lo juré otras veces—
y que el sol gira en torno a ella;
yo podría negar que la sangre circula
—lo seguiré negando, si hace falta—
por venas del hombre; yo podría
quemar vivo a quien diga lo contrario
—lo estoy quemando ahora.

No es que sean importantes los asuntos
objeto de polémica:
lo importante es la rígida
firmeza en el error.
Pues las mentiras viejas se convierten
en materia de fe,

y de esa forma
 quien ose discutirnos
 debe afrontar la acusación de impío.

Con esto,
 y una buena cosecha de limones,
 y la ayuda impagable de nuestros coaligados,
 podemos esperar algunos lustros
 de paz como ésta de hoy,
 en una noche
 semejante a ésta de hoy,
 tras una cena
 lo mismo que ésta de hoy.

Tal como siempre, pues, pedid conmigo:
 Más fe, mucha más fe:

Que en cierto modo,
 creer con fuerza tal lo que no vimos
 nos invita a negar lo que miramos.

(De Grado Elemental)

José Agustín GOYTISOLO

PENDIENTE DE JUICIO

SE ha cometido un crimen.
 Todo el pueblo es testigo
 del hecho. El juez
 se ha demorado, el forense
 no está, los guardias
 han huido.

Aguardamos,
 año tras año,
 esperando el castigo
 del culpable.
 Pero no llega nadie.
 El camino
 se pierde en la llanura,
 vacío.

Dice una voz:
 tenemos que hacer algo.
 Asentimos. El pueblo
 hará de juez, de forense,
 de guardia, de testigo.
 ¿Y el abogado?

Nada,
 no se oye nada. Hay
 millones de ojos
 mirando al asesino.

(Inédito)

Eugenio DE NORA

SILENCIO, frente al agua clara.
 Hace
 ya mucho que no canto.
 ¿Tengo
 quizá motivos?

Desfila el tiempo, águila incesante,
 sobre sí mismo, dando forma el cielo;
 se asombra el alma lentamente. Y canta.

No, nunca tuve el corazón, la vida
 tan rebotantes; nunca las palabras
 me fueron tan frutales en los labios.

Pero callo, lo mismo que la tarde
 dorada entre los montes.

Antes canté, cuando la vida era
 árbol huracanado, rabia y trueno.
 Canté, grité, quise romper la aurora
 contra la noche.

Si ahora el sol, ardiendo,
 está en mis manos, ¿qué decir?

O esa
paloma sosteniendo el azul tierno:
¿cómo nombrarla, si no es nieve?

Antes canté. Cuando el alma arde y vuela,
sólo canta el silencio, rescatado.

¡Florear tarde lenta, junto al río!
Me paseaba en avenidas quietas,
y un gran reloj detuvo (señalando
una vida, la vida) su latido
un momento, lo justo hasta dejarnos
doblar la esquina (a un hombre, al hombre,
a aquél hombre ignorado
que junto a mí venía,
y se perdió. . .

Ah, lento, sí, muy lento)
. . . hacia este río,
como el recuerdo niño: musgo tierno
que espera pies desnudos, dulcemente
inclinado

—¿regreso, muerte?—
al agua.

Claudio RODRIGUEZ

CIUDAD DE MESETA

COMO por estos sitios
tan sano aire no lo hay, pero no vengo
a curarme de nada.
Vengo a saber qué hazaña
vibra en la luz, qué rebelión oscura
nos arrasa hoy la vida.
Aquí ya no hay banderas,
ni murallas, ni torres, como si ahora
pudiera todo resistir el ímpetu
de la tierra, el saqueo
del cielo. Y se nos barre
la vista, es nuestro cuerpo
mercado franco, nuestra voz, vivienda,

y el amor y los años
puertas para uno y para mil que entrasen.
Sí, tan sin suelo siempre,
cuando hoy andamos por las viejas calles,
el talón se nos tiñe
de uva nueva, y oímos
desbordar no sé qué aguas
el rumoroso cauce del oído.

Es la alianza: este aire
montaraz con tensión de compañía.
Y a saber qué distancia
hay de hombre a hombre, de una vida a otra,
qué planetaria dimensión separa
dos latidos, qué inmensa lejanía
hay de la boca al beso.
¿Para qué tantos planos
lóbregos, de ciudades bien trazadas
junto a ríos, fundados
en la separación, en el orgullo
roquero?
¿De qué han servido tanta
plaza fuerte, hondo foso, recia almena,
amurallado cerco?

El temor, la defensa,
el interés y la codicia, el odio,
la soledad: he aquí lo que nos hizo
vivir en vecindad, no en compañía.
Tal es la cruel escena
que nos dejaron por herencia. Y ahora,
¿cómo fortificar aquí la vida
si ella es sólo alianza?

No veo tus murallas,
fronteriza ciudad, a la que siempre
el cielo sin cesar desasosiega.
Esto no es monumento
nacional, sino luz de alta planicie,
aire fresco que riega el pulmón árido
y lo ensancha, y lo hace
total entrega renovada, patria
a campo abierto. Aquí no hay costas, mares,
norte ni sur; aquí todo es materia

de cosecha. Y si dentro
de poco llega la hora de la ida,
adiós al fuerte anillo
de aire y oro de alianza, adiós al cerro
que es ya fiel compañía, porque todo
se rinde en derredor y no hay fronteras,
ni distancia, ni historia:
sólo el voraz espacio y el relente de agosto
sobre estos altos campos
de nuestra tierra.

José Angel VALENTE

MELANCOLIA DEL DESTIERRO

Lo peor es creer
que se tiene razón por haberla tenido
o esperar que la historia devane los relojes
y nos devuelva intactos al tiempo en que quisiéramos
que todo comenzase.
Pues ni antes ni después existe ese comienzo
y el presente es su negación y tú su fruto,
hermano consumido en habitar tu sombra.

Lo peor es no ver que la nostalgia
es señal del engaño o que este otoño
la misma sangre que tuvimos canta
más cierta en otros labios.

Y peor es aún ascender como un globo,
quedarse a medio cielo,
deshincharse despacio,
caer en los tejados de espaldas a la plaza,
no volver al gran día.

La gloria de aquel acto
era toda futura.

Pero tú olvidas cuanto
pusiste en él, mientras los muertos
brotando están a flor de tierra ahora
para hacer con sus manos
la casa, el pan y la mañana nuestra.

Y tú en tu otoño de recordatorios,
en tu rosario quieto,
igual que un héroe de metal fundido,
famoso en unos pocos
metros a la redonda,
ilustre en ignorancia de la hora inmediata
y casi sordo de tristeza.

Pienso

si no supiste combatir,
si no te defendiste por donde más te herían
o si acaso ignorabas que el destierro es a veces
más cruel que la muerte.

Sobremueres.

Te han vendido a ti mismo,
a tu perfil lejano entre metralla y cantos
o te has dejado herir con un solo disparo
de luz petrificada en la boca del alma.

SOBRE EL TEATRO ESPAÑOL DE LOS ÚLTIMOS VEINTICINCO AÑOS

Por Ignacio SOLDEVILA DURANTE

ENRIQUE Díez-Canedo, al publicar en la revista *Hora de España* un estudio panorámico del teatro español desde 1914 hasta 1936, consideraba que la guerra civil había puesto el último punto a su trabajo. Todo lo posterior pertenecía ya a un nuevo período que se entreabría con la incógnita del futuro, pero que iría sin duda marcado por ese suceso tajante de las dos revoluciones y la guerra civil, fuese cual fuese el resultado de la misma. Los años han demostrado que Díez-Canedo había visto bien, si entendemos que se refería a la literatura en general. Novela y poesía, descendidas de sus clavileños de deshumanización, de grado o de fuerza, por la violencia del acontecimiento catastrófico, tardaron poco tiempo en expresar, fuera y dentro de España, la conciencia de compromiso humano que los hombres de letras habían adquirido durante la guerra. Tras *El Rey y la Reina* de Sender y *Campo Cerrado* de Max Aub, después de *La familia de Pascual Duarte* y de *Nada*, de Cela y Laforet respectivamente, la novela, fuera y dentro de España, conoce su camino y lo sigue hasta ponerse de adelantada de Europa. No en balde nuestra guerra terminaba seis años antes que la mundial. En la poesía, ni faltaban ya ejemplos entre los noventaiochistas antes de la guerra; pero ésta puso en movimiento a todos los poetas, con las salvedades de rigor, y esa tendencia no tendrá dificultad en continuarse, bajo formas menos violentas y más definitivas, después de ella. Ciertamente es que entre los *Hijos de la Ira* de Dámaso Alonso y la poesía "socializada" de Jorge Guillén han pasado muchos años, pero ahí está precisamente ese hecho como muy significativo. El imperativo del momento histórico acaba de hacerse sentir incluso en el traductor de Valéry. Y ya es decir.

Pero por lo que respecta al teatro, el cantar es otro. El mismo Díez-Canedo dedicaba sus últimas líneas a mencionar que "se hablaba de una crisis" del teatro, tanto en España como fuera de ella. Y a la culpabilidad universalmente admitida del cine, añadía el crítico algunos aspectos particulares al teatro español: las condiciones difíciles en que trabajaban los actores y el comercialismo de las empresas teatrales.

Hoy, veinticinco años después de la observación de Díez-Canedo, se sigue hablando de crisis en España, y lo más frecuente es atribuirla, conjuntamente, al adocenamiento de autores y de público, y, a la vez, al auge de espectáculos de masas como el fútbol, a la organización "industrial" del cine.

Pero ¿cómo pueden coexistir una novela y una poesía de primer orden con un teatro mediocre? ¿Son los autores teatrales inferiores a los otros? ¿Asiste al teatro un público distinto del comprador de novelas, del lector de poesía? Uno de los raros dramaturgos con preocupaciones evidentes, Alfonso Sastre, acusaba recientemente al intelectual en general, al escritor en particular, de desinterés por el teatro. No faltó quien le diera el mentís. No deja de ser curiosa la observación, y ese ausentismo explicaría la mediocre calidad de autores y de público. ¿O es el teatro realmente un género aparte en la vida literaria? El cine, al que pocos se atreven ya a negar la esencia artística, se asemeja extrañamente al teatro, y su producción, en España, no adolece de menor mediocridad. Lo que no impide al empresario cinematográfico hacer negocios redondos, ni a productores y actores vivir en la opulencia, sobre todo si se compara su suerte con la de sus colegas del teatro. ¿Ha sustituido entonces el cine al teatro? Sociológicamente hablando, no cabe duda que, por el momento, en España sí. Las mismas masas que en otro tiempo asistían a las comedias de Lope y a los autos de Calderón, van hoy al cine del barrio. En los teatros de España se sientan hoy unos buenos burgueses que rumian una buena cena y se regocijan viendo sus *peccata minuta* sobre la escena. Ellos mantienen lo que los franceses llaman el "teatro de digestión". Y ese mismo público que se regocija con los enredos de Paso y de Tejedor —por mencionar al mejor y al peor de los escritores de teatro de digestión—, a veces aplaude también un espectáculo más serio, en que un autor moralista defiende terribles tesis sociales que ya todo el mundo da por archisabidas; pero la tranquilidad del público no queda comprometida con el teatro de los Calvo Sotelo. Son "casos" muy particulares, que no conciernen a la comunidad, y posiblemente se asimilan en el fondo a los sermones sobre mandamientos de la misa dominical: para que los malos se enteren, y el buen burgués pueda dar una codazo a su señora y decirle: "Como Fulanito". Y por fin, asistirá a alguna que otra pieza traducida, en donde se nos presentará una sociedad que no es la nuestra, y donde pasan cosas terribles. Y al salir, convencido, el respetable caballero dirá a su distinguida esposa: "¡Qué gracias tenemos que dar a Dios que cosas así no pasan en España!" Esta frase la ha oído quien esto escribe al salir del teatro Lara de Madrid, después de la representación de *Los años del bachillerato*.

Y este mismo público ¿aplaude *Un soñador para un pueblo* de Buero Vallejo o un drama de Alfonso Sastre? Empezamos a creer a este último. Tenemos casi la convicción de que el intelectual asiste muy rara vez al teatro, y sólo cuando se le presenta una obra reconocida por ser de un dramaturgo extranjero famoso, o de una de nuestras glorias del Siglo de Oro, o de nuestro solitario fenómeno Buero Vallejo. Es decir, en rarísimas excepciones. Sin embargo, ¿está el bueno burgués ausente de esas representaciones? No lo creemos. La regla general es que este estamento social se caracteriza por su búsqueda de la comodidad. Para ello, delega políticamente el poder a uno sólo, porque las responsabilidades del gobierno son muchas y complicadas. Delega la responsabilidad moral en su confesor, que le marca lo que está bien y mal. Delega la selección de sus diversiones y pasatiempos en el crítico de su periódico, y, a mucho tirar, en el "dicen que". No creemos que se haya dado el caso en España de que una obra haya fracasado cuando todos los críticos, desde el más exigente de revista especializada, hasta el más conservador de periódico popular, hayan sido unánimes en su aceptación. El crítico es, pues, el catalizador del éxito teatral en España. Y los críticos rara vez se unifican. Pero si esta coincidencia es escasa, sería superficial atribuirla a ignorancias, a malos humores, a enemigas personales que, en cada caso, impedirían a este o a aquel crítico ejercer su función con ecuanimidad. Y creemos ya alcanzar uno de los fondos de este mar de problemáticas: para que un teatro triunfe se necesita que todo el pueblo esté de acuerdo en algo. Cuando se toca a ese fondo común, la reacción tiene que ser igualmente colectiva. Lo que justifica el triunfo del teatro griego, del teatro español en el Siglo de Oro, o del clásico francés, basados en una unidad religiosa o nacional. Actualmente, en España, sólo se hace la unanimidad en torno a una contienda de fútbol, y el hecho de que dicho acto deportivo se celebre en un recinto cuyo centro es el terreno de juego, **no es pura** coincidencia con la forma del teatro griego o del teatro elisabetano inglés, o del coso taurino. El pueblo participa, unánimemente, con un solo corazón, de los héroes y en sus peripecias. La dispersión ideológica y social no puede favorecer un espectáculo de más valor intelectual que el deportivo. En la España de hoy, como en la Europa de hoy, existen espectáculos para todos los niveles. En el inferior, todos se encuentran: el deporte. En el cine, la mayoría inmensa, pero dispersada también en grupos que van, gradualmente, desde el aficionado al filme sentimental o de aventuras, hasta el miembro del cine-club. Esa misma dispersión existe en el teatro: hay un teatro para la sociedad burguesa, localizado en Madrid, Barcelona y, esporádicamente, en otras capitales, y otro teatro para

los intelectuales: teatros de cámara y ensayo, teatros universitarios. Nada impediría la existencia de géneros inferiores—intelectualmente, no humanamente hablando—como en otros tiempos. Pero el cine, en ese nivel, hace más, mejor y con menos esfuerzo. El público, a ese estadio, ha desertado el teatro por el cine. Como ahora, en otros países, ha desertado el cine por la televisión, reduciendo al cine a una función ancilar dentro de su más complejo sistema comercial. Y, como el tiempo actúa mordiéndose la cola, hemos visto en los países donde la televisión se ha convertido en el espectáculo de masas, una renovación del teatro, que trabaja para ella.

Pero volvemos atrás para insistir en el hecho de que otros géneros literarios, a pesar de la fragmentación del público, siguen gozando de vida próspera. La novela de hoy se diversifica entre los infragéneros de aventuras y las novelas de exploración intelectual para uso de capillas. Todos gozan de buena salud. La poesía, en España, tiene un público restringido pero no menos fiel y *activo*. Raros deben ser los lectores de poesía que no la han escrito o no piensan escribirla alguna vez. Y ¿qué lector no ha soñado, con una novela premiada entre sus manos, alcanzar algún día una notoriedad semejante? Y llegamos a otro punto neurálgico: ¿piensa también así el espectador de teatro? ¿Estamos todavía en aquellos tiempos en que se decía que cada español tenía una pieza de teatro en el cajón de su mesa, esperando una oportunidad? El hombre con vocación de escritor no se siente atraído, generalmente, por el teatro. Esta afirmación de Sastre con respecto a España no es menos cierta a la escala de Occidente. Las excepciones... precisamente lo son. Si explicáramos esa desafección por la cosa teatral, tendríamos mucho de avanzado en la comprensión de la crisis del teatro.

Veamos para ello en qué consiste el teatro. O más modestamente, limitémonos a investigar en qué se diferencia esencialmente el teatro de los demás géneros literarios. No es difícil ver que esa diferencia estriba en la presencia corpórea del individuo en la escena. Y ello también le distingue, entre otras razones, del cine, en el que sólo su imagen aparece, y no el hombre mismo, "de bulto" (sin contar con que, esencialmente, el cine se basa en una superación del ojo humano: la cámara cinematográfica, que lo ve todo desde todos los planos posibles, desmenuzando la realidad en sus componentes para proceder a una recomposición sobrefísica, sobrenatural).

Si la presencia humana es el elemento indispensable del teatro, si la esencia del teatro es el hombre, su existencia es la confrontación con lo que le rodea: el otro. Esta confrontación se traduce en acción física, en comunicación verbal. Y de la manera en que esa

confrontación y esa acción tengan lugar surgirán las diferentes clases de teatro: trágico, cómico y sus hibridaciones. Por consiguiente, hay que estar previamente de acuerdo, autor, actor y público, en sólo dos fundamentos: la persona humana, su confrontación con los demás.

¿Será necesario unir ahora los cabos de la argumentación? La deserción del intelectual como autor y como público del teatro han tenido lugar a partir del momento en que el pensamiento occidental ha puesto en entredicho la esencia del teatro al negar la unidad y la responsabilidad de la persona humana, al afirmar la falta de continuidad en la personalidad, al poner al descubierto la quilla del hombre, el subconsciente, al negar a la vez la trascendencia y la vida sobrenatural, al anular el principio del bien y el mal. La poesía, en los años siguientes, ha buceado tranquilamente por esos nuevos e inéditos fondos, sacando a la luz toda clase de brillantes rarezas y de bellezas ignoradas. La novela, género proteico por naturaleza, se acomoda inmediatamente a desmenuzar la personalidad, después que el más audaz de los buceadores, Joyce, señala con una piedra estelar el *non plus ultra* de la novela. Pero el teatro recibe el impacto en el centro mismo de su sistema vital. Los escritores, desde ese momento, intentarán transcribir sobre la escena la misma problemática de la novela y la poesía. Pero sus ensayos no pueden hacer sino ir hacia callejones sin salida, son tanteos en un pozo cegado. El teatro que plantea la pluralidad de la persona, en manos de un genio de temperamento dramático, como Pirandello, puede jugar a presentar facetas diversas. En manos de otro menos hábil, se llame Ramón Gómez de la Serna o Miguel de Unamuno, da para una o dos piezas. Necesitados por temperamento de escribir teatro, algunos escritores resucitan el teatro clásico para remozarlo. Es lo único que les queda: la retrospectiva. Si se trata de probar la incomunicabilidad de los seres humanos, con una pieza está dicho: el chiste del diálogo de sordos no se puede repetir al infinito. Y desde nuestro Max Aub de *El desconfiado prodigioso* hasta *La Cantante calva* de Ionesco, todos los intentos de ese teatro terminan en lo mismo: renuncio. Lo dijo el surrealista Breton, y lo repitieron muchos años después las piezas de Ionesco:

Une monstrueuse aberration fait croire aux hommes que le langage est né pour faciliter les relations mutuelles.

Si usted quiere. Pero por ahí vamos al fin del teatro. E Ionesco, como todos los que quieren que siga viviendo, tienen que volver atrás y buscar otro camino. Sin contar con que el público no les puede seguir tampoco por ahí. Si el público aceptase las afirma-

ciones de la filosofía contemporánea con todas sus consecuencias, la alternativa sería única: o se sigue creyendo en la sobrevida, y se sienta uno tranquilamente a esperar la liberación, es decir, la muerte, o no se cree, y no queda más solución que apurar hasta las heces las posibilidades intraterrenales de goce y reventar luego: o el claustro o Gide.

La índole temperamental de ciertos públicos los predispone, más que a otros, al reconocimiento de esos principios. Pero, en general, la humanidad, como tal, está en la imposibilidad biológica de admitir su autodestrucción, la negación de sí misma. La novela y la poesía, los novelistas y los poetas, han tocado hace tiempo el muro y han vuelto atrás: la única tarea positiva es el mejoramiento de la sociedad, la preocupación por la miseria física y moral humana. La función de poesía y novela: poner todo eso al desnudo, para que la evidencia misma no deje otra salida que la acción, la reacción saludable. Y lo que sea sonará. La novela española, durante los años de la deshumanización, pareció perdida en España. Ortega certificó su acta de defunción. Pero con la campanada de la guerra civil, resucitó el muerto que, como otros que aquél mató, "gozan de buena salud". *Idem* de lo mismo para el fenómeno poético. ¿Y el teatro? Su única posibilidad de restauración duradera estaba en esa misma vuelta al compromiso con lo inmediato. *Historia de una escalera* dio un ejemplo semejante a los que Sender o Cela dieron en la novela. Las tragedias de Max Aub, por trasterradas, no tuvieron la menor oportunidad de aleccionar u orientar en España. El público burgués seguía apoltronado en los últimos coquetos de Benavente y toda su cohorte de teatro conversacional, ingenioso, lleno de chispa, pero tan huero e insubstancial como la mayoría de las charlas de café, y sin más pretensiones que éstas: matar el tiempo mientras se hace la digestión. Después, la desafección de los intelectuales por el teatro durante la época "desintegradora" había sentado un precedente y creado una inercia. Por otro lado, el editor se mostraba más acogedor, más generoso y, ¿por qué no decirlo?, más auténtico comerciante que el empresario de teatro. Y dos golondrinas—quiero decir, dos teatros subvencionados—, no daban muchas oportunidades, sin contar con la duración limitada de las "temporadas". En la edición no hay temporadas: todo el año es orégano. Digo: todo el monte. ¿Y los premios? En la novela o en la poesía, sumas tentadoras, para empezar, y para seguir, ediciones a la vista, derechos de autor, etc. En el teatro, premios más bien honoríficos, y el derecho, muchas veces no satisfecho, de una representación, una. Entre tanto, el público joven, que había salvado otras crisis del teatro, tenía que dividir ya su tiempo entre el teatro de ensayos y los cine-clubs, por

no hablar del cine de ensayo, que estuvo mucho tiempo limitado, tal vez por razones económicas y de organización, al área geográfica de Cataluña, e ignorado fuera de ella.

En los últimos años, la renovación del teatro español ha venido realizándose muy lentamente: con sus pasos contados, hemos asistido primeramente a la labor de los teatros universitarios, de cámara y de ensayo, consistente ante todo en la presentación de los mejores dramaturgos europeos y americanos. Pero esta labor en muchos casos era contraproducente, porque sabemos por qué vericuetos sin salida se habían metido tantos y tantos de esos dramaturgos, que no podían, por la naturaleza misma de sus obras, tener auténticos imitadores. Después, hemos visto a estos mismos teatros y grupos dar una parte cada vez mayor a la reposición y revaloración de nuestros dramaturgos del pasado remoto y el inmediato: de *La Celestina* a Lorca, a Valle-Inclán. Son estos dos los nombres que más se repiten como precursores. Luego —o a un tiempo—, las prédicas empiezan a tener algún efecto entre las nuevas promociones, salvadas del adocenamiento por su apoyo al teatro inquieto y su desafección del teatro comercial o de digestión. Algunas personalidades señeras deben recibir hoy la gratitud de los jóvenes por haberles mantenido siempre despiertos con su exigencia y su integridad. Me complace señalar entre todos a Gonzalo Torrente Ballester, crítico de periódicos y de revistas, que ha dado siempre su nombre al pan y al vino, y señalado en ellos el agua y las pajas. Mitad crítico mitad autor, Alfonso Sastre, desde las revistas y los teatros universitarios primero, desde la revista *Primer Acto* y alguna que otra salida a las escenas comerciales después. Autor entero y verdadero, a Antonio Buero Vallejo, en peligroso pero necesario equilibrio siempre entre su exigencia personal y la del tiempo, en desafío continuo de las otras exigencias menos auténticas.

Hojeando ahora la colección de una revista joven española, nacida en noviembre de 1958, *Acento Cultural*, vemos cómo esa persistencia en la palabra y el ejemplo ha acabado por obtener respuesta auténtica en las generaciones jóvenes, que ya plantean los problemas del teatro español de manera franca y, lo que es mejor, proponen soluciones viables e inmediatas. Un grupo como el GTR, dirigido por Alfonso Sastre y José María de Quinto, ha señalado exactamente la situación del teatro y ha llamado a filas para hacer un teatro español inspirado a la vez en la tradición mejor y en el realismo más consciente de la circunstancia española. Ese realismo social lo propugnan, y eso es ya miel, sin fanatismos, reconociendo el derecho a otros teatros y otras opiniones, pero poniendo en lugar del arte por el arte, el arte por el hombre. Otros no tan jóvenes en

edad, como Fernando Lázaro que ya Díez-Canedo mencionaba en 1936 entre las promesas del teatro español,¹ han hecho ver a través de la misma revista, la importancia primordial que el teatro tiene hoy en nuestra civilización como compensador del adocenamiento de las masas. La infracultura de los "mass media", cuya finalidad es el triunfo financiero y no el cultivo del pueblo, no es un secreto para nadie. Sabemos muy bien, por ejemplo, cuáles son los sistemas que las empresas de televisión de los Estados Unidos emplean para establecer su programación: las estadísticas de frecuencia y número de telespectadores ante determinado programa. Resultado: la multiplicación de los programas mediocres y la eliminación de los otros. Y en esa pendiente, como es lógico, y por el mismo sistema, la mediocridad no se estabiliza en un nivel, sino que desciende en proporción constante a la disminución de exigencias. Es el principio que enunciamos antes: para obtener una aquiescencia colectiva, hay que descender a los instintos más elementales. Ante esa situación, por otro lado inevitable, el Estado no puede permanecer indiferente, pues del nivel de las masas depende su progreso normal. Y cita Fernando Lázaro el ejemplo de Alemania, donde las municipalidades y el Estado subvencionan los teatros, vigilando su nivel artístico. Torrente Ballester cita el de Finlandia, que adjudica al teatro los ingresos procedentes de un impuesto especial sobre los espectáculos deportivos.

Digámoslo sin embozos. Dentro del actual sistema de gobierno de España, pocas esperanzas existen de que dicha intervención se realice en el sentido del mejoramiento del nivel artístico y de la función social del teatro. La emoción propia del teatro, lo hemos dicho, es colectiva. Supone una comunión, y acentúa la importancia y la necesidad de la comunión. Pero comunicar ¿qué y para qué? Las reuniones públicas en un estado de excepción están reglamentadas, vigiladas, necesitan del consentimiento expreso del gobierno. Y si el teatro va a plantear ante el público problemas y tragedias sociales, fundamentadas en la realidad, en la circunstancia, el público va a comunicar con ellas, va a comunicar con esos seres representativos y, al mismo tiempo, va a sentir en el codo a codo de la sala que sus sentimientos y reacciones son los mismos que los ajenos. ¿No reaccionará ese grupo de individuos, de pronto, como una comunidad consciente de sus problemas y exigente para las soluciones? ¿Va a salir de la representación de *Muerte en el barrio* de Alfonso Sastre, sin reaccionar ante ciertas injusticias de la medicina seudosocializada a que está sometido? ¿Y va a salir de *Un soñador para un pueblo* sin sentir un deseo de mejorar su

¹ Después de la guerra sólo ha presentado una obra, *La señal*.

vida? Etc., etc. Por eso nos deja reticente la declaración del último ministro de Información español, en quien recae la responsabilidad del espectáculo en España, cuando dice que piensa establecer una política de difusión del teatro que recuerda extrañamente a la de la República Española de 1931 y 1932. ¿Qué más quisiéramos nosotros que el proyecto dejara pronto de serlo por ser realidad? Lo que no dejaría de sorprendernos.

En un género tan complejo como el teatro, y en el momento de entrar en detalles, conviene ir por partes. Hablar del teatro en España, o en cualquier parte, es hablar del edificio, del empresario, del autor, del escritor, del público y del crítico. El orden en que los mencionamos no es tal, sino simple enumeración. Intentaremos ocuparnos de cada uno de ellos, empezando desde 1936.

El edificio

EL lugar geográfico del teatro en España, en 1936, es normalmente el tipo de teatro a la italiana, que sitúa al espectador del otro lado de la ficción, separándolo así claramente de ella y dándole, con ello, una posibilidad de distanciamiento inversamente proporcional a su inmersión en la ficción. El público pasa por la fuerza de su situación física a distanciarse críticamente de la obra, a considerarla como ficción, juego, metáfora. Así definía Ortega y Gasset: metáfora en acción, si no recuerdo mal, al teatro. Las excepciones a este tipo de teatro aparecen con el teatro de la legua, que nunca dejó de existir en España, aunque con una calidad bien mediocre: tablado improvisado, y el pueblo apretujado en torno. Lo mismo hará el teatro de las Misiones Pedagógicas durante la República—Alejandro Casona—o la farándula de García Lorca y de Ugarte por los pueblos de España. Con ellos vuelve a ocupar éste un puesto en el teatro, el puesto principal, que la transformación del "corral" clásico en patio de butacas le había quitado, reduciéndolo a minoría en el gallinero (en otros tiempos reducido de la minoría selecta que no quería mezclarse con el vulgo).

Con la guerra civil, esta nueva presencia del pueblo ante el teatro se acentúa: los grupos ambulantes de teatro que llevan distracción y coraje por los frentes de batalla abundan en ambos lados, aunque creemos, tal vez por un defecto o parcialidad de nuestra información, que la supremacía en este aspecto corresponde a la zona republicana, en donde se estableció un sistema muy completo de teatros móviles.

Se da también, y de esto tenemos noticias en ambos lados, la utilización de exteriores e interiores monumentales como marco de

representaciones teatrales. Así, en la zona nacionalista, las de autos sacramentales ante las catedrales, y en la zona republicana, el empleo de grandes naves de iglesias desafectadas para representaciones de autos no precisamente sacramentales, jácaras, etc. Entre tanto, la suerte es distinta en ambas zonas para los teatros comerciales. En la zona nacionalista, la empresa privada sigue ejerciendo normalmente sus funciones, aunque sometida a las limitaciones de la censura de guerra y cierto dirigismo en la programación. En la zona republicana, lo corriente es la incautación, por parte del personal, de los edificios, que siguen funcionando al servicio de una facción política o como cooperativa. En general, la administración improvisada incurre en las peores faltas del teatro comercial, organizando espectáculos arrevistados de baja moralidad, al uso de soldados de permiso. En los teatros incautados para grupos políticos y sindicales, la programación es variada ideológicamente y no menos improvisada.

Las representaciones al aire libre en la zona nacionalista se distinguieron por el despliegue fastuosó de decorados y lumino-tecnia, correspondientes a las altas ideas de "nuevo imperio" inspiradas en los fastos de Italia y Alemania en aquel mismo tiempo. Se puede consultar provechosamente en este aspecto la colección de la revista de Falange *Vértice*, en el período de la guerra, cuya sección gráfica conserva testimonios de aquel esplendor de accesorio.

Terminada la guerra civil, los locales volvieron a sus propietarios en toda España, y se puede decir que la vida de los mismos no sufrió para nada con el cambio. Solamente en los recién formados teatros dependientes del Sindicato Español Universitario (SEU), se siguen utilizando locales de fortuna —de buena fortuna, muchas veces— sobre todo en las representaciones al aire libre, con entrada gratuita o simbólica. Muchos años después, los primeros locales dedicados exclusivamente a teatro de cámara, no se distinguirán en nada, salvo en el tamaño, de los teatros comerciales. Incluso los teatros subvencionados de Madrid carecen de medios para una renovación y modernización del material escénico. Fuera de alguna manifestación aislada, ningún intento de teatro circular, o de reproducción de los antiguos teatros españoles. Mencionemos la excepción de los montajes de J. Tamayo en la Corrala de Madrid, y las representaciones de tragedias en las ruinas de Mérida y Sagunto.

La empresa

Los empresarios no tienen "más conocimientos que los prácticos del hombre que vive junto a la escena ni más anhelo que el

de una taquilla próspera, y, por supuesto, sin curiosidad ninguna por las nuevas tendencias: aventuras peligrosas frente a las cuales blasona de una seguridad, sólo posible para él en los senderos conocidos". Esto no se ha dicho ayer, sino en 1935. Pero sigue vigente en la actualidad española. Con el añadido de que desde 1936, y como consecuencia de un estado de excepción que aún no se considera extinto, el empresario debe someterse al mismo tiempo a la Dirección General de Cinematografía y Teatro, por lo que se refiere a su programación. Con ello, el empresario, ya poco tentado a la presentación de géneros de inquietud, como la tragedia, ha recibido confirmación oficial de que al público hay que darle optimismo y buen humor en la escena. De esta política de censura, que nos parece enteramente equivocada, hablaremos más tarde. Pero el teatro comercial no puede dar peras. La madera de su olmo estriba en considerar el teatro como negocio, y dará siempre lo que se le pida. Si da mal teatro, la culpa es del público. Si lo da bueno, el público lo es. Empresario y filántropo es contradicción en los términos. De ahí que el Estado, que considera al teatro como instrumento de cultura —o que lo debe considerar— con el mismo título que las escuelas, deba intervenir de manera decisiva subvencionando teatros y creando público entre la juventud, a través de los organismos educacionales. En España se ha hecho muy poco, y lo poco, localizado en la capital. Ya hemos mencionado las proposiciones hechas por la revista *Acento Cultural*, a través de su crítico teatral Luis T. Melgar, en cuanto a política teatral. Está por ver la reacción del Estado. Pero no cabe duda de que si el enfermo no tiene cierta voluntad de sanar y conciencia de su enfermedad, todos los remedios no servirán de más que de cataplasmas. Por ello es significativo el trabajo infatigable de teatros universitarios, de cámara, de ensayo y, en fin, la reciente organización del GTR que, "con el permiso de la autoridad" y la colaboración de todos los voluntarios posibles, ha iniciado su propia campaña desde abajo. Por su parte, el teatro comercial tiene otros gallos que pelar, con la presencia cada vez más amenazadora de la televisión.

El público

HA sido el principal testigo de cargo empleado en las páginas que preceden. Testigo y acusado. Aunque un tribunal benévolo, juzgándolo por su participación en el intento de asesinato del teatro, no puede dar otro veredicto que el de crimen involuntario, por accidente y sin premeditación. El público ha sido poco exigente con el teatro cuando ha sido poco exigente consigo mismo, y esa falta

de exigencia se origina en los pobres estímulos que recibe de arriba, en la inhibición de los responsables y de los mejores. Los intelectuales, en vez de ejercer activamente su derecho al pateo, se han ausentado de las representaciones mediocres. Digamos, para las excepciones honrosas, constituidas por estudiantes, que la interacción de las fuerzas de Seguridad no les ha dado nunca oportunidad prolongada de ejercerlo. Mencionemos el curioso incidente de Pamplona, donde unos estudiantes que habían ocupado las butacas delanteras en un espectáculo melodramático de la más baja estofa, y que no mencionaremos siquiera, sacaron durante la representación sendas sábanas y prorrumpieron en estrepitosas muestras de desesperación ante las desdichas de la protagonista. Se interrumpió la representación y se devolvió el importe de las entradas al público indignado (contra los estudiantes, naturalmente, que terminaron en la Comisaría). La pieza en cuestión ha cosechado, por otra parte, recaudaciones fabulosas; vaya uno por otro. Lo normal es, pues, el ausentismo. Un público educado en el dirigismo total de las actividades públicas, intoxicado de lecciones de patriotismo histórico e ignorancia de lo contemporáneo, rebajado por los espectáculos de masas o por las novelas radiofónicas, y en manos de los traficantes de infraliteratura rebosada, no puede ser de pronto exigente cuando se mete en un teatro. Las soluciones están dadas: exaltación del humanismo, teatro escolar, control cultural de los medios de difusión de masas. Todas cosas perfectamente factibles en un régimen fuerte como el español, donde no existe oposición. Falta querer. Sin contar con que, en los teatros comerciales donde se dan representaciones de los mejores estrenistas, el precio de la entrada es exorbitante. Ni le interesa al pueblo ir a ver en escena a unos cuantos señores de familia acomodada que van del sofá al sillón hablando con una finura y una agudeza grandísimas sobre casi todo y sobre casi nada. El pueblo, en el sentido más lato de la palabra, español, siempre ha sido un partidario y un goloso de la acción. Acción y lírica, ese era el secreto mágico y a voces del triunfo de nuestros dramaturgos ante el pueblo. Y con el pretexto de la acción, le propinaban el cambio de la poesía, del dogma, del ideal patriótico, de la dignidad humana. Como ha dicho otro crítico español actual —Dámaso Santos, creo— nos sorprendería que el pueblo del XVI y el XVII comprendiera los altos conceptos de Lope o de Calderón, que sólo la minoría selecta debía seguir. Pero el espectáculo les hacía entrar por los ojos y el corazón lo que no podía abrirse camino por la vía intelectual. Nuestro pueblo nunca fue muy leído, pero fue excepcionalmente culto (como mencionaba Pedro Salinas en un certero ensayo sobre la sociología española de la literatura) y uno de los vehículos fundamentales de su cultura lo

fue el teatro. Cuando un Lorca recoge certeramente la herencia y el secreto de sus predecesores, hablar de crisis ya no tiene sentido. En los dos últimos años, la reposición de *Yerma*, el estreno en España de *La dama del alba* de Casona, dan fe de que no todo pudre en Dinamarca.

Los actores

ERA y es cierto, como decía Díez-Canedo, o como oí decir hace unos años a un actor en el paraninfo de la facultad de Filosofía y Letras de Madrid, que los actores españoles viven en unas condiciones de trabajo inhumanas. En primer lugar, tienen, salvo excepciones que datan de poco tiempo y afectan apenas a las escenas subvencionadas, la obligación de dar dos representaciones diarias; el resto del día lo dedican a ensayos para la siguiente obra, por la inestabilidad de las piezas en el cartel, y al estudio de los nuevos papeles. Para la vida social, para el estudio, apenas les quedan un par de horas de noctambulismo, cuando casi todo el mundo, salvo los compañeros de profesión, anda ya durmiendo. Y "con un poco de suerte", el actor tiene que dedicar tiempo al rodaje de una película.

Por lo que se refiere a la educación de los actores, el Conservatorio les ofrece unos cuantos profesores apollillados que fueron, en el mejor caso, buenos actores. Ni un estilo, ni una técnica, ni un programa homogéneo. Leía hace poco que la representación de fin de año por los alumnos del Conservatorio, daba la impresión de un grupo de aficionados de los de peor voluntad: recital de fragmentos, alguna pieza mal escogida y peor preparada. La mayoría de los actores, por otro lado, ni siquiera pasó por el Conservatorio, o lo abandonó para profesar.

A pesar de todo, los buenos actores no faltan en España. Han salido, desde la guerra, de las canteras universitarias y los teatros de ensayos. Artistas de fuerte temperamento, no quisiéramos mencionar a unos olvidando otros no menos merecedores de mención. Tal vez sobra precisamente en España de divismo lo que falta de formación auténtica. Pero de ellos digo lo que del público: son como se les ha hecho. El que esto escribe ha vivido desde niño entre bambalinas de teatros escolares y de aficionados, ha hecho pinitos con teatros universitarios como actor en pequeños papeles circunstanciales, y conoce bien a algunos actores profesionales de hoy que se han formado en esa dura escuela y como por carambola. Por un compañero genial que se metía a dirigir, ¡cuánto verdor inmadurable y cuánta intención buena para empedrar infiernos!

Pueden decir los que lo son, que lo deben al milagro del genio dramático español, que debe estar muy enraizado para sufrir tanto golpe sin anonadarse.

La formación de una escuela de teatro en España dio sus frutos antes del '36—recuérdese el TEA de Rivas-Xerif—en muy poco tiempo. No hay razón para que no lo pueda dar otra vez en manos competentes. Tenemos noticia de que otro de los proyectos del GTR es una escuela de arte dramático.

La dirección escénica

SE ha podido decir en Francia, con mucha razón, que la persistencia del teatro francés en nuestro tiempo a sobreponerse a todas las crisis se debe a la abundancia y la calidad de los directores de escena que, desde el comienzo del siglo con Antoine, hasta Jean Vilar, pasando por los Lugné-Poë, los Pitoëff, Jouvet, Baty, Dullin, Barrault, etc., no han dejado de aparecer en el país frontero. Estos magos de la técnica teatral han podido salvar obras abstrusas y hacer pasar los ensayos más atrevidos de los escritores teatrales a fuerza de sabiduría, de inteligencia y de devoción por su profesión, y aun a costa de ciertos abusos de interpretación que han ocasionado el que se hable a veces de la tiranía de los "metteur en scène". Pero cuando vemos el estado actual del teatro francés, la existencia de esas *troupes* que pasean lo mejor del repertorio galo por todo el mundo, sin preocuparles la barrera idiomática, y el prestigio indudable de que hoy gozan como centro del teatro en el mundo, debemos reconocer que esos abusos son poca cosa frente al beneficio global de su presencia.

Después de la generación de los Rivas-Xerif, los Martínez Sierra, etc., aventados por la guerra civil, aparecen en España, a la sombra de los teatros subvencionados, algunos directores dignos como Luis Escobar o Claudio de la Torre. Más tarde, también al mismo cobijo, el realizador Tamayo, ya mencionado y, por fin, la figura central de los últimos dos años en España, José-Luis Alonso, que desde los teatros de cámara, donde había dado sus primeras pruebas de valor extraordinario—por ejemplo, trabajando con Carmen Troitiño en montajes excepcionales—pasó en la temporada 1960, ¿o fue en 1959?, a dirigir el Teatro Nacional, donde dirigirá obras tan logradas como *El Jardín de los Cerezos*, entre los modernos; refundiciones de los clásicos como *El Anzuelo de Fenisa*, o montará obras de vanguardia como *El Rinoceronte*, de Ionesco. Parece ser que la selección de las obras también le incumbía. A los jóvenes españoles, y a otros menos jóvenes, estos

éxitos, logrados además en un teatro nacional, les han bastado para echar las campanas a repicar. Esperemos que la tarea no devore al creador, porque entre nuestros directores suele ser norma el derrocharse. Modesto Higuera, director del Teatro de Cámara y Ensayo, también subvencionado, es responsable de buenos montajes. Entre los distintos directores de teatro universitario, ha destacado últimamente el del TEU de Murcia, Fernández Montesinos, con su presentación de *La piel de nuestros dientes*, de Wilder. En los festivales regionales y nacionales del TEU de los últimos años, se observa una mejor selección de las obras, y una presentación más y más cuidada. La actuación del Teatro Universitario Chileno (TEUC) en 1961, sirvió también de poderoso estímulo a los jóvenes directores españoles (vid. *Acento Cultural*, n. 11 en particular). Del grupo de teatro popular, aparece como director ya prestigiado José Ma. de Quinto, conocido además por sus obras en prosa. Juan Germán Schroeder, dramaturgo, sólo o colaborando con José-Luis Alonso, es responsable de escenificaciones muy justas —recuérdese *Los melindres de Belisa*, de Lope— y adaptador acertado. Manuel Benítez, otro director de prestigio, alterna sus actividades entre el teatro comercial y la dirección de una publicación teatral —la colección *Teatro*, de la que hablaremos en su lugar. Y seguramente que, entre los jóvenes, dejamos otros injustamente olvidados. No hemos querido hacer en ningún momento una lista exhaustiva.

Los autores

DE la desafección que los escritores de primera magnitud muestran por el teatro en general en Europa, no están exentos los españoles en los años inmediatos a la guerra. Entre las más viejas generaciones, Unamuno, Azorín y Valle-Inclán muestran gran interés por el teatro. Pero unos porque su vocación les lleva hacia otros géneros en prosa, todos por su poco éxito ante el público español, que les descorazona rápidamente, la actividad teatral de los noventaiochistas, comprendidos los intentos de teatro poético de los hermanos Machado, ocupa bien poco en el conjunto de sus obras. Con la excepción de Valle-Inclán, bien entendido, que suponía su trabajo teatral tan al margen de lo habitual que no pensó nunca hacerlo pasar más allá del papel impreso. Sitjá Príncipe, en la revista madrileña *Insula*, ha podido hablar de "cincuenta años de teatro proscrito". Pero si no nos equivocamos, no fue Benavente en sus comienzos mejor recibido que los otros, ni lo fue Lorca con su *Maleficio de la mariposa* un cuarto de siglo más tarde. La vo-

cación de estos últimos era más fuertemente teatral, y los reveses no les sirvieron sino de acicate y de afán de superación y de conquista del público.

De la generación siguiente, aún menos teatro. Ni Miró, estático, ni Pérez de Ayala, excesivamente (?) intelectual, encontraron en el teatro un medio de expresión adecuado. Pérez de Ayala, con su curiosidad y su rigor de juventud contribuyó a la literatura dramática con un pequeño ensayo de teatro, *Sentimental Club*, del que ya hemos hablado en otra ocasión, y sobre todo, con su libro polémico y apasionado sobre teatro, *Las máscaras*, que todavía las generaciones de posguerra hemos leído con avidez y provecho. Los costumbristas, de Arniches a Muñoz Seca, prosiguen su labor de describir al pueblo con mejores o peores intenciones y acierto, y los hermanos Quintero, gloria bicéfala del género, se sobreviven apenas cuando la guerra civil comienza. Entre los jóvenes de la última generación, que partirá en dos la guerra, abundan los ensayos de teatro vanguardista, en el que les había precedido Ramón Gómez de la Serna. Claudio de la Torre, Valentín Andrés Alvarez, Eduardo Ugarte, José López Rubio, han obtenido cada uno por lo menos un éxito en el teatro. Otros menos afortunados, como Max Aub, se tienen que contentar con el papel impreso y alguna pequeña representación de cámara. Alejandro Casona, con García Lorca, empieza a ocupar el centro de la escena española. García Lorca viene con éxito de la poesía al teatro. Su vocación era eminentemente dramática, como ya iba preanunciado en su poesía y en su manera de ser. Tras el triunfo resonante de su *Mariana Pineda* le sigue su compañero y amigo Rafael Alberti con *El hombre deshabitado* y las estampas escénicas de *Fermin Galán* (1931).

Al estallar la guerra civil, ya hemos visto cómo en ambos bandos florece el teatro de circunstancias (¿hay alguno que no lo sea?). ¿Quiénes son los autores? ¿Qué hacen los autores consagrados? Aquí se nos permitirá que nos detengamos un poco más, pues los trabajos concernientes a esta época deben ser raros, o los desconocemos. En la zona republicana, se forman grupos de teatro en los que colaboran escritores generalmente jóvenes. Es curioso que la mayoría de ellos procedan del campo poético, muchos de ellos de la generación de Lorca y Alberti, otros más jóvenes.

Empecemos por los viejos: de los costumbristas, los hermanos Quintero pasaron la guerra en su casa de Madrid, y Serafín muere allí en 1938. Alguna declaración de afición a la causa, más o menos franca, apareció en un periódico madrileño. Recién terminada la guerra, el antologista italiano Beccari incluyó en su libro *Scrittori di guerra spagnuoli* unas prosas de los Quintero describiendo escenas "del Madrid rojo".

Al mismo Beccari escribía Muñoz Seca el 20 de abril de 1936 la siguiente nota, que él transcribe en español en el mismo libro:

Mal andamos por aquí. ¿Podrían Uds. alquilarnos a don Benito Mussolini a mil pesetas el segundo siquiera un par de meses? Únicamente él podría arreglar este país.

No vivió el pobre don Pedro lo bastante para verlo. Lo ejecutaron más o menos sumariamente en los primeros meses de la guerra en Madrid.

De los comediógrafos, tenemos una ficha que reproduce las declaraciones de Benavente en el periódico francés *Petit Niçoise*, donde "define a la facción". No le costó mucho reconciliarse con los ganadores de la guerra a su entrada en Barcelona. Ni escribió nada ni estaba comprometido. Su generación todavía no entendía salvo honrosas excepciones, el compromiso, y se consideraba antes artista que ciudadano.

De los hermanos Machado, Antonio sigue al gobierno de la república primero a Valencia y luego a Barcelona; escribe poemas de guerra y un nutrido grupo de "reflexiones" de su Juan de Mairena. Sabemos bien cómo murió en exilio. Su hermano, Manuel, también escribirá poemas de encendido patriotismo en el bando opuesto. En el número 3 de la *Novela del sábado* (1939) responde a la encuesta "¿Qué hizo Ud. el 18 de julio de 1939?":

Pedir a Dios, de todo corazón, el triunfo de nuestra Santa Causa. Y entregarme a ella en cuerpo y alma.

Tampoco escribió ninguna obra teatral. Otro de los veteranos (en vocación, no en éxitos), Jacinto Grau, escribió, en la zona republicana, un "Diario íntimo de estos días", que le publicó la revista *Hora de España*. No era teatro, en cualquier sentido.

Un Consejo Central de Teatros se creó en 1937 en Madrid, para coordinar las actividades teatrales y subvencionarlas. Tuvo un órgano impreso, el *Boletín de Orientación Teatral*, que se publicó también en Madrid. El presidente fue Antonio Machado.

Pero el centro de mayor actividad teatral en Madrid lo constituye la Alianza de Intelectuales, animada por Rafael Alberti y su mujer, María Teresa León, huidos de la zona nacional. Esta Alianza crea una sección de teatro, *Nueva Escena*, para dar representaciones en las capitales y en los frentes de batalla. Actores y autores aparecen y se improvisan. He aquí algunos autores y títulos de sus piezas representadas por el grupo:

Ramón J. Sender: *La llave*.

Rafael Dieste: *Al amanecer* (reproducido en *Hora de España*).

Manuel Altolaguirre: *Amor de madre*.

José Bergamín: *El moscardón de Toledo*.

Rafael Alberti: *El bazar de la Providencia*, *Radio Sevilla* (cuadro flamenco), *Los salvadores de España* (ensaladilla en un cuadro).

Antonio Aparicio: *Los miedosos valientes*.

Otro poeta, el más joven de la generación lorquiana, Miguel Hernández, escribe: *La cola*, *El hombrecito*, *El refugiado*, *Los sentados*, que él mismo edita como *Teatro en la guerra* en 1937, con una nota previa en la que considera teatro y poesía como armas de guerra, y predice lo que será el teatro después que ésta termine:

... un teatro que será la vida misma de España, sacada limpiamente de sus trincheras, sus calles, sus campos y sus paredes (*Obras completas*, Losada, p. 808).

Todavía en el mismo año, en los descansos que le deja su quehacer guerrero, escribirá, en verso, un drama en cuatro cuadros, *Pastor de la muerte* (*op. cit.*, p. 833-929).

Parece que la fiebre de actividad contagia a todos los poetas del mismo grupo: Luis Cernuda, que también escribe en prosa una densa narración de guerra (*Santiniebla*), resume a fines de 1937 la situación del teatro en la guerra en un artículo que publica *El mono azul* (n. 14, octubre).

Max Aub, de sus intrincadas excursiones teatrales por los recovecos de la personalidad (véase su *Teatro incompleto* o su *Narciso*), ya había empezado a salir por la fuerza de las circunstancias con una farsa, *El agua no es del cielo*, que se representó por calles y plazas de Valencia poco antes de las elecciones de febrero del '36. La guerra le sorprende en Madrid. Ya en Valencia, en diciembre del mismo año, estrena en el Principal la loa *Las dos hermanas*. El auto *Pedro López García*, lo estrena en la iglesia de los Dominicos, cerrada al culto. Dirige "El Búho", grupo de teatro formado con universitarios de Valencia. Secretario del Consejo Central del Teatro en el momento en que lo preside Antonio Machado, escribe otros textos para "Las Guerrillas del Teatro". Una temporada en el Liceo de Barcelona, bajo los bombardeos; un magnífico teatro guiñol de Miguel Prieto, "un esfuerzo de meses, días y noches, que las bombas hicieron trizas al día siguiente del estreno" —recuerda el mismo Max Aub en 1955. Las citas y las fichas no

faltan. Pero tal vez mejor que todas ellas, para dar una idea aproximada de lo que fueron aquellas actividades de teatro de guerra en la zona republicana, sería la lectura de la novela de Ma. Teresa León, recientemente publicada en Buenos Aires, repleta de recuerdos de la época y cuyo personaje central es un actor improvisado de las guerrillas. El título: *Juego limpio* (Ed. Goyanarte, 1958).

En la zona nacionalista, ya hemos dicho cuál era el ambiente y los modelos para el teatro. La vuelta a las épocas gloriosas del Siglo de Oro, ya iniciadas antes de la guerra por el teatro poético de Marquina y de Pemán, se continúa ahora con las representaciones de autos o las creaciones de alguno nuevo. Tal vez la mejor producción de todo este período, en ambos bandos, sea una obra —que ignoramos si fue representada— de Gonzalo Torrente Ballester, *El viaje del joven Tobías*, "milagro representable en siete coloquios", y precedido en la edición (Jerarquía, Bilbao, 1938) por una loa compuesta por Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco.

La intención del dramaturgo queda explícita en la introducción:

Quiérese reanudar, hoy y aquí, una excelente tradición, no por perdida menos gloriosa; y valiéndose de fábula inspirada en antigua y respetable historia, comunicarnos conflictos oscuramente incorporados a vuestras vidas, y que los tiempos nuevos proclaman de solución urgente y necesaria, que esta es, entre otras, la tarea del Teatro: llevar al hombre clara conciencia de su persona, revelándole su ser eterno e inmutable, descubriéndole a sí mismo, o en el tejido fervoroso de su pasión, o en el cálido secreto de su pensamiento (*op. cit.*, 8).

De Torrente Ballester, autor de teatro, nos hemos quedado con las primicias.² Otro desertor más. De *Javier Mariño* a *El señor llega* y *Donde da la vuelta el aire* los triunfos personales de Torrente Ballester le esperan en la novela. Y su trabajo, en la cátedra del instituto y la no menos importante del periódico. Ya lo mencionamos como uno de los raros críticos responsables y auténticos de la posguerra. Se puede no estar de acuerdo muchas o pocas veces con sus puntos de vista. Pero uno siente siempre en su crítica sinceridad, y una originalidad que no se busca.

Otros escritores utilizaron las armas de su teatro en la guerra. José Ma. Pemán, poeta simbólico en *La bestia y el ángel*, narrador de *Historia de tres días*, escribe y publica en 1939 *De ellos es el mundo*, "película representable en un acto y cinco cuadros". La

² Otras dos obras de Torrente: *Lope de Aguirre* (1941) y *El Casamiento engañoso*, auto sacramental (1939).

misma atracción por el arte cinematográfico lleva a Juan Ignacio Luca de Tena a publicar su *A Madrid, 682* "escenas de guerra y de amor". Ambas piezas, como tantas otras escritas en el ardor de la contienda, están tan sobradas de patriotismo como faltas de calidades dramáticas o simplemente literarias. Rafael López de Haro (que ha vuelto últimamente a publicar novelas después de largos años de silencio) estrenó, por la compañía de Ma. Fernanda Ladrón de Guevara, *El compañero Pérez*, sátira de la "zona roja". Luis Fernández Ardavín publica un libro de poemas, *España en sangre*, donde narra sus recuerdos del Madrid de la guerra. Menos narrativos y —si ello es posible— menos poéticos, los versos que para La Tarumba, teatro de la Falange, escribe Rafael Duyos, joven "poeta", en su "pequeño entremés heroico en verso", *Romance azul*. De él, publicado en la revista *Vértice* (n. 5, 1937), seleccionamos este final:

(Un enlace falangista ha muerto, y sube al cielo. Allí pregunta a otros camaradas):

...y a quién entrego
el mensaje que traía
para mi escuadra?
Yo debo cumplir...

Jefe de presentes (*sic*): ¡Dáselo a la Virgen
que ella es la que entiende de eso!

Voces: Una, Grande, Libre!

Jefe: Resuena en el Universo
y este es el grito de Dios.

El auto alegórico *Bodas de España* representado por el mismo grupo de La Tarumba, aparece en *Vértice*, sin mención de autor; no hemos podido ver el texto. En la revista sólo aparecen fotografías de la escenificación. Esperamos que no fuera de Duyos.

Angel Valbuena Prat, en su *Teatro moderno en España*, cita una obra de "síntesis audaz" del P. Ramón Cué: *Y el imperio volvía*... poema coral donde "resume... la esencial historia contemporánea de la Revolución y el Movimiento entre evocaciones de la gran España de los Austrias. No hemos podido consultarla, ni sabemos qué haya sido de su autor "joven y lleno de ambiciones estéticas" que hablaba de renovar el género teatral: una mezcla de auto sacramental, poema épico y tragedia griega... "No están los tiempos para tragedias" han dicho luego lenguas censorinas.

Entre falangistas anduvo el mejor teatro de entonces en la zona nacionalista. Al *Viaje del joven Tobías* y las otras obras de To-

rente, habrá que añadir los intentos prematuramente cortados por la muerte, de Samuel Ros que, a nuestro entender, no vio nunca representar sus obras *Vispera*, sátira de la sociedad plutócrata y frívola "que los jóvenes quieren superar" y *En el otro cuarto*, tragedia "desnuda y viva, en técnica novísima". Estos detalles los debemos al mismo libro de Valbuena Prat, quien en 1944, fecha de la edición, preconizaba ya una revisión de nuestros clásicos y sostenidas representaciones de los mismos como medio y ejemplo para el nuevo teatro español.

El antologista italiano Beccari, ya mencionado, cita asimismo las obras de Mariano de Alarcón (n. 1883), que de la zona republicana consigue huir a Francia, donde escribe sus dramas de la Revolución: *Bajo el cielo de Madrid*, "estampas santas y salvajes de la vida revolucionaria" (drama inédito precisa Beccari, y no nos sorprende); *La epopeya del alcázar*, etc. Beccari reproduce de dichas estampas, una escena de "cola" de comestibles en Madrid. Por los personajes y las palabras, debe ser una de las "salvajes".

Pasando del humor involuntario al otro, creemos muy importante para comprender el desarrollo posterior del teatro cómico en España, la consulta detenida del periódico de guerra *La Ametralladora*, que se distribuía gratuitamente en las trincheras nacionalistas, a las que llevaba el buen humor. Estudiando una colección completa del mismo, que se halla en la Hemeroteca Municipal de Madrid, se encuentran las primeras chispas del que luego se ha conocido en España como humor "codornicesco". Los directores de *La Ametralladora* en su última época, Antonio Lara y Miguel Mihura, fundaron acto seguido *La Codorniz*. *La Ametralladora* lleva casi en cada número "Teatrillos humorísticos", en donde no es difícil encontrar el humor mencionado. Parece también evidente, después de esa consulta, que el grupo de humoristas recibía material de procedencia italiana, que, entre otras cosas, inspiró el que después sería estilo característico del dibujante Herreros. Y ni qué decir tiene que el humor de Ionesco, el de *La cantante calva*, ha sonado en los oídos de los lectores de *La Ametralladora* y *La Codorniz* a cosa conocida.

DESPUÉS de la guerra, el alejamiento de una gran cantidad de escritores viene a contribuir al empobrecimiento de la escena causado por las muertes de los tres años de la tragedia. Sin contar con los posibles jóvenes valores que dejaron sus esperanzas —y las nuestras— en las trincheras, la enumeración de los desaparecidos es imponente: Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Muñoz Seca, Linares Rivas, Serafín Álvarez Quintero, Francisco Villaespesa, F.

García Lorca, muertos. Antes del fin de la guerra se ausentan (o enmudecen posteriormente) Martínez Sierra, Carlos Arniches, Joaquín Álvarez Quintero, Manuel Machado (por lo que a teatro se refiere), Jacinto Grau, Alejandro Casona, Max Aub, Rafael Alberti, Cipriano Rivas-Xerif, Paulino Masip, Manuel Ugarte. El "equipo" teatral del TEA desaparece al tiempo que su creador, Rivas-Xerif, y actores y actrices de gran talento desaparecen también. Mencionemos solamente a Margarita Xirgú. Críticos renombrados como E. Díez-Canedo y Juan Chabás parten también al exilio. Miguel Hernández terminará sus días poco después en la cárcel, y el grupo de escritores que ha hecho sus primeras armas improvisadas en el teatro—Sender, Dieste, Altolaguirre, Aparicio, Bergamín, etc.—se exila.

Es exacto decir que la nómina parece menos terrible cuando se piensa que las obras sobreviven a los autores, y que el teatro mejor escrito por todos estos poetas y dramaturgos está en gran parte irrepresentado y dispuesto a dar su lección a los jóvenes. Pero, salvo las personalidades consideradas adictas al régimen o víctimas del contrario, ninguno de esos escritores puede ser utilizado sobre la escena española. La obra de Lorca, por mencionar sólo una de las más válidas y aleccionadoras, se representa apenas en España en un par de teatros de ensayo—La Carátula, que dio *La casa de Bernarda Alba*; el Círculo Marzo, que ofreció *El retablillo de don Cristóbal*, tal vez algún otro más, pero siempre en sesiones únicas, privadas, y sin la difusión necesaria. Habrá que esperar a la reposición de *Yerma*, primero en una grabación de la marca Regal, con Aurora Bautista, hacia 1957, y en fin, el pasado año en la escena.

Dispuesto a estrenar, en ese momento en España, queda apenas un puñado de escritores de "la vieja guardia": Benavente, Marquina, Ardavín, Pemán, Luca de Tena (J. I.) y un humorista: Jardiel Poncela.

Benavente recupera inmediatamente, a partir de *Aves y Pájaros* (1940), el favor de su público. Hasta su muerte en 1954, sigue siendo el estrenista más cotizado por el público de los teatros comerciales, y su fecundidad sigue asombrosa hasta el último momento, aunque en lo referente a la temática, lo general es la tendencia a la refundición o revisión de asuntos ya utilizados anteriormente. Entre *Lo increíble* y *Por salvar su amor*, el público sigue buscando en Benavente esa "gente conocida" que le hace sentirse en un golfo de seguridad y olvido, como si esa inmersión en los gustos y ambientes de la preguerra viniese a confirmarles que en España no había pasado nada y todo estaba como antes o mejor.

Eduardo Marquina sigue exaltando en su teatro de grandezas y sonoridades de verso los elementos más resonantes del pasado histórico español, tan puestos de actualidad por esas ideas de grandeza imperial que se apoderan de España, fomentadas por las consignas de la Falange. De 1937 es *La santa hermandad*, poco después estrena *El estudiante endiabrado*, *María la viuda* (1943). Y muere en Buenos Aires en 1946. Su necrología en la Real Academia Española correspondió a Pemán, que heredaba de él el cetro del teatro de verso: *La Santa Virreina* (1940), *Metternich* (1942) prolongan sus éxitos, ahora ya indiscutidos en el público, de su *Divino impaciente*, su *Cisneros* o *Cuando las Cortes de Cádiz*, todos ellos objeto de polémicas políticas en los años inmediatamente anteriores a la guerra. Ya señala Torrente Ballester en su valioso *Panorama de la literatura contemporánea* cómo, desde 1942 hasta el momento, la obra de Pemán ha sufrido cambios de orientación que la han valorizado cada vez más. Del teatro poético, que abandona prácticamente en 1942, pasa a un teatro realista en prosa, donde el costumbrismo de algunas obras fáciles es compensado cada vez más por una auténtica preocupación social, aunque siempre vista desde un ángulo muy particular y definido. Recuérdese el triunfo de *Callados como muertos* (1952) que trae a las tablas el tema de la guerra civil, aproximadamente en el momento en que José-Ma. Gironella lo pone de actualidad con el éxito inmenso de su primera novela de la contienda. Pemán hará posteriormente refundiciones de los clásicos. Su *Edipo*, ya lo dice Torrente, es muy superior a toda su obra anterior. El último viraje, calificado por el mismo crítico de "liberal", está representado literariamente por su comedia *Los tres etcéteras de don Simón* que, originariamente imaginada como biografía de Simón Bolívar, pasó a situarse en la España de la ilustración. La obra de Pemán sigue hoy en marcha.

Es extraño leer a Torrente cuando dice que a Jardiel Poncela se le está empezando a olvidar. Por el contrario, el teatro descabellado de este dramaturgo no ha podido estar más olvidado de lo que estuvo en los últimos años de la vida del autor. Actualmente, y a la vista de lo extranjero que le da patente de precursor ignorado, se admite otra vez el valor y la importancia de su obra dentro de la literatura dramática contemporánea. Sin olvidar lo que los escritores cómicos posteriores a él le deben, desde Miguel Mihura a Alfonso Paso. Lo cierto es que durante algunos años de la posguerra, mal o bien recibido, su teatro cómico era el único que tenía calidad en la escena española. El pastelón del éxito fácil se lo repartían, y lo siguieron repartiendo, algunos epígonos desgraciados del astracán, apoyados por un par de actores de indudable vis cómica.

Un grupo de escritores nuevos, encabezados por José López Rubio, ya abierto al fuego de la escena en sus colaboraciones de preguerra con Manuel Ugarte, y amigo de Alejandro Casona, empieza a estrenar entre 1940 y 1950. Horacio Ruiz de la Fuente, Víctor Ruiz Iriarte, Claudio de la Torre (ya conocido antes de la guerra), Edgar Neville y el bonaerense E. Suárez de Deza, ocupan en la escena un lugar cómodo, herederos a la vez del teatro conversacional y brillante, plagado de frases felices y de ironías matizadas y sin demasiada malicia, que les viene de Benavente, y a la vez, conscientes de la lección de técnica dramática y fantasía poética de Casona, suelen situar sus piezas en un ambiente de vaguedad por lo que a las dimensiones espacio y tiempo se refiere. Hay que reconocer que por lo que se refiere a técnica teatral, a dignidad del conjunto, esta promoción significa un progreso evidente con respecto al teatro comercial de la preguerra. Pero por la temática, por la preocupación que sus obras reflejan, tenemos que aceptar en gran parte como buenas las acusaciones que se les han hecho de "evasionismo". La facilidad y la amabilidad de estas obras encajan difícilmente con el carácter duro y poco esperanzador de la realidad ambiente. Entre el afrontamiento de estas realidades y la huida a climas ficticios, estos escritores han optado por lo segundo. Concedámosles el "beneficio" de la censura y de los empresarios, empeñados en no admitir problemas ni tragedias en la escena teatral española. Pero otros han pasado a través de esas redes. O falta de interés o falta de coraje. Consultando la colección *Teatro* de ediciones Alfíl, o la selección anual de F. C. Sáinz de Robles, encontraremos las incontables producciones que han llevado estos autores a las tablas en los años que van del '40 al '62. Todos ellos, salvo Suárez de Deza, que volvió a la Argentina, siguen ocupando hoy el mismo lugar en el teatro español.

Proteico en sus intentos, desacertado o desorientado las más de las veces, el escritor Joaquín Calvo Sotelo ocupa un puesto aparte en el teatro español, y aunque no hubiera estrenado otra cosa, el éxito sensorial de su pieza *La Muralla* bastaría para que su nombre no quedase en el olvido. Esta pieza de tesis más moral que social servirá siempre para indicar cuál era el atrevimiento máximo que un autor de teatro podía permitirse entre 1940 y 1960 en España, por lo que a realismo se refiere. Más atrás queda dicho el papel que Calvo Sotelo representa ante el público de los teatros comerciales. A pesar de ser siempre el blanco de los críticos más responsables y, particularmente, de los jóvenes, en una encuesta que mencionaba la revista *Acento Cultural*, 57% de jóvenes universitarios en Madrid habían dado su nombre como respuesta a la pregunta: ¿qué dramaturgo actual en España prefieres? El crítico

de *Acento* se desesperaba primero, y acaba por suponer que la mayoría de este 57% no había visto ni leído una obra de Calvo Sotelo. No creemos que sea así. La respuesta encaja bien en el ambiente de mediocridad del público teatral. Más acertada era la otra hipótesis del mismo crítico: la respuesta estaría inspirada en el gusto de los papás. (A menos que fuera una broma de estudiantes. Yo recuerdo que en la Universidad de Valencia, con ocasión de elegir el delegado de la Facultad de Medicina en el Sindicato Español Universitario, salió con mayoría aplastante elegida Marilyn Monroe. . .).

Otro mundo aparte también, ocupa en el teatro español el dramaturgo Antonio Buero Vallejo, de cuyas obras se ha escrito ya posiblemente más que de todos los otros reunidos. Y la unanimidad de público y de crítica—salvo en contadas ocasiones—se hace siempre en torno a sus estrenos, que dieron comienzo con *Historia de una escalera*, premiada con el Lope de Vega en 1949. Se ha hablado de su teatro definiéndolo como de "realismo cruel", "realismo social", "teatro social".

El talento de Buero Vallejo, orientado antes de la guerra hacia el arte pictórico, sufrió una transformación en la que buena parte debieron tener sus años de reclusión forzada a partir del final de la guerra civil. Ya se ha hablado—Max Aub—de la cantidad de talentos que se han formado en las prisiones de España a lo largo de la historia, o que han ido a ellas a templarse. Buero Vallejo pierde en sus seis años de cárcel la "mano" para la pintura, y entre 1945 y 1948 se prepara para su primera salida al teatro. *Historia de una escalera* plantea el problema de la imposibilidad, para las clases humildes, de realizar sus ideales de mejoramiento material, a la vez por falta de voluntad y por las circunstancias que les rodean. Por traer a la escena una clase social humilde, en lugar de la clásica burguesía de los sofás, se le tildó de sainetero, como si hubiera algo deshonoroso en compararlo con Arniches, por ejemplo. Pero si, en general, los dramaturgos españoles de la época proceden de las clases acomodadas, Buero Vallejo ha nacido en el seno de una humilde familia de artesanos de Guadalajara, y ha vivido ese ambiente de pobreza y grandes esperanzas durante muchos años. Desde *Historia de una escalera* hasta *Las Meninas* la carrera ascendente en el éxito y en el dominio de su técnica representa una constante. En ningún momento las piezas de Buero se resienten de falta de recursos, nunca se le ve insistir por caminos ya facilitados por el éxito. Del teatro social—y todo él lo es—de este dramaturgo, podemos afirmar que se inspiran hoy todos los jóvenes escritores teatrales de las últimas promociones, aunque tal vez la diferencia esencial estribe en la preocupación—a nuestro entender abusiva—de novedad técnica, inspirada en el teatro de vanguardia

extranjero, y que caracteriza a los jóvenes, frente a la sobriedad absoluta de Buero Vallejo. No quiero dejar de mencionar su segunda obra importante, *Aventura en lo gris*, que, escrita en 1949, no pudo ser representada en España. Apareció editada en Madrid en 1955, para ser inmediatamente retirada de la circulación. Este drama "en dos actos, unidos por un sueño increíble", se sitúa en la frontera de Carelia, un país derrotado en guerra, de donde intenta huir el dictador, Gólver, que no pasará de la frontera, víctima allí de un acto de justicia.

Ya hemos mencionado, hablando de la formación del GTR, a Alfonso Sastre, joven dramaturgo de formación universitaria, quien, a la vez como teórico de la tragedia social (vid. su obra *Drama y sociedad* y sus numerosos artículos y ensayos en *Alcalá. Cuadernos Hispanoamericanos*, *Primer acto*, etc.) y como autor (largo tiempo preferido por los teatros comerciales) de obras de intrínseco valor dramático (desde *Escuadra hacia la muerte*, estrenada en sesión única por un teatro universitario) ha terminado por abrirse camino gracias a la actividad del GTR. Ha escrito últimamente obras de valor, como *Muerte en el barrio* (rechazada por la protesta del Cuerpo médico), *La cornada* (de la que ha sacado un interesante filme el cineasta Bardem), *En la red*, etc. La crítica ha insistido largo tiempo en decir que la problemática de Sastre no correspondía a la realidad española, y que su inspiración venía de lecturas de escritores extranjeros. Después se le ha acusado de incapacidad técnica para transcribir en teatro válido sus excelentes argumentos. Esa falta de "carpintería" de que adolecen sus primeras obras, o el excesivo virtuosismo—excesivo para su capacidad de realización—de otras, se va superando con el tiempo, a fuerza de fracasos, de vocación y de auténtico talento. La juventud de Alfonso Sastre permite esperar de él aún lo mejor de su obra. Con todo y ser sus últimas piezas excelentes para lo que se ve en torno suyo, cabe exigir de él la persistencia en el afán de superación. Los talentos son raros en estos años para que los pocos de que disponemos se adormezcan en el triunfo.

Las prédicas de Alfonso Sastre tampoco han caído en el vacío. Una estadística reciente de *Acento Cultural* ponía en evidencia el hecho de que, entre las más jóvenes promociones de escritores de teatro, la tragedia es el género unánimemente preferido y, por el contrario, la comedia ligera no atrae a nadie de Alfonso Paso hacia acá. La preocupación social es también unánime, hasta el punto de que, en el momento de escribir este trabajo, tenemos noticia de la publicación en España de un ensayo de García Pavón titulado *Teatro Social en España*, anunciado por la editorial Taurus. Sentimos mucho no poderlo consultar para el presente artículo.

Se nos perdonará si, por falta evidente de datos y de perspectiva para enjuiciar a los más jóvenes escritores de teatro de los últimos años, nos limitamos a dar una lista indiscriminada de los mismos: Carlos Múñiz (*El grillo, El tintero*), Alfredo Mañas (*La feria de Cuernicabra*, de inspiración lorquiana y valle-inclanesca), Joaquín Marrodán (*Miedo al hombre*, premio Calderón 1959), Ricardo López Aranda (*Cerca de las estrellas*, premio Calderón 1960), Santiago Moncada, Francisco Casanova, Carmen Troitíño, Martín Recuerda, etc., etc.

Tal vez no habría que olvidar la mención de dos dramaturgos, Delgado Benavente y Suárez Carreño, quienes han presentado dramas de factura interesante (*Jacinta, Media Hora antes*, del primero; *Condenados*, premio Lope de Vega de 1952, del segundo).

Del teatro de humor español, mencionaremos a los escritores de lo que podríamos llamar "promoción de *La Codorniz*", que ha dado también interesantes prosistas como Rafael Azcona.

Antonio Lara y Miguel Mihura dieron su primer paso en el teatro comercial colaborando en *Ni pobre ni rico sino todo lo contrario*; desde ese momento, "Tono" sigue escribiendo comedias disparatadas en las que, muchas veces, lo principal es el título, que procura recordar alguna frase, título o personaje conocido de todos: *Guillermo Hotel, Algo flota sobre Pepe, Tita Rufa* o *Federica de Bramante* son algunas de sus piezas significativas.

De más calidad fue la colaboración entre Mihura y Alvaro de Laiglesia, su sucesor en la dirección de *La Codorniz*, al presentar *El caso de la mujer asesinada*, en que "la invención más afortunada y brillante se esfuerza por mantener la totalidad de la pieza en una línea de novedad, en que el sentido final... da importancia, y gravedad, a lo que había parecido hasta entonces pura bagatela imaginativa" (Torrente, *op. cit.*, 402).

Están bien definidas, en el teatro de Mihura, dos tendencias distintas: de comedia alegre y desenfadada, de tipo tradicional, —*A media luz los tres, El caso de la señora estupenda*, etc., por un lado, y del otro, más ambiciosas piezas del tipo de la ya mencionada, y de su primera obra maestra, *Tres sombreros de copa*, de cuyo estreno por el teatro universitario en Madrid nos quedará siempre un recuerdo imborrable. Ya hemos hablado de su coincidencia con el teatro de Ionesco, que tal vez haya que ir a buscar en la inspiración italiana ya mencionada. Pero de otro lado no se puede olvidar lo que debió significar para Mihura y demás del grupo, el ejemplo de Jardiel Poncela.

En el tipo de comedia humorística audaz, y siempre buscando, como "Tono" los títulos equívocos, hay que mencionar a Jorge

Llopis, alicantino, autor de *La Bienal de Venancia*, y colaborador de "Tono" en *Federica de Bramante*, sátira despiadada de los melodramas.

Nacido en una familia tradicionalmente consagrada a la actividad teatral, Alfonso Paso, de formación universitaria, que empezó en teatros experimentales dando piezas dramáticas en un acto, pasó a obtener sus primeros triunfos en la escena comercial con piezas humorísticas de comicidad irresistible y generalmente intrascendente, apoyadas por un conocimiento asombroso de la "carpintería" teatral. No sé a quién oí decir que con el dominio técnico de Paso y las ideas de Sastre, tendríamos en España el dramaturgo del siglo. Lo cierto es que los éxitos de Paso han dado origen a una fecunda producción en serie, siempre refrendada por el público, que ya va a sus estrenos atraído únicamente por su nombre. Desde *Una bomba llamada Abelardo*, no creo exagerar si afirmo que Paso ha estrenado un promedio de cinco comedias por año. Mencionemos entre las innumerables *Usted puede ser un asesino*, *Los pobrecitos*, *Juicio contra un sinvergüenza*, *El canto de la cigarra*, *Cosas de papá y mamá*, etc., etc.

¿Mencionar a Jaime de Armiñán? Está hecho. No conozco, por desgracia, ninguna obra suya. (No es excusa, pero otros la han dado en muy serios manuales...)

La actividad teatral en España no sería presentada en su totalidad si dejáramos de mencionar la gran cantidad de representaciones de autores extranjeros que ocupan muchas horas y escenas en las últimas temporadas españolas. Salvo las excepciones de comedias francesas de poco fuste, todo el teatro que de extranjeros se presenta en España es de gran calidad, unas veces acompañada por el éxito en la presentación, otras compensando la bondad del texto la improvisación de los presentadores. Desde Ibsen y Chejov hasta Ionesco, desde Wilder a Miller y Tennessee Williams, desde Camus a Beckett, se puede afirmar que no hay una obra importante del repertorio contemporáneo, vanguardista, social, etc., que no haya sido representada alguna vez en España, salvo las de los españoles en exilio. También nuestros dramaturgos "proscritos" están siendo representados: Valle-Inclán, Unamuno, etc.

FUERA de España, con la excepción de Alejandro Casona, ningún dramaturgo ha estrenado normalmente y con regularidad su producción. Jacinto Grau seguirá conociendo para su obra la suerte más varia hasta su reciente fallecimiento. El tratamiento dado a la forma dramática le ha alejado del éxito popular, como a su compañero en desgracia Valle-Inclán, y la tendencia al alejamiento en

la situación temporal de sus dramas ha contribuido también a dar al espectador medio una falsa impresión de inactualidad. En Francia, un Montherlant triunfa en un teatro semejante. Nuestro público no ha seguido nunca a Grau. Torrente define su teatro "para leer". ¿Qué remedio, si no lo podemos ver? Pero en tanto que no lo veamos, la afirmación nos parece una petición de principio.

Lo mismo ocurre con el teatro de Max Aub, también él condenado a la incompletud (perdón) del libro. Max Aub, desde el fin de la guerra, ha escrito tragedias de gran magnitud en que la conciencia de la problemática social y política contemporáneas se manifiestan en un esplendor de factura teatral que las preparan a formar parte del teatro imperecedero. *San Juan* (1943), tragedia de la humanidad a la deriva, representada en un grupo de refugiados judíos en el fondo de un barco maloliente que ningún puerto acoge, sigue esperando el escenógrafo de arranque que la monte. *No* (1952), otra tragedia inspirada en la división del pueblo alemán, exige también cualidades y un despliegue de medios y de actores que tal vez ninguna compañía comercial española esté en situación de afrontar. Pero ambas tragedias están clamando por encontrar cabida en uno de nuestros teatros subvencionados. ¿Será cuándo? Tal vez el drama *Deseada* ha sido el éxito comercial de Aub en Hispanoamérica. Aub ha ensayado aquí la trasposición a nuestro medio contemporáneo de la tragedia de Fedra, sólo que vuelta del revés. Igualmente estimables y de alcance político los dramas *El rapto de Europa* (1946), *Morir por cerrar los ojos* (1944). Inspirándose en el drama de conciencia del último presidente de la República española, su obra *Cara y Cruz* (1947). *La vida conyugal* (1944) da a luz el drama de una pareja muy de nuestro tiempo. Por fin, sus piezas en un acto—más de veinte— entre las que se cuenta lo mejor de su producción dramática junto a *San Juan* y *No: Los muertos, Los excelentes varones, Comedia que no acaba*, etc. Hemos visto en la última temporada el éxito sin restricciones alcanzado por *Los muertos* en la escena del Canadá francés. En España, se sigue esperando.

De Rafael Alberti en el exilio son *El trébol florido, La gallarda* y *El adefesio*, de las cuales sólo la última ha conocido el complemento de la escenificación, por obra de Margarita Xirgú en Buenos Aires. Teatro el suyo que ha saboreado el éxito en las escenas francesas: *Le Repoussoir*, versión de *El adefesio*. Otro teatro que está esperando España, el teatro de "el más grande poeta español vivo" (Torrente).

Más suerte han tenido los españoles con Casona, cuyas obras habían sido editadas en dos volúmenes del editor Aguilar y profusamente distribuidas y leídas en España, *Nuestra Natacha* in-

cluida. Y por fin, en la última temporada el éxito clamoroso de *La dama del alba*, la mejor de sus obras, en donde su talento de dramaturgo se pone al igual del mejor Lorca. Aún quedan muchas obras suyas por representar. No hay sino echar una ojeada a esos dos espléndidos volúmenes mencionados. Y aunque ya es viejo, no queremos dejar de advertir el sambenito de "teatro de evasión" que alguien que leyó mal o no leyó *La sirena varada* atribuyó a la obra de Casona, cuando precisamente *La sirena varada* demuestra contundentemente que la evasión, sea en el teatro o en la vida, de nuestra responsabilidad y nuestra personalidad, es tan absurda como inútil. Y ya hace tiempo que Domingo Pérez Minik puso en claro este punto en sus extraordinarios *Debates sobre el teatro español contemporáneo*. Pero me permito repertirlo, en vista de que muchos no se han enterado. (El único defecto del libro de Pérez Minik es el de haber sido editado en Canarias. Lo decimos por la poca difusión que, desgraciadamente, tiene la edición canaria en la Península).

Entregados preferentemente a otros géneros, sería, sin embargo, injusto olvidar aquí los escritores exilados que, desde Pedro Salinas hasta Manuel Andújar han escrito algo para el teatro. De Pedro Salinas como autor teatral ya se está al corriente en España, gracias a la edición de su teatro completo por Aguilar, y sabemos asimismo de alguna representación dada en teatros no comerciales. Este teatro de Salinas está esperando un estudio riguroso. Nosotros hemos leído solamente un par de piezas que nos recuerdan, más que al poeta de *Seguro azar* o *La voz a ti debida*, a los costumbristas andaluces. Pero insistimos en que nuestro conocimiento es muy incompleto.

Ramón J. Sender, el gran novelista español, a quien incumbe el mérito de haber sido el pionero del nuevo realismo español en los momentos de preguerra en que la novela, o no existía, o estaba en manos de epígonos estancados del viejo realismo y naturalismo tradicionales, ya hemos visto que dio durante la guerra alguna muestra de su actividad teatral. *El secreto*, *La fotografía*, *La llave* (esta última transformada después en sabrosa novela corta), el auto sacramental *La casa de Lot*, son completamente desconocidas para el público español. Las dos últimas ni siquiera han sido publicadas en español, aunque sí en inglés, alemán y holandés. Estos datos nos vienen de la solapa de su última producción teatral, *El Diantre*, publicada en México en 1958. "Tragicomedia para el cine según un cuento de Andreiev", es una modernización de dicho cuento, cuyo personaje central es el diablo. No se puede dejar de mencionar aquí, dentro de la línea de novela dialogada valle-inclanesca,

Los laureles de Anselmo, también publicada en México en los últimos años.

De José Ramón Arana, exilado en México, es la pieza *Veturian*, drama rural en un acto (Aquelarre, 1951) del campo aragonés en la época contemporánea. El autor reproduce el lenguaje popular de Aragón, y el conjunto da una nota recia de virilidad que ya caracterizaba la excelente prosa de su novela *El cura de Almuniaced*, sobre la guerra civil.

En México, igualmente, ha rehecho su vida el novelista Manuel Andújar, que en este mismo año y mes que escribo acaba de publicar tres obras de teatro: *El primer juicio final*, *Los aniversarios* y *El sueño robado*. La premura con que debe ser terminado el presente trabajo nos impide hacer una lectura detenida de estas obras que, se presentan a nosotros con los caracteres evidentes de la angustia que acongoja a Manuel Andújar en estos últimos años, después de la clara serenidad de sus novelas *El vencido*, *La llanura* o *El destino de Lázaro*. El escritor ecuatoriano Alberto Aguilera Malta, que prologa esta edición, subraya también ese cambio brusco en la obra literaria de Andújar, y califica de "teatro de ideas" las obras mencionadas. Digamos que *El primer juicio final* adopta la forma de "auto sacramental", y los otros dos se intitulan "teatro escénico" y "coro teatral", respectivamente. Del auto sacramental se hizo una lectura pública en 1959, prologada por Max Aub. Las otras dos piezas no parecen haber sido representadas (Ed. De Andrea, n. 89 de la col. "Los presentes").

Para terminar con la nómina de escritores de teatro fuera de España, es imprescindible la mención del joven dramaturgo Fernando Arrabal, que ha publicado en francés, y en París, dos volúmenes de teatro. Arrabal, salido de España después de la guerra, presenta en su primer volumen cuatro piezas, tituladas en francés *Oraison*, *Les deux bourreaux*, *Fando et Lis*, *Le cimetière des voitures*. Mezcla extraña de teatro delirante y simbólico, en que todas las acciones y todos los personajes parecen ir cargados de dobles y triples sentidos, la preocupación esencial es, sin embargo, de tipo social y acusatorio. Los personajes llevan nombres extraños, y la acción no se localiza en ningún país, pero se siente inmediatamente el contacto con España y sus problemas —los del país y los de Arrabal. Teatro de vanguardia, de difícil representación, a veces sorprende por su carácter obsesivo. Véase a ese respecto la pieza *Los dos verdugos*, cuyo tema, el de la madre que denuncia y entrega a su marido a los verdugos, está traspuesto de una novela del mismo Arrabal, *Baal Babylone*, historia no menos alucinante de un niño en la guerra civil. *El cementerio de automóviles* es de un humor español de la escuela del mejor Jardiel y Mihura, pero con una intención

y un despliegue de crítica social evidentemente mucho más holgado, que no hubiera sido posible en España. En los tres años siguientes a la publicación del primer volumen (1958 a 1961) el teatro de Arrabal se traduce y se representa en Alemania, Inglaterra, Países Escandinavos, Bélgica y Polonia, Brasil y Estados Unidos. Una pieza que aparecerá en el segundo volumen con el título *Le Tricycle* fue representada por un teatro de ensayo en España con el título *El hombre del triciclo*. La obra más representada de Arrabal, *Pic-nic en el campo*, es una absurda pieza que pone en ridículo las guerras un poco a la manera de nuestro codornicesco "Gila". Ultimamente Arrabal escribe en francés. Sus piezas *Guernica*, que presenta el tristemente célebre bombardeo a través de dos viejos sorprendidos en su casa por las bombas, *Le Labyrinthe*, y *La bicyclette du condamné* están ya escritas en francés, si creemos a Geneviève Serreau, que prologa el segundo tomo (Juillard, París, 1961). Siguen apareciendo verdugos y víctimas en la bicicleta del condenado, pero significativamente, los papeles de unos y otros se cambian constantemente. Este teatro de la decadencia, no ya de un país, de un pueblo, sino de toda nuestra civilización, constituye otra de esas *impasses* a que nos ha tenido acostumbrado el último teatro de vanguardia, se llamen sus autores Ionesco, Beckett o Adamov. Pero aunque negativo, no deja de constituir un testimonio inapreciable de una triste época.

La crítica y los críticos

EN general, la crítica que influye en los éxitos de un dramaturgo, no es la crítica erudita de especialistas que publican un libro, muy de tarde en tarde, sobre el teatro. El público, ya lo hemos dicho, tiene la costumbre de fiarse de críticas de periódico, hechas normalmente en una media hora, en el corto espacio que le queda al periodista entre el final del estreno y la puesta en marcha de las rotativas. Queda con ello comprendida la superficialidad y el carácter puramente informativo de mucha de la crítica de teatro en nuestra prensa española. Pero comprendida no es justificada. Porque, en primer lugar, el crítico de teatro que no se da a sí mismo como exigencia indispensable un nivel de conocimiento del fenómeno teatral suficiente para enfrentarse con cualquier estreno de cualquier autor sin ser sorprendido en la ignorancia más absoluta, no es un crítico honesto. Y en segundo lugar, el crítico más modesto que, por las circunstancias, está obligado a ejercer una labor superior a sus fuerzas, debe, después de una primera crítica obligada, estudiar a fondo la pieza y todo lo que a ella pueda referirse,

dando más tarde en su periódico un nuevo estudio de la misma que sirva para compensar las deficiencias del anterior.

En España, la regla general ha sido siempre que la crítica de teatros puede ejercerla cualquier miembro de la redacción de un periódico. Por un Leopoldo Alas, un Enrique de Mesa o un Díez-Canedo, ¡cuánto incompetente ha emborronado tinta en España! Ni se calcula el daño que hayan podido hacer. Porque entre los críticos menos competentes, se suelen dar dos tipos: el del que arremete con todo para no pasar por tonto, y el del que a todo le parece bien, y para quien no hay comedia mala. Queda el subtipo del último, que, sólo empuña las armas cuando se trata de un autor extranjero o de un difunto sin descendencia. ¡El español es tan exaltado en sus represalias!

De los críticos que en España han ejercido una labor continua y eficaz, insobornable y estrictamente personal, a fin de cuentas no me quedaría más que con uno: Gonzalo Torrente Ballester, a quien se pueden achacar incompreensiones, pero nunca fundadas en malquerencias, ignorancias o malos humores. Torrente Ballester es a la vez profesor de literatura, dramaturgo, novelista, y autor de libros tan indispensables para el conocimiento de la literatura actual como su *Panorama de la literatura española contemporánea* y su *Teatro español contemporáneo*. Mencionemos en Barcelona a Enrique Sordo. De los demás, sus nombres se encuentran en los extractos de críticas publicados cada año por Sainz de Robles. Y en sus respectivos periódicos, naturalmente.

Los estudiosos del teatro español contemporáneo son raros. Mencionaremos, entre los veteranos a Angel Valbuena Prat, a Guillermo Díaz Plaja, a Federico Carlos Sáinz de Robles, cuya labor antológica anual es indispensable para el estudio de nuestro teatro. Muy meritoria es también la labor editorial que lleva y dirige Manuel Benítez con su colección *Teatro*. Han publicado libros sobre el teatro contemporáneo los periodistas y escritores Nicolás González Ruiz y Alfredo Marquerie. Desde el extranjero, son muy importantes los trabajos en Argentina de José Ma. Monner Sans, y de Jack H. Parker, de la Universidad de Toronto. Volveremos una vez más a mencionar las revistas *Teatro* y *Primer Acto*, especializadas, las reseñas de *Acento cultural*, etc. Y para terminar, la espléndida y ambiciosa empresa de Juan Guerrero Zamora, *Historia del teatro contemporáneo*, en cuyos dos primeros tomos ya aparecidos se da parte—no la más importante, como es lógico—al estudio del teatro español.

¿Hablar, en fin, de la censura? Buero Vallejo dijo en una charla en el paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, ya hace más de seis años, que "las limitaciones expresivas" con

que el autor de teatro debía luchar eran desastrosas por el hecho, sobre todo, de la completa ignorancia en que estaban—tanto autores como censores—de toda línea de conducta definida. Y de ahí el fenómeno de la autocensura, por el cual el autor se cura muchas veces en salud contra la posible tachadura. La censura en España, hay que indicarlo, ha concentrado sus rigores máximos en el teatro, al que siguen de lejos la novela y la poesía, y, en último término, el género ríjoso-musical, que tiene vía libre en nuestros escenarios. Pero Buero Vallejo era optimista, y nos decía que, en el fondo, ninguna limitación ha hecho sino espolear al verdadero creador; que no es otro el principio de las reglas retóricas. No importa para qué entre Racine y Lope, yo haya hecho mi elección, pero vaya, también Lope debió pelear con sus "limitaciones" correspondientes. Y años después, tras ver el éxito del mismo Buero con *Un soñador para un pueblo*, nos confirmaba la realidad lo que el gran autor nos había dicho. Hay muchas maneras de dar el queso.

¿QUÉ duda cabe, para terminar, que nos hemos dejado no ya en el olvido, sino en la ignorancia, bastantes escritores, bastantes hechos, bastantes trabajos que para, en y sobre el teatro español contemporáneo se han hecho y se hacen en las cuatro esquinas del mundo? Ignorancia y limitaciones de espacio y tiempo nos han impedido hacer un examen minucioso, y tampoco nos hemos resignado a un simple panorama enumerativo. Ni carne ni pescado, fallas y defectos están a la vista de todos. Pero, como hay cartas abiertas, es este trabajo abierto. Abierto a todos los lectores y amigos que nos quieran ayudar con una observación, un dato, una crítica o un mentís rotundo. De lo contrario, la responsabilidad de la ignorancia empezará a estar diluida en silencios cómplices. Lo que Dios no quiera.

VEINTE AÑOS DE NOVELA ESPAÑOLA (1942-1962)

Por José María CASTELLET

I

AL término de la guerra civil y mientras que algunos géneros literarios, como la poesía y el ensayo, se desenvuelven con cierta abundancia, aun dentro de una línea totalmente formalista, la novela se caracteriza por una pobreza absoluta no sólo de calidad, sino también de títulos. No creo que sea posible destacar, entre 1939 y 1945, ni media docena de obras que merezcan una simple mención, veinte años después.¹

Por ello resulta sorprendente encontrar entre esos libros en 1942, una obra como *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela, la primera novela de verdadero interés literario que se publica en España, después de la guerra civil.

Es difícil hoy valorar esta obra si no se tienen en cuenta las circunstancias históricas de su publicación. *La familia de Pascual Duarte* introduce en España, con características y personalidad propias, la corriente entre existencialista y "tremendista" que se empezaba a desarrollar en Europa. Para los escritores españoles más jóvenes, *La familia de Pascual Duarte* representó en aquel momento, salvadas las distancias, lo que en Francia pudieron representar *La Nausée* de Sartre, o *L'étranger*, de Camus. En especial, con esta última, la obra de Cela tiene numerosas semejanzas de espíritu, aunque al intelectualismo de Camus, reflejo de una cultura nacional más evolucionada, oponga Cela un vitalismo casi biológico, más de acuerdo con el desgarrado espíritu español que acababa de salir de una guerra civil.

La familia de Pascual Duarte puso públicamente de relieve, también, un hecho que a lo largo de los últimos años ha dado un

¹ Las presentes notas se refieren únicamente a las novelas publicadas en España durante los últimos veinte años. No hay que olvidar, sin embargo, que el exilio de los mejores escritores españoles, al término de la guerra civil, supuso pérdidas tan importantes como las de Sender, Barea o Max Aub, que publican sus obras fuera de la patria.

toque sombrío a todas las letras españolas: la existencia implacable de la censura, que retiró la obra poco después de su publicación, aunque después la volviera a autorizar, dando así uno de los primeros toques de atención de lo que iba a ser—corregida y aumentada—su labor destructora en los años siguientes.²

A partir de 1942, la novela española empieza a desarrollarse, aunque con lentitud, favorecida especialmente, desde 1944, por una creciente marea de premios literarios—editoriales en su mayor parte—que crean un clima de publicidad y expectación para la novela española que no había existido hasta entonces. *Nada* (1945), de Carmen Laforet, es el primer premio "Nadal" y una de las primeras novelas españolas que alcanza, después de la guerra civil, un gran tiraje.

De entonces para acá, en estos veinte últimos años, puede resumirse la evolución de la novela española como *una progresiva toma de conciencia histórica, por parte de sus autores, de la dramática existencia de una nación que en pleno siglo XX, por una muy compleja serie de razones, se ha visto inmersa en una guerra civil cuyo desenlace la ha apartado de la marcha de la historia, después de una fabulosa pérdida de hombres y de capacidad creadora de riqueza—a la que ha seguido un largo período de aislamiento, a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y de la estructura del régimen político que la gobierna*. En términos literarios, esta toma progresiva de conciencia se manifiesta en una progresiva voluntad de realismo en los novelistas que se traduce en una tímida forma de *realismo crítico*, primero, para pasar después a un intento de *realismo histórico*, ya avanzada la década de los cincuenta.

Protagonistas de estas dos etapas de intención realista son las dos generaciones de escritores surgidos después de la guerra civil. Una primera formada por escritores nacidos en su mayor parte entre los años 1910 y 1922, es decir, con edad suficiente para haber participado directamente en la guerra o, por lo menos, para tener de ella un conocimiento o una experiencia personales y un recuerdo preciso. La otra, formada por escritores nacidos a lo largo de los años '20 y que, demasiado jóvenes, niños aún, vivieron los años de la guerra sin una consciente capacidad de discernimiento y que, aunque guar-

² Sin la mención de la existencia de una censura previa, no sólo política, sino también religiosa y moral, que se ha mostrado arbitraria en sus decisiones por la carencia de una reglamentación que los mismos escritores han reclamado, no tendría sentido un trabajo sobre la literatura (o sobre el cine o el periodismo, etc.) de los últimos años en España. En especial, a los lectores extranjeros de obras españolas puede darles la llave para la comprensión de determinados simbolismos o alusiones que no tienen sentido sin la existencia de la censura.

den vivos recuerdos de ella (hambre, miseria, bombardeos, etc.), fueron testigos mudos e impotentes de la contienda, sin participar en ella más que como víctimas.

A la primera de esas generaciones de novelistas podemos atribuirle una obra caracterizada, en general, como hemos dicho, por un incierto *realismo crítico*—con las limitaciones de una censura previa siempre dura—cuyos mejores exponentes son algunas novelas de Camilo José Cela (*La Colmena*), Miguel Delibes (*Mi idolatrado hijo Sisí*), Carmen Laforet (*Nada*), Luis Romero (*Los otros*), Ricardo Fernández de la Reguera (*Bienaventurados los que aman*), etc., del mismo modo que la obra dramática de Antonio Buero Vallejo (*Historia de una escalera*) corresponde a la misma intención. Sólo algunos poetas de esta generación—Gabriel Celaya y Blas de Otero, por ejemplo—se adelantan a la voluntad de los novelistas de la generación siguiente, publicando obras cuya intención corresponde al realismo histórico al que tienden los novelistas más jóvenes.

II

¿CUÁLES SON las características más salientes de la obra de esos novelistas, los ingredientes que tienden hacia ese *realismo histórico* que acabamos de mencionar?

Algunas de ellas nos vienen dadas, extraliterariamente, por los datos que conciernen a sus biografías. Examinémoslos.

En primer lugar, esos novelistas han nacido a partir de 1924. Eso quiere decir que los mayores de ellos, al estallar la guerra civil, en 1936, no tienen más que 12 años y, al término de ésta, no han alcanzado en ningún caso los 16 y, por consiguiente, no han tenido ocasión de ser combatientes. Por razones sentimentales, familiares o geográficas, sus simpatías, durante la guerra, pueden haberse inclinado por un bando u otro, pero en ningún caso, llegados a un cierto grado de madurez intelectual y obligados íntimamente a enjuiciar la guerra civil de sus mayores, no pesarán en su juicio y en su elección interna motivos de responsabilidad personal surgidos del compromiso de la contienda. No sucede así—y por ello establecemos esa diferencia—con los novelistas de la generación anterior, combatientes en la guerra civil, que aun cuando con relativa frecuencia hayan sufrido una evolución ideológica, conservan sin embargo no pocos resabios y compromisos que no dejan de traslucirse tanto en sus actividades políticas personales, como en la elección de temas y tratamiento de los mismos en sus obras posteriores a la guerra civil. Y aun aquellos jóvenes combatientes cuya obra

no empieza hasta después de terminada ésta, no por ello deja de traslucirse una marcada diferenciación, que se traduce especialmente en una concepción del mundo y en un concebir el futuro de la patria de un modo muy distinto al de los jóvenes novelistas a los que nos referimos ahora. Cabe añadir que, en la casi totalidad de los casos, hacemos referencia a novelistas que combatieron en el campo de los vencedores y cuya ideología, o por lo menos su actitud política, ha derivado hacia un cierto liberalismo y, en algunos casos, hacia una postura democrática.

El no haber participado como combatientes en la guerra civil, sino al contrario, el haberla sufrido como espectadores mudos, como víctimas inocentes —hambre, desplazamientos, bombardeos, etc.— es el primer hecho que califica a esos jóvenes novelistas.

El segundo es el de haber crecido y vivido el período de su formación juvenil en el aislamiento del mundo exterior al que España estuvo sometida durante toda la década de los años '40, por la Segunda Guerra Mundial, en primer lugar, y por la resolución de las Naciones Unidas de retirada de embajadores, etapa que duró de 1946 a 1950. Si añadimos el hecho ya descrito de la existencia constante de una censura previa sobre toda clase de publicaciones, acabaremos de describir la situación cultural totalmente anómala en la que estos jóvenes escritores crecieron.

No sin sorpresa por parte de muchos, cuando estos jóvenes escritores empezaron a manifestarse en los primeros años de la década de los '50, resultó que su voz era muy distinta a la de los novelistas en ejercicio por aquel entonces y completamente inesperada en jóvenes que habían vivido una situación como la española de aquellos años. Por otra parte, en seguida se manifestó una cierta solidaridad generacional que dio cohesión pública a sus primeras obras.

Sin embargo, hasta los acontecimientos de 1956 en los que, a raíz del suspendido Congreso de escritores universitarios, se manifestó una toma de conciencia colectiva, la *nueva ola* española no empezó a manifestarse como un todo coherente, en el que no solamente se integraban los novelistas, sino también los poetas, dramaturgos y ensayistas de la nueva generación.

Casi como por ensalmo, surgieron —a partir de ese momento y uniéndose a los ya existentes—, un gran número de escritores con una unidad de intención, con una voluntad de renovación tanto formal como de contenido, que es la que predomina hoy y la que centra la atención de los críticos y editores extranjeros, más que por la novedad absoluta de sus libros, por la consistencia y seriedad de sus obras y, es preciso decirlo también, por su sorprendente vi-

talidad, especialmente si se tienen en cuenta las circunstancias históricas de las que ha surgido.

Casi obsesivamente los jóvenes novelistas, entre el recuerdo de una guerra civil en la que no participaron y un incierto futuro político, intentan estudiar, analizar, describir y explicarse a ellos mismos la situación actual de su país, su estructura social, las consecuencias de la guerra civil, etc. (Es sintomático que no haya grandes novelas de *sentimientos* o *morales* en la joven literatura española). Es decir, se adhieren, consciente o inconscientemente, a una literatura testimonial, comprometida, realista. Es curioso observar, a este respecto, qué pocas obras evasivas, de imaginación pura, de preocupación esencialmente esteticista, encontraremos entre el medio centenar de libros que ya llevan publicados esos jóvenes novelistas. En su mayor parte sus obras tratan de la situación rural española, de los problemas del trabajo industrial, de las grandes aglomeraciones urbanas, de las migraciones interiores, de las tensiones generacionales y de clase, del inmovilismo de la vida provincial, etc.

No siempre el tratamiento de los problemas es directo, es decir, sociológico, aunque en algunos casos sea así: *La mina*, de Armando López Salinas; *Central eléctrica*, de Jesús López Pacheco; *Entre visillos*, de Carmen Martín Gaité; *La piqueta*, de Antonio Ferrés, y algunas otras novelas, son esencialmente documentos sociales. Sin embargo, aun en aquellas obras en las que la ficción es aparentemente más novelesca, más un producto elaborado de la realidad a través de la imaginación creadora, su inspiración e intención es predominantemente social y política: así, en *Las afueras*, de Luis Goytisolo-Gay; en *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio; en *La resaca*, de Juan Goytisolo; en *Tormenta de verano*, de Juan García Hortelano; en *Los bravos*, de Jesús Fernández Santos; en *Primera memoria*, de Ana María Matute; etc.

A pesar de ello, la joven novela española escapa al encasillamiento de *novela proletaria*, *realismo crítico*, *social-realismo*, etc., por lo menos en lo que estas denominaciones tienen de género históricamente definido a través de las novelísticas americana, europea o soviética. ¿Por qué? Varios factores han contribuido a ello, especialmente dos, de carácter histórico: estético, uno, y político, el otro. Estéticamente, por el hecho de la tardía aparición, dentro de la novela española, de las inquietudes de tipo formal que se desarrollaron en otros países durante la época de entreguerras, primero, y en la posguerra mundial después: faltos de una tradición novelística inmediata importante, los jóvenes autores españoles han recibido diversas y simultáneas influencias extranjeras que se traslucen en sus obras, quizás de un modo algo confuso y a veces

gratuito, dándoles una modernidad formal, a veces un tanto artificiosa.

Políticamente, por la existencia ya citada —y oficialmente reconocida— de una censura previa que se extiende no sólo a las novelas, sino a cualquier tipo de publicación y que, dada su persistencia —más de veinte años— ha influido notablemente en los escritores españoles, de tal modo que, consciente o inconscientemente, éstos ejercen una autocensura, que si bien no les priva de elegir una temática de crítica social (antes bien, es una causa más de su politización), sí les obliga a tratar estos temas con una prudencia y una astucia que estilísticamente adopta fórmulas sorprendentes.

Creemos que por el recuerdo del pasado —en este caso, la memoria de la guerra civil—, por su disconformidad con el presente y por la esperanza puesta en un futuro constructivo, es decir, por su sentido profundo, vivido y sufrido de la dinámica de la Historia, el *realismo* de la joven novela española puede calificarse de *histórico*. *Realismo histórico* que abre las ventanas de la novela española sobre un mañana presidido por la fe en una realidad democrática, de la que las obras de hoy no son sino manifestaciones de una esperanza.

Libros

LIBROS SOBRE ESPAÑA

Por *Mauricio DE LA SELVA*

I

MANANTIAL inagotable es el tema de la República española desde hace veinticinco años; como todos los movimientos populares emancipadores, cuya finalidad más alta es la realización de la justicia social sin deformaciones convenencieras ni alardes demagógicos, su espíritu democrático continúa proyectándose después de un cuarto de siglo; la consecución de su esperanza es hoy tan firme como en los primeros días de la catástrofe, cuando las fuerzas hitlerianas y mussolinianas fueron sin duda el motor primordial al que se debe la muerte de por lo menos un millón de patriotas españoles.

Si bien es cierto que aparentemente el período bélico en España y la suspensión de la República, quedan determinados en los años treinta, no podemos omitir que hasta nuestros días los debates de tipo meramente teórico, ideológico o especulativo, mantienen el calor propio del choque de dos fuerzas enfrentadas a la altura de la Segunda Guerra Mundial y que hoy, en 1962, a pesar de las crisis experimentadas por una u otra, continúan sin apuntar a su favor la definitiva solución.

Desde puntos de vista diversos la causa de aquel pueblo ha sido expuesta, analizada, defendida, teorizada, atacada, deformada, buscando a veces conclusiones abstractas o bien, otras, señalando culpables para justificar lo irremediable. Reiteramos, entonces, que el tema de la República es manantial inagotable para la historia de las ideas políticas de los pueblos que buscan el camino de su liberación integral.

Para testimoniar la riqueza de dicho caudal, trataremos de glosar —quizá formando un desordenado mosaico pero siempre coherente— algunos de los libros que consuetudinariamente llegan a esta redacción; es decir, reseñaremos aquí las ideas de distintos autores preocupados por la situación española actual o pretérita.

sin considerar sus posiciones políticas o ideológicas, sin importar para el caso que se trate de un falangista o de un socialista, ni de un liberal o de un comunista; bastará, pues, que el ensayo, el relato, la novela, el poema, la historia de ideas o la teorización política, faciliten el elemento objetivo sobre el pasado o el presente de la realidad sociopolítica española, para que sean de inmediato utilizados en la transcripción y el comentario.

Para mayor austeridad del presente artículo, procuraremos marginar los acontecimientos menores o derivaciones intrascendentes que sólo contribuirían a distanciarnos de lo fundamental: la objetividad del suceso español; porque si bien es cierto que merecen atención las discrepancias de los autores en lo medular, no lo es en aquellas divergencias que podemos denominar puramente anecdóticas. Ilustrando este enfoque, preguntamos: ¿ante la tragedia del pueblo español, qué importancia tiene que nos detengamos a comentar que Carlos M. Rama¹ da como período vital del polígrafo Joaquín Costa el de 1847-1911, mientras Max Aub² apunta por su parte el de 1846-1910? O bien, ¿que los ensayistas franceses Broué y Témine atribuyan la frase "No pasarán" a Dolores Ibarruri y no al general Miaja? O también, ¿que otra frase, "Su Señoría no morirá con los zapatos puestos", dirigida a Gil Robles, la haya pronunciado José Díaz y no La Pasionaria, según testimonio de Indalecio Prieto?³ O que en los antecedentes a la cuestión educativa o anarcosindicalista, donde figura Francisco Ferrer,⁴ ejecutado por Alfonso XIII, sepamos que Anatole France renuncia a la Sociedad Astronómica de Francia, porque no quiere pertenecer al círculo del que es miembro el Rey de España, "culpable de asesinato", y que no obstante ello, don Miguel de Unamuno al referirse a los intelectuales franceses aseverara no gustarle Anatole France porque "No sabe indignarse".

Por supuesto, no desconocemos el valor que los conceptos tienen en su momento, en su circunstancia, en su género, pero es el caso que en estas páginas nuestra finalidad es otra, como ha de verse a medida que comentemos a los autores y sus libros.

¹ CARLOS M. RAMA, *La crisis española del siglo XX*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 373 pp., México, D. F., 1962.

² MAX AUB, *La prosa española del siglo XIX* (Prólogo, selección y notas), Vol. III. Edit. Antigua Librería Robredo, 361 pp., México, D. F., 1962. Colec. Clásicos y Modernos, Núm. 8.

³ INDALECIO PRIETO, *Cartas a un escultor*, Edit. Losada, S. A., 110 pp., Buenos Aires, Argentina, 1961. Colec. Cristal del Tiempo.

⁴ SOL FERRER, *La vie et l'oeuvre de Francisco Ferrer*, Edit. Librairie Fischbacher, 248 pp., París, Francia, 1962.

II

GERALD Brenan, en su libro sobre los antecedentes sociales y políticos de la guerra civil española, hace hincapié en el poder de la Iglesia Católica y su indiferencia ante su propia misión; olvidada de todo principio cristiano su problema primordial lo constituyen las inversiones de su capital y no la misión apostólica de velar por los pobres. Brenan dice que de 1874 a 1931, "la Iglesia fue perdiendo año tras año su ascendiente sobre los pobres, al mismo tiempo que aumentaba progresivamente su influencia sobre los ricos y su poder político".

Prácticamente, a principios de este siglo, el clero que inunda a España de conventos, colegios y fundaciones religiosas, es el mismo que por su voracidad se ha visto obligado a salir de Francia. España es ahogada en una ola de clericalismo y en pocos años la Iglesia controla la Corte, las universidades, gran parte de la clase media y la prensa. Dirigen esta etapa floreciente del clero los jesuitas, quienes en 1912 ya eran dueños absolutos de casi media riqueza nacional. Brenan, escribe:

Poseían ferrocarriles, minas, fábricas, bancos, compañías navieras, plantaciones de naranjos. En torno a sus actividades industriales, llegó a crearse una leyenda. Corría el rumor de que acaparaban el comercio de antigüedades, que proveían a Madrid de pescado fresco y que controlaban los más florecientes cabarets. Se calculaba que su capital operativo se elevaba a 60 millones de libras esterlinas. Desde luego no había razón alguna para que los jesuitas, que tenían que atender a sus colegios y misiones, no fueran ricos; si no lo hubieran sido no habrían podido llevar adelante su tarea. Hay un refrán español que dice que "el dinero es muy católico". Pero era difícilmente compatible con el interés nacional que un sector de la comunidad, y un sector militante, controlase una parte tan importante de la vida industrial del país. No puede echarse en olvido que buena parte de esta riqueza era adquirida mendigando limosnas y legados entre los ricos, y que tales favores no eran otorgados gratuitamente. A cambio de ellos, la Iglesia debía defender los intereses de los ricos contra los de los pobres. Quien no haya vivido alguno años en España no podrá creer la estrecha, íntima y, en resumidas cuentas, indecente relación entre ciertas órdenes religiosas y las clases más ricas del país.⁵

La opulencia de este alto clero contrasta, como en la actualidad, con el clero rural, el bajo clero paupérrimo, el cual en la segunda

⁵ GERALD BRENAN, *El laberinto español*, Ediciones Ruedo Ibérico, 301 pp., París, Francia, 1962.

decena del presente siglo aún recibía el mismo sueldo estatal fijado durante el Concordato de 1851. Estos sacerdotes, obligados a convivir en la miseria provincial, serán los que más tarde, con el advenimiento de la República, se sostendrán sobre una posición neutra, ya que si bien no pueden celebrar abiertamente la liberación económica de las clases trabajadoras, tampoco pueden desligarse de los altos jerarcas de la Iglesia y sus gestos amonestativos. Veremos más adelante lo que acontece con este clero compenetrado de las necesidades y el dolor de los campesinos.

De 1917 a 1923 una serie de acontecimientos debilitan la fuerza de Alfonso XIII; la lucha sindical toma auge; el clero ve caer al monarca y subir a la dictadura militar de Primo de Rivera; sin embargo, su posición privilegiada se mantendrá hasta la llegada de la República.

El problema de la tierra al salir Primo de Rivera del poder, en 1930, se ha agudizado; los autores franceses Broué y Témime señalan la falta de tierra para dos millones de campesinos pobres mientras la mitad del territorio español pertenece a cincuenta mil hidalgos. En algunos lugares como Sevilla el 5% de los propietarios eran poseedores del 72% de la superficie; algunos duques, como el de Medinaceli y el de Peñaranda dominaban, respectivamente, 79 mil y 51 mil hectáreas. Andalucía —dicen Broué y Témime— era el clásico lugar de los latifundios.

Aquí, el ingreso medio anual de un gran propietario era de cerca de 18,000 pesetas, y el de un pequeño propietario de sólo 161 pesetas. Pero, la mayoría de los campesinos no eran propietarios de ninguna manera: eran los *braceros* —los *brassiers* de la Edad Media francesa—, jornaleros que casi no tenían trabajo más que un día de cada dos y tenían que vivir todo el año con los miserables salarios que ganaban trabajando, en las peores condiciones, en los grandes latifundios, bajo la vigilancia del *labrador*, el intendente rapaz, dispuestos siempre a enriquecerse con beneficios arbitrarios, o chantajeando con los enganches. Muchas tierras cultivables se quejaban en barbecho, ya sea porque su propietario las reservase para la caza o bien porque de esa manera lograrse frustrar las reivindicaciones de los braceros. Pues esta región, que contaba con las poblaciones más miserables quizá de Europa, era también la patria del odio de clases, del esclavo perpetuamente dispuesto a rebelarse contra el amo...⁶

⁶ PIERRE BROUÉ y EMILE TÉMIME, *La revolución y la guerra de España* (2 vols.), Edit. Fondo de Cultura Económica, 718 pp., México, D. F., 1962. Colec. Popular, Núm. 33.

En cuanto a las organizaciones políticas, aparte de los grandes núcleos de trabajadores marxistas y de los anarcosindicalistas, nació en 1932 Falange Española, fundada por el hijo del dictador militar derrocado; José Antonio Primo de Rivera, imbuido de la tesis fascista, agrupó elementos universitarios y un mínimo de obreros anarquistas.

Los miembros de Falange Española no adquirieron significación hasta el momento en que las fuerzas de izquierda ganaron las elecciones de 1936. El triunfo del Frente Popular sacó a los falangistas de su fe en obtener el gobierno por la vía pacífica. La Iglesia, los aristócratas, los terratenientes y buena parte del Ejército que hasta entonces no habían mostrado gran interés en aquella organización fascista, empezaron a ver con buenos ojos las posibilidades de utilizar las tácticas de lucha que Falange esgrimía. Así, es iniciada una etapa de terror y violencia. Gerald Brenan, escribe:

Trataban a los partidos de derechas, la CEDA por ejemplo, con insultos, lanzándoles huevos podridos, rompiendo escaparates y ventanas y destrozando los muebles. Las izquierdas eran apaleadas o asesinadas. Tenían sus automóviles de escuadristas con ametralladoras que recorrían las calles disparando sobre todo aquel que intentase oponérselos. Los jueces que condenaban a los fascistas a la cárcel y los periodistas que los atacaban en sus artículos, eran asesinados; pero su particular venganza iba contra los socialistas. Durante toda aquella primavera y verano las calles de Madrid y de otras ciudades de España se vieron animadas por terribles tiroteos entre ambas partes. Los fines de todo esto eran, naturalmente, aumentar el desorden y confusión hasta tal punto que las "clases pasivas" se vieran obligadas a rebelarse y a clamar por un camino de gobierno. Debemos advertir, no obstante, que no eran los "señoritos" de Falange los que exponían sus vidas en aquellos encuentros. Empleaban a pistoleros profesionales...⁷

Hasta marzo de 1939, en que Franco ocupó las plazas abandonadas por los republicanos, la lucha de la democracia frente a los desmanes fascistas y sus puntos de apoyo clerical, monárquico y oligárquico fue intensa y constante.

Ahora bien, la propaganda reaccionaria se ocupó y sigue ocupándose de divulgar los atropellos e injusticias cometidos por los elementos de la República. Incluso se les atribuye errores de táctica como el asesinato del monárquico Calvo Sotelo y los incendios de iglesias, asegurándose que ello motivó la caída del régimen. O sea que los interesados en la propaganda negra esgrimen razones sub-

⁷ GERALD BRENAN, *ob. cit.*

jetivas para explicar las consecuencias de un hecho objetivo de carácter histórico, pues no otra cosa puede pensarse de afirmar que la muerte de un hombre en aquel medio revuelto y de pasiones incontrolables, fuesen la causa de la intervención nazifascista en España y del abandono de ésta por parte de Francia e Inglaterra.

Indalecio Prieto, líder socialista español, muerto en México hace poco, hizo publicar en libro unas cartas personales que ya no alcanzó a ver en circulación; las cartas, en número de siete, están dirigidas a un escultor amigo suyo que durante años le objetó errores y atropellos cometidos por los integrantes del gobierno republicano español. Prieto alude ahí a varios cargos ya clásicos contra la República. Respecto al crimen de José Calvo Sotelo, escribe:

Al respecto te he dado (y creo que más de una vez) explicaciones muy detalladas, pero tú no las crees y hablas de la impunidad de aquel crimen, tan odioso como insensato... Lo ocurrido fue que los guardias de asalto bajo las órdenes del teniente Castillo, a quien los falangistas asesinaron horas antes de morir trágicamente Calvo Sotelo, casi se amotinaron en la Dirección General de Seguridad cuando allí fue llevado el cadáver de su jefe... En Ponteijos, donde tenían su retén, se adueñaron del autobús descubierto que correspondía a su sección... Decidieron, en venganza, detener a Calvo Sotelo y fueron en busca de él a su casa. Condés se identificó como capitán de la Guardia Civil y a él se entregó el diputado monárquico, luego de comprobar, por la pareja de guardias encargados de custodiar su domicilio, que los aprehensores eran efectivamente guardias de asalto... Pero un panadero apellidado Cuenca, que se había sentado en una de las banquetas del autobús descubierto, detrás precisamente de Calvo Sotelo, sacó sigilosamente su pistola... aplicando el cañón del arma a la nuca del detenido disparó, al mismo tiempo que decía: "Al cementerio"... Fernando Cortés, lo digo en honor suyo, pretendió efectuar una detención, desde luego arbitraria, porque a Calvo Sotelo le amparaba su inmunidad de diputado, pero nunca pensó que el detenido iba a ser asesinado.⁸

Como Sebastián Miranda, el escultor para quien Prieto escribe sus cartas, sostiene a éste que el asesinato originó la guerra, el ex líder socialista le recuerda que en las biografías de los generales Franco y Mola escritas por Arrarás e Iribarne, respectivamente, se demuestra que la sublevación se preparaba desde el 10 de agosto de 1932. Y Prieto agrega:

⁸ INDALECIO PRIETO, *ob. cit.*

Pero la prueba más incontrovertible de la antigüedad de tales preparativos consta en un documento manuscrito de Antonio Goicochea que se encontró al ser registrado el domicilio de éste. Dicho documento, de puño y letra del ex ministro monárquico, es el borrador del acta de una reunión que él, el general Emilio Barrera, Rafael Olazábal y Antonio Lizarza, tuvieron con Mussolini en Roma el 31 de marzo de 1934, a las cuatro de la tarde, reunión en la cual se convino que Italia ayudaría con todos sus medios la proyectada sublevación, y como anticipo, el "duce" entregó a los emisarios 1.500.000 pesetas, 20.000 fusiles, 20.000 granadas de mano y 200 ametralladoras, armas que fueron remitidas inmediatamente a España, vía Portugal, y depositadas secretamente en iglesias y conventos españoles, principalmente de Navarra.⁹

La quema de las iglesias la explica Prieto recordando que los señoritos monárquicos, en plan abierto de provocación, hicieron sonar un fonógrafo difundiendo hacia la calle de Alcalá la Marcha Real, lo cual bastó para que los transeúntes, capitaneados por individuos fanáticos, anarquizantes y hasta dementes, dispusieran cobrarse a su manera.

Indalecio Prieto narra de paso aspectos tragicómicos. Relata que la manifestación incendiaria se dirigió hacia el ministerio de Gobernación para exigir la disolución de la Guardia Civil y la dimisión de un funcionario. Prieto fue nombrado para escuchar las peticiones y de inmediato se dispuso a prestar atención a los comisionados por los manifestantes.

Entre los comisionados —cuenta el autor— figuraba un barbero de San Sebastián, completamente loco —pocos días después fue recluido en el manicomio, donde le pusieron camisa de fuerza—, con quien sostuvo el diálogo de modo principal... El barbero me propuso que se ordenara por teléfono a San Sebastián la venida del Orfeón Donostiarra, el cual, con un concierto, aplacaría a los madrileños exaltados y, además, consolidar un convenio cordial entre las masas y el Gobierno, casando a su hija con mi hijo. Accedía a todo, pues nada hay peor que contradecir a un demente, y el peluquero se llevó consigo a los demás "miembros de la Comisión" que parecían alucinados.¹⁰

El escultor Sebastián Miranda asegura a Prieto que los franquistas no cometieron desmanes en todos lados y como le cita a Navarra, Prieto le asevera que en esa provincia los fascistas exterminaron

⁹ INDALECIO PRIETO, *ob. cit.*

¹⁰ INDALECIO PRIETO, *ob. cit.*

naron a 25 mil patriotas, o sea el equivalente de la cifra que en febrero anterior habían votado la candidatura del Frente Popular.

Respecto a la misma provincia, el autor de las siete cartas hace ver en cierta forma el odio experimentado por la reacción y la calidad de verdugos de los miembros clericales de alta jerarquía. Para ello cita dos libros escritos por sacerdotes: *No me avergoncé del Evangelio*, de Mariano Ayerra, y *Siete meses y siete días en la España de Franco*, de Ignacio de Aspiazu.

Mariano Ayerra "relata — escribe Prieto — los crímenes de que fue testigo presencial, y describe cómo él, a escondidas, recibió la confesión de católicos condenados a muerte simplemente por simpatizar con el nacionalismo vasco, y a quienes no obstante su fe religiosa, se les negaba todo auxilio espiritual. Pero aparte de multitud de escenas dramáticas, acaso lo más interesante en la obra del señor Ayerra sean sus discusiones con el obispo para defender el Evangelio que el prelado parecía desdeñar".

El autor del otro libro, el sacerdote Aspiazu, se vio obligado a huir de España después de saber que él es uno de los clérigos que habrán de ser ajusticiados, y de ver que entre los falangistas y monárquicos desfilan cargados de escapularios e insignias pías los capellanes armados hasta los dientes. Partes de las que cita Prieto, escritas por Aspiazu, son las siguientes:

Una guerra bendecida por la jerarquía católica. Una guerra donde se va a perseguir a muchos sacerdotes en virtud de decisiones tomadas antes de comenzar la lucha... Todos los días, durante más de cuatro meses, nacionalistas e izquierdistas de Pamplona caían acribillados a balazos. Este espectáculo, capaz de horrorizar a los salvajes, era esperado con alegría por las señoras y señoritas de la aristocracia de Pamplona. La víspera corría la noticia de boca: "Mañana, a las seis, se mata en la Ciudadela. ¿Vendrás?" Y estas gentes, que incluso los domingos no asistían sino a la misa de mediodía, se levantaban muy temprano empujadas por el deseo cruel de ver asesinar... ¡Es espantoso! ¡Se grita, se insulta a las víctimas, casi nadie llora! Cuando la ejecución ha terminado, la gente comenta: "Ese rubio — por uno de los fusilados — era valiente". O bien: "Ese otro parecía un miura, ¡con qué furor nos miraba!" Exactamente como si hubiesen asistido a una corrida de toros.¹¹

Con razón Carlos M. Rama hace notar la diferencia que existe entre el alto clero español vinculado con el gobierno de Franco y la Iglesia Católica en otros Estados. La Iglesia en España es una

¹¹ INDALECIO PRIETO, *ob. cit.*

entidad soberbia, ajena a la piedad y a los principios cristianos. Su fuerza nace del Estado que se declara fundamentalmente un órgano confesional. Por otra parte, asevera Carlos M. Rama, "La Iglesia es restaurada en derechos y privilegios que no solamente poseía con anterioridad al Estado laico de 1931, cuando regía la Constitución de 1876, sino todavía en aquellos que había perdido hacía cuatrocientos años".¹²

Trágica es la situación del pueblo español cuando, además de la pobreza y la persecución constante no tiene siquiera a su favor el confortamiento espiritual de la Iglesia, cuando ante la arrogancia y desprecio de los militares y de los funcionarios oficiales no cuenta con el apoyo moral de sus clérigos.

Pero más trágico es, sin duda, que después de veinticinco años de dolor y venganzas, los intelectuales que sufrieron aquella hecatombe de la República derrotada se atrevan a jugar con pronósticos desorientadores para el pueblo español. Tal es el caso del fallecido Luis Araquistáin, quien da como una de las razones de la pasividad popular española, el miedo al comunismo. Y en una afirmación de ojos cerrados declara que el pueblo dejará su escepticismo en cuanto Rusia ceda en sus sueños de dominio universal o en cuanto caiga en un período de franca decadencia; agregando: "En mi opinión, ha empezado ya la curva descendente del poderío soviético, y es cuestión de tiempo, más bien corto que largo, que el fantasma del falso comunismo y el cierto peligro del imperialismo ruso pasen a ser sino un recuerdo histórico".¹³ Dos fallas notables de esta afirmación: una, evidente, asegurar la decadencia de una potencia que, cuando más, empieza su nacimiento; otra, hacer el juego anti-comunista que sirvió ayer para fortalecer el fascismo germano-italiano y que sirve hoy para que prosigan las bases norteamericanas violando la soberanía del pueblo español.

Otro libro que consideramos desorientador a pesar de mostrarse antifranquista y reconocer el papel reaccionario jugado por los falangistas antes y después de la República, es el del escritor y poeta Dionisio Ridruejo, quien, por lo que puede deducirse de lo expuesto, busca la solución del problema español en una postura de tercer camino.

En palabras casi claras, Ridruejo atribuye su militancia pasada en Falange a razones de formación burguesa, a debilidades propias de un romanticismo juvenil, y al referirse a su participación en la "División Azul" asienta que salió de España convencido de que los

¹² CARLOS M. RAMA, *ob. cit.*

¹³ LUIS ARAQUISTÁIN, *El pensamiento español contemporáneo*, Edit. Losada, S. A., 192 pp., Buenos Aires, Argentina, 1962. Colec. Cristal del Tiempo.

aliados eran los causantes de "la miseria y poquedad" de su patria, que el fascismo podría ser la nueva solución para Europa y que la revolución soviética era "el admirable enemigo" ante el que sólo quedaba destruirlo o entregarse. Y hay un dato interesante servido por Ridruejo, el que se refiere a la valentía y el patriotismo de aquellos soldados franquistas alistados en la famosa "división", dato que él considera un aspecto personal que no debe omitir, ya que lo acerca a los motivos reales por los que se alistaron muchos combatientes. Cuenta Ridruejo:

Del mismo modo que para muchos el alistamiento para Rusia era la solución de algún conflicto vital planteado por estas o aquellas deudas, por estos o aquellos líos femeninos, por este o aquel modo de desajuste con la vida práctica, para mí era —además de un acto político— una buena solución para huir de la cotidiana contradicción y del estado de disgusto permanente que la empresa política española en la que andaba metido, me producía... Biográficamente la campaña de Rusia fue para mí una experiencia positiva. La viví sin saña, incluso con una creciente afección sentimental —que muchos de mis compañeros sintieron como yo— por el pueblo y por la tierra rusa.¹⁴

El autor analiza posiciones y circunstancias necesarias para entender la posibilidad de una nueva era democrática en España; revisa la crisis internacional, la crisis social de la democracia, el comunismo, el fascismo, la democracia renovada, la guerra y sus consecuencias, la Europa probable, el dilema de la alternativa como hecho y la interacción en la alternativa. De todas sus confrontaciones extrae un mínimo positivo y propone una visión caleidoscópica que podría ayudar en la solución del problema español.

Hasta donde es posible, Dionisio Ridruejo se muestra como un hombre sincero en lo que cree, pero con ello no alcanza a cubrir un hecho visible a todas luces, o sea el relativo a su distanciamiento de Franco a causa de la pelea por el poder. Así, vemos que causa de renuncia a una de sus jefaturas en Falange fue su conocimiento del Decreto de Unificación, el que ponía a los carlistas y a los falangistas en un mismo plano y bajo la jefatura de Franco.

Su enemistad con el generalísimo le ha valido a Ridruejo cárceles, confinamientos y procesos judiciales, lo cual le concede un margen para denunciar con validez los atropellos del régimen a los derechos más elementales del pueblo; sobra decir que quien esté poco informado de los crímenes del franquismo contra la ciuda-

¹⁴ DIONISIO RIDRUEJO, *Escrito en España*, Edit. Losada, S. A., 380 pp., Buenos Aires, Argentina, 1962. Colec. Cristal del Tiempo.

danía española, este libro de Ridruejo es valioso, ya que no proviene de un comunista que desee desprestigiar la figura católica y occidental del generalísimo Franco.

En un plano que podemos denominar interno respecto a España, Ridruejo examina los que constituyen problemas ineludibles para una apreciación de la realidad política, social y cultural de su país; aborda los problemas religioso, militar, intelectual, regional, sindical, económico y social; la juventud, el testimonio artístico, el clero joven, las fuerzas en oposición, la tradición de los jóvenes frente a sus mayores, siendo contados los momentos en que su posición descansa sólidamente sobre una base firme o sobre una afirmación incontrovertible; quizá uno de esos momentos sea cuando, después de muchas defensas hechas por él a favor de la Iglesia, encerrado en sus propias construcciones, acepta:

La Iglesia, decididamente implacada con el Poder, vuelve a dictar, ya que no a imprimir, los índices censorios de su inquisición invisible a través de los órganos del Estado. Monopoliza, por derecho de veto, por acción indirecta o por directo desempeño, el campo de la enseñanza. Dicta sobre la vida intelectual. Recobra privilegios patrimoniales. Cuenta con la coerción del brazo ejecutivo para imponer sus bandos de moralidad y, en definitiva, ha pulverizado la tolerancia religiosa imponiendo, a través de la legislación civil y de la vigilancia sobre las actividades culturales, un estado de inferioridad para los discrepantes. Dicho en otros términos, ha vuelto a poner ante nuestros ojos el problema religioso en términos parecidos a los que ofrecía durante los reflujos reaccionarios de comienzos del XIX. La Santa Sede ha bendecido, en mala hora, toda esta situación casi teocrática, mediante un Concordato que ni el más respetuoso de los liberales podría sostener pasada la dictadura. Un Concordato que a muchos pareció un turbio toma y daca, pues si la Iglesia consolidaba con él muy ventajosas posiciones de hecho, el Estado franquista obtenía, firmándolo, un apoyo apreciable en la fecha en que se formalizó.¹⁵

Hay otros puntos de vista también válidos, como son el referido al testimonio artístico y el que relaciona a España con Cuba; del primero trataremos más adelante, y del segundo hemos de expresar que Ridruejo interpreta a perfección el sentir de cualquier patriota del mundo, pues nadie acepta, como él dice, "una España inmovilizada, viviendo de su arrendamiento a Norteamérica", porque, en efecto, "es una España a muy corto plazo y ni siquiera merece la pena considerar tal solución"; ahora bien, observa con

¹⁵ DIONISIO RIDRUEJO, *ob. cit.*

claridad el caso cubano, que es el otro extremo de la España situada en su actualidad, porque aun con las salvedades ideológicas propias del ex falangista es indudable que "el mundo occidental ha debido aceptar el hecho consumado de Cuba" y por lo tanto aclara para el panorama progresista de los demás pueblos, quienes antes del hecho cubano creían, al igual que los hombres avanzados de España, "necesaria una larga residencia... en el sanatorio de Occidente y una larga vela de armas del propio partido (comunista) en la orilla de una democracia correcta".

Ridruejo reconoce en la revolución cubana una activa categoría política dentro del acontecer histórico, aun cuando confunde la exigencia de esa categoría con el marasmo que forman en él sus contradicciones subjetivas sostenidas por el plano de la orientación ideológica personal; advirtiendo esa sincera confusión, es acertado lo que en seguida copiamos:

El hecho cubano ha sido, sin duda, el acontecimiento más removedor y, a mi juicio, alucinante, que la vida española ha registrado en los últimos 20 años. Las razones indudables de necesidad que acompañaron a tan interesante experiencia en su arranque; el crédito que con ella ha recobrado la violencia minoritaria; la sugestión de la figura heroica de un Fidel mesías, que tan reciamente mueve la fibra personalista de nuestra raza y que constituye la oportuna originalidad estética y psicológica de esa revolución; el sentimiento, en fin, del parentesco jamás cancelado entre los pueblos que en las dos riberas atlánticas hablan el mismo idioma... y sufren las mismas pesadas, inflexibles clases dirigentes, tan privadas de sentido histórico y flexibilidad como sobrecargadas de orgullo... La radicalización de las imaginaciones a que esta experiencia ha conducido es difícil de medir... Cuando la incógnita de Cuba quedó despejada —en buena parte por el tosco modo de servir sus propios intereses acreditado por los Estados Unidos— y apareció, enfeudándola, el respaldo soviético, la bandera de la ilusión pasó a otras manos sin perder —*mutatis mutandi*— su fuerza de fascinación donde primeramente la ejerciera. Si hoy hay en España un aglutinante capaz de fundir los impulsos nacionalistas del neofascismo con los impulsos revolucionarios del maximalismo socialista, este aglutinante se llama Fidel Castro. Todas las querencias del mesianismo ibérico se han despertado a su voz.¹⁶

En lo transcrito, Ridruejo se ve todavía deslumbrado por aquella propaganda hitleriana del mesiánico hombre carismático, esto en cuanto al desplazamiento de la masa por el individuo, y por la

¹⁶ DIONISIO RIDRUEJO, *ob. cit.*

otra parte, es lamentable en el ex falangista su aberración de resumir los impulsos libertarios del pueblo español en una fórmula que recoja la inminente construcción socialista junto a la desprestigiada regresión fascista.

Por último, hemos de recoger algunas líneas de un libro que poco ha circulado en México y América. Sus páginas constituyen un punto de mira totalmente distinto al de Ridruejo, y nos parece que sus conceptos además de sinceros son acertados, tanto por la coherencia de los razonamientos cuanto por la fe indestructible en el porvenir.

La autora del libro es Dolores Ibarruri, "La Pasionaria", quien conserva en él precisamente la pasión con que durante cuarenta años defendió sus ideas por ser las que convenían a la liberación de su pueblo. Escribe ella en la parte final del volumen:

La victoria del franquismo paralizó el desarrollo democrático de España. Después de veinte largos años de dictadura fascista, los problemas políticos y económicos que están en la entraña del desarrollo histórico español y que durante la guerra comenzaron a resolverse por el gobierno republicano, están en pie, son más agudos... Por ello, las razones y las raíces de la unidad de las fuerzas democráticas y obreras, y de todas las fuerzas nacionales no opuestas al constante progreso de España, son actuales y están vivas... A impulsar esta unidad amplia, española; a cancelar un pasado de reacción y de oscurantismo y un presente de cárceles y de terror, de miseria y de corrupción, está convocada la juventud española... Ella es nuestra esperanza. Y estoy segura de que ella marchará, está marchando ya, por el único camino que hace de los hombres sencillos, héroes, constructores de una nueva vida, de un mundo nuevo: por el camino de la lucha por la democracia, por la paz, por el Socialismo.¹⁷

III

Los jóvenes autores de literatura en España representan la genuina expresión de la realidad social de su país en los últimos veinte años; muchos de ellos han formado su infancia, su adolescencia o su juventud en un ambiente donde las conversaciones familiares están sujetas al comentario de la miseria y la injusticia; otros, se han nutrido sicológicamente de los recuerdos que sus mayores evocan exasperados sobre los días que siguieron al finalizar la guerra, días

¹⁷ DOLORES IBARRURI, *El único camino*, Edit. Imprenta Nacional de Cuba, 462 pp., La Habana, Cuba, 1962.

de odio, de venganza, de cárceles y torturas, suficientes para producir un material que raya en la amargura por inhumano.

De estos jóvenes, muchos—frecuentadores de los centros sociales de esparcimiento de las clases privilegiadas españolas—han elaborado el material de contraste que da mayor relieve al sufrimiento de los desposeídos, a grado tal, que el lector suele confirmar que las masas paupérrimas pagan con interés elevado la derrota de la República mientras los señoritos, indiferentes a ésta o herederos de la reacción que elevó a Franco, gozan al máximo el premio que les otorga la victoria del fascismo.

Por lo regular, el relato es el instrumento de mayores posibilidades para recoger los diversos aspectos de los núcleos sociales; el poema es más limitado. En este sentido, es a los relatistas españoles a quienes les debemos el grueso de información de la vida que transcurren las gentes de su país.

Bien sabemos que el arte no sólo es *contenido*, por muy convincente que éste nos parezca, razonamiento que no olvidamos al hablar de la literatura española, en cuyo caso la *forma* de cada novela es casi siempre la expresión adecuada de su fondo; sin embargo, se impone anotar que la mayor fuerza de convicción de los autores españoles responde en los más de sus planteamientos a la contundencia del tema, ante el cual los estilos parece que se solucionan en manera más perfecta.

Y en esto, la novela se cae menos de las manos cuando su tema resulta de gran riqueza para echar a caminar al personaje o para construir sus situaciones temporales o espaciales; en nuestra opinión, a los novelistas españoles les es menos ingrata la búsqueda temática entre las masas de población que entre los reducidos círculos privilegiados. Es aquí cuando aceptamos nuevamente a Ridruejo:

El pueblo es en España—no es un descubrimiento—mucho más sabroso, intenso, expresivo y dotado de vida y de carácter—es decir, mucho más real como "tema"—que la burguesía. Nuestra pobre burguesía, ya se sabe, ha sido poco más que económica, y aún esto sin esplendor; apenas ha realizado sus grandes valores, los liberales; apenas ha tenido realidad cultural; apenas ha sido mundo.¹⁸

En una reciente novela, galardonada en Barcelona, su autor, José Manuel Caballero Bonald, nos describe en sólo *Dos días de setiembre*¹⁹—lo cual implica ya una técnica para deslizar el re-

¹⁸ DIONISIO RIDRUEJO, *ob. cit.*

¹⁹ JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD, *Dos días de setiembre*, Edit. Seix Barral, S. A., 354 pp., Barcelona, España, 1962. Colec. Biblioteca Breve, Serie Novela.

lato— la vida de un pueblo andaluz dedicado a la vinicultura. Aquí, los pudientes carecen de nervio para dar por sí solos veracidad al relato, y sólo adquieren importancia en cuanto el lector empieza a ejercitar el juicio del contraste.

La población está formada por dos grupos; en uno caben los señores semif feudales, el tendero despiadado y los servidores incondicionales de los patronos; en otro, los trabajadores explotados y la corruptela de hombres y mujeres de las tabernas, corruptela estimulada en gran parte por los señores. Si se acepta en estas páginas la presencia del personaje inanimado, habrá que estimar como tal al *vino*, ya que él interviene lo mismo para los catadores que se ganan la vida paladeándolo que para los propietarios vinícolas enriquecidos por su industria y somnolientos por sus efectos de ingestión.

Por supuesto, el vino interviene para hacer más desgarrado el transcurrir de los trabajadores y para dotar de intrascendencia la vida de las familias que por su medio se enriquecen; en el primer caso, tenemos a Joaquín, que muere aplastado por un tonel de vino; en el segundo, a Gloria y Tana, hijas de los hacendados; el lujo, la insensatez y el aburrimiento de éstas nacen de las ganancias que deja el vino; los diálogos de Gloria y Tana reflejan una vida cómoda, sin esfuerzos, sin preocupaciones, al margen mismo de la miseria trágica que soportan las mayorías españolas; en cambio Joaquín, hasta antes de su muerte, ha sido un hombre enfermo, sin trabajo por su condición de republicano, residente forzoso de la población vinícola por haberlo expulsado de su región el alcalde franquista.

José Manuel Caballero Bonald nos cuenta que Joaquín estuvo prisionero en el penal del Puerto de Santa María; cedámosle la palabra al autor:

El alcalde de su pueblo no había querido darle los papeles, pero le hizo la caridad de facturarlos para donde le diera la gana. La sierra era grande y podía escoger el rumbo.

—¿Cuánto tiempo estuviste en chirona, vamos a ver?

—Usted lo sabe mejor que yo: dos años menos cuarenta y dos días.

—¿Y por qué?

—Me metieron al terminar la guerra, como a los demás.

—¿Lo estás viendo? Y ahora vienen las lamentaciones, ¿no?

—No, señor, yo lo único que quiero es la cédula.

—Pues la cédula no te la doy, mira tú por dónde. Arréglatelas con el papel que te dieron en el Puerto. A la gente como tú hay que escarmentarla, y bien.

—Pero es que a mí me hace falta, don Ramón, dése usted cuenta.

¿Qué hago, si no?

- Eso, allá tú. A mí, plin
 —En el penal me dijeron que usted iba a solucionármelo.
 —No me digas. . .
 —Eso me dijeron.
 —¿Por qué no pides ayuda a los tuyos?
 —Los míos están aquí, en mi pueblo.
 —De tu calaña ya no quedan, les dimos el pasaporte.
 —¿Y yo qué le he hecho a usted?
 —¿Tú? Más vale que te calles. . .

A la mañana siguiente, una pareja de guardias en traje de campo y mosquetón en bandolera se acercó a casa de Joaquín. . .

—El alcalde, que aquí tienes el billete—le dijo uno de los guardias.

- ¿Qué billete?
 —El del tren.
 —¿Cómo que el del tren? Yo no me tengo que ir a ninguna parte.
 —De vacaciones, un regalo. Te bajas donde más coraje te dé, pero por aquí no vuelvas, ya lo sabes.
 —Y eso, ¿a santo de qué?
 —Orden de la autoridad.
 —¿Y los papeles?
 —Ni idea.
 —Pero ¿yo qué he hecho?
 —A ver si lo averiguas.
 —Una injusticia, ahí está. . .

El guardia que no había hablado levantó la cabeza con un inseguro desafío, acomodándose el mosquetón.

—Mucho cuidado con lo que se habla, ¿eh? De modo que a callarse la boca porque va a ser peor.

Juan Goytisolo, uno de los jóvenes relatistas españoles con mayor éxito internacional, ha visto publicado su libro *Fin de fiesta*²⁰ en el que reúne cuatro relatos cuyas texturas lo acercan a la construcción de la novela corta. Goytisolo intenta aquí cuatro interpretaciones "de una historia amorosa", y lo que demuestra es la aridez de los individuos encerrados en sí mismos, ello en lo tocante a los personajes de clase media o con ribetes de burguesía, ya que cuando el personaje es localizado entre pescadores o entre sirvientes, si el enfoque no es muy rápido, la comunicación humana se antoja cálida, eliminando la esterilidad que a veces asfixia al relato.

¿A qué reflexiones nos conduce Goytisolo en *Fin de fiesta*?

²⁰ JUAN GOYTISOLO, *Fin de fiesta*, Edit. Seix Barral, S. A., 202 pp., Barcelona, España, 1962. Colec. Biblioteca Formentor.

Por una parte, a lo que ya afirmamos con anterioridad: disminución de la riqueza temática al abordar la vida casi infructuosa, encallejonada, mínimamente activa de quienes no soportan ninguna carencia económica; por la otra, a la comparación de los personajes sirvientes con los servidos; los primeros dan movimiento al relato, lo salpican de gracia o lo aprisionan en la ternura; los segundos, lo tornan lento, ponen en duda su vitalidad, y sólo establecen nuestro interés cuando arrojan el dato escueto de la infidelidad, del adulterio, del renegar continuo ante la insatisfacción generadora de pláticas triviales, en las que el único beneficiado resulta ser el comerciante que surte las cajas de licor.

Como en otras obras del género, los personajes acomodados, además de sus tertulias semanales, buscan el escape de la playa, del hotel, del turismo, sin que por ello cesen en sus autohostilidades; puestos en esa vía, el contacto es forzoso con los subocupados, sale a flote la actividad parasitaria y con ella la denuncia velada; veamos este fragmento del relato de Goytisoló:

Un tipo con facciones de mono se había abocado con Juan y le alargó un rectángulo de papel. El hombrecillo traía los faldones de la camisa fuera. Cuando bajé la vista descubrí que andaba descalzo.

—¿Qué quiere? —dijo Asun.

—CAN YOU GIVE ANY I AM DEAF AND DUMB —leyó Juan.

—Es mudo —explicó la camarera—. Les ha tomado a ustedes por americanos. Se encaró con el hombrecillo y comenzó a mover ágilmente los dedos: —¡Que son españoles, so c...! ¿O acaso te has vuelto también ciego? ¡Di!

El hombrecillo nos miraba sin comprender. Juan le dio un billete de cinco duros y se eclipsó inmediatamente.

—El pobrecico se gana los garbanos así —dijo la camarera—. Una peseta aquí, dos reales allá... No crean que es malo, no. Lleva una vida muy aperreada.

Juan García Hortelano obtuvo el 1º de mayo de 1961 el Premio Formentor, consistente en diez mil dólares y la edición simultánea en catorce países de la novela triunfadora, con su obra *Tormenta de verano*.²¹ La obra promete en una primera parte seguir un cauce de género policíaco, lo cual no pasa de ser eso: una promesa, pues en seguida el lector se da cuenta que la muchacha muerta no ha sido sino un pretexto del autor para sacar adelante su trama.

²¹ JUAN GARCÍA HORTELANO, *Tormenta de verano*, Edit. Seix Barral, S. A., 323 pp. Barcelona, España, 1962. Colec. Biblioteca Formentor.

Siguiendo una técnica de pura introspección para dar la historia del personaje principal, Javier, García Hortelano logra efectos sorprendentes respecto a recorrer la estructura psicológica no sólo del introspeccionado, es decir, de Javier que narra en primera persona, sino de todo el grupo que lo rodea y que transcurre sus vacaciones veraniegas en Velas Blancas, lugar de recreo construido por Javier para todos ellos.

La tormenta que ruge durante ese verano del cadáver aparecido desnudo en la playa, descubierto por un grupo de niños hijos de las familias en vacaciones, no es fisicoclimática, ni policiaca, sino síquica; la tormenta ruge dentro de Javier, quien recuerda su tiempo en la guerra mientras su familia se enriquecía; descubre una serie de aristas que antes de la muerte de la chica y el ajetreo policiaco correspondiente no veía brillar en el mundo que lo rodea; sin estar ligado personalmente con la muerte, Javier llega a deberle hondas meditaciones que sin el fatal suceso jamás habría tenido oportunidad de construir. Su tormenta le asquea, lo descubre de cuerpo entero en la decrepitud de sus llagas burguesas; lo hace palpase, señorito de whisky, de ascos innecesarios, de adulterios, de prostitución constante, de insensibilidad ante los hechos que están fuera de la órbita formada por el grupo de familias veraneantes.

Finalmente, la policía descubre que la chica muerta andaba de juerga cuando se le detuvo el corazón y que sus acompañantes la abandonaron por miedo a investigaciones posteriores. El misterio de su desnudez se aclara cuando los niños expresan haberle quitado las ropas para satisfacer cierta curiosidad visual, más que morbosa o sexual propia de su precocidad. La relación del cadáver con los pensamientos de Javier es localizable en las líneas de este diálogo:

—...toda mi vida he conseguido lo que me apetecía y ahora no me voy a quedar sin lo que quiero. Lo de estos veinte años ha estado bien, de acuerdo. Hicimos la guerra, la ganamos y nos pusimos a cuadruplicar el dinero que tenían nuestras familias antes del 36. Pero basta ya. Cuadruplicando dinero, teniendo hijos, yendo a cenas y a fiestas, echándome queridas y aguantando idiotas para conseguir permisos de importación o contratos del ochenta por ciento, he perdido de vista otras cosas.

—Vivir en Francia con una querida, por ejemplo.

—Tú no eres mi querida. Elena, por favor.

—Sí, Javier. Pero, oye ¿por qué estás harto?!

—Porque me da miedo que un día me pegue una angina de pecho, que me deje muerto en cualquier sitio. En una playa, como esa pobre puta, o en un sillón de cualquier maldito Consejo de Administración. Y me da miedo morirme con tanta mentira dentro y tantas

ganas de vivir limpiamente. Cuando te digo todo esto, no me salgas con tu honra.

Otra novela laureada es la de Armando López Salinas: *Año tras año*,²² premiada en Collioure el 24 de febrero de 1962. Se le otorgó el premio Ruedo Ibérico por unanimidad, habiendo sido integrantes del jurado Carlos Barral, Antonio Ferrés, Juan García Hortelano, Juan Goytisolo, Manuel Lamana, Eugenio de Nora y Manuel Tuñón de Lara, todos ellos con suficiente prestigio para los conocedores de la literatura hispanoamericana.

El relato empleado por Armando López Salinas es por demás sencillo; su diálogo no intenta figuras malabares ni los personajes que los sostienen se preocupan por demostrar habilidad mental o superinteligencia, son como *son*, como los obliga a ser el medio real en que se desenvuelven, no como le gustaría a un autor realista que amara las intelectualizaciones. Y ¿cuál es ese medio? Es el inmediatamente posterior a la entrada de Franco en Madrid; ahora bien, un mérito excepcional de esta novela es la forma en que el autor narra los días terribles de su *año tras año*; es una forma ceñida al dolor escondiendo el grito o el improperio, no hay aquí la constante maldición del que ha perdido una partida, pero no por ello el lector deja de penetrar en el cuadro miserable que recoge en sus páginas el novelista.

La obra describe todas las tensiones que se viven en un medio social determinado, el medio de la gente paupérrima, del obrero, el tranviario, el portero, el tendero, la vendedora callejera, etc., y las heces que arroja ese medio: la prostituta, los asaltantes, el convenenciero, el borracho y el pusilánime. Armando López Salinas no utiliza las estridencias ni los retumbos para señalar el panorama humano que se propone, no, se diría que casi siempre está cantando en voz baja pero insistiendo mucho en la veracidad de sus palabras. Por otra parte, no abandona jamás el terreno literario y tampoco llega a dar a sus protestas un tono de proclama sin sentido.

Los personajes viven un mundo gris, de temor a todo, a ser denunciados aunque no hayan participado en levantar barricadas contra los invasores fascistas, a no ser expurgados y vivir de por vida sin encontrar un empleo, a ser denunciados por el compañero de fábrica o por el portero que se ufana de tener amigos falangistas o por el vecino gallego que pregonaba ser paisano de Franco. En cambio, es distinta la situación de quien tiene la posibilidad de ser

²² ARMANDO LÓPEZ SALINAS, *Año tras año*, Ediciones Ruedo Ibérico, 312 pp., París, Francia, 1962.

Siguiendo una técnica de pura introspección para dar la historia del personaje principal, Javier, García Hortelano logra efectos sorprendentes respecto a recorrer la estructura psicológica no sólo del introspeccionado, es decir, de Javier que narra en primera persona, sino de todo el grupo que lo rodea y que transcurre sus vacaciones veraniegas en Velas Blancas, lugar de recreo construido por Javier para todos ellos.

La tormenta que ruge durante ese verano del cadáver aparecido desnudo en la playa, descubierto por un grupo de niños hijos de las familias en vacaciones, no es fisicoclimática, ni policiaca, sino síquica; la tormenta ruge dentro de Javier, quien recuerda su tiempo en la guerra mientras su familia se enriquecía; descubre una serie de aristas que antes de la muerte de la chica y el ajeteo policiaco correspondiente no veía brillar en el mundo que lo rodea; sin estar ligado personalmente con la muerte, Javier llega a deberle hondas meditaciones que sin el fatal suceso jamás habría tenido oportunidad de construir. Su tormenta le asquea, lo descubre de cuerpo entero en la decrepitud de sus llagas burguesas; lo hace palpase, señorito de whisky, de ascos innecesarios, de adulterios, de prostitución constante, de insensibilidad ante los hechos que están fuera de la órbita formada por el grupo de familias veraneantes.

Finalmente, la policía descubre que la chica muerta andaba de juerga cuando se le detuvo el corazón y que sus acompañantes la abandonaron por miedo a investigaciones posteriores. El misterio de su desnudez se aclara cuando los niños expresan haberle quitado las ropas para satisfacer cierta curiosidad visual, más que morbosa o sexual propia de su precocidad. La relación del cadáver con los pensamientos de Javier es localizable en las líneas de este diálogo:

—...toda mi vida he conseguido lo que me apetecía y ahora no me voy a quedar sin lo que quiero. Lo de estos veinte años ha estado bien, de acuerdo. Hicimos la guerra, la ganamos y nos pusimos a cuadruplicar el dinero que tenían nuestras familias antes del 36. Pero basta ya. Cuadruplicando dinero, teniendo hijos, yendo a cenas y a fiestas, echándome queridas y aguantando idiotas para conseguir permisos de importación o contratos del ochenta por ciento, he perdido de vista otras cosas.

—Vivir en Francia con una querida, por ejemplo.

—Tú no eres mi querida. Elena, por favor.

—Sí, Javier. Pero, oye ¿por qué estás harto?!

—Porque me da miedo que un día me pegue una angina de pecho, que me deje muerto en cualquier sitio. En una playa, como esa pobre puta, o en un sillón de cualquier maldito Consejo de Administración. Y me da miedo morirme con tanta mentira dentro y tantas

ganas de vivir limpiamente. Cuando te digo todo esto, no me salgas con tu honra.

Otra novela laureada es la de Armando López Salinas: *Año tras año*,²² premiada en Collioure el 24 de febrero de 1962. Se le otorgó el premio Ruedo Ibérico por unanimidad, habiendo sido integrantes del jurado Carlos Barral, Antonio Ferrés, Juan García Hortelano, Juan Goytisolo, Manuel Lamana, Eugenio de Nora y Manuel Tuñón de Lara, todos ellos con suficiente prestigio para los concededores de la literatura hispanoamericana.

El relato empleado por Armando López Salinas es por demás sencillo; su diálogo no intenta figuras malabares ni los personajes que los sostienen se preocupan por demostrar habilidad mental o superinteligencia, son como *son*, como los obliga a ser el medio real en que se desenvuelven, no como le gustaría a un autor realista que amara las intelectualizaciones. Y ¿cuál es ese medio? Es el inmediatamente posterior a la entrada de Franco en Madrid; ahora bien, un mérito excepcional de esta novela es la forma en que el autor narra los días terribles de su *año tras año*; es una forma ceñida al dolor escondiendo el grito o el improperio, no hay aquí la constante maldición del que ha perdido una partida, pero no por ello el lector deja de penetrar en el cuadro miserable que recoge en sus páginas el novelista.

La obra describe todas las tensiones que se viven en un medio social determinado, el medio de la gente paupérrima, del obrero, el tranviario, el portero, el tendero, la vendedora callejera, etc., y las heces que arroja ese medio: la prostituta, los asaltantes, el convenenciero, el borracho y el pusilánime. Armando López Salinas no utiliza las estridencias ni los retumbos para señalar el panorama humano que se propone, no, se diría que casi siempre está cantando en voz baja pero insistiendo mucho en la veracidad de sus palabras. Por otra parte, no abandona jamás el terreno literario y tampoco llega a dar a sus protestas un tono de proclama sin sentido.

Los personajes viven un mundo gris, de temor a todo, a ser denunciados aunque no hayan participado en levantar barricadas contra los invasores fascistas, a no ser expurgados y vivir de por vida sin encontrar un empleo, a ser denunciados por el compañero de fábrica o por el portero que se ufana de tener amigos falangistas o por el vecino gallego que pregonaba ser paisano de Franco. En cambio, es distinta la situación de quien tiene la posibilidad de ser

²² ARMANDO LÓPEZ SALINAS, *Año tras año*, Ediciones Ruedo Ibérico, 312 pp., París, Francia, 1962.

recomendado por algún individuo de los que gozan el poder; veamos la nota que dirige un cura provincial a su primo el militar:

Puebla Alta, 7 de julio. Querido Eduardo:

Te presento a Lucio Martín para ver si puedes hacer algo por él en tu Ministerio. Ha sido sargento durante nuestra Cruzada de Liberación en la unidad donde yo estaba de capellán. Pretende una plaza de ordenanza o algo por el estilo. Yo creo que está capacitado para ello.

Espero atiendas mi ruego pues tengo interés por él.

Un abrazo y una bendición para los tuyos. E. Fernández.

Viva Franco. Arriba España. Año de la Liberación.

Algunas esperanzas llegan a ser abrigadas al terminar la Segunda Guerra Mundial y saber de ciertas resoluciones de la ONU, pero todo queda así, en esperanzas, la vida no mejora, se permanece en la miseria o en el terror de caer hasta la mendicidad. Con todo, el novelista sabe muy bien los pasos que van dando las gentes para librarse del miedo y empezar, si no un ataque, al menos una defensa; y cuando alguien, aún con temor, atreve la duda de que no todos los hombres sirven para la pelea, está listo a poner con mesura estas palabras en labios de Antón:

Han pegao muy duro en este país. Nadie lo sabe mejor que la clase obrera. Hay también una cuestión de aguante y de hacer cosas. Cuando la gente hace cosas no piensa en emborracharse. A los hombres les pasa igual que a los aceros —tú sabes de eso más que yo. Los hay que tienen mejor temple, los hay que lo tienen peor; pero todos sirven para algo.

Otro novelista, Luis Martín-Santos, muestra en las páginas de su novela *Tiempo de silencio*,²³ nuevas variantes de la realidad social española; antes ha publicado ensayos científico-filosóficos que le han otorgado cierta celebridad en el medio cultural de su patria; la especialización en la ciencia médica le ha dado elementos valiosos para construir *Tiempo de silencio*, su primera obra en el género, en el que el eje del relato está sostenido por un accidente un tanto común, pero que el autor utiliza con tal maestría que lo vuelve ante los ojos del lector interesante y novedoso.

Lo importante de Luis Martín-Santos al darnos esta novela, es la mezcla que ha logrado entre un estilo de expresión añeja y una técnica hija de los novelistas más modernos; como asegura el editor,

²³ LUIS MARTÍN-SANTOS, *Tiempo de silencio*, Edit. Seix Barral, S. A., 222 pp., Barcelona, España, 1962. Colec. Biblioteca Formentor.

se presenta aquí un esfuerzo por huir de la actual novela española hundida en un monocorde realismo. Decimos que es "lo importante" del autor, porque no se aleja de ciertos cánones establecidos por la novelística tradicional de su país, al mismo tiempo que aprovecha las corrientes estilísticas del momento en la novela mundial.

El tema fundamental de *Tiempo de silencio* es el que representa la historia de un investigador científico, de un cancerólogo, interesado en descubrir el origen de un cáncer hereditario, que aparecía en forma espontánea en una cepa de ratones traídos de América, desde el Illinois nativo. Sin embargo, el investigador, Pedro, se ve inmiscuido en un lío grave y resulta al final condenado a pena mayor por las autoridades locales.

Alrededor de la historia del doctor giran otras no menos importantes, indicadoras de clases y subclases sociales propias del lugar y de la época; la más impresionante es la descubrible en "el Muecas", individuo inútil, haragán, que se ingenia la manera de obtener centavos después de darse cuenta que en el Instituto de Investigaciones la ratas no procreaban debido al frío, por lo que decide robarlas y llevarlas a su cuarto, meterlas en jaulas para canarios y dormir bajo ellas en unión de sus dos hijas y su mujer, a fin de generar el calor necesario. Florita, una de las hijas del "Muecas", en estado de embarazo es mordida por una rata, se provoca el aborto y el médico interviene. Muerta la chica, aquél es culpado y encerrado hasta que la madre de Florita declara a favor de su inocencia.

Cartucho, causante del embarazo de Florita, piensa que el médico ocasionó la muerte de ésta y toma venganza asesinandole a la novia; el médico es cesado como investigador científico y deberá marcharse a otro sitio para evitar el escándalo que puede ocasionar la sospecha maligna por las causas de la muerte en la hija del "Muecas". Ante los embrollos dramáticos y las injusticias de que el doctor es víctima, el novelista le construye un monólogo interior desesperado, rayando en la locura:

No, no, no, no, no es así. La vida no es así, en la vida no ocurre así. El que la hace no la paga. El que a hierro muere no a hierro mata. El que da primero no da dos veces. Ojo por ojo... Diente por diente... ¿hombre o lobo? ¿El hombre-lobo? ¿El lobo que era hombre durante las noches de luna llena? ¿El lobo feroz cuya boca es cuatro veces más ancha que la de un hombre? ¿El hombre lobo para el hombre?... El hombre es la medida de todas las cosas: Mídase la boca de un lobo con la boca de un hombre y se hallará que es cuatro veces más grande y que la parte de paladar, tan tierna y sonrosada en la boca del hombre (y de la mujer) cuya zona posterior—especialmente delicada—suele ser llamada *velo* en ambos sexos a causa de su blandura

y de sus actitudes para la ocultación, es en el lobo por el contrario, de un alarmante colorido negruzco.

El poemario *Grado elemental*,²⁴ de Angel González, obtuvo por unanimidad el Premio Antonio Machado 1962, discernido en Collioure mediante la votación de un jurado cuyos integrantes fueron José María Castellet, Gabriel Celaya, Jaime Gil de Biedma, Antonio Pérez y José Angel Valiente.

En los dieciséis títulos de *Grado elemental*, el poeta Angel González manifiesta cierta ironía ante problemas de la vida occidental, ante la impotencia del burócrata, de la pobreza familiar, ante el acomodamiento servil, de la indiferencia por las congojas del hombre; en contraposición, expresa reconocimientos en favor de las esperanzas posibles, para Cuba, para el pueblo español, para Antonio Machado; todo ello, a través de un verso claro, reñido con la brillantez metafórica, pleno de emotiva sinceridad y encauzado siempre hacia el logro de una amplia comunicación; confirmémoslo en este fragmento de poema que dedica a Machado:

Todo ocurrió tal como nos dijiste:
del vano vientre del ayer surgieron
estos días vacíos
y, orando y embistiendo,
calvas y calaveras venerables
nos predicán traición y tradiciones.
Tú sigues siendo Don Antonio, siempre,
poeta vivo entre nosotros —muertos—
y te leemos cada día porque
nunca nos engañaste
y desenmarañaste el negro ovillo
de nuestra amarga historia
con dedos claros, delicados, duros.
Predijiste los tiempos que cruzamos
y los que cualquier día alcanzaremos.
La España de la rabia y de la idea
avanza, pese a todo. Te escuchamos:

Mas otra España nace. . .

Y te creemos.

²⁴ ANGEL GONZÁLEZ, *Grado elemental*, Ediciones Ruedo Ibérico, 45 pp., París, Francia, 1962.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DIA 28 DE
DICIEMBRE DE 1962 EN LOS
TALLERES DE LA EDITO-
RIAL CVLTVRA, T. G., S. A.,
AV. REP. DE GUATEMALA
NUM. 96, DE LA CIUDAD DE
MEXICO, SIENDO SU TIRO
DE 2,300 EJEMPLARES.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	„ 2 al 6	30.00	3.00
1945	„ 1, 2, 4, 5 y 6	25.00	2.50
1946	Los seis números	25.00	2.50
1947	Números 1, 3, 5 y 6	25.00	2.50
1948	„ 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	„ 2, 3 y 5	20.00	2.00
1950	„ 2, 4, 5 y 6	20.00	2.00
1951	„ 1, 2, 3, 5 y 6	20.00	2.00
1952	Los seis números	20.00	2.00
1953	Números 1, 2, 3, 5 y 6	20.00	2.00
1954	„ 1, 2, 4 y 6	20.00	2.00
1955	„ 2 y 4	20.00	2.00
1956	Los seis números	17.00	1.50
1957	„	17.00	1.50
1958	„	17.00	1.50
1959	Números 1 al 6	17.00	1.50
1960	„ 2 y 6	17.00	1.50
1961	„ 1 al 5	17.00	1.50
1962	„ 2 al 6	23.00	2.30

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 100.00
Otros países de América y España Dis.	9.00
Europa y otros Continentes „	11.00
Precio del ejemplar del año corriente:	
México	\$ 20.00
Otros países de América y España Dis.	1.80
Europa y otros Continentes „	2.15



Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

**HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU
INDEPENDENCIA**

Miguel Hidalgo	Bernardo Monteagudo
Simón Bolívar	Benito Juárez
Juan Bautista Alberdi	José Martí
Venustiano Carranza	Roque Sáenz Peña
Hipólito Yrigoyen	José Ingenieros
Augusto César Sandino	Isidro Fabela
Lázaro Cárdenas	Fidel Castro Ruz

De venta en las principales librerías.

Precio por ejemplar:

México	\$ 20.00
América y España	Dls. 2.00

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

S
↓
U
R

Dirigida por **VICTORIA OCAMPO**
REVISTA BIMESTRAL • TUCUMAN 685, 2o. 1r. BUENOS AIRES
SUMARIO

Graham Greene	La misión del escritor en la sociedad contemporánea
Ignazio Silone	El escritor y la sociedad
Wladimir Weidle	La palabra del escritor en el mundo actual
Eduardo González Lanuza	Angelos Sikellanos
Angelos Sikellanos	Vía Sacra
José Donoso	Santelices
Mario A. Lancelotti	Vida y muerte de un aficionado
Jorge A. Paíta	Experiencias con la percepción; Con dos amaneceres; Ad Profundum
J. A. García Martínez	La pintura, vocación secreta de Sarmentito

CRONICAS Y NOTAS

Luis Justo: Mallea o la literatura como sustento de la realidad. • Enrique Ruiz García: "Escrito en España", último libro de Dionisio Roldrejo. • Joseph Gagnaire: Partida de nacimiento del "Lunfa". • Enrique Anderson Imbert: Papeles. • NOTAS BIBLIOGRAFICAS, por Héctor J. Puglia, M. A. L., Héctor Oscar Clarlo, Eugenio Guasta, Carlos Arcidiácono, Alicia Jurado, Isabel de Santa Catalina, Raúl Vera Ocampo y María Scuderi. • NOTICIA, por Patricio Gannon. • NOTICIAS SOBRE LOS COLABORADORES. • ULTIMOS LIBROS RECIBIDOS. • INDICE GENERAL DEL AÑO 1962.

280

ENERO Y FEBRERO DE 1963
Buenos Aires

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos . . .	\$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U.
PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

•

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO.
Department of Romance Languages,
State University of Iowa, Iowa City, Iowa.
Secretario Tesorero Ejecutivo: MYRON I. LICHTBLAU,
Department of Romance Languages,
Syracuse University, Syracuse 10, N. Y.

•

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 6.00 Dls. para E. U. y
Europa.

Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, dirijase al
Director-Editor. Para suscripciones o compra, dirijase al Secretario-Tesorero.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

485 West 117th Street.

New York.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos

Abraham González 67
Tel.: 35-51-95

KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos

Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Aarón Sáenz. **VOCALES:** D. Ernesto J. Amescua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Canalella, Lic. Daniel Coste Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marta R. Gómez, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. **SECRETARIO:** Lorenzo Alcaraz.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Días
GANARAS LA LUZ, por <i>Ledn Felipe</i>	(agotado)	
JUAN RUIZ DE ALARCON, SU VIDA Y SU OBRA, por <i>Antonio Castro Leal</i>	(agotado)	
RENDICION DE ESPIRITU (I), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
RENDICION DE ESPIRITU (II), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por <i>Paul Rivet</i> ..	(agotado)	
VIAJE POR SURAMERICA, por <i>Waldo Frank</i>	(agotado)	
EL HOMBRE DEL BOHO, por <i>Enrique González Martínez</i> ..	(agotado)	
ENSAYOS IDEOLÓGICOS AMERICANOS, por <i>Eduardo Villaseñor</i> ..	(agotado)	
MARTI ESCRITOR, por <i>Andrés Iduarte</i>	(agotado)	
JARDIN CERRADO, por <i>Emilio Prados</i>	8.00	0.80
JUVENTUD DE AMERICA, por <i>Gregorio Bermann</i>	10.00	1.00
CORONA DE SOMBRA, por <i>Rodolfo Usigli</i> (tercera edición)	(agotado)	
EUROPA-AMERICA, por <i>Mariano Picón Salas</i>	18.00	1.60
MEDITACIONES SOBRE MEXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por <i>Jesús Silva Herzog</i>	(agotado)	
DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por <i>Pedro de Alba</i>	(agotado)	
EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por <i>Octavio Paz</i>	(agotado)	
LA APACIBLE LOCURA, por <i>Enrique González Martínez</i> ..	10.00	1.00
LA PRISION, NOVELA, por <i>Gustavo Valcarcel</i>	(agotado)	
ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. GLOSAS Y SEMBLANZAS, por <i>Manuel Pedro González</i> (empastado)		
SIGNO, por <i>Honorato Ignacio Magaloni</i>	10.00	1.00
LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomás Bledsoe</i>	12.00	1.20
LUCERO SIN ORILLAS, por <i>Germán Pardo García</i>	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por <i>Alfredo Cardona Peña</i> ..	10.00	1.00
ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por <i>Germán Arciniegas</i>	(agotado)	
NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por <i>Miguel Alvaroz Acosta</i>	12.00	1.20
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por <i>Miguel Alvaroz Acosta</i>	15.00	1.50
EL OTRO OLVIDO, por <i>Dora Irelia Russell</i>	5.00	0.50
DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por <i>Luis Quintanilla</i> ..	(agotado)	
DIMENSION IMAGINARIA, por <i>Enrique González Rojo</i> ..	10.00	1.00
AMERICA COMO CONCIENCIA, por <i>Leopoldo Zea</i>	(agotado)	
DIMENSION DEL SILENCIO, por <i>Margarita Paz Paredes</i> ..	10.00	1.00
ACTO POETICO de <i>Germán Pardo García</i>	10.00	1.00
NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento milanes. Versión castellana de <i>Ledn Felipe</i>	10.00	1.00
SANGRE DE IEJANIA, por <i>José Tiquet</i>	10.00	1.00
CHINA A LA VISTA, por <i>Fernando Bentes</i>	12.00	1.20
U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por <i>Germán Pardo García</i> ..	10.00	1.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por <i>Felipe Cosío del Pomar</i>	18.00	1.60
OTRO MUNDO, por <i>Luis Suárez</i>	18.00	1.60
LA BATALLA DE GUATEMALA, por <i>Guillermo Toriello</i> ..	20.00	1.80
EL HECHICERO, por <i>Carlos Saldaña</i>	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por <i>Lucía Velázquez</i>	12.00	1.20
AZULEJOS Y CAMPANAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i> ..	18.00	1.60
LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por <i>Luis Cardosa y Aragón</i>	(agotado)	
RAZON DE SER, por <i>Juan Larrea</i>	18.00	1.60
CEMENTERIO DE PAJAROS, por <i>Griselda Alvarez</i>	9.00	0.90
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por <i>Fernando Alegria</i> ..	7.00	0.70
LA ESPADA DE LA PALOMA, por <i>Juan Larrea</i>	\$5.00	\$3.50
ETERNIDAD DEL BUENOR, por <i>Germán Pardo García</i> ..	15.00	1.50
ASCENSION A LA TIERRA, por <i>Vicente Magdaleno</i>	9.00	0.90
INCITACIONES Y VALORACIONES, por <i>Manuel Maples Arce</i> ..	15.00	1.50
VIDA Y SENTIDO por <i>Luis Abad Carretero</i>		
PACTO CON LOS ASTROS, <i>Galaxia y otros poemas</i> , por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	15.00	1.50
LA EXPOSICION, <i>Disvertimiento en tres actos</i> , por <i>Rodolfo Usigli</i>	15.00	1.50
EL MEXICANO Y SU MORADA Y OTROS ENSAYOS por <i>Jesús Silva Herzog</i>	15.00	1.50
BARRO Y VIENTO, por <i>Manuel de la Serna</i>	(agotado)	
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE 1900-1950, por <i>Frederic Harold Young</i> ..	15.00	1.50
HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA	20.00	1.80

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por <i>Sara de Ibáñez</i>	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>José Gaos</i>	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por <i>José C. Zuno</i>	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" Núm. 1 al 100, por <i>Angel Flores</i>	30.00	3.00
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por <i>Alfredo L. Palacios</i>	5.00	0.50

REVISTA; SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

MEXICO	100.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		9.00
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		11.00

PRECIO DEL EJEMPLAR

MEXICO	20.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		1.40
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		2.15

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Jesús Silva Herzog
Pedro Bosch Gimpera
Enrique Ruíz García

Manuel Ortúño
Coronel Vicente Guerner
José Ignacio Mantecón

Juan Bautista Climent

Cuadernos Americanos y España.
El problema de España.
España ante la comunidad económica europea.
Opus Dei.
Las bases norteamericanas en España.
Más de cien siglos de noche en el penal de Burgos.
España en el exilio.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

R. Olivares Bertrand
Julián Izquierdo Ortega
María Zambrano

Costa, soñador y hombre de acción.
La filosofía española en los últimos años.
Emilio Prados.

PRESENCIA DEL PASADO

Jean Sarrailh
Manuel Tuñón de Lara

La España de Carlos III.
La república española de 1931.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Francisco Giner de los Ríos

Llanto con Emilio Prados.

Corona de poetas españoles muertos en el destierro.

Max Aub.

Antología de los más nuevos poetas españoles.

Ignacio Soldevila Durante

Sobre el teatro español de los últimos veinticinco años.

José María Castellet

Veinte años de novela española (1942-1962).

L I B R O S

Mauricio de la Selva

Libros sobre España.